

Selecta



*Solo pienso
en besarte*

Shakespeare y Edimburgo 2



LAIMIE SCOTT

Solo pienso en besarte
Shakespeare y Edimburgo 2

Laimie Scott

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleer
@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Prólogo

*E*dimburgo

Megan abrió la puerta de su despacho con una mano mientras en la otra sostenía una pila de libros contra su pecho. Los dejó sobre la mesa con un resoplido, junto a la llave y su bolso.

—Vaya, parece que tienes tarea, ¿eh?

Iba tan centrada en dejar la carga que no se había percatado de que Kendra estaba sentada a su mesa.

—No lo sabes tú bien. Desde que obtuve la plaza de directora del departamento, mi trabajo se ha visto duplicado o triplicado —le explicó abriendo los ojos como platos y sus cejas subían hasta casi desaparecer bajo su pelo.

—Bueno, bueno, no será para tanto.

—Ufff, no sabría qué decirte. Por cierto, ahora que te veo y antes de que se me pase. —Megan se volvió hacia su mesa y rebuscó algo que tenía que ver con su compañera Kendra. Al momento, le tendía un papel en su mano—. Con motivo del festival de las artes que se celebra en poco menos de mes y medio, la facultad y la Asociación Británica de Shakespeare han acordado realizar un evento conjunto.

—¿Y qué tiene que ver eso conmigo?

—Han pensado tratar la influencia de Shakespeare en la obra de Scott. Y dado que tú eres la experta en la novelística de nuestro más conocido autor, he pensado en ti.

—Ya. —Kendra chasqueó la lengua y contempló desconcertada a Megan—. ¿Qué se supone que tengo que hacer?

—Sencillo. Me han comunicado desde la Asociación Británica de Estudios sobre Shakespeare, de la cual sabes que formo parte, que pretenden incluir, dentro de las conferencias que se celebrarán durante el festival, una parte que trate de Shakespeare y Scott.

—Bien, ¿y qué sentido me atañe? ¿Tengo que preparar dicha conferencia?

—Sí, pero no lo harás sola —le respondió observando el gesto de perplejidad de su compañera y amiga—. Uno de los miembros de la asociación vendrá para colaborar contigo.

—Me parece genial. ¿Y en qué se supone que tenemos que trabajar?

—Por lo que Kenneth, que es quien será tu colega de investigación, me ha contado, él estaría muy interesado en tratar la influencia de Shakespeare en *Kenilworth*.

Kendra permaneció en silencio con el ceño fruncido, a la expectativa de lo que su amiga tuviera que decirle. Pero al observar que esta no decía más, se aventuró a exponer lo que para ella era el tema más lógico a analizar.

—Supongo que se referirá al entramado histórico de la novela. Me refiero a la época isabelina, el auge de los primeros teatros y la figura de Shakespeare en la obra, que Scott convierte en dramaturgo y en como falseó la historia.

—Lo que tú me digas, ya que desconozco esa obra. Tú eres la experta en el romanticismo inglés en la novela y en la novelística de Walter Scott.

—Bueno, tendría que tratarlo con el tal Kenneth. ¿Tú lo conoces?

Megan abrió la boca para decirle la verdad de cómo era, pero al final cambió de idea a ese respecto.

—Sí. Es un tío abierto, muy simpático, estudioso de la obra de Shakespeare, como puedes suponer —le fue explicando mientras observaba como el semblante de Kendra pasaba por distintas fases. La estaba contemplando con una ceja arqueada y sus labios fruncidos. Parecía estar dándole a entender a ella que no se estaba creyendo una palabra sobre el tal Kenneth—. Exigente.

—¿Inglés?

—Ehhhhhh... sí, claro. ¿Por qué me lo preguntas? ¿No irás a decirme que tienes algún inconveniente con su nacionalidad? —Megan sintió una sacudida en todo el cuerpo al ver la cara de su compañera.

—No. Solo es curiosidad. Mientras él no tenga reparo en trabajar con una ferviente escocesa —ironizó Kendra echándose hacia atrás en su silla.

—No habrá ningún problema. Ya lo verás. Además, piensa que ese trabajo que vais a llevar a cabo se publicará y te dará prestigio.

Kendra entrecerró los ojos y asintió. Esa idea le gustaba más. Una nueva publicación académica que añadir a su bibliografía.

—De acuerdo. ¿Cuándo se supone que empezaremos a trabajar en esto?

—Tengo que hablar con él para saber la fecha en la que vendrá y...

—Ah... Pero ¿va a venir? —la interrumpió Kendra, extrañada por ese hecho.

—Sí, claro. Vendrá para colaborar contigo. ¿Por qué pones esa cara de sorpresa?

—No, es que pensé que nos dedicaríamos a trabajar vía *email*. Ya me entiendes, intercambiando información y todo eso. Y que quedaríamos en alguna ocasión para poner el trabajo en común antes del festival.

—No. Le he pedido que venga y que pase aquí el tiempo que necesite. Podéis utilizar este despacho para trabajar.

—Entiendo. Bueno, pues cuando sepas el día que llega...

—No te preocupes por eso. Te mantendré al día. Tú solo tienes que ir desempolvando tus conocimientos sobre *Kenilworth*.

Kendra esbozó una sonrisa irónica.

—Tomaré algunas notas de mi trabajo de doctorado mientras llega el tal Kenneth —le dijo pronunciando el nombre con un toque diferente, como si pretendiera burlarse de Megan.

Londres

Kenneth permanecía sentado, degustando su té, mientras leía el dossier que Megan le había hecho llegar al respecto de la colaboración entre la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad de Edimburgo y la Asociación Británica de Shakespeare. A medida que iba leyendo, el gesto de su rostro mostraba diferentes emociones. Una vez concluida su lectura, dejó los folios sobre la mesa y su taza sobre el plato. Frente a él permanecía sentado Roland, el director de la asociación, quien entrelazó sus manos, apoyando los codos sobre los reposabrazos de su sillón, y mantuvo su mirada fija en Kenneth todo el tiempo que este tardó el leer el dossier.

—¿Y bien? ¿Qué te parece? Megan me lo propuso, como directora de departamento de la facultad y como destacado miembro de la asociación.

Kenneth frunció los labios en primera instancia. Arqueó sus cejas con expresión de expectación ante aquella posibilidad de colaboración con la Universidad de Edimburgo. Y se limitó a asentir.

—Interesante. No voy a negártelo.

—Eso mismo le dije a Megan cuando charlamos por teléfono el otro día. Tú eres un entendido en la relación entre Shakespeare y Escocia.

—Sí, bueno... He estudiado la influencia de este en la obra de Scott. De hecho, en la que menciona Megan hay ciertos elementos que habría que estudiar con minuciosidad.

—He dicho a Megan que estarías dispuesto a colaborar.

—Oh, sí. Estaré encantado de trabajar con ella. Conozco su impecable trayectoria académica. No hemos hablado demasiado sobre Shakespeare las veces que hemos coincidido, pero...

—Todo eso que cuentas de ella está muy bien y es cierto. Solo que Megan no será la persona con la que tendrás que colaborar.

—¿No? Vaya. ¿Y quién será? ¿No será un becario o un estudiante de doctorado? Uno siempre tiene que estar pendiente de ellos en todo momento.

El tono hizo sonreír a Roland, que conocía demasiado bien a Kenneth y sabía de su exigencia con los trabajos de investigación. Era de la clase de personas a las que no les gustaba perder el tiempo, o, mejor dicho, que se lo hicieran perder.

—Una profesora de la propia facultad. Colega de Megan. Es experta en la novela inglesa. Y en la obra de Scott.

—Bueno, al menos es profesora —dijo con cierto alivio, esbozando una media sonrisa cargada de sarcasmo.

—No tienes nada de qué preocuparte. Ya te he dicho que es amiga y compañera de facultad de Megan. Incluso comparten el despacho en el departamento.

—Supongo que será una entendida en *Kenilworth*. —Kenneth entornó la mirada hacia Roland no sin dejar entrever su recelo.

—Acabo de decirte que ella es experta en la obra de Walter Scott. Enseña la novela histórica inglesa en la facultad.

—Sí, sí... Todo eso está muy bien, pero no todo el mundo que dice conocer la obra de un escritor ha profundizado en su análisis —le rebatió Kenneth esgrimiendo un dedo ante su colega para dejar clara la situación a la que se refería—. Megan, sin ir más lejos, siempre ha preferido las tragedias a las comedias de Shakespeare.

—Recientemente ha dirigido con éxito una tesis sobre *El sueño de una noche de verano*. Luego, tu apreciación ya no es cierta al cien por cien —le recordó Roland con una sonrisa de triunfo.

—Sí. Leí las conclusiones. Otra cosa que quería comentarte tiene que ver con la manera de trabajar. En el documento que ha enviado Megan. No especifica el método de trabajo.

—Me ha pedido que vayas a Edimburgo para estar en contacto continuo con la profesora Kendra. —Roland percibió el gesto de sorpresa en Kenneth.

—¿Pretende que vaya a Escocia? —preguntó con un toque de desinterés.

—Sí. La universidad te proporcionará un hotel para que te alojes. Además, tendréis que preparar el trabajo para el próximo festival, ya sabes, el que se celebra en agosto. Participaréis en una serie de charlas sobre este tema. Espero que no sea un inconveniente para ti. —Roland estudió con detalle cada gesto de Kenneth e incluso podría asegurar que, pese a no decirlo de manera directa, no le hacía mucha gracia.

—No, no. Está bien. Preparé todo para mi inminente marcha. Me reuniré con Megan y con la profesora Kendra. Veremos a qué conclusiones llegamos. Solo espero no pasar demasiado tiempo en Edimburgo.

—¿Tienes otros planes? Acabo de preguntarte si esto supone un trastorno para ti.

—Estaba pensando largarme de vacaciones en cuanto terminen las clases y entregue las notas.

—Estás a tiempo de decirme que no. Puedo llamar a Megan y...

—No, no. Déjalo. Conoceré a esa profesora escocesa y veremos qué tal se da la cosa. Espero que no se trate de esa clase de escoceses orgullosos. —Kenneth movió sus cejas con toda intención.

—¿Tienes algún problema con su nacionalismo? ¿No irás a decirme que no los tragas?

—No, no, ni mucho menos. Si es como Megan...

Kenneth pensó en la mujer con la que trabajaría y sonrió con toda intención. Buscaría información sobre esa profesora a ver qué tal era. Sus publicaciones, las conferencias que había dado, congresos en los que había participado... «En definitiva, si tengo que renunciar a mis vacaciones y encima pasar una temporada en Edimburgo, que al menos la persona con la que voy a trabajar merezca la pena desde el punto de vista académico», se dijo, resoplando porque temía encontrarse cualquier cosa.

—Seguro que os entendéis sin problema. Los escoceses son muy abiertos.

—Sí, excepto con los ingleses —señaló Kenneth apurando su té.

Capítulo 1

El avión en el que Kenneth volaba desde Londres aterrizó puntual en el aeropuerto de Edimburgo. El trayecto de una hora más o menos le había dado tiempo para repasar algunas notas acerca del proyecto para el que Megan quería contar con él. Pero sobre todo en los días posteriores había investigado a su colaboradora escocesa, la tal Kendra McDonald. Sonrió al releer su nombre, o, mejor dicho, su apellido: McDonald. «Si no me falla la memoria, ha sido uno de los clanes escoceses leales a la casa real de los Estuardo», pensó picado por la curiosidad. Pero lo que en verdad le preocupaba eran sus conocimientos sobre el tema de la investigación. Había tomado notas al respecto de su currículum. No le gustaba tener que compartir su tiempo y su experiencia con alguien que no estaba a su altura académica. Por su aspecto en la fotografía que había en la Web del departamento de la facultad, le parecía una mujer de aspecto despierto, aunque, claro, solo era una fotografía, se dijo a continuación para no dejarse llevar por cierta euforia. Lo que le había llamado la atención era su aspecto físico: de tez pálida, con una lluvia de pecas sobre sus mejillas, ojos de un azul claro bastante impactantes; el color del pelo era oscuro, lo que contrastaba con su piel. Le parecía... atractiva. Llegar a esa conclusión le hizo sonreír porque no esperaba pensar así de una colega a la que ni siquiera conocía en persona.

Cruzó las puertas magnéticas de la terminal de llegadas, en dirección a la salida donde Megan lo esperaba para conducirlo a su hotel y tener un primer contacto sobre su presencia en la capital escocesa.

Megan miraba el reloj y el monitor de llegadas del vestíbulo del aeropuerto. El avión procedente de Londres acababa de aterrizar. De un momento a otro, Kenneth aparecería. Hacía tiempo que no lo veía e imaginaba que no habría cambiado demasiado. Estaba convencida de que Kendra y él se llevarían bien y colaborarían codo con codo para realizar la investigación. Nada más él apareció en el vestíbulo, ella le hizo una señal con la mano. El paso del tiempo no lo había cambiado en nada o casi nada. Allí llegaba él con su aspecto de intelectual, sus gafas de pasta negra y su pelo algo desaliñado. «Todo un reclamo para las mujeres escocesas», pensó Megan con una sonrisa malévola.

Kenneth se abrió paso entre algunos viajeros que se interponían entre Megan y él y por fin llegó hasta ella.

—Kenneth, ¿qué tal todo?

—Bastante bien.

—¿El vuelo?

—Sin problemas. Salimos puntuales y, al parecer, también llegamos.

—Te llevo al hotel para que dejes la maleta.

—Perfecto. ¿Dónde está tu compañera? La de la publicación. —Kenneth miró por todas partes esperando verla, pero en primera instancia no la encontró por ningún lado.

—No te preocupes. Nos espera en el departamento. Allí podrás conocerla e intercambiar información con ella. ¿Cómo le va a Roland? No he vuelto a verlo desde la última reunión de la asociación, la que tuvo lugar en Stirling hace más de un año.

—Oh, bien. Puedes hacerte una idea de lo agitada que es su vida entre las clases y la asociación. Por cierto, tengo que felicitarte por tu nombramiento como directora del departamento.

—Gracias. Vamos, tengo el coche ahí mismo.

—¿Queda lejos el hotel?

—No, está cerca. Es un hotel pequeño y muy acogedor, cerca de la estación de trenes de Haymarket. La universidad trabaja con este por recomendación de una colega de la facultad. En principio, te he reservado una semana, como acordamos.

—Sí. Creo que bastará para tener el trabajo hecho. Cuando uno sabe el tema en cuestión del artículo y conoce la información al respecto, la redacción es lo de menos —sonrió Kenneth con cierta autosuficiencia—. Dime, tu colega...

—¿Kendra?

—Sí, ella. ¿Ya sabe lo que hay que tratar? Me refiero a que no disponemos de mucho tiempo porque, según el dossier que me enviaste, la conferencia será dentro de cinco días, ¿verdad?

Megan sonrió. Kenneth no había cambiado nada en ese tiempo que hacía que no se veían. Tan meticuloso como de costumbre.

—Eso es.

—En ese caso, tendremos que aplicarnos para preparar las ponencias en cuestión. ¿La publicación de este trabajo la llevará a cabo la propia Universidad de Edimburgo? Para mí, sería importante que apareciera esta reflejada, lo digo por mi currículum bibliográfico, ya me entiendes.

—Kenneth sonrió y elevó sus cejas.

—Sí. No te preocupes. La universidad publicará el trabajo dentro de un libro que tiene intención de sacar con motivo del festival de literatura que se celebra. Por cierto, espero que Kendra sea una buena cicerone y pueda no solo enseñarte la ciudad, sino también los diversos eventos que habrá durante estos días con motivo del Festival Internacional de las Artes.

—Bueno, lo cierto es que no sé si será posible.

—¿Por qué? —Aparcó el coche frente a la entrada del hotel y miró a Kenneth con cara de asombro.

—Bueno, es evidente.

—¿Qué?

—Vengo a trabajar. A preparar un trabajo de colaboración que será publicado. Tendré que ceñirme a esto. Por eso te digo que no estoy seguro de que me reste tiempo libre. Y espero que tu colega de departamento, la doctora, ¿lo es, verdad? —Kenneth entornó la mirada hacia Megan para confirmar la información recabada sobre Kendra.

—Sí. Claro que lo es. Vamos dentro. —Le hizo una señal con la cabeza hacia la puerta de entrada al hotel.

—*The Clatchan* —leyó Kenneth levantando la mirada hacia el letrero—. Supongo que es gaélico.

—El refugio —le tradujo Megan.

—No recordaba tus conocimientos de ese dialecto vuestro.

—¿Dialecto? —Megan arqueó las cejas, sorprendida por su comentario—. Ese dialecto, como tú lo acabas de calificar, se lleva hablando siglos en Escocia.

—Vale, vale, disculpa mi comentario.

—Por un momento, había olvidado que tú eres de esos ingleses que consideran Escocia como una especie de condado de Inglaterra, al igual que Gales —le dijo con sarcasmo. Nada que ver con el que recibiría de Kendra si lo escuchaba hacer algún comentario despectivo hacia algo que tuviera que ver con el país o su cultura.

El hotel era un edificio construido con el clásico estilo de la ciudad: con piedras de color gris. Tenía grandes ventanales con cortinas blancas. Una pequeña verja lo rodeaba, toda cubierta de flores. A Kenneth le gustó la primera impresión que tuvo de la fachada del hotel. Suponía que se trataría de un alojamiento tipo casa victoriana o georgiana, dado que Edimburgo y toda Escocia estuvieron regidos por los distintos Jorges de la casa de Hannover.

El vestíbulo confirmó sus sospechas acerca de la atmósfera acogedora y hogareña. Moqueta recubriendo el suelo de la entrada hasta las escaleras que se veían al fondo y que, como él presumía, conducirían a las habitaciones. Una mujer permanecía detrás del mostrador, que quedada a la derecha según avanzaban en dirección a las escaleras.

—Hola, Caroline, soy Megan, la compañera de Eileen.

—Encantada. Eileen estuvo hablando conmigo la semana pasada para hacer una reserva.

—Sí, para el profesor Kenneth. —Megan se apartó para que Caroline lo saludara.

—Encantada.

—Es un placer.

—Kenneth estará una semana por motivos del festival de las artes, ya sabes.

—Eileen me lo comentó. No hay ningún problema. La habitación está lista. Solo necesito unos datos para formalizar el registro y puedes subir a dejar el equipaje —le informó Caroline tecleando en el portátil—. Si me dejas tu pasaporte.

—Claro. —Kenneth recorrió el vestíbulo del hotel con la mirada mientras la recepcionista hacía su trabajo.

—Caroline es la dueña del hotel —le aclaró Megan captando la atención de Kenneth, quien se

limitó a sonreír mientras recogía el pasaporte.

—El desayuno está incluido y se sirve en el edificio contiguo a este.

—¿Hay que salir del hotel? —preguntó Kenneth sorprendido porque el comedor para los desayunos no estuviera en el mismo edificio.

—Sí. Solo tienes que empujar la puerta colindante a la del hotel. Allí te atenderán. —Caroline volvió la atención a Kenneth—. Está todo. Esta es la clave de wifi. La habitación está en el primer piso.

Kenneth cogió un papelito con el usuario y la contraseña escritas en este. Luego, hizo lo mismo con la llave de su habitación. Una tradicional, de cerradura. Nada magnético. Esperaba que no tuviera que llevarla encima.

—Supongo que tendré que dejarla en la recepción.

—Salvo que vayas a regresar más tarde de las once. A esa hora, no hay nadie aquí —le aclaró contemplando la cara de sorpresa de él—. Si durante la noche necesitas algo, puedes llamar al hotel. El número se desvía al que tengo en mi casa. Yo vivo aquí.

—¿En el propio hotel? —Kenneth no dejaba de salir de una sorpresa para meterse en otra.

—Sí. En el edificio donde se sirven los desayunos.

Kenneth apretó los labios y se limitó a asentir.

—De acuerdo. No hay problema. Voy a dejar la maleta y salimos para el departamento —dijo mirando a Megan.

—Te espero.

Caroline apoyó un codo sobre el mostrador y el rostro sobre la palma de su mano, y se quedó mirando a Kenneth mientras él subía las escaleras. Una vez que desapareció, miró a Megan.

—¿Colega de la universidad?

—De la asociación de Shakespeare.

—¿Inglés?

—Sí. Y no me vengas ahora con que es algo estirado y todo eso, porque ya me lo sé —le advirtió Megan levantando su mano en dirección a Caroline, como si la detuviera.

—No. No voy a hacerlo, pero reconoce que sí lo es con ese aspecto de tipo listo que tiene. Algo tímido, ¿no?

—En el fondo, es un tipo majo. Solo hay que saberlo llevar.

«Me pregunto si Kendra tendrá paciencia con él».

—¿Viene para el festival?

—Sí, para una conferencia sobre Shakespeare y su influencia en la obra de Scott. ¿Qué tal marcha el hotel? Eileen me comentó que poco a poco vas logrando más y más reservas.

—Sí, la verdad es que costó al principio, pero ahora parece que la cosa va viento en popa. Gracias a Moira y a las demás. Y a la gente que trabaja aquí. Y a Ted, por supuesto. Su regreso ha traído estabilidad a mi vida.

Vieron a Kenneth bajar las escaleras y detenerse ante el mostrador.

—No sé si llevarla conmigo o dejártela —dijo haciendo referencia a la llave—. Imagino que no llegaré tarde...

—Es mejor que te la lleves. Megan y tú tendréis que ponerlos al día.

—En ese caso... —Kenneth la guardó en el bolsillo de sus vaqueros y esperó a que Megan diera el primer paso hacia la puerta.

Caroline los observó alejarse, con una sonrisa.

«Un tipo la mar de curioso», pensó sacudiendo la cabeza y regresando a sus tareas en la recepción.

Kendra permanecía en el despacho del departamento esperando a que Megan y su amigo Kenneth llegaran. Estaba echando un vistazo a alguna documentación que había reunido para la ocasión. No era gran cosa porque lo que tenía que hablar con el tal Kenneth ya se lo sabía de sus años de estudio sobre Scott. Más bien su interés se centraba en la figura de Shakespeare.

Estaba sentada mordisqueando un lapicero cuando escuchó la voz de Megan en el pasillo. Lanzó una mirada a la puerta que no tardó en abrirse. Entonces Kendra levantó la vista de sus documentos para fijarla en la persona que acompañaba a su amiga y colega en el departamento. El tal Kenneth le devolvía la mirada a través de sus gafas.

—Ya estamos aquí. Esta es Kendra. —Megan señaló a su compañera, que permanecía sentada.

Kenneth entrecerró los ojos como si estuviera escrutando el rostro de ella, y la verdad era que lo estaba haciendo. Y todo porque aquella mujer se parecía más bien poco a la imagen que él tenía de la fotografía que aparecía en la web del departamento. Si en un principio había tenido sus dudas acerca del aspecto de ella, porque en ocasiones las imágenes no hacían justicia a la realidad, en ese momento, estas se veían acrecentadas al encontrarse con la tal Kendra cara a cara. Le resultaba más...

—Este es Kenneth.

Él se acercó con el brazo extendido para estrecharle la mano, sin apartar su atención de ella.

—Oh, encantada. —Kendra se incorporó con una sonrisa risueña y correspondió a su saludo—. Espero que el viaje haya sido de tu agrado.

—Puntual tanto al salir como al llegar. Eso es lo importante.

—Claro —asintió Kendra algo cohibida porque seguía tocada por la imagen de él. Esperaba a un tipo entrado en años, mayor, dado el rango de edad que tenían los miembros de la asociación de Shakespeare, pero este era más joven. Tal vez de la misma edad que Megan y ella. Lo que le había llamado su atención era su aspecto: una imagen de alguien algo dejado. ¿Gafas de pasta negra? ¿Quién las llevaba en la actualidad? La verdad era que ella no lo haría.

—Bueno, no sé si es conveniente que os deje a los dos para que podáis ponerlos al día en lo que respecta al tema por el que Kenneth está aquí. —Megan pasó su mirada por los rostros de ambos. Lo cierto era que los dos le parecían algo cohibidos. Se contemplaban en silencio. De Kenneth lo

esperaba porque lo conocía y sabía de su carácter reservado. Pero no así de Kendra, que era mucho más abierta y lanzada cuando se trataba de trabajo... y, en ocasiones, también cuando no se trataba de este.

—Sí, creo que estaría bien que tuviéramos un primer contacto acerca de lo que vamos a tratar, cómo vamos a hacerlo y todo eso —intervino Kenneth pasando su mirada de Megan a Kendra, en la que se demoró unos segundos de más. Llevaba el pelo recogido, lo que dejaba su rostro al descubierto. Él no podía apartar la atención de aquellos ojos tan claros y brillantes. Sería algo descarado quedarse mirándola como un tonto, pero ella le resultaba...

—Por mí, perfecto. De hecho, estaba echando un vistazo a unas notas que tengo aquí. —Ella hizo referencia a los papeles en su mesa.

—En ese caso, os dejo.

—¿Te marchas entonces? —preguntó Kenneth con un tono de sorpresa.

—Sí, Scott no es mi campo de trabajo. Eso lo tienes que tratar con Kendra.

Kenneth apretó los labios y asintió.

—Comprendo. Está bien. Estaremos en contacto, Megan.

—Cualquier cosa que precises pregúntale a ella —le sugirió haciendo una señal a Kendra, a quien guiñó un ojo.

—Claro —aseguró ella encogiendo sus hombros sin saber qué más decir.

—Os dejo trabajar.

Cuando la puerta del despacho se cerró, el silencio pareció hacerse algo más tenso porque los dos se quedaron contemplándose sin decir nada, hasta que Kendra lo rompió.

—No sé si prefieres quedarte aquí en el despacho o salir por ahí a dar una vuelta.

—Oh, no te preocupes, aquí estoy bien. —Retiró la silla que había frente a la mesa de ella y se sentó antes de que se lo propusiera.

Kendra se quedó mirándolo mientras él le devolvía la mirada con la misma expectación que ella.

—¿Antes has comentado que estabas trabajando en unas notas sobre las conferencias?

—Ah, sí. Sí, estaba echando un vistazo a algunos apuntes. Lo cierto es que todo esto me ha pillado con el pie cambiado —le aseguró sonriendo divertida.

—No entiendo el motivo.

—Es porque hace tiempo que no trato la obra de Scott.

Aquella afirmación por parte de ella puso en alerta a Kenneth, quien frunció el ceño y se incorporó hacia delante apoyando sus manos en la mesa. Su mirada escrutó el rostro de Kendra con curiosidad y temor al mismo tiempo.

—Pero tú enseñas aquí una asignatura que tiene que ver con el romanticismo inglés en la novela y la obra de Walter Scott, ¿me equivoco?

Kendra volvió a sonreír ante la apreciación de él y de su atención fija en ella.

—Sí, claro.

—Es que según lo has dicho...

—Te ha dado la impresión de que no era así. Tranquilo, era una forma de hablar.

—Menos mal. —Él pareció sentirse aliviado cuando escuchó su aclaración—. Por un momento, pensé que Megan me había tomado el pelo cuando me aseguró que tú eras una doctora experta en la novelística de Scott.

—Claro que no te lo ha tomado. Y por supuesto que tengo mi doctorado y plaza de profesora en esta universidad. Y soy una experta en las materias a las que has hecho referencia —le dejó claro con un tono algo autoritario e irónico porque a ella no le habían hecho gracia las insinuaciones de él.

—Solo quería estar seguro. —Kenneth levantó las manos como si no se hiciera responsable de ello.

—Puedes apostar a que sí lo soy.

Kenneth esbozó una tímida sonrisa al ver la reacción de ella. Sus mejillas se habían encendido, su mirada se había vuelto más luminosa producto del enfado que le había provocado su comentario. Algunos mechones escapaban de su recogido y sus labios permanecían abiertos tomando aire.

No quería ser descortés, pero la postura de ella hacía que la camisa se le ajustara al pecho, realzándolo. Que fuera un estudioso de Shakespeare, de su obra y tuviera un currículum de casi diez hojas entre publicaciones, congresos y demás eventos, no le había hecho perder la percepción de una mujer bonita. Y a fe que aquella escocesa se lo parecía.

—Bien. No voy a pedirte credenciales. No te preocupes. ¿Hablamos del trabajo que tenemos entre manos?

La mirada de él, o, más bien, el semblante de su rostro, no pareció apaciguar el enojo que ella sentía. Al contrario, Kendra tenía la impresión de que él se burlaba de sus explicaciones.

—Será lo mejor.

—Según el dossier que me han hecho llegar, el tema de las conferencias y de la publicación radica en la influencia de William Shakespeare en la obra de Walter Scott. Lo que lleva a este a retratarlo en su obra *Kenilworth* y en relación con los festejos acaecidos en este palacio durante el reinado de la reina Isabel Tudor, ¿correcto?

—Así es. Tenemos que analizar dicha influencia y en qué medida se produce.

—Bueno, al parecer, Scott no sitúa a Shakespeare en el momento correcto, ¿no?

—Sí, parece ser que...

—Que confundió o varió a posta las fechas para situar al dramaturgo y poeta inglés en unos años en los que él era un crío —la interrumpió Kenneth, dejándola con la palabra en la boca y una mirada de incredulidad.

—Sí, es cierto. Scott...

—Lo cual nos lleva a plantearnos si Scott lo hizo como una mera anécdota o es que desconocía este hecho de la edad a la que Shakespeare llegó a la corte.

No sabía si era el toque irónico de él, que la hubiera interrumpido cuando iba a explicarse, o esa prepotencia que asomaba en el tono de sus palabras lo que había vuelto a encenderla, pero Kendra no estaba por la labor de que la hiciera de menos.

—Es seguro que varió este aspecto con toda intención para dotar a la trama de mayor interés para el lector. No creo que Scott —Kendra levantó la mano y esgrimió un dedo ante él cuando percibió que este iba a volver a interrumpirla— pasara por alto algo así como no saber en qué año Shakespeare llegó a la corte isabelina.

Kenneth tuvo la impresión de que ella acababa de golpearlo con sus palabras o tal vez con la manera amenazante en la que lo miraba, porque se echó hacia atrás en la silla. Sonrió de manera tímida al verla en aquel estado.

—En ese caso, daremos por sentado que Scott lo hizo con conocimiento de causa —asintió Kenneth ajustándose las gafas—. De modo que tendremos que ceñirnos a las características con las que lo ha retratado. Ahí supongo que tú me llevas ventaja.

—¿Yo? ¿Por qué? —Ella sacudió la cabeza sin comprenderlo.

—Porque tú habrás leído y estudiado su obra, ¿no? Eres una experta en este campo. Y al mismo tiempo podrías darme una referencia exacta —le indicó volviendo a inclinarse hacia delante, como si pretendiera acercarse más a ella, lo cual hizo que Kendra lo contemplara extrañada, pero sin perderle la mirada.

—Sí, sí, por supuesto —asintió, y rebuscó entre sus notas.

Kenneth no dejaba de observarla remover papeles aquí y allá con rapidez, buscando algo: sin duda, la explicación a lo que él acababa de plantearle.

—¿Algún problema?

—No, no. Solo estoy buscando el papel donde apunté esa cuestión —le dijo levantando la mirada para fijarse en el gesto de perplejidad que mostraba él.

—Vaya. Desconocía que, siendo experta en la obra de Walter Scott y enseñando en la facultad, tuvieras que buscar un apunte referente a sus obras.

El tono de él le sonó un poco irónico. Tenía razón en su apreciación, pero no iba a darle la razón; aunque solo fuera para fastidiarlo. Allí estaba él recostado contra el respaldo de la silla con sus brazos cruzados y su mirada entornada hacia ella esperando la respuesta.

—Y lo soy.

—En ese caso, ¿por qué buscas un dato que deberías saber de ante mano? ¿No has preparado tu conferencia? Ten en cuenta que se publicará posteriormente.

—Lo sé —asintió ella dando un golpe con la palma de su mano sobre una carpeta y poco menos que fulminando a Kenneth con su mirada fría.

—Bien. En ese caso, esperaré a que encuentres *ese dato* tan importante para el desarrollo del artículo. Y, de paso, ten en cuenta los demás desajustes históricos de Scott en la novela. Hablo de la época isabelina. Supongo que habrás considerado este tema y, más en concreto, lo referente a los teatros; así como la referencia que Scott hace a Oberón, el rey de las hadas en *El sueño de una*

noche de verano, del cual Megan puede ilustrarnos, ya que el año pasado dirigió una tesis sobre esta comedia. ¿Cómo es posible que, siendo Shakespeare un crío, Scott hable de su comedia en la corte de la reina Isabel? Un grave error histórico por su parte, ¿no crees? —Kenneth lanzó la pregunta como si de un guante se tratara para que ella lo recogiera y rebatiera toda aquella información. Se quedó contemplándola mientras se ajustaba las gafas y fruncía el ceño.

Kendra comenzaba a experimentar el deseo de mandar a paseo a aquel presuntuoso y sabihondo inglés. Pero por respeto a su trabajo y por educación no lo haría. Pero con ganas se quedaba.

—¿Tal vez lo hiciera para dotar a la trama de una importancia o interés mayor para el lector? Scott era muy dado a alterar la Historia en beneficio de lograr una trama lo suficientemente interesante como para atraparlos desde el principio.

Ella abrió los ojos como platos y se quedó contemplándolo con un toque de cierta victoria en el tono de sus palabras.

—¿Estás afirmando que lo hacía para vender más ejemplares y que no se trata de un error suyo?

—Sí, eso es lo que digo. Scott no alteraba la Historia sin una explicación. Además, ¿quién iba a saber si en aquellos días Shakespeare era un crío o no? —Ella agitó la mano en el aire sin darle importancia a este hecho—. Estamos hablando de una novela escrita en 1821.

Kenneth se quedó en silencio contemplando el gesto de suficiencia de ella, su sonrisa victoriosa por aportar ese dato de la fecha. En verdad que por extraño que le pareciera no podía dejar de contemplarla y sentirse extraño.

—Sí, bueno...

—Es cierto que debemos hacer referencia a estos hechos, pero no plantearlos como un trágico error. Scott solo quería escribir una novela ambientada en el período isabelino, luego tenía que aderezarla con elementos y personajes de esa época, como la reina...

—Faltaría más que quisiera escribir algo relacionado con esta época y no hablara de ella o la convirtiera en uno de sus personajes históricos. Al menos esta sale bien parada en la novela —ironizó él moviendo sus cejas como si quiera dejar claro su sentimiento de alivio a ese respecto.

Kendra apretó los labios ante ese comentario de él. Pero ¿es que iba a poner en tela de juicio cada elemento de la novela? ¿O se trataba de rebatir cada comentario que hacía ella? ¿No estaba a gusto allí? Si ese era el caso, no entendía qué narices hacía allí.

—En fin, creo que por ahora ya hemos tenido suficiente —dijo Kendra con tono autoritario ante la atenta mirada de él.

—¿Esto es todo?

—No, pero necesito salir de aquí. Llevo demasiadas horas encerrada en este despacho.

—Bien. Pues lo dejamos hasta mañana, si quieres. Pero habrá que trabajarlo más si queremos que el artículo sea de una calidad razonable.

Kendra tuvo la impresión de que él se dirigía a ella como si fuera una estudiante y no como si fueran colegas.

—No te preocupes que el artículo y las conferencias tendrán la calidad que se espera de estas.

La siguió con la mirada mientras ella se movía por el despacho recogiendo lo imprescindible para irse. Le parecía una mujer con energía, con pasión y, sobre todo, le encantaba cuando se encendía ante alguno de sus cometarios. Reconocía que en ocasiones él era un poco exasperante, pero quería estar seguro del todo de que podía confiar en ella para aquel trabajo. No quería que en el último momento ella se echara atrás o no rindiera al nivel que él esperaba. Se sabía su currículo académico de memoria, de igual modo que su bibliografía y asistencia a eventos relacionados con su especialidad. Era perfecta a simple vista, pero él quería estar seguro del todo. Tal vez ese grado de perfección que buscaba en las personas era el que le había impedido tener una relación seria y duradera.

Kendra estaba de uñas con él porque no dejaba de parecerle un tipo repelente, estirado y listillo. Hasta ese instante, le había puesto un *pero* a cada dato que ella había dicho. Si aquello iba a ser una constante, más le valdría armarse de paciencia: al cabo de una semana, se marcharía de regreso a Londres. ¡Una semana! Solo llevaban juntos un par de horas y ya la había sacado de quicio en numerosas ocasiones. No quería pensar en lo que estaba por llegar. No. De ninguna manera.

Se giró hacia la puerta después de coger el móvil, que había olvidado sobre la mesa, y se encontró con él allí parado. En mitad de su camino. No calculó el ímpetu de su movimiento, producido por el genio que latía en su interior, pero de improviso se vio casi empotrada en él.

—Lo siento.

—Deberías relajarte —asintió él con una media sonrisa que a ella le pareció una burla más por su parte. Y pese a que quiso pasarla por alto, no pudo dejar de reconocer que le gustaba el hoyuelo que se le marcaba en la comisura cuando lo hacía. «¿A qué diablos viene el pensamiento?», se preguntó sacudiendo la cabeza, desconcertada.

—Estabas en mitad de mi camino hacia la puerta —le rebatió furiosa.

—Y tú te has girado con demasiado ímpetu. Tanto que casi te abalanzas sobre mí. —Kenneth se ajustó las gafas y asintió.

—Yo... Eh... —no supo qué decir porque de nuevo él parecía tener razón. Se había vuelto de una manera frenética. Producida por la presencia y el comportamiento de él. Lo sacaba de sus casillas.

—¿Nos vamos? —Le abrió la puerta para cederle el paso, ante el desconcierto de ella.

Kenneth salió al pasillo y aguardó a que ella cerrara con llave. Se volvió hacia él de manera lenta y calculada, pero eso no evitó que volviera a encontrarse con su presencia, como si ocupara todo el espacio.

—¿Tienes dónde ir?

—Bueno, no conozco la ciudad. Y aunque Megan me comentó que tú serías mi guía en esta, te diré que no estás obligada a hacerlo. Me refiero a que puedo recorrerla yo solo. No tienes que...

Kendra entrecerró los ojos y ladeó la cabeza escuchando aquella explicación.

—Megan sería capaz de echarme del despacho si supiera que te he dejado solo por Edimburgo

—ironizó ella algo más relajada—. Ni hablar, daremos una vuelta por la parte antigua, la Old Town, y veremos dónde podemos tomarnos una buena pinta. Supongo que no rechazarás una cerveza escocesa. —Kendra arqueó su ceja con suspicacia.

—No, claro. Puedo tener mis reparos a lo escocés y...

—¿No irás a decirme que eres el típico inglés que considera Escocia como un condado de Inglaterra?

A él le gustó el tono y el gesto casi amenazante por su parte y que hizo que se detuvieran en seco a la puerta del departamento.

—¿Y tú no serás una de esas escocesas que piensan que el país estaría mejor separándose de Gran Bretaña?

—¿Qué tiene que ver esa pregunta?

—Lo mismo que la tuya. Te diré que no considero a Escocia un condado, ni a los escoceses como súbditos de la reina Isabel. ¿Satisfecha? —Se inclinó hacia ella con una reverencia, sin calcular su proximidad. Era tal que en un momento él se vio envuelto en el perfume de ella. Dulce. Fresco, pero no de los que duraban un momento. Se fijó en el brillo de sus ojos y en como ella tenía los labios entreabiertos muy cerca de los suyos.

Kendra la vio inclinarse a modo de respeto o de burla, pero no consideró que él volvía a ocupar su espacio. Y, por un momento, el rostro de él estaba demasiado cercano al de ella. Tanto que se fijó en sus ojos color café a través de los cristales de sus gafas. Luego lo vio erguirse y dar un paso atrás, como si él mismo comprendiera que se había acercado demasiado a ella, que había cruzado una especie de línea imaginaria.

—Sí —respondió ella a la pregunta de él—. No soy una nacionalista radical. Pero defiendo la cultura y las tradiciones de mi país. ¿Qué pasa que tú no lo haces con tu nación?

—Me parece acertado. Sí, claro. No hay que olvidar que Inglaterra ha sido siempre una potencia en el viejo continente e incluso en América.

Kendra le lanzó una mirada de desconfianza porque en todo momento él daba la impresión de que la miraba y la trataba con cierta superioridad.

Camaron por el campus universitario en dirección a la parte antigua de la ciudad, que era donde más movimiento habría a esas horas. ¿Acaso Megan esperaba que ella pasara todo el día con Kenneth? «Pero si la que lo conoce es ella, por ser los dos miembros de la asociación de estudios sobre Shakespeare», se dijo intentando buscar una explicación al motivo por el que era *ella* la que tenía que encargarse de *él*.

—¿Tú primera visita a Edimburgo? —le preguntó queriendo romper el incómodo silencio que se había establecido entre ambos.

—Mi primera visita, sí. Lo cierto es que no he tenido oportunidades de venir a la capital.

—Pero el año pasado Megan estuvo en Stirling durante la reunión de la asociación de Shakespeare. Imagino que tú también.

—Sí, sí. Estuve en Stirling, o, mejor dicho, en el hotel en el que se celebró el evento.

—¿No te diste una vuelta por la ciudad? Merece la pena —asintió ella con total convicción, mirando a Kenneth caminar con gesto despreocupado a su lado.

—No. Estuve demasiado centrado en las conferencias y los contactos que haces en esos eventos.

—Vaya.

—Supongo que tú, como experta en Walter Scott, también acudirás a congresos de ese tipo. ¿Me equivoco?

Kendra no sabía si era la manera de dirigirse a ella o su mirada la que volvían a inquietarla. Le parecía demasiado *listillo*. Con esa aura de superioridad que parecía rodearlo.

—Sí. Pero también aprovecho para hacer turismo y divertirme. Oye, si te parece algo pesada o que caminar por la ciudad es un coñazo, siempre puedes regresar al hotel y quedamos otro día —le soltó de manera espontánea, sin darle ningún tipo de importancia al decoro.

Kenneth se detuvo en seco, obligándola a ella a hacer lo mismo.

—No. No tengo intención de hacerlo hasta que no sea hora de irme. Doctora Kendra, tenemos unas conferencias que preparar y dar. Al mismo tiempo, hay que redactar un ensayo que la propia universidad de Edimburgo piensa publicar.

Ella permaneció con la boca abierta y la mirada llena de asombro por la manera en la que se había dirigido a ella, cosa que no les sorprendía a esas alturas.

—Puedes llamarme Kendra, a secas. La gente que te escuche va a pensar que trabajo en el hospital.

—Bueno, es que estoy acostumbrado a que se dirijan a mí por ese título.

—Me parece bien, pero yo no. Y no pienso empezar a hacerlo desde ahora, Kenneth —le dejó claro pronunciando su nombre con naturalidad, pero con un cierto retintín para vacilarlo. Aquel tipo era demasiado. Ya hablaría con Megan por la mañana. ¿Por qué narices esta no le había advertido de cómo era en realidad su colega? Se había limitado a calificarlo como majo, atento, simpático, cordial... Nada más. Nada que fuera de su interés. Ella apostaba a que estaba solo. Sin pareja, porque había que tener una buena dosis de paciencia para estar con él.

Él esbozó una sonrisa al verla seguir su camino, dejándolo a él atrás. Sin duda que aquella escocesa era rebelde como sus antepasados. Pero a él no lo inquietaba en demasía; todo lo contrario, lo encandilaba. Esperó a que ella se volviera o a que echara un vistazo por encima de su hombro hacia él. Quería contemplar la cara que pondría al ver que no la seguía.

Kendra se dio cuenta al momento de que él se había quedado atrás. ¿Qué le había pasado? ¿Estaba saludando a alguien o miraba algo en particular? Se volvió para ver qué demonios le sucedía y, para su sorpresa, él no estaba contemplando nada ni haciendo nada en concreto salvo quedarse mirándola con esa sonrisa suya que le marcaba un hoyuelo. ¡Por San Andrés que deseaba que la semana pasara rápido para perderlo de vista!

—¿Puedo saber qué te sucede? —le preguntó observándolo caminar en su dirección. Erguido. Con una mano en el interior del bolsillo de su pantalón. El paso firme y su mirada fija en ella.

—Nada en particular. Solo que me quedé pensando en lo que habías dicho. Nada más. Podemos continuar.

Kendra arqueó sus cejas, resopló y se dio la vuelta para seguir el paseo, ajena a lo que él hiciera.

Capítulo 2

Megan se reunió con Ian para dar una vuelta por algunas de las actividades que ofrecía el festival. Seguía trabajando en la biblioteca al tiempo que ampliaba sus conocimientos sobre las comedias de Shakespeare. Incluso ella misma le había pedido colaboración para un ensayo acerca de *Mucho ruido y pocas nueces*. No sabía cómo, ni cuándo, ni por qué, pero la llegada de Ian a su vida había cambiado muchos aspectos de esta. E incluso la rivalidad con Morrison por el puesto, que ella logró obtener, se había enfriado un poco. No obstante, no quitaba que cuando se cruzaban en la facultad o en el departamento él no la mirara con buenos ojos. Le echaba en cara la jugada de Ian trasladando su expediente a otra facultad para no perjudicarla por su relación. Pese a todo, ella solo pensaba en trabajar y no meterse en luchas que no conducían a ninguna parte.

—Pensé que estarías con Kendra y Stuart —le dijo Ian nada más verla.

—No. Stuart está liado con una representación de teatro para el festival. Y Kendra... —Megan hizo una breve pausa pensando en esta y no pudo dejar escapar una sonrisa cargada de ironía.

—¿Qué le pasa? ¿Por qué sonríes de manera diabólica?

—No es nada. Ella debe de estar con Kenneth a estas horas. O eso creo. Si no lo ha mandado de regreso al hotel.

—Pero ¿qué os traéis entre manos?

—Te comenté que la universidad quería celebrar el bicentenario del nacimiento de Shakespeare y que para ello había pensado en una colaboración estrecha con la asociación a la que pertenezco.

—Sí. Lo de las conferencias y su posterior publicación.

—Exacto. Pues bien, hablé con Roland sobre este acontecimiento y se mostró encantado y predisposto en todo momento. Me sugirió que para ese tema hablara con Kenneth. Tú no lo conociste el año pasado en el congreso sobre Shakespeare que hubo en Stirling.

—No. No me suena.

—De haberlo hecho, te acordarías al momento.

—¿Por qué? ¿Qué sucede con él? ¿Tan malo es?

—Oh, no. Nada de eso. Kenneth es un cielo de persona. Educado, atento, bien hablado, con modales exquisitos...

—Un coñazo, vamos —resumió Ian ante aquella lista de características de él.

—No exactamente.

—Pues según lo has descrito...

—No. Kenneth es muy recto y disciplinado en su trabajo. Y, sobre todo, en el tema de la investigación académica. No le gusta dejar las cosas a medio hacer o que tengan una escasa calidad.

—Uffff, hablas de él como si fuera un hueso duro de roer.

Megan sonrió al escuchar aquel calificativo para su colega y amigo.

—Más o menos.

—¿Un estilo a ti? —Ian arqueó su ceja con suspicacia, mirando a Megan y contemplando con atención el gesto de su rostro.

Ella permaneció unos segundos con la boca abierta en clara actitud de sorpresa e incredulidad por las palabras de Ian.

—De manera que...

—Vamos, no te hagas la dramática a estas alturas que no te pega. Ya te lo dije en su momento.

—Cierto. —Megan recordó aquella tarde cuando él le echó en cara que, en ocasiones, no era capaz de aparcar a la catedrática que había en ella cuando estaba con él.

—Pues compadezco a Kendra por lo poco que la conozco.

—No es para tanto. Kenneth es muy perfeccionista cuando se trata de su trabajo. Ya te lo he dicho.

—¿Y por qué está con ella? Me refiero a cómo has pensado en él para colaborar con ella sabiendo cómo es.

—Porque me lo recomendó Roland, te contaba. Que hablara con él porque se había mostrado interesado en participar. Y, además, conoce la novela de Scott sobre la que Kendra y él trabajarán. Así ha sido.

Ian permaneció pensativo unos segundos mientras apretaba los labios y sacudía la cabeza.

—Bueno, si es la única opción que había... Supongo que no le has dicho a Kendra cómo es él.

Megan se mordisqueó el labio y contrajo el gesto de su rostro en señal de culpa.

—No.

—Ya. Has preferido que sea ella la que lo descubra.

—Sí. Además, creo que le vendrá bien para que se centre un poco. A veces tengo la impresión de que se ha relajado desde que consiguió su plaza de profesora. Me refiero a que no ha publicado nada nuevo en el último año, ni ha dado ninguna ponencia en congresos y demás. No sé si me entiendes lo que quiero decir.

—Sí. Crees que Kendra se ha acomodado demasiado y que tal vez Kenneth sea una especie de revulsivo para ella.

—Si él le exige dedicación y rigor a la hora de preparar la conferencia y el posterior ensayo...

El tono de Megan dejaba ver cuál era su esperanza al respecto.

—Pues espero que todo salga bien y que tu amiga no lo mande a paseo.

—No creo que sea para tanto. Además, pasar tiempo con él le vendrá bien para centrarse. Sé lo

que digo.

—¿Has pensado que sea ella la que acabe influyendo en él? Me refiero a si has considerado la remota posibilidad de que pasar tiempo con Kendra haga que tu amigo de la asociación cambie.

—¿Te refieres a que Kenneth pueda ceder ante ella? —Megan entornó su mirada hacia Ian, sacudiendo la cabeza sin dar cabida a esa posibilidad—. No. Imposible. Jamás.

En la mente de Megan, no cabía la posibilidad de que Kenneth pudiera cambiar su estilo, su manera de ser al pasar una semana con su amiga y compañera de despacho. Pero la pregunta de Ian había dejado un poso con el que ella no contaba.

—Está bien. Vayamos a dar una vuelta para ver el ambiente de estos días. Siempre me trae buenos recuerdos, mi Titania. —Ian la atrajo para besarla y escuchar el gemido de aceptación de ella mientras se apoyaba en él, parecía coger impulso y se elevaba sobre las puntas de sus zapatos para corresponderle al beso.

Kendra llevó a Kenneth hasta High Street para que él fuera testigo de la animación que había a esas horas. Este parecía no perder detalle del colorido y de los sonidos que lo rodeaban. En alguna que otra ocasión, se inclinó sobre ella para hacerse entender. Y era entonces cuando su cercanía lo golpeaba y hacía que las palabras no acudieran a su boca. Y se quedará contemplándola sin saber qué hacer.

Ella parecía igual de sorprendida que él cuando tenía su rostro a escasos centímetros. Parecía que iba a decirle algo, pero en el último momento se callaba. Se echaba hacia atrás con una tímida sonrisa y un leve asentimiento. Kendra se quedaba mirándolo, intrigada por lo que acababa de hacer.

—Iba preguntarte por toda esta gente —se disculpó él porque sin duda que su gesto lo había dejado como un completo idiota. ¿Qué pensaría ella? Había creído percibir en su mirada el asombro al verlo inclinarse. ¿No estaría pensando que quería besarla, no?

—Son artistas callejeros que representan sus funciones.

—¿Qué esperan conseguir aparte de que la gente los vea y los aplauda? Unas monedas por su actuación, claro.

—¿Tal vez que alguien quiera contratarlos para actuar en un recinto cerrado? —le hizo saber ella con un toque divertido e irónico.

—Claro, claro. Pero no parecen unas representaciones destinadas a un teatro.

—¡Por San Andrés, son artistas callejeros! No son profesionales o tal vez algunos lo sean. Deja el teatro isabelino al margen durante unas horas, ¿quieres? No estamos haciendo referencia a este —le sugirió abriéndose camino por entre la gente y los artistas.

—No he dicho nada al respecto.

—Que sus actuaciones no son dignas de un teatro, ¿te parece no decir «nada»?

Él la vio resoplar y poner los ojos en blanco. Y se limitó a sonreír de nuevo. Le estaba

cogiendo el gusto a hacerla enfurecer, ya que sin duda que ese toque de enfado la hacía más atractiva a sus ojos. Pero no entendía el motivo por el que le rebatía cada cosa que el comentaba.

—Entremos a tomar algo.

La siguió al interior de la taberna donde el ambiente era algo menos animado. El hecho de que en la calle hiciera una buena temperatura y que hubieran representaciones hacía que la gente dejara el interior de las taberna para más tarde.

Kendra se dirigió a la barra con una sensación de estar perdiendo la paciencia con aquel inglés. Pero ¿quién coño se creía que era?

—¿Qué quieres?

—Probaré la cerveza escocesa.

—Dos pintas —pidió ella volviéndose a la barra.

Kenneth recorrió la taberna con la mirada mientras esperaba a que el camarero les sirviera.

—Ten.

—Gracias.

—*Sláinte!*

Kenneth contempló a Kendra alzar su pinta e instarlo con la mirada a que entrechocara su vaso con el de ella.

—¿Es lo que decís aquí para brindar?

—Sí.

—En ese caso... Slan... ¿Cómo lo dices?

—*Sláinte!* Es una palabra gaélica para brindar. Se usa tanto en Irlanda como aquí en Escocia. Se dice cuando se brinda y se desea buena suerte.

—Interesante.

—¿Nunca la habías escuchado? —Kendra frunció el ceño y entornó la mirada esperando una respuesta que ya imaginaba de ante mano.

—No. Nunca. Recuerda que es mi primera visita a Escocia.

—Pues estoy segura de que los días que pases aquí servirán para enriquecer tu vocabulario.

—Bueno, no creo que estas palabras o expresiones vuestras me sirvan de algo cuando regrese a Londres.

Kendra sonrió de manera irónica al escucharlo. En verdad tenía razón, porque no lo veía muy dispuesto a emplear palabras o expresiones gaélicas en una ciudad tan refinada como Londres. Y mucho menos en su círculo de amistades que apostaba que eran todas como él.

—Fíjate que para leer *Kenilworth* he tenido que buscar una edición lo más inglesa posible para evitar encontrar algún vocablo escocés o gaélico.

—¿Y lo has hallado? Porque te advierto que leer a Scott implica conocer la lengua escocesa y gaélica. No lo olvides. —Ella movió las cejas en clara advertencia de lo que podía encontrarse.

—Sí. Una edición algo más moderna. Pero ¿por qué escribió una historia sobre la reina Isabel siendo él un escocés orgulloso de su tierra y su cultura? Me refiero a...

—Porque sentía la necesidad de hacerlo una vez que había escrito sus obras sobre María Estuardo. *El monasterio* y *El Abad*, que hacen referencia a la encarcelación de la reina en Loch Leven.

—O bien sentía fascinación por la reina de Inglaterra —le dijo con un tono pretencioso que hizo que Kendra dejara su vaso de cerveza suspendido camino de sus labios.

—Bueno, es posible. Pero me decanto por la primera explicación.

—Claro. Eres la experta en el trabajo de Scott.

—Sí, lo soy —le aseguró molesta con el retintín de su comentario—. De igual modo que se supone que tú lo eres de Shakespeare.

La sonrisa de ella a camino entre la burla y la comicidad lo volvieron a atrapar. Sin duda que aquella escocesa no parecía que fuera a darle tregua.

—Mi carrera lo acredita.

—Apuesto a que sí.

—¿Prefieres que sigamos hablando de los dos escritores o del tema del festival? La verdad es que fue toda una sorpresa para mí que Megan me propusiera este asunto.

—¿Por qué no lo rechazaste? No pareces muy cómodo hablando de Scott. —Kendra entrecomilló con sus dedos sus últimas palabras. Le quedaba claro que él era «muy inglés».

—Es una buena oportunidad para engrosar mi currículum académico.

—Entiendo. —Kendra chasqueó la lengua.

—La cerveza no está mal. Suave. No es como la inglesa.

—Estás en Escocia. No sé si a estas alturas te has dado cuenta. —Kendra entrecerró sus ojos y se acercó a él más de la cuenta, ya que sus cuerpos quedaron separados por escasos centímetros. Su paciencia parecía haber llegado a un tope, a juzgar por su repentina reacción. No supo qué la empujó a comportarse así, pero no pudo contenerse.

Kenneth la contempló con la lógica sorpresa del que no esperaba que ella se envalentonara de aquella forma. Agradeció su proximidad, su enojo, porque sin duda que aumentaba su atractivo. Pero ¿por qué coño pensaba eso de ella? Que era atractiva y que deseaba rodearla por la cintura y atraerla hacia él para callarla como le gustaría hacer. Sonrió de manera tímida y asintió.

—Claro que lo sé. Me he dado perfecta cuenta de ello desde que cogí el avión en Heathrow.

—Pues no lo parece.

—Los letreros están en inglés y en gaélico. Y los tíos llevan falda y tocan la gaita.

—Se llama *kilt*. Y es la prenda típica de aquí. Un distintivo de la cultura y la tradición gaélica, al igual que la gaita.

—Gracias por tu explicación. —Kenneth levantó su pinta ante el rostro enojado de ella, con el propósito de que no abandonara su estado de agitación. Su mirada brillaba en demasía, su rostro permanecía encendido y los labios entreabiertos, que en ese momento ella se humedecía.

—Creo que voy a pedirle a Megan que me aparte de esta colaboración.

—Vamos, ¿no lo dirás en serio? A mí no me importa colaborar contigo, aunque seas escocesa.

¿Qué problema ves? —Él dejó el vaso sobre la barra y se quitó las gafas con un rápido movimiento. Se quedó contemplándola con curiosidad y cierta preocupación por que estuviera hablando en serio.

Kendra se echó hacia atrás, como si la cercanía de él la sorprendiera. O tal vez fue el hecho de que su mirada la escrutara con detenimiento. Era la primera vez que se quitaba las gafas y... a ella pareció afectarle más de lo esperado. La había sujetado por el brazo con delicadeza, como si ella fuera a marcharse. Por un segundo, se sintió extraña y, hasta cierto punto, vulnerable. Su enojo con él, o más bien con su forma de hablar de Escocia y de sus tradiciones, parecía disiparse como la niebla tan propia en las Tierras Altas. La suave caricia de los dedos de él en su brazo, pese a llevar la camisa, la tranquilizó en un principio.

—¿Tienes algún inconveniente con mi origen? Porque estoy muy orgullosa de él.

—Soy consciente, Kendra.

La mera pronunciación de su nombre la hizo agitarse. Si no se equivocaba, era la primera vez que no le ponía su categoría académica delante de su nombre.

La mirada de ella se desvió un instante de la de él para captar la atención de Stuart, que en ese momento entraba en la taberna y la saludaba.

—Hola, Kendra.

—Stuart —asintió ella—. Deja que te presente a Kenneth. Ha venido de Londres para participar en las conferencias. Es amigo de Megan.

—Encantado. ¿También enseñas el teatro isabelino y a Shakespeare?

—¿Te pido algo de beber? —lo interrumpió Kendra, que vio en la presencia de Stuart su tabla de salvación. Al menos durante el rato que estuviera allí ella podría dejar de pensar en Kenneth.

—Una pinta, gracias.

—Sí, enseñé el teatro isabelino y la obra de Shakespeare en Londres. Y formo parte de la Asociación Británica de Estudios sobre este.

—Stuart es un estudioso del teatro inglés —le aseguró Kendra, volviendo su atención hacia él. Estaba más que dispuesta a que ellos dos se pusieran a charlar de ello. Le permitiría observar a Kenneth y ver por dónde podía cogerlo.

—¿En serio?

—Bueno, he estudiado el teatro inglés desde sus orígenes hasta las comedias jacobinas.

—Entonces también has estudiado a Shakespeare —apreció Kenneth mirándolo con el ceño fruncido y los brazos cruzados, como si este despertara de repente su interés.

—No al nivel de Megan o al tuyo.

—¿No habrá leído por casualidad la obra de Scott, *Kenilworth*?

—Ah, no. No he tenido el placer. La novela de Scott se la dejamos a nuestra querida Kendra, como ya te habrá explicado —asintió Stuart dirigiendo su atención a ella.

Kenneth hizo lo propio para volver a mirarla y comprobar si su enojo se había disipado con el paso de los minutos.

—Sí. Por ella estoy aquí —aseguró sin apartar su atención de la mujer.

Kendra acusó sus palabras dando un ligero respingo. Comenzó a sentir una ola de calor por todo su cuerpo, que se hizo más acusada cuando llegó a su rostro. Bebió un trago de cerveza para mitigarla. No le había hecho ni pizca de gracia que él dijera eso de ella.

—¿En serio? —Stuart miró a su compañera con gesto de extrañeza.

—He venido en representación de la Asociación Británica de Estudios de Shakespeare para participar en unas charlas o conferencias con motivo del festival. Fue Megan quien me lo propuso.

—¿Y qué tiene que ver con Kendra y Scott? Ah, ya entiendo... La novela *Kenilworth*, ¿verdad?

—Sí, Scott retrata a Shakespeare en la corte de Isabel cuando en verdad no era más que un chiquillo. Y luego hay referencias a *El sueño de una noche de verano*.

—Qué casualidad. Esa ha sido la última obra que ha trabajado Megan —apuntó Kendra sin saber por qué lo había hecho. Estaba muy a gusto calladita, escuchando lo que ambos se decían, y sin captar la atención del inglés, que todo fuera dicho, no se mostraba tan repelente con Stuart como con ella. Y eso que este también era escocés, se dijo en un intento por serenarse.

—Sí, me lo comentó Roland, el presidente de la asociación de Shakespeare. Toda una sorpresa, ya que ella nunca quiso trabajar las comedias, sino solo las tragedias.

—Sería justo decir que fue su alumno el que la obligó a hacerlo —ironizó Stuart con toda intención al recordar el idilio entre Megan e Ian durante el pasado año, cuando ella aceptó a dirigirle la tesis.

Kenneth permaneció en silencio, con el gesto pensativo ante ese último comentario.

—¿La obligó?

—Megan e Ian acabaron siendo pareja. Pero mira, ahí la tienes para que te lo aclare.

Kenneth se volvió para centrarse en la presencia de su amiga acompañada por el tal Ian, según dedujo por las palabras de Stuart.

—Vaya, vaya, ¿es así cómo prepararéis vuestras conferencias y vuestra publicación?

Kenneth se limitó a asentir con una sonrisa mientras Kendra fulminaba con la mirada a su amiga y colega de despacho.

—Precisamente en este instante le estaba preguntando a Stuart por sus conocimientos acerca del teatro inglés. Y que si había leído *Kenilworth*. —Se volvió hacia Kendra una vez más, como si ella tuviera un imán para atraer su atención.

Megan lanzó una mirada de curiosidad a esta, pero no le convenció la expresión de su rostro. ¿Qué le sucedía?

—Oh, vaya, qué casualidad. Por cierto, antes de seguir charlando de Shakespeare, este es Ian.

—Encantado —dijo este estrechando la mano de Kenneth.

—¿Estuviste en el congreso de Shakespeare del año pasado?

—Sí.

—Es que me sonaba tu cara de haberla visto por el hotel en algún momento. No coincidimos en las conferencias.

—No. Yo fui de oyente.

—Ian estaba preparando su tesis sobre *El sueño de una noche de verano* —intervino Megan aclarando la situación.

—De modo que tú eres el responsable de que nuestra querida Megan se haya pasado por fin a analizar las comedias del bardo inglés.

—No me quedó otra —asintió ella recordando los pormenores que la llevaron a ello.

Kenneth se limitó a asentir, recordando la anterior aclaración de Stuart al respecto de ellos dos. Pero prefirió no decir nada que pudiera molestar a su amiga.

—Y bien, ¿cómo marchan las cosas entre Kendra y tú? —le preguntó Megan deseosa por tener noticias de la situación.

Kenneth se limitó a sonreír y a colocarse las gafas.

—Bien, las cosas marchan por buen camino. Tenemos nuestras diferencias al respecto acerca del punto de vista de Walter Scott en su tratamiento del personaje de Shakespeare...

—Entiendo. Espero que no surjan inconvenientes.

—Nada que no se pueda arreglar. Yo me encuentro muy a gusto colaborando con ella —le aseguró sabiendo que cuando Megan pillara a solas a Kendra, esta le daría un relato totalmente distinto al suyo. Que lo pondría a escurrir con respecto a sus comentarios sobre Escocia, los escoceses y sus tradiciones. Pero no le importaba. No mientras ella siguiera pareciéndole tan interesante. Hacía mucho tiempo que una mujer no le llamaba tanto la atención como Kendra. Tal vez desde que Amy lo dejó, él se había metido de lleno en su carrera académica sin prestar más atención al resto del mundo, sin darse cuenta de lo que se estaba perdiendo.

—Me alegro. Kendra es muy...

—¿Temperamental? —Kenneth esbozó una media sonrisa.

—Sí, podría decirse que sí. No se lo tengas en cuenta, ¿vale?

—Por nada del mundo —asintió él antes de volver a beber un trago de cerveza—. Oye, Kenneth, aclárale unas dudas a Ian sobre *Romeo y Julieta*. Quiere presentar un ensayo sobre esta obra el próximo año.

—Ah, la trágica historia de amor por excelencia de la literatura universal —resumió él con una carcajada.

Era la primera vez que Kendra lo veía reírse de aquella manera, lo cual no dejó de parecerle raro en alguien tan estirado como él.

Megan siguió la mirada de su amiga hasta posarse en su amigo.

—Asegura que entre vosotros hay un buen rollo.

Kendra lanzó una mirada de refilón a Megan y elevó su ceja en señal de suspicacia ante ese comentario.

—¿En serio ha dicho eso?

—Asegura que se encuentra muy a gusto colaborando contigo.

Kendra resopló y puso los ojos en blanco ante esa afirmación tan rotunda por parte de él.

—Pues qué bien.

—¿Qué pasa? ¿No es verdad lo que me ha dicho?

El gesto de sorpresa e incertidumbre de Megan cogió por sorpresa a su amiga.

—Tal vez él tenga esa impresión, pero no es la misma que la mía. Se ha pasado todo el tiempo criticando cualquier cosa que tenga que ver con Escocia y lo escocés. ¡Si hasta ha llamado falda al *kilt*! —le comentó bajando la voz para que él no la escuchara, claro que tampoco le iba a dar demasiada importancia a que lo hiciera. Pero prefería que no fuera así.

—Bueno, ese es un error típico de los ingleses que desconocen que...

—Ya, pero no es solo eso. Que si no le parece correcta la imagen de Shakespeare en *Kenilworth*; que Scott no tenía ni idea de lo que escribía. Ah, y encima me pregunta si yo soy una de «esas» que apoyan el nacionalismo escocés. Y otras cosas de las que no me acuerdo, pero que ya diré —le aseguró una Kendra algo alterada desde que Kenneth apareció—. ¿Puedo hacerte una pregunta personal?

—Sí, claro. Adelante.

—¿De dónde coño lo has sacado?

Megan le sostuvo la mirada a su amiga mientras se mordía los carillos para no reírse de su comportamiento. Sin duda, era lo que se temía, o esperaba de alguien como ella en cuanto conociera a Kenneth.

—Es uno de los miembros de la Asociación Británica de Shakespeare, ya te lo dije en su momento. Roland me lo recomendó para este trabajo de colaboración con la facultad.

—Pues menuda recomendación —bufó Kendra bebiendo un trago largo de cerveza sin apartar la mirada de él. Le parecía que se lo estaba pasando incluso bien con Stuart e Ian.

—No creo que sea para tanto.

—No, ya lo creo. Es para mucho más.

—Y de la colaboración, ¿qué me cuentas?

Kendra cogió aire y lo soltó.

—Hemos intercambiado información, pero toda ella se ha basado en las alteraciones de Scott en la novela. En que la presencia de Shakespeare no está justificada. No debería estar en esos años a los que la historia hace referencia. Y que los teatros que se mencionan no estaban terminados ni mucho menos funcionando. —Kendra volvió a poner los ojos en blanco.

—Pero si es cierto...

—Ya lo sé. Claro que Scott altera la trama y la Historia de la época. Pero no hace falta que venga un inglés a decírmelo. No quiero ni pensar en el momento en el que nos pongamos a ello.

—Creo que exageras y que deberías calmarte. Además, Kenneth va a estar solo unos días. Hasta que el trabajo esté concluido y ambos hayáis dado las conferencias sobre el tema. Tú darás tu punto de vista sobre el motivo que llevó a Scott a situar a Shakespeare en esa época. Y él hará lo mismo desde el punto de vista como estudioso de la vida y obra del bardo de Stratford upon Avon.

—Menos mal que solo serán unos días.

—Pero ¿qué te sucede con él? Yo también lo he escuchado decir cosas sobre Escocia y los escoceses que no me han hecho gracia, pero no he echado poco menos que pestes de él, Kendra.

Esta elevó su ceja y frunció sus labios.

—Porque tú eres más permisiva en ese campo. Te da igual en cierto modo lo que él pueda decir sobre nosotros.

—Creo que deberías centrarte en el trabajo para el que ha venido y dejar a un lado todo lo demás. De lo contrario, creo que los días que Kenneth esté aquí serán duros para ti.

—Pero es que es tan... resabido. Es un listillo.

—Es alguien para el que la investigación académica lo es todo. Se lo toma muy en serio.

—Bien por él. Pero no creo que tenga que ponerle *peros* a todo lo que digo. Ni que lo recalque con un tono de superioridad. He tenido la impresión de haber regresado a mis años de estudiante de doctorado.

—Mujer, ¿no crees que exageras?

—¿Tú crees? Porque a mi no me hace ninguna gracia que ponga en duda mi título de doctora. O que mis conocimientos sobre la novela inglesa y menos sobre la obra de Scott. Ese es tu querido amigo —le dejó claro mientras la apuntaba con su dedo, como si la acusara.

Megan conocía a Kenneth desde hacía algunos años y sabía que se tomaba su trabajo muy en serio. Habían coincidido en todas las reuniones de la asociación y, aunque en un principio era algo más divertido, lo cierto era que con el tiempo él se había vuelto más huraño. Se había centrado en impartir sus clases sobre Shakespeare, a publicar infinidad de artículos al respecto, dar conferencias, asistir a congresos y demás por toda Europa. Se había entregado en cuerpo y alma.

—Tal vez no le pilles la ironía a sus comentarios.

—Creo que es mejor que lo dejemos. Es más, me voy a ir a casa a relajarme en un baño de espuma.

—Pero ¿cómo vas a dejarlo?

—No lo dejo solo. Está con vosotros —le aclaró Kendra fingiendo sentirse sorprendida—. Te veo mañana.

Megan se quedó con la boca abierta mientras contemplaba a su amiga despedirse de los tres hombres, y observar como Kenneth fruncía el ceño, miraba el reloj y sacudía la cabeza. Se quedó inmóvil mientras veía a Kendra salir de la taberna.

Kenneth no podía imaginar que ella se despidiera tan pronto, dejándolo con la compañía de sus colegas de facultad. Se quedó observándola en silencio mientras ella desaparecía en la calle. Había intentado retenerla un poco más asegurándole que él también se marcharía y todo eso, pero no había resultado muy convincente. Se resignó a su suerte y siguió charlando con Stuart e Ian mientras en su mente no podía dejar de pensar en ella. ¿Por qué demonios lo hacía?

—¿Todo bien con Kendra? —la pregunta de Megan lo sacó de sus pensamientos. Se ajustó las

gafas y sonrió mirando a su amiga.

—Sí, claro. Ya te lo he dicho. Entiendo tu interés en que ambos nos llevemos bien.

—Por eso mismo.

—Entonces no comprendo a qué viene tu pregunta. ¿Te ha comentado ella algo al respecto? Tal vez ha hecho mención a mis comentarios acerca de Escocia y de lo escocés. —Kenneth esbozó una tímida sonrisa con la mirada puesta a en su vaso de pinta. Temía que Megan pudiera descubrir algún tipo de interés en él por su amiga y colega.

—Aparte de tus comentarios mordaces acerca de las tradiciones de aquí... Nada más.

—Bueno, reconozco que tal vez me haya excedido en alguno.

—No te preocupes, Kendra no se asusta con facilidad. Ni se va a echar atrás porque tú seas muy *inglés*. Tiene su amor propio y su orgullo.

Por un instante, recordó las palabras de ella al respecto de hablar con Megan y solicitar salir de aquel proyecto.

—Ni se me ha pasado por la cabeza que lo haga. Quédate tranquila.

—Por cierto, ¿qué tal por Londres? Hace tiempo que no nos vemos.

—Como puedes suponer, trabajo, trabajo y más trabajo. Clases, artículos de investigación, seminarios, congresos... ¿Qué voy a contarte que tú no sepas? —Kenneth se encogió de hombros.

—Sí, por suerte o desgracia, sé de lo que me hablas porque yo lo sufro.

—Supe que habías logrado ser directora del departamento de literatura inglesa. Eso supone más trabajo, no me cabe duda.

—Sí, quería lograr la plaza. Es un paso más...

—¿Decana de la facultad? —Kenneth arqueó una ceja con suspicacia. Conocía a Megan desde hacía mucho tiempo por ser ambos miembros de la Asociación Británica de Estudios sobre Shakespeare. Y también sabía de su ambición: no tenía límites.

—Es apuntar alto —le aseguró ella poniendo los ojos como platos e inspirando hondo.

—¿Por qué no? Es el siguiente escalón después de directora de departamento.

—Ya, pero requiere mucho más esfuerzo.

—¿Y Kendra? —la pregunta pilló desprevenida a Megan. Entrecerró los ojos y sacudió la cabeza sin entender muy bien qué quería decir él.

—¿A qué te refieres?

—¿Qué puesto ocupa? Ya sé que es doctora y que enseña literatura inglesa. Especialista en la novela histórica y, en especial, en la obra de Scott. También sé que es una chica que tiene potencial. Puede llegar lejos.

Megan chasqueó la lengua y sonrió divertida.

—Pues a lo mejor deberías fomentar ese potencial que mencionas diciéndoselo tú mismo, a ver si te hace caso.

—No te entiendo.

—Kendra lleva meses algo apática en el sentido de investigar y publicar artículos. Por ese

motivo, la animé, o, más bien, le propuse a la facultad, para que fuera ella la que participara en el ensayo de investigación.

—Pensaba que había sido ella la que se habría ofrecido, siendo experta en la obra de Scott —comentó Kenneth bastante contrariado por esa circunstancia.

—No. No sucedió de esa forma. Yo también lo esperaba dados sus conocimientos y su reputación dentro de la asociación de Scott que hay en Edimburgo.

—Desconocía todo esto.

—Pues ya lo sabes. Por eso, me ha llamado la atención lo que has dicho sobre su potencial. Kendra es muy buena en el campo de la investigación, pero lleva meses sin publicar nada. Y tú y yo sabemos lo que ello implica cuando quieres hacer carrera en la enseñanza universitaria. De manera que, si eres capaz de sacar todo su potencial, te lo agradeceré.

—Entiendo. Por lo poco que he hablado con ella, así me lo ha demostrado. Y aunque tengamos puntos de vista diferentes en torno al trabajo, creo que no habrá problemas para entendernos y hacer un buen proyecto.

—Y en lo personal... No seas tan duro con lo relacionado con Escocia. A ella le afecta bastante. Quedas advertido.

—Lo tendré en cuenta.

Sí, lo tendría muy en cuenta. Eso y otros aspectos de los que no había dicho nada a Megan.

Capítulo 3

Kendra se levantó temprano a pesar de que no había quedado con Kenneth cuando se marchó de la taberna la noche pasada.

Había llegado a casa, se preparó un baño de espuma para relajarse antes de sentarse en el sofá y repasar su tesis. No creía que se le hubiera escapado ningún dato al respecto de la imagen de Shakespeare en la obra de Scott. Estaba de acuerdo en que este había alterado la Historia en favor de una buena trama que captara la atención del lector. No era la primera vez que Scott lo hacía si uno se atenía a obras como *Ivanhoe*, donde las luchas entre sajones y normandos habían concluido bajo el reinado de Ricardo Plantagenet. En cuanto a la obra que les ocupaba, ella suponía que Scott había querido escribir una historia como homenaje a la reina Isabel, de igual forma que lo había hecho con la reina María de Escocia. Pero, según ella, no era para que él se burlara o se lo echara en cara con ese toque de autosuficiencia. Había sido su prepotencia y su carácter de listillo y sabelotodo lo que más la había enojado. Por no mencionar sus alusiones a Escocia y a lo escocés. «Pero espero cobrársela de una u otra manera», se dijo antes de meterse en la cama.

Caminaba por su apartamento sin rumbo fijo, pensando en todo ello, cuando su móvil sonó. No sabía dónde coño lo había dejado y al final lo encontró sobre la mesita de noche. ¿Quién coño sería a esas horas de la mañana? Se fijó en el número, desconocido, que aparecía en la pantalla.

—¿Diga?

—*Kendra. Soy Kenneth.*

La sola mención de su nombre la hizo abrir los ojos como platos, como si él estuviera delante de ella en ese preciso instante.

—Ya. Kenneth, ¿qué sucede?

Su voz era somnolienta, ya que acababa de salir de la cama y no se había tomado el primer café del día. Por eso, se dirigió a la cocina a prepararse uno mientras ponía el altavoz del móvil y lo dejaba sobre la encimera.

—*No sabía a qué hora habíamos quedado.*

—A ninguna —respondió ella con sequedad, lo cual se tradujo en un breve pero esclarecedor silencio al otro lado de la línea. Kendra lanzó una mirada al móvil, esperando que él dijera algo. Se mordisqueó el labio porque tal vez su tono había sido algo... duro para empezar el día. Y se sintió culpable por ello.

—Ya... Bien... *¿Qué has pensado hacer al respecto? Me refiero a que sería bueno vernos para seguir hablando sobre el trabajo de colaboración.*

Kendra estaba más centrada en la cafetera que en las palabras de él. Y tardó unos minutos en responder.

—Sí. Bueno... podemos vernos más tarde.

—*Cuando quieras y donde tú digas.*

Kendra cerró los ojos, sacudió la cabeza y sonrió divertida.

—*¿Ya te conoces la ciudad como para quedar en un lugar determinado?* —la ironía impregnó su pregunta mientras el semblante de su rostro se volvía travieso y burlón.

—*No del todo, claro está. Pero puedo preguntar en la recepción del hotel.*

Kendra ahogó una carcajada al escucharlo.

—Sabía que eras de la vieja escuela.

—*Disculpa, ¿por qué lo dices?*

—Por lo de preguntar en la recepción en pleno siglo XXI. ¡Por San Andrés! Hoy en día todo el mundo usa el GPS de su móvil para llegar a un punto en una ciudad que no conoce —le dijo con una risita cínica al imaginarse la situación.

—*Sí, tienes razón. Vale, pues...*

—En Princess Street junto a la estatua de Walter Scott. Supongo que sabrás llegar sin tener que preguntarlo ni usar el móvil. Es todo recto según sales del hotel. No tiene pérdida. ¿Te viene bien dentro de una hora o más tarde?

—*Una hora estará bien. Ya he desayunado.*

Kendra asintió.

—Pues siempre puedes darte un paseo hasta Princess Street. Echar un vistazo a las tiendas o a los jardines. A lo mejor descubres el encanto de esta ciudad y de sus gentes. Te veo junto al monumento. No tiene pérdida.

—*Como quieras. Luego te veo.*

—De acuerdo. —Kendra deslizó su dedo por la pantalla para cortar la comunicación y se quedó apoyada contra el borde de la encimera sin poder dejar de pensar en él. Lo que le provocó una nueva sonrisa. ¿Qué clase de tío era? ¿Cómo podía andar preguntando en el hotel dónde quedaba una calle? Hoy en día todo el mundo usaba la tecnología para moverse por una ciudad que no conocía. Sin duda que su aspecto de tipo despreocupado salvo por la enseñanza y la investigación se ajustaban a su estilo de vida. Solo esperaba que ese día fuera algo mejor y más productivo que el anterior.

Kenneth se quedó contemplando su móvil como si esperara que Kendra siguiera hablando, pero ella había cortado la comunicación ya. Asintió, devolviéndolo a su bolsillo, y decidió seguir su consejo y dar ese paseo hasta Princess Street. Según ella, solo tenía que dejar el hotel y caminar

en línea recta. Claro que conocía la principal arteria de la ciudad y por la que transitaba el tranvía. Había encajado con buen humor su ironía sobre si ya conocía la ciudad. Más le valía no olvidar el consejo de Megan sobre el carácter de ella. Aunque no podía dejar de reconocer que cuanto más la provocaba y más enojada se mostraba con él, más le llamaba la atención. «No de una manera exagerada que no me permita dejar de pensar en ella, pero me gusta», se dijo apretando los labios y asintiendo camino del *hall* del hotel para abandonarlo.

El día estaba despejado y hacía una temperatura muy agradable para dar un paseo como ella le había recomendado. ¿Encontraría el encanto que le sugería? Había visto poco de la ciudad, pero le había gustado. Tal vez se debiera al ambiente festivo y colorido provocado por el festival de las artes que tenía lugar durante el mes de agosto. Prefería recorrerla solo y, de paso, organizar sus ideas con respecto a su presencia en esta. Lo cierto era que la aparición de Kendra lo tenía algo descolocado y no podía dejar de pensar en la última conversación mantenida con Megan sobre ella. ¿Era cierto que Kendra estaba desperdiciando su potencial como investigadora? ¿Qué podía hacer él? De entrada, ella seguía mostrándose irónica con él. Solo tenía que recordar su llamada hacía un rato. «Deberé tener cuidado y no cabrearla», se dijo mientras seguía su paseo por Maitland Street y dejaba a su izquierda la catedral de San Mary. Llegó a la entrada de Princess Street y cruzó para dirigirse hacia los jardines del mismo nombre. El monumento a Scott dominaba el lugar y se veía desde la distancia. No tenía pérdida. Los jardines eran una vasta extensión con paseos, fuentes, bancos, una imagen que le recordó al londinense parque de Hyde Park, solo que este contaba con el castillo en lo más alto, lo que hacía del lugar una postal perfecta. Se tomó su tiempo en pasear, ya que presumía que ella llegaría con retraso, como todas las mujeres que conocía. «Que yo recuerde, nunca han aparecido a la hora fijada, y la llamativa escocesa tampoco lo hará», se dijo sonriendo de manera cínica. Pero no se lo reprocharía. No estaba dispuesto a iniciar una nueva batalla en su particular guerra con ella.

Kendra dejó su apartamento con tiempo suficiente para llegar al lugar en el que había quedado con Kenneth. No quería hacerlo esperar para que no se le ocurriera echarle en cara su falta de puntualidad. No. «No voy a darle esa oportunidad de echármelo en cara», se dijo camino del monumento de Scott. Lo cierto es que una parte de ella, no sabía cuál, tenía ganas de verlo. Por raro que le pareciera. Se debería a la colaboración que tenían que llevar a cabo. Porque no se le ocurría otra explicación. Confiaba en que ese día fuera más productivo y que pudieran llegar a un punto en común para comenzar con el ensayo. Estaba convencida de que él se ofrecería para redactarlo dado su amplio currículo y su amplia experiencia académica, y su complejo de superioridad, claro estaba. Lo dejaría hacer y ella se limitaría a preparar su ponencia.

Kenneth lanzó una mirada fugaz a su reloj y asintió satisfecho. Faltaban cinco minutos para que se cumpliera la hora que le había dado hasta quedar, y ella... De repente, se quedó sin capacidad de pensamiento y de reacción. Cuando levantó la mirada, su atención no pudo ir más allá de la mujer que caminaba hacia él con una sonrisa de triunfo en su rostro. Kenneth se humedeció los

labios porque la visión de Kendra le había secado la boca. Allí estaba ella. Y el tiempo, la hora y los retrasos le daban igual. Habían perdido todo su interés de repente. Su imagen nada tenía que ver con la que le ofreció el día antes. Era más... Apretó los dientes cuando pensó que, si en un principio le pareció llamativa y atractiva, ella acababa de reforzar su pensamiento.

—¿Llevas mucho esperando? —fue lo primero que le soltó mientras se levantaba las gafas de sol y las dejaba sujetas en lo alto de la cabeza. Una mirada cristalina lo observaba de manera fija e intrigante. Un rostro dulce, cuya sonrisa él deseaba borrar o hacer suya, aparecía a escasos centímetros de él.

Kenneth cogió aire antes de decir algo porque sin duda que la aparición de ella con aquel vestido rojo a juego con el color de sus labios lo estaba desconcertando.

—¿Vas a decir algo o prefieres seguir callado?

—Sí, sí... Acabo de llegar. El paseo desde Haymarket lleva su tiempo y he venido contemplando los edificios de la ciudad.

—Vaya, me has hecho caso. ¿Y qué te ha parecido?

—No está nada mal —dijo volviendo su atención hacia los jardines, porque quedarse contemplándola de manera fija le parecía algo descarado. Pero en verdad que no podía apartar su atención de ella—. Podríamos dar un paseo y, de paso, concretamos algunos aspectos del trabajo. ¿Te parece bien?

Ella entrecerró los ojos y lo contempló con exacerbada curiosidad por su invitación y porque todavía no había dicho nada negativo sobre los jardines. Ni había hecho ninguna comparación al respecto con los de Londres.

—Te advierto que no es Hyde Park —le aseguró con una ceja levantada con suspicacia.

—No me importa. Solo quiero que demos un paseo y que charlemos de...

—Sí, sí. Ya me lo has dicho —lo interrumpió levantando la mano, como si lo detuviera de una manera física. Luego se colocó a su lado y se dirigieron a la entrada de los jardines.

Ella evitó sonreír delante de él, pero sin duda que estaba... interesante con aquel toque de parecer algo cortado. Se había quedado sin palabras al verla y ello solo podía deberse a que no esperaba que ella fuera puntual.

—Dime, ¿qué tal acabaste anoche?

—Te fuiste algo pronto —le respondió.

—Estaba cansada y quería llegar a casa. Llevaba todo el día en el despacho preparando la ponencia y recopilando algún dato para el ensayo. ¿Has pensado en algo al respecto?

Kenneth parecía más centrado en el diseño de los jardines que en los comentarios de ella; o esa era la impresión que le quedó a Kendra cuando vio que tardaba en decirle algo.

—No. No he pensado en nada con respecto al ensayo.

Ella se quedó parada cuando escuchó aquella respuesta. Lo contempló alejarse sin pensar que se había quedado uno paso detrás de él. La risa invadió su cuerpo, sacudiéndolo al pensar en él. Al darse cuenta de que esa mañana lo encontraba especialmente... atractivo con su habitual toque

de despistado.

Cuando él se dio cuenta de que caminaba solo, se volvió con gesto de sorpresa en su rostro. Se ajustó las gafas y caminó hacia ella.

Kendra solo pudo pensar en cómo un tipo como él había logrado todo lo que ponía en su historial académico. Y solo había una explicación: no tenía una pareja a su lado. Lo cual implicaba que todo su tiempo y esfuerzos los dedicaba a la enseñanza y a la investigación.

—¿Sucedo algo?

—No. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque te has quedado parada.

—Es que tu respuesta anterior me ha dejado sin palabras y sin capacidad de reacción. La verdad... No me la esperaba viniendo de alguien como tú.

—¿Y qué esperabas? ¿Qué ya tuviera todo el trabajo hecho? He llegado ayer tarde —le recordó como si se estuviera excusando ante ella.

—Sí, claro. Pero... No estaba pensando en ayer. Más bien en los días previos a que vinieras.

—Te refieres a que haya venido con el trabajo hecho. —Él agitó un dedo delante de ella mientras acortaba la distancia entre ellos, como si algo lo empujara a hacerlo.

—Lo cierto es que ayer hablamos más bien poco del ensayo. Y sí mucho sobre Escocia, sus costumbres y otros aspectos que no venían a cuento.

—Tienes razón. Tal vez mi celo inglés me jugó una mala pasada. Dime, ¿has hecho algún progreso en la investigación sobre Shakespeare y Scott? ¿Algún dato de por qué este lo incluyó en la novela en un tiempo que no era el suyo?

—Sí. Y es posible que tenga que ver con la admiración que sentía por él.

Kenneth abrió los ojos hasta su máxima expresión al escuchar aquella conclusión tan rotunda.

—Bueno, eso es algo que muchos escritores han reconocido. No es nada nuevo.

—Ya, pero Scott visitó la tumba de Shakespeare. Hay un cuadro pintado de ese momento. Corresponde a la segunda visita que hizo a la iglesia de la Santa Trinidad en Strafford upon Avon. Ese cuadro fue pintado años después. Además, en el propio diario de Scott aparece una nota en relación a esta visita. Scott estudió la obra de Shakespeare, al cual admiraba, e incluso firmó en el libro de visitas que hay en el lugar de nacimiento durante su primera visita en 1821.

Kenneth escuchaba con inusitada atención esa información, pero lo que no podía dejar de contemplar era la forma en la que se movían sus labios, le brillaban los ojos o su rostro se encendía por momentos debido, sin duda, a la emoción que la embargaba. No le cabía duda de su potencial como investigadora.

—También tengo que decirte que Scott dejó su firma impresa en el cristal de la ventana de la habitación en la que Shakespeare nació. Creo que quería rendirle un homenaje al emplazarlo en su novela.

Él permanecía en silencio, observándola, mientras se explicaba. Y tenía razón en su conclusión porque se basaba en hechos reales y que podían demostrarse; no en conjeturas como conocía por

otros alumnos a los que había dirigido trabajos de investigación.

—No deja de ser curioso e interesante. Bien, en ese caso, podemos centrarnos en estos dos aspectos que señalas. Veo que has hecho los deberes —le comentó con una media sonrisa que no pretendía burlarse de ella.

—Cosa que tú no pareces haber hecho —le rebatió guiñándole un ojo y dándole una palmada en el brazo antes de pasar por su lado.

Fue él entonces el que se quedó clavado en el sitio viéndola caminar hacia el interior de los jardines. Resopló y sacudió la cabeza sin dar crédito a la magistral explicación que ella acababa de darle y que lo había dejado sin palabras.

—De acuerdo, podemos basarnos en esos dos puntos para hacer referencia a la presencia de Shakespeare en la obra.

—También es lógico que aparezca si la obra está emplazada en el reinado de Isabel.

—Sí, bien.

—Por cierto, no es por nada, pero creo que deberías disculparte.

—¿Cómo? ¿Por qué? ¿Qué he dicho ahora?

—Por lo que dijiste ayer cuando te aseguré que Scott lo había echo a posta. Tú te burlaste de esto y aseguraste que más bien era por falta de conocimiento de la Historia.

Kenneth asintió sin evitar sonreír ante aquel comentario de ella.

—De acuerdo. *Mea culpa*. Tienes razón. Pero mi comentario te ha hecho ajustar tu investigación acerca de los motivos por los que Scott incluyó a Shakespeare en una novela como *Kenilworth*. No lo olvides. Al fin y al cabo, te ha venido bien —le dijo ajustándose las gafas con su dedo y esbozando una sonrisa tímida.

Kendra se quedó con la boca abierta al escuchar esa explicación. Había conseguido darle la vuelta y hacer que pareciera que él había sido el instigador de la confirmación de ese dato.

—De manera que, de no ser por ti, o, mejor dicho, por tu prepotencia, yo no habría indagado en ese dato. ¡¿Es eso lo que estás diciéndome?! —Ella se acercó, presa del cabreo que aquel comentario le había hecho sentir.

Kenneth no la vio venir hasta que la tuvo encima y él solo pudo retenerla entre sus brazos cuando trastabilló. Sus reflejos, al ver que ella podía caer sobre el césped de uno de los espaciosos jardines, lo evitaron. No la soltó ni si quiera cuando ella recuperó el equilibrio porque en realidad le gustaba sentir su cuerpo bajo sus manos, pegado al suyo propio. Él bajó la mirada hacia la de ella y después hacia sus labios. Hasta ese momento, no los había tenido tan cerca.

Kendra no entendía qué narices hacía entre los brazos de aquel inglés que la contemplaba sin saber qué hacer. Se había dejado llevar por su cabreo, por su celo, y no había medido las consecuencias. Estaban claras: había acabado enredada en su abrazo. Y eso como mal menor, ya que de no haber sido por él, habría acabado sobre el césped.

Se contemplaron en silencio sin saber qué decir. Ella no parecía tener intención de apartarse y él no creía que dejarla marchar fuera lo más acertado. Tras unos segundos de tanteo en los que

parecieron estarse estudiando o pensando si alguno daría el paso, se separaron de manera lenta.

—Lo siento. Mi ímpetu me ha jugado una mala pasada —le aseguró ella apretando los labios, colocándose el pelo detrás de la oreja como manera de disimular el mal trago que estaba pasando. Bajó la mirada al suelo para evitar la de él y que su rostro mostrara lo que sentía.

—No, tal vez he sido yo el que me excedí en mi comentario. Has hecho una gran labor con la información que me has contado. Y no pretendía hacerte enfadar, de verdad. Pero reconoce que eres bastante susceptible —le dijo con una sonrisa—. Pareces estar siempre a la defensiva.

—A lo mejor, si dejarás de hacer comentarios del tipo que has hecho, como que gracias a ti yo he indagado un poco más en la vida de Scott y su relación con Shakespeare, yo no me comportaría... —Le fallaron las palabras cuando se dio cuenta de la manera en la que él la estaba contemplando. Había una mezcla de sorpresa, expectación y algo que ella prefirió pasar por alto, pero que la puso más nerviosa.

—Prometo hacerlo. Pero entiende que soy algo exigente en cuanto a los trabajos de investigación. No quiero que nos pillen en algún dato por no haber sido meticulosos. Si he llegado al lugar en el que estoy, ha sido por trabajar de una manera exhaustiva y eficiente. Imagina por un segundo que alguien, un estudioso de Scott o de Shakespeare, rebatiera nuestro ensayo por no haber sido cuidadosos. —La contempló elevando las cejas y apretando los labios. No podía creer que estuviera experimentando las ganas de seguir a su lado e indagar más en su vida personal.

—Eso no va a suceder —le aseguró Kendra restando importancia a ese hecho.

—Pareces muy segura. Y eso me gusta de ti.

Ella se detuvo en lo que iba a decir porque no esperaba que él le hiciera un cumplido así. Le estaba sonriendo de una manera tímida y cálida que a ella le resultaba desconcertante. ¿Qué demonios estaba haciendo?

—Bueno...

—Creo que deberíamos dejar de hablar del trabajo y seguir nuestro paseo por los jardines. Presiento que ya lo has dicho todo.

Él reanudó el paseo, pero en esa ocasión esperó a que ella lo siguiera porque no quería que volviera a producirse la escena anterior.

Kendra estaba confusa por algo que le había dicho. ¿Le gustaba cómo era? ¿Su seguridad? Sacudió la cabeza sin acabar de entender por qué sentía una ligera sensación de hambre en su estómago. Miró de reojo a Kenneth, que caminaba a su lado con gesto más bien distraído mientras observaba los jardines. Y la fuente Ross, la más importante.

—Es la fuente Ross. Instalada aquí en 1872 tras haberse expuesto en Londres diez años antes durante la Exposición universal —le contó acercándose a él, pero midiendo la distancia. No quería volver a quedarse enredada entre sus brazos.

—Interesante. Veo que hay mucha gente en los jardines.

—Son uno de los puntos de reunión más importantes de la ciudad. Aquel es el castillo que, como puedes comprender, domina la ciudad —le explicó señalando hacia este.

—¿Y todos aquellos edificios que se ven por encima de los jardines?

—La Old Town, la parte más antigua de la ciudad. Nosotros la denominamos «Auld Reekie» o la «Athenas del norte». Esa parte de la ciudad abarca desde el castillo hasta el final de la Royal Mile, que llega hasta el palacio de Holyrood.

—Uno de los muchos palacios de la familia real británica, supongo. —Se volvió con cuidado de no toparse con ella y le impactó la forma en la que lo contemplaba.

—Sí. La reina suele alojarse allí cuando visita Escocia. Pero supongo que ya lo sabes.

—Lo he supuesto. Nada más. ¿Podemos caminar hasta la parte vieja de la ciudad? Prefiero no decirlo en gaélico para que no te burles.

—No es mi estilo. Se dice «Auld Reekie». No es tan complicado. —Kendra sonrió por primera vez con una sensación diferente en su interior. Tal vez, provocada por el comentario que él había hecho.

—Lo tendré en cuenta. ¿Hablas gaélico? Me refiero a si puedes mantener una conversación en esa lengua.

—No del todo. Lo conozco y he estudiado. Pero no creo que pueda mantener una conversación con la gente del norte del país. Ya sabes, las Highland.

—¿Tu apellido tiene algo que ver con el clan que apoyó a la casa real escocesa? —Lo miró con el ceño fruncido—. A los Estuardo, me refiero.

—Sí. ¿Por qué me lo cuentas?

—Simple curiosidad.

—¿Has indagado en la historia de este clan?

—Tú no lo has hecho. De lo contrario, no me lo estarías preguntando. Seguro que sabes de memoria de dónde procede mi apellido y qué relación tuvo en las rebeliones del siglo XVIII. Seguro que sí porque antes me has dicho que la investigación lo es todo para ti.

—Es una parte importante de mi profesión; lo reconozco. También debería serlo para ti, ¿no? Solo te lo estoy preguntando —se apresuró a decirle cuando vio la cara que ponía. Pareciera que fuera a saltar sobre él de un momento a otro.

—Y lo es. ¿Por qué lo dices?

—Es un comentario como otro cualquiera.

No iba a confesarle la conversación que había tenido con Megan, en la que le pedía que la animara a publicar más artículos.

—Ya, bueno. Depende del tema que encuentre para hacerlo. No puedo sacar artículos porque sí y sin ningún valor. Ni tampoco repetirlos solo por el hecho de publicar. Megan me lo recuerda cada trimestre. Que tengo que fomentar mis publicaciones. Espero que no te moleste subir una cuesta, lo digo porque estamos llegando a la parte que conduce al comienzo de la ciudad vieja.

—Tranquila.

—¿Y tú? Presiento que dedicas demasiado tiempo a tu trabajo.

Kenneth se ajustó las gafas y frunció los labios.

—¿En qué te basas?

—En tu currículum de publicaciones —le respondió sonriendo irónica—. ¿Crees que eres el único que ha buscado información sobre su compañero de proyecto?

Kenneth se detuvo en lo alto de la cuesta por unos segundos, lo suficientes para contemplarla llegar a la parte de Cockburn Street, que giraba para entrar en la Royal Mile. Sacudió la cabeza y prosiguió su camino hasta llegar a la altura de ella.

—De manera que has estado husmeando en mi vida.

—En tu currículum académico, que es diferente —rectificó ella elevando sus dedos como si acotara entre comillas sus palabras—. ¿Vas a decirme que tú no lo hiciste? Apuesto a que le preguntaste por mí a Megan.

—Me gusta saber con quien participo en un proyecto. Creo habértelo dicho.

—Espero que cumpla tus expectativas —ironizó mientras lo observaba detenerse frente a ella.

—Eso está por verse. Tenemos que redactarlo.

—¿Quién de los dos va a...?

—Tú.

Ella se quedó con la boca abierta porque aquella interrupción le había roto los esquemas.

—¿Quieres que yo lo redacte?

—Sí. Yo no he traído portátil. Y tú tienes tu ordenador en el despacho del departamento. Y estoy seguro que otro en tu casa.

—Pero...

—Si prefieres, puedo hacerlo yo. Pero necesitaré instalarme en tu despacho. Y no me encuentro a gusto usando un ordenador que no es mío —añadió en su intento porque fuera ella la que se encargara de hacerlo. Le parecería una excusa absurda, pero esperaba que sirviera en ese caso. Pensó en Megan y en lo que le había contado de Kendra y su falta de interés. Tal vez si le pedía que fuera ella la que redactara en ensayo, se centrara algo más.

—No, claro. Está bien. Yo... ¿No trabajas en otro ordenador que no sea el tuyo? —le preguntó sin salir de su asombro. Y cuando lo vio colocarse las gafas y asentir con toda intención, ella solo puso inspirar—. ¿Es alguna manía tuya o qué?

—Podría decirse.

—Vale. ¿Y qué hay de la conferencia?

—No hay problema. Esa la tengo preparada desde hace días. La he traído conmigo.

Ella apretó los labios y asintió.

—Está bien. Si es lo que quieres. No me importará redactarla.

—Lo prefiero.

—Vale, lo que tú veas. Pero me gustaría que me echaras una mano.

—Sí, claro. No tengo inconveniente. Para eso formamos un equipo.

Ella entrecerró sus ojos como si estuviera calibrando el sentido de esas palabras. Sí, bueno, lo cierto era que formaban un tándem, aunque debería ponerse de acuerdo a la hora de pedalear los

dos al mismo tiempo. El sonido de la música procedente de los diferentes espectáculos que comenzaban a representarse en la calle los engulló. No dijeron mucho más durante unos minutos en los que se dedicaron a mirar aquí y allá. Kenneth no hizo ningún comentario que a ella pudiera sentarle mal al respecto, como había hecho el día anterior. No quería crear un mal rollo entre ellos dos. Se dedicó a observarla en silencio, dejándola marchar, alejarse de él. No podía dejarse llevar por el deseo que despertaba en él. No tenía sentido, ya que en cuanto hubiera dado su conferencia y el ensayo estuviera terminado, él regresaría a Londres para la preparación del nuevo curso.

Las horas caían de manera rápida sin que ninguno de los dos pareciera darse cuenta. Sus conversaciones seguían versando sobre la investigación, sobre sus clases y todo lo relacionado con su vida académica. Ninguno parecía querer entrar en el terreno personal. Pero cuando la tarde comenzaba a caer, alguien vino a trastocar el hechizo en el que ambos parecían estar inmersos.

Se encontraban en la Royal Mile, paseando de manera relajada después de haber comido cerca del museo nacional de Escocia, que habían acordado visitar después. Cuando alguien llamó a Kendra por su nombre.

—¿Kendra?

Tanto ella como Kenneth volvieron sus miradas en la misma dirección y se centraron en el chico que parecía conocerla.

Ella se quedó callada durante unos segundos en los que pareció estar algo perdida. Y Kenneth se fijó en este detalle al instante. «¿Por qué?», se preguntó pasando su mirada de ella hacia el recién llegado.

—Andrew... Yo... Hola, ¿qué tal?

Kenneth la contempló titubear cuando saludó al tal Andrew, como si no se esperara aquella repentina aparición.

—No estaba seguro de que fueras tú porque te vi de refilón. Y me he acercado para asegurarme antes de saludarte.

—Sí, soy yo. Ya ves.

—Hacía tiempo que no te veía.

—Sí, desde que te marchaste a Glasgow.

El tono con el que lo dijo le pareció algo frío e irónico a Kenneth, quien de manera disimulada se mantenía en un segundo plano, sin querer molestar ni intervenir en la conversación. El tal Andrew se pasó la mano por el cuello y resopló.

—Sí, es cierto. No había vuelto a Edimburgo desde entonces. ¿Qué tal te van las cosas?

—Por cierto, este es Kenneth. Profesor de Londres. Ha venido para participar en una conferencia. Es miembro de la Asociación Británica de Estudios sobre Shakespeare y estamos colaborando en un ensayo sobre la influencia de este en Scott.

Kendra vio en Kenneth una puerta por la que escapar en ese momento.

—Encantado. Soy Andrew, un amigo de ella.

—Mucho gusto, Andrew. Yo soy todo lo que ha dicho ella —asintió Kenneth estrechando la mano de este con una sonrisa mientras giraba el rostro hacia Kendra.

—Bueno... yo... casi os dejo que sigáis disfrutando del festival y de vuestra colaboración. Tal vez podemos quedar algún día, si no estás muy ocupada —comentó él a modo de excusa al ver el talante que tenía ella. Estaba dolida por su marcha a Glasgow y no parecía que fuera a pasársele así como así.

Pero ella no estaba por la labor, o eso le pareció a Kenneth, que seguía observándola con atención y curiosidad.

—No lo sé porque estoy algo liada con lo de la conferencia y el ensayo.

—Claro. Bueno, si tienes un hueco y te apetece que charlemos. Tienes mi número.

—Sí.

—Encantado —dijo mirando a Kenneth.

—Lo mismo digo. —Este levantó la mano a modo de saludo y lo observó alejarse de ellos dos. Cuando volvió su atención hacia Kendra, esta había comenzado a caminar en dirección al castillo. Él no se lo pensó dos veces y la siguió. O mucho se equivocaba o entre el tal Andrew y ella había sucedido algo que no parecía haber acabado bien.

—Imagino que no conoces el castillo —le refirió haciendo una señal hacia este, y al momento pareció darse cuenta de lo que acababa de decir—. Qué gilipollez acabo de decir, ¿no? Si me has dicho que es la primera visita que haces a Edimburgo —dijo sacudiendo la cabeza con una sonrisa—. Olvida lo que te he dicho.

Kenneth la siguió en silencio. Sin duda que la aparición del tal Andrew la estaba afectando. Pero no sería él quien se inmiscuyera en su vida privada. No era su estilo. De manera que dejaría que fuera ella la que le contara lo que le sucedía si en verdad quería hacerlo.

El camino hasta el castillo comenzó a inclinarse, ya que este se encontraba en alto, pero cuando llegaron a las inmediaciones de la entrada, algo sucedía. Vio a Kendra detenerse de manera repentina.

—¡Vaya cabeza la mía! El castillo no puede visitarse durante estos días por el Military Tattoo —dijo con un resoplido. Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás mientras se llevaba la mano a la frente.

—¿De qué se trata?

—Es un festival de bandas de gaiteros, que se desarrolla en la explanada del castillo, como puedes ver a través de la verja.

Kenneth se acercó para ver las gradas en las que se sentaban los espectadores.

—Entiendo. No tienes por qué preocuparte.

—Me sabe mal haber llegado aquí para nada.

—No creas que el paseo ha sido inútil —le aseguró mirándola con una sensación desconocida hasta entonces para él—. Podemos seguir haciéndolo por la ciudad. O siempre podemos regresar al museo nacional para ver las colecciones. Me aseguraste que merecía la pena...

Kendra entornó la mirada sin terminar de creer que lo estuviera diciendo en serio. ¿Qué le había sucedido? ¿Dónde diablos había dejado al profesor estirado, prepotente y que daba la impresión de que la trataba como a una de sus estudiantes? Asintió de manera lenta y convencida de que había gato encerrado.

—Está bien. Si es lo que te apetece hacer.

Él no quiso evitar regalarle una nueva sonrisa.

—Pues venga. Aprovechemos la tarde, ¿no crees?

Ella no sabía qué decir, de manera que se limitó a encogerse de hombros.

—De acuerdo. Pero promete que no hablaremos del ensayo ni de las conferencias. Quiero relajarme —le dejó claro señalándolo con un dedo a modo de advertencia.

—Lo que tú me digas. Además, no es un tema idóneo cuando visitas un museo.

Ella se mordisqueó el labio con gesto pensativo, observándolo levantar los brazos con las manos abiertas en clara señal de rendición por su parte. Por primera vez, ella sonrió de manera divertida y risueña, sin ironías de por medio.

—Siento que no hayas podido visitar el castillo. Claro que tampoco sé si tienes interés en este y en su historia.

Él no evitó la sonrisa irónica por ese comentario que sin duda tenía una doble intención.

—Si lo dices porque soy inglés y que la Historia de Escocia no me interesa, estás equivocada. De hecho, ahora mismo estamos a punto de entrar en el museo nacional.

—Bueno, en tu caso, no estoy segura. Pero hay ingleses que lo hacen.

—Ellos se lo pierden.

—No puedo creer que digas algo así. Te seré sincera, ¿qué te ha pasado? —Ella se quedó contemplándolo con los ojos entrecerrados, como si estuviera escrutando el rostro de él en busca de la respuesta.

—¿No sé a qué te refieres? —La observó intrigado por su pregunta, acortando la distancia entre ellos de manera inconsciente y que le permitió percibir el brillo en la mirada de ella.

Kendra experimentó una ligera opresión en la garganta que se hizo más intensa cuando él se acercó de manera inesperada. La mirada de él estaba demasiado cerca de su rostro para su gusto. Se aclaró la voz antes de darle una explicación a su pregunta.

—Me refiero a que... Bah, es igual. Es mejor que entremos al museo. —Se volvió, dándole la espalda, con los nervios en el estómago. Le había faltado valor para hacerle la pregunta. Tal vez se había debido a la cercanía de él, que la había cogido desprevenida.

Kenneth la siguió al interior de un edificio moderno revestido de la clásica piedra de las casas de la ciudad. Una estructura de tres plantas en color blanco y un vestíbulo de grandes dimensiones.

—El museo cuenta con cinco grandes colecciones. Naturaleza, culturas del mundo, arte y diseño, ciencia y tecnología, y, por supuesto, Escocia. No obstante, antes de comenzar el recorrido, quiero que veas una cosa.

Seguirla a todas partes se había convertido en algo habitual para él. Lo llevó a un extremo del

vestíbulo donde destacaba un artilugio curioso.

—Este es el reloj del milenio que, como puedes observar, tiene forma de catedral medieval. Tiene diez metros de altura y, aparte de marcar las horas, también es un resumen de lo mejor y de lo peor del pasado siglo. Las construcciones que ves son: la cripta, la nave principal, el campanario y el capitel o aguja. Cada una de ellas tiene una historia y sus secretos.

Kenneth escuchaba con exquisita atención la explicación de ella. Con los brazos cruzados sobre el pecho y una mano apoyada bajo el mentón. El ceño fruncido y el gesto de concentración en su rostro, como observaba ella cada vez que desviaba su atención del reloj para centrarla en él y ver su reacción.

—Muy interesante. ¿Está hecho solo de madera?

—Madera, cristal y metal. En la parte inferior, lo que es la cueva, puedes ver dos figuras. Un antiguo espíritu y un malvado mono egipcio. En la parte central, está el péndulo, sobre el que se puede ver un esqueleto que simboliza la muerte. Las figuras de Lenin, Hitler o Stalin como recuerdo de lo peor del siglo pasado. El contraste lo pone la figura de Chaplin, así como los animales que se mueven. —Kendra observaba con detenimiento como el rostro de él se contraía o expandía con cada explicación que ella le daba—. Sigo.

—Por favor —asintió él más que interesado en la historia del curioso reloj.

Kendra se dio cuenta de que aquella explicación le estaba sirviendo para alejar los fantasmas de Andrew de su cabeza. Después de todo, Kenneth no había tenido mala idea al ir al museo.

—En la parte que representa el campanario, puedes ver doce figuras que representan cada uno de los meses del año. —Kenneth se acercó más para poder verlo mejor. Ello implicó que su brazo se rozara con el de ella, permaneciendo así durante el resto de la explicación—. También puedes observar los males que han afectado a la humanidad. El hambre, la guerra, la esclavitud. Esta es la parte más moderna del reloj, con sus brillantes paneles de cristal. La precisión del reloj contrasta con todo este caos.

—¿Y arriba del todo? ¿Qué hay en la aguja?

Kenneth levantó la mirada hacia lo alto y señaló con un dedo. Al hacerlo, se apoyó sobre ella y Kendra se dio cuenta entonces de que sus cuerpos estaban juntos, unidos, y que su cabeza casi descansaba sobre le hombro de él.

—Es la figura de una mujer que lleva en brazos el cadáver de un hombre. Es la piedad. *La Pieta*, en italiano. Representa la compasión y la pena. Actúa como símbolo de lo que se ha marchado y de la fuerza que necesitamos para movernos hacia delante.

Durante segundos, ninguno de los dos habló. Kenneth seguía intrigado por la historia del reloj, si a ello le añadía la extraña sensación que le producía la cercanía de Kendra, entonces prefería no decir nada. No sabía cuál de las dos cosas le afectaba más.

Ella lo contemplaba esperando a que dijera algo.

—Sin duda que te ha afectado porque no dices nada.

Lo vio asentir en repetidas ocasiones antes de fijar su atención en ella.

—Ha sido una explicación fascinante del curioso artilugio —le dijo dejando que sus labios se curvaran hacia arriba.

—Gracias.

—Sin duda que lo ha sido. Y no quiero ni imaginar cómo será el resto de la visita al museo teniéndote a ti de guía.

Kendra experimentó una ola de calor ascendiendo por sus piernas, sin que ella pudiera hacer nada por detenerla.

—Es muy halagador por tu parte. Cuando quieras, podemos empezar.

Kenneth se sintió algo cohibido cuando ella se volvió hacia él y lo miró de manera fija. Se ajustó las gafas y apretó los labios. Luego se apartó cediéndole el paso.

—¿Por dónde empezamos?

Ella se apartó de manera rápida para no quedarse mirándolo como una adolescente a su primer amor. Seguía dándole vueltas en su cabeza a que él había cambiado de actitud y que tenía que ver más bien poco con el hombre que conoció el día anterior. ¿Tal vez había sido ella con su comportamiento a la defensiva? Después de todo, Megan no le había dicho nada malo de él. Y eso que se conocían desde hacía tiempo. Tal vez una charla con su amiga y colega de departamento le ayudara a aclararse.

Kenneth disfrutó de cada minuto, de cada una de las explicaciones de ella, de su cercanía. Memorizó sus gestos y sus sonrisas. Se dejó conducir por su mirada e incluso en alguna que otra ocasión sus manos se rozaron sin motivo aparente. Había algo alrededor de ellos que él percibió, pero en lo que no quiso profundizar. No tenía sentido alguno hacerlo.

Y cuando llegó la noche y se despidieron, a él le quedó una especie de vacío en el interior cuando ella se alejó.

Kendra suspiró cuando se despidieron. Fue como si durante gran parte del día ella hubiera estado conteniendo su respiración. Como si en el fondo no hubiera sido ella misma. La cercanía de él en determinados momentos la había alterado, y en otros la había calmado. Más le valía centrarse en el ensayo y dejar de pensar en situaciones y emociones que no tenían ningún sentido. Pero en algún que otro momento del día, creyó percibir el deseo de él por besarla. Algo que le llamó la atención y que la asustó al mismo tiempo.

Capítulo 4

—¿Qué tal marcha el proyecto?

Megan había quedado con Kenneth esa mañana para que la pusiera al día. Prefería a este a Kendra, ya que de ese modo sabría cómo se lo estaba tomando ella. Ya le había dejado claro a él que su compañera y amiga andaba un poco alejada de las publicaciones, algo indispensable para un profesor.

—Bien.

La escueta respuesta de Kenneth sorprendió a Megan. Lo contempló esperando que añadiera algo más a la pregunta, pero él no parecía por la labor. Y volvió su atención al desayuno. Megan había pasado por el hotel en el que Kenneth se alojaba y ambos estaban en el comedor.

—¿Solo bien? Es una respuesta escueta y ambigua, ya que puede dar la impresión de que no hay mucho más que añadir porque no hay ningún avance.

Kenneth dejó su taza sobre el plato para quedarse contemplando de manera fija a Megan.

—Hemos llegado a la conclusión de que Scott era un gran admirador de Shakespeare y que esa admiración suya fue una de las causas que lo llevaron a incluirlo en su novela. Kendra aportó una serie de datos sobre la visita del propio Scott a la tumba de Shakespeare y de su firma en el libro de visitas, entre otras cosas. Si a esto le añadimos que pretendía escribir una novela sobre el período isabelino como contrapunto a las que dedicó a María Estuardo...

—Si estás de acuerdo con esas explicaciones, no tengo más que decir. Conociéndote, estoy segura de que habrás contrastado toda esa información.

—Pues si lo sabes, ¿por qué insistes? Kendra no me ha demostrado que no posea conocimientos y recursos necesarios para esta colaboración. Créeme.

—Está bien. Solo te comenté lo de sus publicaciones para ver si tú conseguías animarla. Pero veo que así es.

—No obstante, podrías hablar con ella de ese tema.

—Se cierra en banda diciendo que tiene demasiadas clases que dar o que está preparando un ensayo. Pero lo cierto es que nunca lo acaba.

—Tal vez la investigación no sea lo suyo.

—Pues entonces tiene un problema si quiere seguir en el departamento —resumió Megan con un tono que no dejaba lugar a ninguna duda al respecto.

—No creo que sea para tanto. Además, ahora, con la publicación de este ensayo y la conferencia...

Megan entrecerró los ojos sin poder creer lo que estaba escuchando de alguien como él. ¿Qué estaba sucediendo entre Kendra y él?

—No puedo creer que lo estés diciendo tú. Precisamente tú que eres don perfecto y don exigente con tus alumnos.

—Pero Kendra no es mi alumna —le aclaró con una sonrisa algo nerviosa.

—Sí, de acuerdo. Pero por tu carácter y tu disciplina no sueles dejar pasar una. Por eso me sorprende que hables así de Kendra y de su falta de interés por publicar.

—Puedo dar la impresión de ser alguien abominable, Megan. Es cierto que soy exigente con mi propio trabajo y el de mis alumnos, pero tu colega es una mujer adulta que sabe lo que hace. Y si no lo sabe, es su problema y tendrá que ser consecuente con sus actos.

Megan asintió sin apartar la mirada de él. Emitió un sonido gutural y decidió cambiar de tema.

—¿Te ha enseñado la ciudad?

—Estamos en ello. Ayer se quedó con ganas de que visitara el castillo.

—Durante el Festival es imposible por el evento de bandas de gaiteros.

—Se dio cuenta cuando llegamos a las puertas.

—¿Lo ves?

—¿Qué se supone que tengo que ver? —le preguntó, contrariado por esa pregunta, mientras encogía sus hombros.

—A Kendra. Está algo en las nubes. ¿Cómo es posible que se le ocurra llevarte al castillo sabiendo que está cerrado durante el Festival?

—Un desliz —le aseguró él quitando hierro al asunto. Aunque recordó cómo su semblante había cambiado cuando se encontró con el tal Andrew. A lo mejor podía sacarlo de dudas al respecto—. Pero el resto del día la encontré centrada y muy comunicativa. Me contó la historia del reloj que hay en el vestíbulo del Museo Nacional. Todo un hallazgo, créeme.

—Me alegro que te gustara y que ella fuera tan participativa.

—Le he pedido que se encargue de redactar el ensayo.

—¿Ella? ¿Y qué te ha dicho?

—Que no hay inconveniente. Le dije que no había traído mi portátil para hacerlo yo mismo.

—¿Y accedió? Siempre puedes usar los que hay en el departamento.

—Le dije que estoy acostumbrado a trabajar en el mío y que los ordenadores de mesa no me gustan. Además, me pediste que la animara a investigar y a que publique más a menudo. De modo que me inventé una excusa.

—¿En serio se lo has dicho? ¿Lo de que no te gustan los ordenadores de mesa?

—Cuando te acostumbras al portátil, es raro que vuelvas a trabajar en uno de los otros. Sé lo que digo por experiencia propia.

—En fin, si ella no se opone.

—Sí, bueno, ayer sucedió algo curioso —comenzó diciendo mientras observaba como ella abría los ojos de más mostrando su atención—. Fue a raíz de encontrarse con un conocido. Andrew. Cuando se despidió de él, Kendra pareció otra persona.

Megan se mordió la lengua antes de responder. Ella sabía la relación pasada entre ambos y que no terminó nada bien. Pero no sería la que se lo contara a Kenneth. Era parte del pasado de Kendra y debía ser esta la que le hablara lo sucedido si así lo consideraba.

—Será algún amigo. No estoy al tanto de todas sus amistades.

—Sí, claro.

—¿Has quedado con ella?

—Sí, pasaré por el departamento. Anoche acordamos que esta mañana comenzaríamos a concretar el ensayo. Mi conferencia ya está terminada y lista para exponerla al público. Y quiero comentarle algo que se me ha pasado por alto con anterioridad.

—Si sirve para incentivarla...

—Eso espero. Y es más, tú tienes algo que ver en ello.

—¿Yo? —La mirada de incredulidad de Megan hizo sonreír a Kenneth, quien de inmediato se limitó a quitarle hierro al asunto.

—No contigo en persona, sino más bien con *Otelo* y tu ponencia del año pasado en la reunión anual de la asociación que tuvo lugar en Stirling.

—¿A qué te refieres?

—Tú mejor que nadie conoces la composición de la tragedia del moro de Venecia —comenzó disertando Kenneth viendo a Megan asentir con curiosidad—. Scott copia al trío protagonista para hacer su propia recreación en *Kenilworth*. Sir Robert Dudley sería Otelo. Amy sería el reflejo de Desdémona. Y por último, Varney es el Iago de Scott. Me gustaría que Kendra fuera capaz de establecer estos paralelismos en su ensayo. Le marcaré las directrices para conseguir que se sienta atraída por este punto.

Megan se quedó callada durante unos segundos en los que no fue capaz de encontrar las palabras adecuadas para rebatir la explicación de Kenneth.

—Me dejas sin saber qué decir. No he leído la novela de Scott, luego no puedo opinar de una manera subjetiva. Eso me lleva a fiarme de ti. Pero no me preocupa conociéndote. —Megan esbozó una sonrisa irónica—. Estaría bien que se lo dijeras a Kendra a ver qué puede sacar de ahí. ¿No te ha comentado nada ella de este detalle?

—Hasta ahora nos hemos centrado en los aspectos que han rodeado la creación de la novela y cómo influyó Shakespeare en esta. Se lo diré esta misma mañana.

—¿Qué tal lleva la conferencia?

—Me dijo que la tenía controlada. Creo que deberías dejarla trabajar. No obstante, sacaré el tema esta mañana a ver qué me cuenta.

—Si no te manda a la mierda. Te lo advierto.

—Si no lo ha hecho ya, no espero que lo haga a estas alturas —le aseguró convencido de ello y

más después de haber pasado juntos el día anterior.

No entendía por qué, pero él no quería que Megan la tomara con Kendra. De acuerdo que como directora del departamento estaba obligada en cierto modo a que los profesores mantuvieran actualizadas sus bibliografías. Pero no podía culparla por no haber sacado ninguno en un año.

—Si hay alguna novedad importante, llámame.

—No lo haré. —Él se mostró tajante en su afirmación, lógica sorpresa de ella, quien se quedó contemplándolo como si acabara de insultarla—. No, hasta que no hayamos concluido el ensayo.

—Te recuerdo que esta colaboración es muy importante para ambas instituciones.

—Y para mí, no lo olvides. No me gusta entregar algo a medias o mal hecho. Ya me lo advirtió nuestro querido Roland.

—Confío en ti por cómo eres. —Megan dotó a sus palabras de un toque especial, como si quisiera recalcar algo. Desconocía el motivo por el que cierto comentario de Ian le venía a la mente cada vez que pensaba en ellos dos: en Kendra y Kenneth.

—Descuida. Si me disculpas, he de ir a ver a Kendra.

—¿Todo bien en lo personal? Me refiero al hecho de que pasáis juntos muchas horas.

—Oh, sí. Todo controlado salvo por algunos pequeños detalles que se van solucionando poco a poco. Me he prometido no hacer ninguna alusión a este país y a sus gentes. Me he dado cuenta de que Kendra es algo susceptible a ellos. Hablamos en otra ocasión. Por cierto, ¿vas a la facultad? Podríamos ir juntos.

—No. Esta mañana, no.

—En ese caso... —Volvió a hacerle un gesto con la mano antes de dejarla sola. Sonrió y sacudió la cabeza pensando en la última pregunta de Megan.

«¿Todo bien entre vosotros? Bueno, todo lo bien que cabría esperar salvo por los inquietantes deseos de besarla que me asaltan cada vez que la tengo cerca», se dijo cerrando la mano en un puño e intentando calmarse.

Kendra se encontraba en su despacho en el departamento, desde temprano. No porque tuviera muchas ganas de trabajar en esos días de comienzo del Festival, sino porque era consciente de que cuanto antes tuviera redactado el borrador del ensayo, antes lo revisaría Kenneth. De ese modo, le sobraría tiempo para cerrar el tema de la conferencia. Luego él se marcharía de regreso a Londres y ella prepararía el inicio del curso.

Estaba centrada en el documento cuando escuchó varios golpes a la puerta que la obligaron a apartar la mirada de la pantalla del ordenador.

—Adelante —dijo consciente de que solo podía tratarse de Kenneth.

Cuando este abrió la puerta con su aire despistado, Kendra se mordió el labio para disimular su sonrisa.

—Buenos días. Espero no llegar en un mal momento.

—No, claro. ¿Por qué lo dices?

—Por nada en especial. Tan solo lo decía porque a lo mejor estabas centrada y mi llegada te ha interrumpido. Yo odio cuando me sucede.

—Pero si tienes horas de despacho para que los alumnos acudan con sus dudas, es lógico que te interrumpen —le aclaró ella sin salir de su asombro ante aquellas palabras de él.

Él se limitó a asentir mientras tomaba asiento frente a ella. Se fijó en su rostro, en su mirada y en su gesto de sorpresa.

—¿Por dónde ibas? ¿Has comenzado a redactar el ensayo? ¿Has hecho algún descubrimiento nuevo?

—No.

—Esa negativa tuya, ¿a cuál de mis preguntas hace referencia? Por cierto, yo sí he encontrado algo que puede valernos —le anunció abriendo el portafolios que llevaba y que había dejado sobre la mesa.

—Tú dirás.

El gesto de impaciencia de ella le gustó y esperaba que la idea que traía, también.

—He estado revisando algunas cuestiones de la novela de Scott que me han dado que pensar. Esto es... que la influencia de Shakespeare no se limita solo a hacerlo aparecer en la trama ni que la sitúe en el período isabelino. Hay más. —Esbozó una sonrisa de victoria al tiempo que ajustaba sus gafas y podía contemplar el desconcierto en el rostro de ella—. Una similitud entre el argumento de *Kenilworth* y *Otelo*.

—¿Te refieres a su tragedia? —Ella siguió mirándolo con desconcierto en primer lugar y con preocupación posteriormente porque se temía lo peor.

—¿Conoces otra? —Kenneth empleó un tono serio y algo frío al tiempo que miraba a Kendra como si le estuviera tomando el pelo.

—Pues claro que no. Y más si estamos hablando de Shakespeare —le rebatió ella con el mismo tono empleado por él. No iba a dejarse intimidar. Pero ¿por qué narices le hablaba de ese modo? ¿Qué le había sucedido la pasada noche? Volvía a comportarse de igual forma que cuando se conocieron.

—En ese caso, te diré que existe una similitud entre los tres personajes principales de ambas obras —comenzó explicándole mientras observaba a Kendra y como ella parecía escuchar con extrema atención—. Scott tomó prestado de la tragedia al trío de protagonistas; esto es, *Otelo*, el moro de Venecia; *Desdémona*, e *Iago*.

—¿En qué sentido?

—Amy Robsart al igual que *Desdémona* es víctima de las falsas acusaciones de infidelidad hacia su marido, Robert Dudley, conde de Leicester. Estas son urdidas por el más cercano seguidor, Varney, con la ayuda de Lambourne. En la tragedia de Shakespeare, es *Iago* el que construye un escenario lleno de mentiras y engaños con la ayuda de Rodrigo. Hay una similitud entre los personajes.

Kendra estaba paralizada por aquella repentina idea. No había caído en ese detalle.

—Tienes razón. Es como si los de Scott se reflejaran en los de Shakespeare.

—Exacto. Puedes establecer una similitud entre ellos. Una equivalencia entre ambas obras y personajes principales. De ese modo, tendrías otro elemento para justificar la influencia de Shakespeare, que no solo el hecho de que Scott lo haga aparecer en la trama —le dijo de modo resuelto, y se apoyó contra el respaldo de la silla con una pierna cruzada sobre la otra—. Lo que terminaría por asombrar al público lector de ese ensayo sería, al mismo tiempo, establecer una serie de similitudes y diferencias entre ellos en base a su comportamiento en la trama. Resumiendo lo expuesto, podríamos decir que estamos ante una versión blanca de Otelo, esto es, el protagonista celoso no es negro ni moro, sino un noble inglés.

Kendra permanecía inmóvil escuchando las explicaciones de él. Sin duda que su currículum y su experiencia en la investigación no eran algo trivial para él.

—¿Cuándo diablos te has dado cuenta de ello? ¿Y por qué no me lo has dicho antes?

—Oh, ayer noche cuando estuve despierto un par de horas dándole vueltas a todo esto —le refirió sin darle la mayor importancia y ocultándole la charla que acababa de tener con Megan.

—Habrás que indagar un poco más en ese tema para que quede lo más cerrado posible. No hacer esta mención podría ser un grave descuido por nuestra parte.

—Sí, deberíamos. Y si no encontramos ninguna referencia a este hecho, entonces seremos los primeros en establecer esa similitud.

—¿El tema de los celos?

Kenneth frunció los labios ante esa pregunta.

—Puede hacerse una breve mención, aunque este sea el detonante de la resolución de ambas obras.

Kendra entrecerró los ojos sin apartar su mirada del rostro de él. Estaba... atractivo esa mañana. Sí. Definitivamente lo estaba y pensarlo hacía que ella se sintiera algo contrariada. ¿Por qué narices lo pensaba? ¿No se le estaría pasando por la cabeza liarse con él? Porque desde ya era una idea tan absurda como alocada.

—¿Eres celoso?

Kenneth le daba vueltas en su cabeza al asunto de los celos aplicados a ambas obras cuando llegó la inesperada pregunta de ella. Abrió los ojos al máximo y se incorporó en la silla.

—¿A qué viene esa pregunta?

—Solo es una curiosidad al hilo del tema de ambas obras —le aseguró ella restando importancia al hecho. Agitó la mano en el aire y frunció sus labios en un mohín que despertó el deseo de Kenneth por besarla de una maldita vez.

—No, no lo soy. ¿Y tú?

—Tampoco. —Ella desvió su mirada hacia la pantalla del ordenador para no quedarse mirándolo. Se mordisqueó el labio tratando de centrarse en el texto de la pantalla.

Él sonrió de manera tímida e imperceptible a ojos de ella. Se ajustó las gafas como de costumbre y se aclaró la voz como si fuera a decirle algo.

—¿Es un tic nervioso o es que las gafas te quedan grandes? —Kendra arqueó una ceja con suspicacia y sonrió divertida.

—Ahhhh, la verdad, no estoy seguro. En ocasiones, tengo la sensación de que se me caen.

—¿Has probado a ponerte lentillas o incluso operarte?

—No. Me encuentro a gusto con las gafas. Te importaría que le echara un vistazo a lo que llevas redactado.

—¿Por qué habría de hacerlo? Estamos juntos en esto.

Lo vio levantarse y mover la silla con él para situarla al lado de la de ella. Hizo una reverencia y se sentó. Kendra contuvo la respiración por un instante mientras él se acomodaba. No pudo evitar que sus brazos se rozaran de manera leve. Ni que una ola de olor a mentol la envolviera cuando él se acercó más. Apoyó un codo sobre la mesa y la mano sobre la cara, y se quedó mirándolo mientras él leía. Por favor, ¿qué pretendía? ¿Seducirlo? Porque desde luego que aquel juego de miradas y gestos iban camino de desembocar en algo de alto voltaje.

Kenneth frunció el ceño y se centró única y exclusivamente en el texto, consciente de la cercanía de ella y de que se había quedado con la mirada fija en él. Estaba inquieto porque aquello le resultaba algo violento, en el buen sentido de la palabra. No iba a reprocharle a Kendra el hecho de que lo estuviera mirando. Solo que no recordaba a ninguna mujer hacerlo: quedarse embobaba haciéndolo. Estiró el brazo para alcanzar el ratón y notó el cuerpo de ella muy cerca. Pero su intención quedó abortada cuando desvió la mirada para encontrarse con el rostro de ella a escasos centímetros. Fue un momento fugaz en el que las dos miradas coincidieron. Ninguno dijo nada ni hizo intención de apartarla. Ella se humedeció los labios de manera lenta cuando se percató de que él había bajado sus ojos hacia estos. Las pulsaciones comenzaron a incrementarse de manera gradual sin que ella pudiera frenarlas. ¿Qué estaba sucediendo? ¿Por San Andrés! ¿Es que iba a hacerlo? ¿Iba a besarla?

Kenneth vaciló. Estaba a punto de cruzar la línea que separaba la cordura de la locura. Estaban allí. Los dos solos en el despacho de ella. Sus cuerpos casi pegados el uno al otro. La tensión por saber qué iba a sucederle se respiraba en el ambiente. Pero ¿cómo había llegado a esa situación?

—Disculpa. —El brazo de él le rozó el pecho cuando lo estiró para coger el ratón.

Kendra no dijo nada porque estaba más centrada en controlar su respiración. Se tragó el gemido que el roce del brazo de él y su forma de observarla le había provocado. Se apartó lo justo para que él se moviera a gusto.

—Esto está muy bien —dijo en relación con el texto, volviendo a mirarla, solo que esa vez ella estaba preparada y se había apartado un poco.

—Gracias.

Kendra sentía un repentino vacío en el estómago que no sabía si lo había provocado la súbita retirada de él cuando creyó que la besaría. «¡Qué gilipollez!», se dijo reaccionando de manera inmediata.

«Aunque él tiene su punto sexi con las gafas, y ese toque de despistado, nunca me besaría. Ni

mucho menos se fijaría en mí. Claro que no sé por qué narices pienso eso de él».

Siguió observándolo en silencio mientras él leía. Eso le daba licencia para observarlo con atención sin saber por qué lo estaba haciendo.

—Es un buen comienzo. ¿Me permites que te haga algunas correcciones? No son nada del otro mundo, pero creo que el lector lo entendería mejor.

—Claro. El ensayo lo hacemos en colaboración. Tienes todo el derecho del mundo.

Ella se incorporó hacia la mesa cuando él apartó el teclado un poco para poder escribir más cómodo. Su mano se encontró con la de ella. Un leve roce de sus dedos que hizo que él se disculpara con una sonrisa que a Kendra no le hizo ningún bien.

—Disculpa. Creo que estoy invadiendo tu lugar de trabajo sin ningún reparo.

—No te preocupes. Es solo una mesa.

Kenneth tecleó aquí y allá. Borró algunas frases y palabras, y cuando por fin quedó satisfecho, la miró a ella.

—A ver qué te parece. He cambiado esto —le dijo señalando con un dedo la pantalla mientras procuraba no acercarse a ella en demasía, pero le resultaba imposible no hacerlo. Su hombro quedó poco menos que apoyado contra el de ella. Se fijó en sus pestañas que se movían de manera imperceptible cuando ella parpadeaba; en el trazo fino de su nariz. Le habían llamado la atención sus labios desde que la vio. Y, en ese momento, de perfil, eran más tentadores todavía. La mirada de él siguió el trazo de su mentón y más allá. Hasta su cuello que se perdía en el interior de su camisa abierta en los dos primeros botones. Su piel tenía apariencia de suavidad. Por un instante, deseó dejar que su dedo siguiera recorriéndola hasta adentrarse en aquella apertura que llevaba a desatar el placer.

Cerró los ojos y sacudió la cabeza por un segundo mientras ella parecía ajena a ello, gracias a Dios.

—No está mal —dijo ella cuando terminó de leer las correcciones que él había introducido.

—En ese caso, lo dejamos así, salvo que veas algo que puede mejorarse, claro.

—No. Me parece bien. Deberíamos seguir y centrarnos en la comparación entre los tres principales personajes de cada obra.

Ella prefería el trabajo antes que quedarse mirándose, tentando a la suerte. Minutos antes, ella habría jurado que habían estado a un paso de meterse en un lío. Y eso era lo que ella no necesitaba por el momento. No después de lo de Andrew. Y, además, Kenneth regresaría a Londres en unos días. A su vida allí, y, siendo realistas: ella no creía que volvieran a verse. Luego era mejor controlarse.

Durante horas estuvieron intercambiando opiniones al respecto de la manera de redactar el ensayo. Mientras ella tecleaba, Kenneth se encargaba de buscar la bibliografía que adjuntarían al final del trabajo. Tanto la que Kendra había ido reuniendo los días anteriores procedente de las bibliotecas del campus como la que había anotado él de los libros que tenía sobre Shakespeare.

—Lo siento, pero hasta aquí llego. Es hora de comer —anunció ella con las manos en alto

mientras se elevaba de su silla.

Kenneth levantó la vista del libro que estaba leyendo. Al final, él se había apartado del lado de ella y se había sentado en la mesa de Megan. De ese modo, no volvería a quedarse mirándola como si quisiera besarla.

—¿Es la hora de irse? —Lanzó una mirada al reloj sin poder creer que ya hubiera pasado la mañana—. ¿Qué sugieres?

—Conozco un *buffet* libre cerca de aquí.

—Pues vayamos. Tú eres mi anfitriona. Luego seguiremos.

—¿Piensas volver?

La pregunta de ella lo pilló desprevenido. Frunció el ceño sin comprenderla.

—¿Tú no?

—No, porque he terminado de redactar todo lo que tenía pensado. Aquí tienes una copia en papel para que le eches un vistazo cuando quieras. Claro que si tú prefieres venir y continuar, te dejo la llave del despacho...

Kenneth permaneció expectante ante aquella posibilidad. Tal vez ella tuviera razón y dejarlo por ese día fuera lo más acertado. De todas formas, le acababa de entregar una copia impresa de lo redactado hasta ese momento para que él le diera un repaso.

—No, me basta con la copia en papel. La leeré y anotaré los temas mejorables desde un punto de vista investigativo.

Permaneció con el ceño fruncido y los labios apretados a la vez que ella le entregaba los folios. Evitó en todo momento que sus dedos se rozaran cuando los cogió. No se movió del sitio hasta que ella no abrió la puerta y salió para quedarse esperándolo mientras él parecía vacilar.

Kenneth bajó su mirada hacia los papeles de camino hacia la salida del despacho. Pasó las hojas como si en realidad estuviera interesado en el contenido, que ya de por sí conocía por haber estado pendiente de su redacción. Pero ese gesto le serviría para no prestarle atención a ella.

—¿Qué hago con la llave?

La mirada de él pasó de esta, que se balanceaba de los dedos de Kendra, a su rostro.

—Creo que no vendré esta tarde. Puedes quedártela. Me centraré en lo que está aquí. —Él levantó los folios enrollados en su mano y asintió con una sonrisa algo forzada.

—Como prefieras. ¿Vienes a comer o tienes otros planes?

—Si no te importa, te acompaño. No tengo nada que hacer. Ni conozco a nadie aquí aparte de Megan, claro.

—¿No te gusta comer solo? —Kendra sonrió y arqueó una ceja con interés.

—La verdad es que suelo hacerlo acompañado de algún colega cuando estoy dando clases.

—Pensaba que te marchabas a casa a comer.

—Oh, en raras ocasiones. Si tengo horas de clase por la mañana y la tarde, no me muevo de la facultad.

—¿Enseñas solo Shakespeare?

—El teatro isabelino en general.

Salieron de la facultad a un cielo despejado y un sol radiante. El calor se notaba en el ambiente.

—Aquí hace calor en agosto, ¿eh?

—En Londres, ¿no?

—Bueno, no como aquí.

Ella lo vio quitarse la chaqueta y luego desabrocharse los botones de los puños de su camisa para subírselos. Su aspecto le gustó más todavía. Una mezcla de informalidad y elegancia a la vez. No se había fijado con atención hasta ese momento en él. Era alto, ancho de hombros y con un cuerpo bastante atlético.

—Perdona que te lo pregunte, y si no quieres responderme, estás en tu derecho...

—No, adelante. Puedes preguntarme lo que quieras.

—¿Haces deporte? Lo pregunto porque tienes ese aspecto.

Kenneth se colocó las gafas y sonrió.

—Cuando era estudiante en la universidad, jugaba al rugby.

—¿Ya no?

La contempló entornar su mirada hacia él con la lógica curiosidad que él esperaba.

—No. Hace años que lo dejé.

—¿Por qué?

La sonrisa de él se hizo más acusada. Caminaba a su lado con una mano dentro del bolsillo de los pantalones mientras en la otra llevaba la chaqueta, como si de esa manera evitara tocarla. «En una apariencia relajada», se dijo ella mientras un ligero viento le alborotaba el pelo.

—Trabajo.

—¿Trabajo? Podrías compaginarlo con la enseñanza. Es más, estoy segura de que algunos de tus estudiantes se sorprenderían. E incluso puede que coincidieras con ellos en el equipo de la universidad.

—¿Y que alguno me hiciera un placaje o me diera un empujón, cabreado porque no ha aprobado mi asignatura o no le he puesto la nota que él cree merecer? —Se quedó en mitad del camino, mirándola con curiosidad por su pregunta, pero sobre todo porque la gustaba la expresión de su rostro en ese instante.

—Serían los menos, seguro. Aunque tienes fama de ser bastante exigente.

—¿Por qué dices eso?

—Porque conmigo lo estás siendo desde el primer momento. Y lo sigues siendo, aunque algo menos ya.

—Te repito que me gusta que la gente sea responsable y se comprometa al ciento por cien con el trabajo.

—¿Y yo no lo hago?

Se le acercó demasiado para su gusto. Tanto que el aire había dejado de circular entre ellos.

Ella elevó la mirada hacia él y permaneció a la expectativa mientras dejaba los labios entreabiertos.

Aquella mujer iba a acabar con él. En cierto modo, deseaba que aquella semana pasara y él regresara a su rutina en la universidad en Londres. Pero por otro había una parte de él que lo que menos deseaba era marcharse porque aquella escocesa rebelde le atraía.

—Cuando termine con esto, te lo diré —le dijo haciendo referencia a los folios impresos—. Aunque ya te comenté que me gustó lo que vi.

La sonrisa apareció de manera lenta en los labios de ella.

—Eres muy diplomático.

—¿Piensas que soy muy exigente contigo?

—Un poco. Claro que en parte tienes razón en serlo porque soy algo dejada para la redacción de ensayos —le confesó reanudando el paseo.

—¿Por qué? Todo buen investigador se debe a sus artículos y ensayos.

—Ya. Pero no es lo mío.

—¿Prefieres la docencia?

—Sin duda. El hecho de transmitir los conocimientos. Por tu currículum, tú no te quedas atrás en publicaciones. ¿Cuándo las haces? Porque según parece no dispones de mucho tiempo libre.

—En las horas de despacho. Ya que tengo que estar..., pues, aprovecho esas horas mientras viene o no un alumno.

—Cierto. Ah, mira, hemos llegado.

Él la siguió al interior del local en el que al momento los recibieron y asignaron una mesa. Se sentía a gusto en compañía de Kendra. Charlando de algo que no tuviera que ver con el ensayo ni las conferencias. Se sentó frente a ella. Hacerlo a su lado sería tomarse demasiada confianza y era algo que no pretendía.

—¿Piensas regresar a Londres en cuanto terminen las conferencias?

Se quedó callado mientras la contemplaba comer.

—Eh... Sí...

—No parece que lo tengas nada claro, ¿eh? No irás a decirme que te lo estás pensando porque te gusta Edimburgo. —Ella le guiñó un ojo a modo de broma.

—Reconozco que, por lo poco que he visto..., no está nada mal. La verdad.

—Eres de esa clase de ingleses que cuando vienen, ven la ciudad y conocen a los escoceses cambian de parecer.

—Tal vez tenga que comprobar las cosas para darme cuenta de lo que en verdad quiero.

Ella bajó la mirada al plato cuando percibió la de él fija en ella. El calor inundó su cuerpo y temió que su rostro comenzara a arder y que Kenneth se diera cuenta.

—¿Desde cuándo conoces a Megan?

—Creo que desde que ella entró a formar parte de la asociación de estudios sobre Shakespeare. ¿Y tú, llevas tiempo compartiendo despacho con ella?

—Un tiempo, sí. Somos amigas desde la carrera.

—Vaya, eso sí que es el destino. Comenzasteis en la carrera y con los años habéis acabado enseñando y compartiendo despacho. Lo vuestro es de novela.

—Sí. Lo cierto es que es más que una casualidad.

Hubo unos segundos en los que ninguno dijo una sola palabra y se limitaron a comer.

—¿Qué tienes pensado hacer esta tarde?

Le sorprendió la pregunta de ella.

—Pues... Supongo que seguir recorriendo la ciudad. O tal vez me siente en un banco de los jardines a leer el ensayo.

Ella desechó al momento su idea preconcebida de invitarlo a hacer turismo. Lo pensó nada más que él rechazó la llave del despacho que ella le ofrecía para seguir trabajando en el ensayo. Y lo había estado reconsiderando en todo momento, pero algo le había impedido hacerlo. Algo que ella sabía que no debía hacer. No podía seguir pasando tanto tiempo con él. Por eso la respuesta de él le facilitaba las cosas.

—Veo que no descansas. Mi oferta de la llave del despacho sigue en pie por si te lo piensas mejor. Eso sí, decídetelo antes de que nos despedamos.

Kenneth cogió aire y asintió. Aquellas últimas palabras parecían estar haciendo referencia a otra situación muy diferente.

—Mi decisión es firme. No voy a llamarte a la noche para pedírtela, descuida. No soy tan desconsiderado.

—No te cogería la llamada si lo hicieras. O no respondería a tu mensaje.

—No quiero interrumpir lo que hagas en tu tiempo libre.

—Tranquilo, seguro que quedo con Megan e Ian para tomar algo y ver algún espectáculo en la calle. Estás invitado si quieres venir. A ella le parecerá genial, ya la conoces.

—Lo pensaré.

No estaba seguro de si pasar todo el día con ella era lo mejor. Prefería alejarse durante unas horas y centrarse en el ensayo y en la conferencia. De ese modo, vería la situación desde otra perspectiva. Tenía la impresión de que a cada minuto que pasaban juntos, más atrapado se sentía en su mirada, en su manera de ser. Algo en su interior había comenzado a fallar o a no funcionar como debería. Y debía averiguar qué era.

Se despidieron cuando terminaron de comer pese a que ninguno de los dos parecía con ganas de hacerlo. Caminaban el uno al lado del otro, con las manos casi rozándose a cada paso. Sonriendo, mirándose de manera fija o fugaz, aprovechando cualquier momento para tocarse: al cruzar una calle, él ponía su mano en la espalda de Kendra, obligándola a contener el aliento. Otras veces, era ella la que sin darse cuenta posaba su mano en el antebrazo de él y señalaba hacia algún punto a lo lejos.

Kenneth caminó por los jardines que a esas horas aparecían repletos de gente por todas partes. Buscó un lugar lo suficientemente apartado para tratar de relajarse. Se sentó, resopló y echó la

cabeza hacia atrás con los ojos cerrados. Durante unos segundos, permaneció en esa postura buscando la manera de dejar su mente en blanco. Pero por mucho que lo intentara, el rostro de Kendra lo inundaba de la misma forma que la melodía que tocaba un gaitero situado a escasos metros de él. Suave, melódica y atrayente.

Kendra dejó su bolso sobre el sillón con cierta desgana. Luego se quedó contemplándolo mientras inspiraba hondo. No sabía qué era lo que le sucedía, pero se encontraba en una especie de limbo. Durante el tiempo que había pasado con Kenneth, había deseado alejarse. Que él se marchara lo antes posible porque no le hacía gracia que tuviera ganas de besarlo. Pero en ese momento en el que estaba a solas en su piso se daba cuenta de que lo echaba en falta. No de una manera exagerada, ni nada por el estilo, pero le extrañaba. Esa cuestión la llevó a plantearse la pregunta de si coincidirían esa noche. Le había comentado que vería a Megan para tomar algo y aprovechar la diversión con ocasión por el festival. La melodía de su teléfono la sacó de sus pensamientos. No pudo evitar un ligero sobresalto cuando pensó que tal vez era él. Que quería preguntarle cuándo o dónde iba a quedar con Megan. Pero al leer el nombre de su amiga en la pantalla, Kendra se relajó.

—Dime.

—*¿Has terminado con el ensayo por hoy?*

—Sí, acabo de llegar a casa.

—*¿Y Kenneth?*

Kendra se quedó paralizada por un segundo. No esperaba que su amiga y colega de departamento le preguntara por él.

—No tengo ni idea. Nos despedimos después de comer. Supongo que se habrá ido al hotel. No se lo he preguntado, claro está.

El silencio en la línea lo provocó Megan, lo que llamó la atención de Kendra.

—*¿Has quedado con él más tarde? Me refiero si va a venir a tomarse algo con nosotros.*

—No. Lo sé, no soy tan preguntona como tú. Además, es amigo tuyo, lo cual quiere decir que tú tienes más confianza con él.

—*Sí, es cierto. Oye, ¿qué tal marcha el ensayo? Faltan pocos días para la conferencia y me comenté que lo tenías casi terminado.*

—Falta poco. Hoy hemos aprovechado el tiempo a tope. Le he entregado una copia en papel para que lo revise cuando tenga un momento. Y en cuanto a la conferencia, la tengo prácticamente cerrada. Además, tampoco tengo que prepararla demasiado, ya que la obra de Scott es algo que domino.

—*No me cabe la menor duda. Pero mi deber como organizadora del evento es preguntarte.*

—Me consta. No te preocupes.

—*Te veo más tarde. ¿En Rick's Tavern?*

—¿A las siete?

—*Allí estaremos.*

Kendra no dijo más. Se limitó a cortar la comunicación y a dejar el móvil sobre la mesa. ¿Y ella qué coño iba a saber si Kenneth iría a la taberna? ¿Por qué tanto interés por parte de Megan? Que se lo preguntara ella, que era su amiga y colega de la asociación de Shakespeare. Lanzó un último vistazo al móvil, como si esperara que volviera a sonar, y luego se sentó en el sofá y estiró las piernas para dejarlas apoyadas sobre la mesita baja. Descansaría hasta que fuera la hora de marcharse a la taberna.

Kenneth iba dirección a Haymarket, donde estaba el hotel, cuando recibió un wasap de Megan para pasar a verlo. Él frunció el ceño y luego se limitó a sonreír. No le cabía duda alguna de que Megan estaba preocupada por el trabajo. Quería saber en qué punto se encontraba el tema del ensayo. Quedaba claro que no se fiaba mucho de Kendra. Pero a él, esta no le parecía tan... despreocupada por el ensayo. Al menos era la imagen que ella le transmitía.

Le respondió diciéndole que estaría en el bar del hotel y que la esperaría para charlar. No tenía pensado hacer nada a esas horas. Excepto revisar los folios que Kendra le había entregado y que no había sido capaz de leer sentado en un banco de los jardines de Princess Street. Confiaba en poder hacerlo en la tranquilidad del hotel esa noche. «Si Kendra me deja en paz», se dijo sin poder ocultar una sonrisa de complicidad.

Se sentó a una mesa del bar y, tras pedir un café, decidió leer el contenido del ensayo de Kendra a la espera de que Megan llegara. Ella misma podría comprobar cómo marchaba la colaboración entre los dos. «En mis manos tengo la prueba», se dijo sonriendo y ajustándose las gafas al mismo tiempo. ¿Por qué no era capaz de conseguir centrarse durante unos minutos? ¿Y por qué no podía dejar de pensar en ella? Era absurdo hacer lo que estaba haciendo. Sentía cierta atracción por ella; y ese deseo por besarla. Por saber qué sentiría cuando sus labios estuvieran posados en los de ella. Era demencial lo que pensaba. ¡Ni que fuera un quinceañero con las hormonas en plena ebullición!

—No sé en qué estás pensando, pero a juzgar por la manera en la que sonríes, debe ser algo bastante divertido.

La voz de Megan lo sacó de sus pensamientos alocados. «Gracias al cielo», se dijo porque desconocía qué sería lo siguiente que se le ocurriría pensar sobre Kendra.

—No te oí llegar. ¿Quieres tomar algo?

—No, tranquilo. He quedado dentro de unas horas. Por cierto, estás invitado tú también si quieres.

—Lo sé. Kendra me lo dijo —asintió mientras observaba a su colega—. Dime, ¿qué querías comentarme? Aunque supongo que tendrá que ver con el ensayo y las conferencias.

—Sí. Faltan pocos días para el evento y quería saber en qué situación estaban ambas cosas.

Kenneth sonrió de manera tímida e irónica a la vez porque conocía a Megan desde hacía años. Sabía que le gustaba tenerlo todo bajo control. No quería sorpresas de última hora. En cierto

modo, era como él para el trabajo, y también para su vida personal. «Pero ¿por qué no le hace esa pregunta a su amiga?», se cuestionó Kenneth quitándose las gafas y dejándolas sobre la mesa. Inspiró hondo y se quedó contemplando a su colega.

—¿No se lo has preguntado a ella?

Megan puso los ojos en blanco.

—De ella no me fio mucho últimamente, la verdad.

—Pues deberías. Porque yo la he visto colaborar y trabajar mucho y bien.

—Me alegra saberlo, porque viniendo de alguien como tú, es una buena señal.

—¿Alguien como yo? —Kenneth arqueó las cejas formando un arco perfecto sobre su frente.

—Te lo he dicho en innumerables ocasiones. Eres recto en tu trabajo. No te permites el más leve desliz. Ni qué decir de tus alumnos...

—Oh, venga ya. Que les exija que trabajen sus ensayos con más dedicación no es nada malo. Es lo que tú me has sugerido que haga con Kendra, ¿no?

—Sí. Más o menos. Y me quedo satisfecha con que me asegures que todo está bajo control.

—Lo está.

—¿Y en lo personal? ¿Ha habido algún roce entre vosotros por motivos de la nacionalidad de cada uno?

—Tuvimos nuestros más y nuestros menos al principio. Pero...

—¿Pero...? —Megan sonrió burlona al tiempo que elevaba una ceja con sentido de la suspicacia.

—Pero ya pasó. No hay que darle más vueltas.

—¿Te marcharás pronto?

—Nada más que termine todo este asunto. He de empezar a programar el curso. Estamos a las puertas...

—Pensaba que te quedarías algunos días más. Para disfrutar del festival.

—No lo veo acertado teniendo trabajo pendiente en Londres. Entiéndeme. —No pretendía quedarse ni un solo día más después de dar la conferencia. Al día siguiente, temprano, cogería un vuelo de regreso a Londres.

—Entiendo. En fin, solo quería saber cómo os marchaban las cosas sin que Kendra estuviera presente.

—Creo que es una buena investigadora. Tiene potencial para ello. Solo tuve que sugerirle el tema de los celos y la influencia de Otelo para que se pusiera manos a la obra con ello.

—Podría haberme consultado. Fue mi exposición en el congreso de la asociación de Shakespeare el año pasado —recordó Megan con cierta alegría porque estaba más que orgullosa de su ensayo y, por qué no decirlo también, de lo que ocurrió en Stirling aquel fin de semana.

—Sí, recordé tu exposición más que brillante al respecto de la obra del moro de Venecia. Tal vez podrías sugerirle algo. Mira, este es el borrador del ensayo hasta ahora. Tengo que revisarlo a petición de ella y modificar aquello que considere inoportuno.

—Pero ¿no irás a quedarte en el hotel? —le preguntó Megan sorprendida por la reacción de él.

—No entiendo...

—Vente a tomar algo. Te vendrá bien para distraerte un par de horas al menos. Aparca las obligaciones académicas y diviértete, Kenneth. Si vas a marcharte el día posterior a la conferencia, no te queda mucho por disfrutar de esta ciudad.

Kenneth permaneció en silencio apretando los labios con gesto pensativo. No había pensado demasiado en ello. O tal vez sí, pero no quería reconocerlo. Si accedía a la invitación de Megan, volvería a ver a Kendra. Y no estaba seguro del todo de que fuera una buena idea. Pero quedarse en el hotel a solas, salvo por el ensayo que debía revisar para el día siguiente, no era un buen plan después de todo. Tal vez ella tuviera razón. Además, ¿qué podía salir mal? ¿A qué le temía? ¿A Kendra?

—Está bien. Te haré caso esta vez —le refirió levantando un dedo frente a ella.

—¿Qué tienes que perder? ¿Unas horas de trabajo para revisar el ensayo? Puedes hacerlo mañana durante el desayuno —le dijo restando importancia a ese aspecto.

—Sí. Es posible que pueda leerlo entonces. No te lo discuto.

—Además, tú no eres una persona que se ande por las ramas. Me refiero a que, si no recuerdo mal, eres de los que si el primer párrafo no llama su atención, dejas de leerlo.

—Pero en este caso no tiene nada que ver —le aseguró cogiendo los folios en su mano y elevándolos de la mesa.

—Doy fe. Es más, haremos una cosa. Me leeré el ensayo mientras tú subes a tu habitación. Por si quieres cambiarte o asearte.

Kenneth asintió convencido de que no era una mala opción a pesar de todo. De esa manera, tendría la opinión de ella. Y le gustaría conocerla porque Megan eran tan buena profesional de la enseñanza como de la investigación.

—En ese caso...

Megan lo contempló levantarse, recoger las gafas de la mesa para colocárselas y quedarse de pie delante de ella.

—Te dejo que lo leas y me comentes qué te parece. No hace falta que te diga que puedes hacer los cambios que estimes oportunos. Tú eres una notoriedad en Shakespeare, y, por añadido, en *Otelo*.

—Estás exagerando. Y no pienso hacer ningún cambio, solo alguna sugerencia que estime oportuna.

—Como veas. Vuelvo lo antes posible.

Abandonó el salón sin querer preguntarse si hacía lo correcto o no. La respuesta la tendría al final de la noche.

Capítulo 5

El ambiente en la taberna estaba bastante animado a esas horas. Las actividades en la calle hacía rato que habían terminado y la gente se recogía a tomar algo antes de asistir al Military Tattoo. Cuando Kendra abrió la puerta y entró, sintió un peso sobre sus hombros, una especie de decepción porque, al dirigir su mirada hacia la mesa que ocupaban Megan y los demás, no veía a Kenneth. Un escalofrío le recorrió la espalda a medida que avanzaba hacia sus amigos. ¿Por qué demonios se sentía así? Ella le sugirió que lo hiciera, pero él no pareció muy dispuesto a ello. Levantó la mano a modo de saludo y luego hizo un gesto para indicar que iba a la barra a pedir algo de beber. De repente, tuvo la sensación de que no tenía muchas ganas de estar allí y sí en otra parte. Donde se encontrara él. «Aunque fuera en el salón del hotel revisando el ensayo», pensó sacudiendo la cabeza.

Kenneth resopló saliendo del aseo. Se disculpó con la gente que casi chocaba camino de regreso a la mesa. Algo, o alguien, hizo que se detuviera en mitad del paso de la gente hacia el baño. Se ajustó las gafas y esbozó una media sonrisa cuando vio a Kendra con una copa de vino en la mano dirigirse hacia los demás. Verla le acababa de cambiar el gesto. Lo había pensado durante toda la tarde: si era buena idea estar allí. Pero cuando Megan apareció en el hotel para hablar con él acerca del ensayo y demás, e insistió en que la acompañara a tomar algo, no pudo rechazar esa invitación pensando más en Kendra que en él. Era como si hubiera necesitado un empujón para aceptar la invitación.

Ella se detuvo junto a la mesa y entrecerró sus ojos cuando contó las sillas y las bebidas sobre la mesa.

—A ver chicos, ¿quién se sienta...?

—Yo.

Ella reconoció la voz que acababa de sonar a su espalda. No hizo falta que se girara para verlo, ya que Kenneth se situó a su lado y la contempló como si se tratara de una aparición. ¿Cómo coño iba a no estar allí cuando la observaba y se repetía lo bonita que le parecía? Ella le devolvía la mirada mientras entreabría los labios para coger aire porque la repentina aparición de él le había cortado poco menos que la respiración.

Kenneth percibió que la copa le temblaba en su mano. No le cabía la menor duda de que ella no lo esperaba. Ni siquiera él estaba preparado para aquello.

Kendra cogió aire y asintió sin poder dejar de contemplarlo. Con su genuino aspecto de erudito la estaba haciendo sentir algo que no había creído volver a experimentar.

—Si quieres sentarte en mi lugar, no tengo ningún inconveniente.

—No, no. Yo... cogeré una silla... y la arrimaré a la mesa. No te preocupes.

—Como quieras. —Se dirigió a su lugar bajo la atenta mirada de Megan, quien de las tres personas que permanecían sentadas a la mesa parecía ser la única a la que le interesaba el juego de miradas de su amiga y su colega.

—No creía que fueras a venir después de todo —fue lo primero que Kendra dijo mirándolo con atención.

—Sí, es cierto. Pero...

—Lo animé yo cuando me pasé por el hotel para hablar con él sobre el ensayo en el que colaboráis —intervino Megan al notar que Kenneth parecía vacilar en su respuesta.

Kendra asintió en silencio.

—He leído vuestro trabajo y debo decir que me resulta de lo más interesante. Por encima de todo, ese último aspecto relacionado con los celos y la referencia a Otelio.

—Sí, se le ocurrió a él. —Kendra hizo una señal con el mentón en dirección a Kenneth y apartó la mirada de este al momento. Tenía la impresión de que era capaz de encender su piel y hacer que se sonrojara.

—Pues debo decir que es muy acertada.

—Kendra y él están redactando un ensayo acerca de la influencia de Shakespeare en la obra de Scott —informó a Stuart—. Pero ya lo sabías de la otra tarde que estuvisteis charlando, ¿no?

—Así es. Aunque tampoco profundizamos a ese nivel del que hablas del ensayo.

—¿Regresarás a Londres una vez que termines aquí o piensas quedarte más días? —le preguntó Ian interviniendo por primera vez.

—Marcharme lo antes posible es lo más lógico, dado que tengo que prepararme para el nuevo curso; como vosotros —dijo paseando la mirada por los allí reunidos, pero prestando especial atención al gesto de Kendra.

Ella había bajado la mirada hacia su copa de vino y la había tomado en su mano para beber, no tenía demasiado interés en escucharle decir lo que ya sabía.

—Espero que tengas tiempo para seguir disfrutando del festival y de la ciudad —señaló Stuart—. Además, tienes una buena anfitriona.

Las miradas se centraron en Kendra, quien acusó el golpe de la mejor manera que supo. Pero la verdad era que sentirse el centro de las miradas de todos no le beneficiaba en su intento de pasar desapercibida. Levantó la vista de la copa y agradeció el comentario.

—Gracias, pero no creo que sea para tanto.

—Siempre tan modesta. ¿Has visto la perspectiva de la ciudad desde el observatorio de Carlton Hill, Kenneth? —le preguntó Megan interviniendo en la conversación de una manera más directa.

—No, no he tenido el gusto de hacerlo.

—Pues te lo recomiendo.

—Lo tendré en cuenta para visitarlo antes de irme.

Kendra dejó su mirada en un punto sin que pareciera estar prestando atención a la conversación que mantenían los demás. Solo Kenneth parecía fijarse en ella mientras la conversación era entre Megan y Stuart. Prestó atención en el semblante de su rostro. Le pareció ausente en ese momento. Como si estuviera pensando en sus cosas. De repente pareció volver en sí y ser ella. Y cuando sus miradas se encontraron una vez más, ella cogió aire y se levantó de la silla.

—Disculpadme.

Todos la contemplaron escabullirse entre los clientes que atestaban la taberna. El ambiente estaba cargado y necesitaba algo de aire que la tranquilizara. Se sentía agobiada con todo lo relacionado con el ensayo y la conferencia; y eso que hasta el momento Megan no había sacado el tema. Solo había hecho una referencia cuando le dijo que había echado un vistazo a la copia que Kenneth se había llevado con él para revisar esa misma noche.

Salió a la calle en mitad de empujones, disculpas y algún que otro pisotón. Pero al final logró que el aire de la noche, que hacía rato había caído sobre la ciudad, la envolviera con su abrazo. Cerró los ojos y se apoyó contra la pared, ajena al bullicio que se escuchaba alrededor suyo.

—Kendra.

Alguien pronunció su nombre instándola a abrir los ojos. Ante ella se encontraba Andrew. Ella pareció tardar en reaccionar, ya que lo que menos esperaba en ese momento era encontrarse con él. Pero en cuestión de algunos segundos estaba centrada en su persona.

—¿Qué quieres, Andrew?

El tono monótono de ella le indicó a él que ella no estaba de humor.

—Saludarte. Mis amigos acaban de entrar y yo me he fijado en que estabas aquí fuera.

—He salido a tomar el aire. Ahí dentro el ambiente está algo cargado.

—¿Has venido sola?

Kendra entornó su mirada de tal manera que le pareció que Andrew le tomaba el pelo. Ya no solo por la forma de hacer la pregunta, sino por esta en sí misma.

—No. Los demás se han quedado dentro.

—El otro día, cuando nos vimos, bueno, esperaba poder hablar contigo.

—Ya lo estás haciendo. De manera que aprovecha tu oportunidad porque no creo que tengas otra —le dejó claro, cabreada como estaba por todo lo que le estaba pasando.

—Veo que no estás de buen humor.

—Oh, sí, ya lo creo que estoy. Mira cómo me río —le dijo antes de esbozar una sonrisa cómica —. De manera que di lo que tengas que decir.

Kendra se cruzó de brazos como si estos fueran en ese instante una barrera física entre ellos dos.

—Solo quería saber si estás con alguien.

—¿Y por qué querrías saberlo?

—Porque si no estás saliendo con alguien, tal vez podríamos retomarlo.

Kendra lo fulminó con la mirada porque era la gilipollez más grande que llevaba tiempo sin escuchar. Su sonrisa pasó de la comicidad a la ironía.

—Pero ¿tú te estás oyendo? Por favor, no digas nada más.

—¿Qué he dicho? ¿Por qué te pones así? Que quiera saber si estás con alguien es algo normal después del tiempo que estuvimos juntos. Solo lo pregunto por curiosidad.

—Pues deja tu curiosidad para otros menesteres, como, por ejemplo, tus clases en la universidad de Glasgow.

—¿Qué pasa con estas?

—Mira, no tengo ni idea de qué es lo que pretendes, ni tampoco me interesa que me lo expliques. Tú y yo no tenemos nada en común. Te marchaste por un puesto de trabajo mejor. Punto final. Se acabó. No tengo más que decir.

La puerta de la taberna se abrió de repente y la figura de Kenneth emergió de entre el grupo de personas que salían. Kendra se percató de su presencia y, yendo hacia él, lo agarró del brazo poco menos que arrastrándolo, pese a su corpulencia.

Él sintió el tirón que la mano de alguien le daba y como lo apartaba de la entrada a la taberna. Protestó en un primer momento, hasta que reconoció a la culpable de aquel tirón.

—Vaya... ¿qué te pasa? —La miró con el ceño fruncido sin saber qué estaba sucediendo. Kendra estaba allí frente al chico que la había parado en esa misma calle—. Ah, hola.

De repente, el brazo de ella estaba entrelazado al de él al tiempo que sus cuerpos permanecían pegados el uno al otro. Kenneth inspiró cuando la cadera de ella se pegó a su pierna.

—Este es Kenneth, creo que el otro día os presenté.

—Sí —dijeron los dos mirándose antes de volver sus respectivas miradas hacia ella.

—Bien, pues él y yo estamos juntos. ¿Verdad?

Kenneth se limitó a sonreír y a asentir ante aquella rotundidad por parte de ella. Su explicación lo cogió con el pie cambiado y no supo cómo reaccionar. «¿Qué está sucediendo aquí?», se preguntó pasando su mirada del tal Andrew a Kendra a la espera de una aclaración, aunque todo parecía indicar que ella lo estaba utilizando para alejar al otro, y Kenneth estaba dispuesto a colaborar en lo posible.

—Vale. Disculpa si...

Lo que ninguno de los dos hombres esperaba era que ella se girara hacia Kenneth y lo obligara a inclinarse un poco para poderlo besar. No fue un gran beso. Ni perfecto. Ni lleno de ternura o de deseo. Ella se limitó a pegar sus labios a los de él de una manera rápida pero efectiva para elevar la temperatura del cuerpo de ambos. Pero lo que ninguno esperaba era que el beso inicial derivara en algo más real, dulce y tan significativo. Lo que ella comenzó como una simple broma se estaba convirtiendo en algo más real y serio.

Kenneth la besó con delicadeza. Atrapando su labio inferior entre los de él. Con lentitud, como

si le diera pereza hacerlo. Recreándose. El sabor afrutado del vino envolvió sus sentidos hasta hacerle creer que se lo estaba imaginando. Escuchó un gemido de aceptación por parte de ella. Y solo en el momento en el que ella se apartó y se quedó contemplándolo con aquel brillo en su mirada, él comprendió la verdad.

Kendra no daba crédito a lo sucedido. Se había dejado llevar por un impulso alocado, pero que esperaba que fuera efectivo a ojos de Andrew, quien se había marchado. Solo pretendía alejarlo de una maldita vez y se le pasó por la cabeza usar a Kenneth para su fin, sin ser consciente de lo que podía suceder entre ellos. Algo que no estaba escrito en ningún sitio.

Se sintió algo cohibida y deseó que el suelo se abriera bajo sus pies y que la engullera. O que de repente se desatara una tormenta de aire y la elevara hacia lo alto para llevársela lejos. Pero en cambio ella permaneció allí, de pie frente a él, esperando que le dijera algo.

Kenneth se limitó a ajustarse las gafas y a sonreír de manera tímida antes de hablar.

—Creo que le ha quedado claro que debe dejarte en paz.

Ella se llevó las manos a la cara y sacudió la cabeza. Deseó que él no estuviera frente a ella cuando las apartara. Que nada de aquello hubiera sucedido. Pero no fue así. Kenneth la contemplaba con curiosidad y con una calidez que no había percibido hasta entonces. Pero ¿qué clase de locura se había apoderado de ella? ¿Cómo se le había ocurrido semejante gilipollez? No pensó que él pudiera responder a su beso de aquella manera tan... especial para ella. Tenía que disculparse por su comportamiento. Tenía que hacerle ver que había sido un error que no iba a repetirse. Pero si pensaba en la manera en la que él la había besado, en ese caso nada de lo anteriormente dicho carecía de sentido. Pero tenía que intentarlo.

—Lo siento. No era mi intención...

—Soy consciente de ello.

—Pensarás que estoy loca.

—¿Por qué?

—¡Joder! Acabo de besarte —le quiso hacer entender mientras él parecía no darle la menor importancia.

—Sí. Eso me ha quedado claro.

—Lo he hecho para...

—Para alejar al tal Andrew. También lo sé. —Él se limitó a encogerse de hombros ante la atónita mirada de ella—. ¿Cuál es el problema, Kendra? Yo no lo veo por ninguna parte.

—Te... te... he besado. —Ella entornó la mirada mientras él no se inmutaba.

—Te repito que lo sé. Y si me permites una corrección, nos hemos besado. Creo haber correspondido a tu beso, ¿no?

Ella respiró con esfuerzo. No podía ser cierto lo que le estaba sucediendo.

—¿Por qué?

—Porque no era plan de dejarte en mal lugar —le dijo ocultando su verdadera razón y que no era otra que porque lo había deseado desde que la conoció. Pero se había retraído porque no tenía

ningún sentido hacerlo. No era algo cabal en su posición. No era su estilo. Además, su vida estaba en Londres. No había que darle más vueltas al tema.

Ella se limitó a asentir, incapaz de decir una sola palabra más. Casi prefería no hacerlo, no fuera a ser que, en vez de arreglarlo, lo estropeará más. «¿Qué estará pensando de mí?», se preguntó tratando de encontrar alguna respuesta coherente, y no la falta de seriedad por parte de él. ¿Había correspondido a su beso para no dejarla mal? Pero si le había transmitido infinidad de emociones y parecía que él lo estuviera deseando por la forma en la que sus labios se habían adueñado de los de ella. Por la manera en la que la había rodeado por la cintura pegándola a su pecho. ¿En serio lo había hecho por cumplir?

—Creo que sería mejor volver dentro —le sugirió él al verla tan nerviosa.

—Por cierto... ¿por qué saliste?

Le sujetó la puerta para que ella pasara al interior de la taberna.

—A tomar un poco de aire. Nada más.

Ella entrecerró los ojos clavando su mirada en él antes de regresar a la mesa donde Megan, Ian y Stuart seguían debatiendo sobre asuntos relacionados con la universidad.

Cuando los dos se sentaron en sus respectivas sillas, solo Megan pareció darse cuenta de que habían regresado. Ian y Stuart seguían conversando como si nada. Esta miró de manera fija y llena de curiosidad a Kendra y se mordió el labio para sofocar su risita.

—¿Por qué miras de esa forma? —le preguntó cuando percibió que Megan se había quedado con la vista clavada en ella y gesticulaba con sus labios.

—¿Qué tal hace en la calle?

—Bien. La temperatura es bastante agradable.

—Debe serlo porque has estado un buen rato afuera. ¿Has visto a Kenneth? Ha salido al poco rato de hacerlo tú.

—Sí. Justo cuando estaba hablando con Andrew —le refirió con un tono molesto por recordar la escena.

—¿Andrew? ¿Qué hace aquí? ¿No se marchó a Glasgow? —Por un momento, Megan se olvidó de su interés inicial en su amiga y compañera de departamento.

—Eso he dicho. Sí, el mismo que se largó de aquí en busca de una oportunidad mejor —le recordó con un retintín en el tono de su voz.

—¿Y ha vuelto?

—No tengo ni idea. Pero también te digo que no me interesa su vida.

—¿Y qué quería? —Megan observó el gesto de su amiga por encima de su vaso de cerveza.

—Lo típico. Saber cómo me marchan las cosas. —Kendra se encogió de hombros, como si no le concediera la mayor importancia a esa cuestión.

—¿Y qué tal te marchan?

Kendra entornó la mirada hacia Megan sin saber qué era lo que esta pretendía con aquella cuestión.

—¿Se puede saber qué narices te pasa conmigo? Estás muy rara, que lo sepas.

—¿Yo? Entonces, ¿son imaginaciones mías que al salir a la calle tu pintalabios estuviera perfecto? Inmaculado me atrevería a decir. ¿Y que hayas vuelto sin rastro de este? ¿Y yo soy la rara por preguntarte qué diablos te pasa? —Megan elevó sus cejas formando un arco de relativa incompreensión por el comportamiento de su amiga—. ¿Qué hay entre Kenneth y tú? Porque deduzco que ha sido él quien te ha borrado el color rojo de tus labios, ya que dudo mucho de que haya sido Andrew, a tenor de cómo terminó lo vuestro y de la manera que acabas de hablar de él.

De manera inconsciente, Kendra se los humedeció. Estaba claro que Megan se había dado cuenta de lo sucedido. No había que ser muy inteligente para fijarse en ese detalle. Echó un vistazo a Kenneth para ver si se había percatado de las palabras de Megan. Pero este se encontraba entretenido en la conversación con Stuart e Ian. «Mejor», se dijo ella. De ese modo, no tendría que darle explicaciones al respecto de lo que iba a hablar con su amiga.

—De acuerdo. Lo he utilizado para quitarme de encima a Andrew —le confesó con gesto de culpabilidad.

Megan se tomó unos segundos para digerir las palabras de Kendra porque sin duda que no la creía capaz de algo así.

—¿Lo utilizaste? —bajó la voz para que él no se enterara de aquella descabellada afirmación de Kendra, que se limitó a asentir—. ¿Te has vuelto loca?

—Sé que he metido la pata y bien.

—¿La pata? El cuerpo entero diría yo. —Megan no pudo evitar la ironía con su compañera.

—Vale, sí. Lo que tú digas. Tienes razón. No debí hacerlo.

—Pero ¿te has parado a pensar por un momento lo que has hecho?

Megan estaba crispada. No sabía qué decirle a su amiga porque en verdad que aquello la superaba. Podría esperar que entre ellos no se llevaran bien por cuestiones de sus nacionalidades. Pero eso era el colmo.

—¿Qué le has dicho para justificarte? Porque supongo que él se habrá quedado a cuadros. No quiero ni pensar cómo se lo habrá tomado. —Megan arqueó una ceja con total suspicacia.

—No se lo esperaba, la verdad.

—Imagino. —Megan puso los ojos en blanco.

—Se limitó a seguirme el juego y ya está.

—De manera que os besasteis delante de Andrew. Supongo que se largaría.

—Sí. Insistía en saber si estaba saliendo con alguien.

—Ya... Y tú agarraste al primero que apareció por la puerta.

—Sí, algo así.

—En fin, esto te incumbe a ti solita. Y espero que no afecte a vuestra colaboración académica —le dijo a modo de advertencia.

—Descuida. Ninguno de los dos somos tan estúpidos para dejar que nos afecte.

—Eso espero.

Kendra cogió su copa y apuró el último trago de vino. Sabía que había abierto una puerta que no debería. Que había cruzado una línea prohibida para ella, pero era demasiado tarde para lamentarse. Miró a Kenneth unos segundos, preguntándose si él de verdad lo había hecho por cumplir y no porque sintiera algo por ella.

No hubo más comentarios a ese respecto por parte de ninguna de las dos el resto de la noche. Solo cuando todos abandonaron la taberna, Megan lanzó una mirada a Kendra para ver cómo reaccionaba. Esperaba que se marchara con Kenneth y lo aclararan todo porque sin duda que tendrían que hacerlo. Uno no besa a otra persona y se queda tan ancho.

—Chicos, me retiro —anunció Stuart mirando al resto—. Ha sido un placer conversar de nuevo contigo, Kenneth. Y espero seguir haciéndolo en alguno de los días que te restan por pasar aquí.

—Sí. Lo mismo digo. Tenemos una charla pendiente acerca del teatro posterior a Shakespeare.

—Ian y yo también nos marchamos. —Megan fue la siguiente en anunciar su marcha, dejando a Kendra y a Kenneth a solas. Se limitó a mirarla con toda intención, algo de lo que su compañera se dio perfecta cuenta.

—Repito lo que ha dicho Stuart —le dijo Ian estrechando la mano de Kenneth—. Espero verte otro día antes de que te marches.

—Si acudes a la conferencia de pasado mañana... Allí me verás.

—Lo tendré en cuenta.

—A vosotros dos ya os veré para concretar lo del ensayo. —Megan paseó su mirada por los rostros de Kenneth y Kendra.

—Cuando quieras —asintió él.

—Sí, ya veré cómo quedamos.

—Estaré en el despacho por la mañana para retocar algunas cosas.

—Te llamaré antes de pasar. Por si no estás. —Vio a Kendra asentir, pero sin decir nada más—. Y en cuanto a ti, Kenneth...

—Es posible que también me veas en el despacho.

Megan se mordió el labio y asintió de manera lenta, calibrando el significado de aquellas palabras.

—Está bien. Entonces os veo mañana a los dos. ¿Nos vamos? —Miró a Ian en busca de su aprobación.

—Cuando quieras.

Kendra y Kenneth se quedaron a solas en medio de la calle, sin saber qué decir o qué hacer. Por suerte, la temperatura acompañaba para estar al aire libre. Y ninguno parecía tener prisa. Fue ella la que rompió aquel silencio tan incómodo.

—¿Piensas pasarte por el despacho mañana?

Él se limitó a asentir mientras la contemplaba. Estaba distinta a cuando regresaron al interior de la taberna después de lo sucedido entre ellos. La verdad era que no le había prestado demasiada atención porque había preferido dejarlo estar y charlar con Stuart e Ian. No era plan de que darse

mirándola como un tonto y que cualquiera de los allí presentes pudiera darse cuenta. No.

—Si me dices sobre qué hora piensas ir... No quiero llegar y que me des con la puerta en las narices.

—No sabría decirte. Dependerá de cuánto madrugue. —Sonrió porque era lo mejor que podía decirle en ese instante. Porque la otra opción que se había planteado era mejor dejarla estar. Ya había hecho bastante esa tarde.

—En ese caso... Esperaré tu mensaje. De esa manera, me aseguraré de que estás.

Habían comenzado a caminar casi sin darse cuenta de ello. Intentaban no acercarse demasiado. Procuraban mantener una distancia prudencial, como si temieran rozarse. Pero en ciertos momentos no sirvió de mucho. Y sobre todo cuando en un momento él posó su mano sobre la espalda de ella con un gesto involuntario al acompañarla a cruzar una calle.

En situaciones así, Kendra aguantaba la respiración y solo era capaz de recuperar la normalidad pasados unos segundos. Tenía que hablar con él en serio. Explicarle por qué había hecho lo que hizo. No podía dejarlo estar así. Ni si quiera estaba segura de cómo reaccionaría él al sacar el tema de nuevo. A él no parecía haberle parecido tan mal, después de todo.

—Oye, ya sé que lo hemos hablado antes, pero... Me siento fatal por lo que hice esta tarde. Disculpa si te parecí algo atrevida y alocada. No debí hacerlo y me siento fatal. Y encima ni si quiera sé si tienes pareja, estás comprometido... —Kendra caminaba con la mirada fija en el suelo porque era la mejor manera de soltar todo lo que llevaba dentro. Si lo miraba a la cara, entonces creía que no lo haría porque en el fondo se sentía cohibida. Su actuación había sido algo inesperado por ambos.

No escuchó ninguna palabra por parte de él, lo cual no sabía si era bueno o malo. Al menos no la había apartado de él cuando lo besó. Ni había dado un paso atrás contemplándola como si fuera una demente. Había actuado de una manera natural. Como si en el fondo lo estuviera esperando. Y eso también la traía de cabeza porque su posterior reacción sí que había sido inesperada.

De repente, él se detuvo y se volvió hacia ella. Resopló y la contempló con los ojos entrecerrados a través de sus gafas de pasta negra. Se las ajustó una vez más con su dedo antes de dirigirse a ella.

—No hace falta que me des ninguna explicación. Entendí en todo momento lo que sucedía.

—Pero no es justo que te haya utilizado en mi propio beneficio, ¿no? Que sepas que no voy por ahí besando a cualquiera.

—Estoy seguro de ello. Te dejaste llevar por un arrebato. Al menos sí me gustaría que me explicaras quién es Andrew para ti. O lo era, ya que parece que tú no quieres tener nada que ver con él. —Arqueó sus cejas deduciendo que así era.

—Era mi pareja —comenzó explicándole mientras él se cruzaba de brazos y asentía—. Los dos trabajábamos en la universidad. Pero de repente él se presentó a una plaza en Glasgow y...

—Y la obtuvo —concluyó Kenneth entornando su mirada hacia ella, que se limitó a asentir—. Supongo que él decidió quedarse allí y hacer su vida.

—Así es. De la noche a la mañana, decidió establecerse allí porque aseguraba que ir y venir todos los días le suponía un sacrificio. Por si no lo sabes, el viaje apenas si llega a la hora por carretera.

—No, no lo sabía. ¿Te sonó a disculpa para no quedarse contigo?

—Más o menos.

—¿Por qué no te fuiste con él?

—Porque no era yo la que se había marchado —le espetó furiosa al recordar aquellos días—. ¿Por qué debía dejar yo lo que había conseguido con mi esfuerzo y mi trabajo? Yo tenía mi puesto aquí y él decidió marcharse sin decirme nada. Solo cuando le concedieron la plaza me lo dijo.

—Qué delicado —ironizó Kenneth con una media sonrisa.

—¿Te parece acertado hacer algo así después de llevar dos años juntos?

Kenneth se limitó a escucharla. A dejar que se desahogara porque en verdad que lo necesitaba. La notaba enfadada consigo misma por lo que había hecho con él. Pero también lo estaba con su ex. Porque sin duda que su aparición la había empujado a cometer aquella estupidez, según ella.

—No lo sé. Nunca he vivido una situación así. Por lo general, mis exparejas me dejaban por mi falta de atención hacia ellas.

—Pues lo es. —Ella se encaró con él, como si tuviera la culpa de la ruptura de su relación.

Esa vez, Kenneth pareció reaccionar, ya que dio un paso atrás temiendo que ella se abalanzara contra él. Durante unos segundos, el silencio reinó entre ellos. Kendra parecía reaccionar y comprender que él no tenía la culpa de lo que le sucedía a ella. Que bastante había hecho ya con besarlo en mitad de la calle delante de la gente que pasaba por delante de la taberna; o entraba y salía. Una vez más calmada, ella lo miró con el ceño fruncido.

—¿Has dicho que tus ex te dejaron porque no les dedicabas tiempo?

Kenneth frunció los labios primero y después los apretó hasta casi hacerlos desaparecer.

—Sí. Eso he dicho. Mi tiempo ha estado ocupado casi siempre por la investigación y la enseñanza. Puedes preguntarle a Megan, que me conoce de la asociación de estudios sobre Shakespeare. Podrá confirmarlo —le aseguró sonriendo.

—Solo tengo que echar un vistazo a tus publicaciones, asistencias a congresos y demás. Cuando lo leí, me pregunté si dormirías o te pasarías las noches en vela.

—Duermo, aunque más bien poco.

Kendra deslizó la opresión que sentía en su garganta antes de hacerle la pregunta que le llevaba carcomiendo toda la tarde y parte de la noche.

—¿Por qué correspondiste a mi beso?

Le pareció que era el momento idóneo para repetirlo. Para atraerla contra él y volverla a besar. Pero esa vez sin presiones de ningún tipo. Ni prisas. Ni exnovio que se quedara mirándolos. Solos ellos dos en mitad de la calle.

—Reconozco que me sorprendió tu reacción al verme en un principio y luego...

—Lógico —lo interrumpió ella con una media sonrisa cargada de ironía.

—Bueno..., me dejé llevar al intuir lo que ocurría allí. Me fijé en tu ex, al que ya habíamos visto la otra tarde. Y por lo que vi, deduje que la situación entre vosotros estaba algo tirante, ya que te cambió el gesto por completo. Desde ese momento, no fuiste la misma.

Ella no sabía si reír o echarse a llorar.

—Vaya. Desconocía que te hubieras dado cuenta de cómo me había afectado la aparición de mi ex. Te fastidié la tarde.

—Oh, no. Nada de eso. No has fastidiado nada, Kendra —le dijo acortando la distancia entre ellos dos de manera casual pero reveladora.

—Oye, no quiero que pierdas sueño por mi culpa. Aunque hayas dicho hace un momento que sueles dormir más bien poco. Y mañana tenemos que ponernos las pilas para terminar el ensayo. Por curiosidad, ¿te ha dado tiempo a echarle un vistazo antes de que Megan apareciera en el hotel?

Kenneth la contempló con una sonrisa que a ella le sacudió el corazón. ¿Por qué la miraba con aquella chispa de cariño y le sonreía de esa forma tan cálida?

—Eres increíble —le aseguró, provocando que ella se quedara con la boca abierta, sorprendida por aquel calificativo—. Hace unos minutos estabas disculpándote por lo sucedido esta tarde. Acto seguido, me preguntas si he tenido tiempo para releer el ensayo.

—Bueno... Estás aquí para eso, ¿no? Para colaborar en la redacción de una investigación y dar una conferencia. No sería justo que te hiciera perder el tiempo.

Kenneth se acercó más a ella con la necesidad de rozarla, de fijarse en su mirada brillante de ese momento. En sus labios que había probado, pero que no había sido suficiente para él.

—Contigo uno nunca pierde el tiempo.

Ella percibió algo en sus palabras, en su mirada. Algo distinto a todo lo visto y sentido hasta ese momento. Algo que la confundió todavía más. Lo vio balancearse sobre sus pies, como si fuera a inclinarse sobre su rostro, pero finalmente se echó hacia atrás, volviendo a su posición inicial.

—Es mejor que nos marchemos. Mañana tenemos trabajo por delante. Hay que rematar el ensayo —le recordó cogiendo aire y apartándose de él antes de que fuera ella la que volviera a complicar la situación, ya de por sí complicada.

Él asintió sin decir nada más. Durante unos segundos, permaneció en el sitio con la mirada perdida en el vacío, hasta que escuchó el chasquido de los dedos de ella y su rostro a escasos centímetros del suyo.

—¿Dónde estabas? ¿No tienes sueño o qué? Capaz de que estabas dándole vueltas al ensayo.

Kenneth no le confesaría qué era lo que había atrapado su pensamiento. Pero si era inteligente, que lo era, le bastaría con fijarse en su rostro una sola vez. Ella. Ella había sido el blanco de sus pensamientos. Todos alocados e imposibles de llevar a cabo.

Emprendió su camino, a su lado, una vez más. La acompañó un poco, ya que no tenía intención de acercarla hasta su casa. Primero, porque no conocía la ciudad y, segundo, porque hacerlo era

una tentación demasiado fuerte como para resistirse a esta. Y por el momento tenía bastante.

Kendra lo vio alejarse cuando ella le indicó el camino a seguir para llegar al hotel. Por un instante, pensó en la atrevida locura de pedirle que se quedara con ella. Una aventura pasajera de la que conocía el final. Por ese motivo, ella prefirió mantener las distancias. «Bastante las he reducido yo esta tarde», se dijo sin poder dejar de sonreír y pensar en la manera en la que él la había besado.

El móvil de Kendra sonó temprano esa mañana. No había acabado de levantarse de la cama y la melodía ya le estaba diciendo que se tenía que levantar. Resopló con la mirada fija en el techo y estiró el brazo hacia la mesita de noche. Frunció el ceño cuando leyó el nombre de Megan en la pantalla. ¿Qué narices quería? Habían quedado en el despacho del departamento, pero no a una hora determinada. ¿Tal vez la llamaba porque no podía ir?

—Dime.

Kendra se incorporó en la cama cuando se notó la voz soñolienta. Necesitaba despejarse del todo para hablar con Megan.

—*Vaya, por el tono de tu voz, deduzco que estabas dormida...*

A Kendra no le hizo demasiada gracia el toque de sorpresa de su amiga.

—Sí. Estaba dormida. De no haber sido por ti, lo seguiría. ¿Qué pasa, qué quieres?

—*Saber cómo terminasteis la noche.*

Kendra resopló.

—¿Y no podías esperar a vernos?

—*No, si Kenneth estaba delante, como entenderás.*

—Ya, claro. Pues nada, aquí estoy levantándome de la cama para darme una ducha.

—*¿Estás sola?*

—Sí. ¿Piensas que arrastré a Kenneth a mi guarida? —Kendra soltó una risita cínica ante la presunción de Megan.

—*No sé qué pensar de ti a estas alturas, la verdad.*

—Quédate tranquila que cada uno hemos dormido en nuestras respectivas camas. Ni yo le insinué que subiera a casa ni él dio pie a ello. Lo que sucedió fue...

—*Una estupidez que puede salirte cara.*

—¿Cara? ¿Por qué habría? No entiendo.

—*Yo sé lo que digo. Así empecé yo con Ian, y, cuanto más trataba de detenerlo, más ganas tenía de verlo.*

—Bien, pero Ian estaba aquí contigo. Y Kenneth regresa a Londres en un par de días. Mañana es la conferencia, y el ensayo está casi terminado. Hoy lo rematamos.

—*¿Crees que la distancia puede hacer que lo olvides?*

—¿Te gusta el papel de la abogada del diablo o qué?

—Solo te aviso para que luego no te lleves sorpresas. Lo besaste, y creo que te gustó hacerlo después de todo.

Kendra se mordió el labio con gesto pensativo. ¿Le gustó besarlo? ¡Joder, cuando él le devolvió el beso y ella no pudo evitar entregarse! ¡Claro que le gustó cómo la había besado mientras la sostenía por la cintura! Pero de ahí a que pudiera sentir algo por él, como aseguraba Megan, o incluso llegar a echarlo de menos... había un abismo.

—Tendré en cuenta tu aviso, no te preocupes.

—¿Has quedado con él esta mañana?

—Todavía no. Ya te he dicho que acabas de sacarme de la cama, de manera que estoy en modo reacción.

—Está bien, te dejaré para que te actives del todo. Luego pasaré por el despacho para concretar algunos asuntos con respecto a las conferencias de mañana.

—Cuando quieras. Allí estaremos.

Kendra cortó la comunicación y fue a abrir el grifo de la ducha. Aunque no lo pretendiera, el recuerdo del beso volvía una y otra vez a su mente. «Vaya reacción la mía», pensó. Pero es que estaba tan cabreada con Andrew... Al menos ya no tendría que preocuparse porque la siguiera atosigando a preguntas sobre su vida personal. Se mordió el labio y se quedó contemplando su imagen en el espejo del baño. Había conseguido apartar a Andrew de su vida para siempre. Le tocaba el turno a Kenneth: algo más sencillo sin duda porque entre ellos no existía una relación, claro estaba. Por mucho que Megan le diera el rollo de la distancia, de que pensaría en él y de que le había gustado besarlo. No tenía ningún sentido después de todo pensar en esa situación. Desapareció tras la mampara de la ducha y se olvidó de todo menos de relajarse bajo el agua.

Kenneth salía del hotel de camino a la facultad tecleando un wasap a Kendra para avisarle de eso. No quería estar aguardándola en la puerta del despacho. Por lo general, no le gustaba que lo hicieran esperar. Su puntualidad era exquisita e incluso en muchas ocasiones solía presentarse con antelación a los acontecimientos, citas y demás quedadas.

Había terminado de revisar el ensayo durante el desayuno. Había madrugado algo más de lo normal para que le diera tiempo a hacerlo. No pretendía presentarse ante Kendra con los deberes sin hacer. Por ese motivo, apareció en el comedor del hotel con el ensayo en su mano. Lo cierto era que había retocado muy pocas cosas, lo que les beneficiaba porque supondría tener el ensayo acabado al final de la mañana y de ese modo repasar algunas notas para su conferencia del día siguiente.

Un mensaje en su correo le avisaba de su vuelo de regreso a Londres dos días después. Al parecer, todo estaba en regla. Inspiró hondo cuando lo leyó. Dentro de dos días estaría en su casa y volvería a su despacho en la facultad, a su rutina, que incluiría prepararse para el comienzo de un nuevo curso.

El wasap de Kendra lo distrajo de sus pensamientos. Le decía que estaba en casa todavía y que

en cosa de diez minutos saldría hacia el campus. Kenneth asintió y tecleó un «Ok». Le daría tiempo para dar un paseo por el centro de la ciudad antes de dirigirse al departamento. No pudo evitar quedarse con la mirada perdida mientras caminaba con su móvil en la mano. Los hechos de la tarde anterior todavía coleaban en su mente. ¿Cómo se le pudo ocurrir a ella hacer lo que hizo? Podría haber reaccionado de otras muchas maneras para quitarse de en medio a su ex. Pero eligió la más evidente y la más comprometedora para ambos. No podía creer que después de todo él hubiera conseguido besarla. Sí. Desde que la había conocido le había parecido atractiva, llamativa, y esas dos percepciones se habían visto acrecentadas con las demás cualidades de ella. Impulsiva era sin duda la que más se ajustaba a su personalidad. Sonrió sin darse cuenta de que se había detenido en mitad de una calle y que un coche le pitaba para que se apartara. Kenneth se disculpó y regresó a la acera a esperar que el semáforo cambiara. Más le valía centrarse y dejar a Kendra fuera de sus pensamientos.

Su móvil vibró en su mano. Roland lo estaba llamado. Sin duda que quería saber cómo le marchaban las cosas. Se puso los auriculares y contestó.

—Dime, Roland.

—*Kenneth, ¿qué tal te marchan las cosas por Escocia?*

—No me puedo quejar, la verdad.

—*¿Te tratan bien entonces?*

—Sí, ya te digo que no tengo quejas.

«Es más de lo que cabía imaginar en un principio», se dijo pensando en todo lo que le había sucedido hasta el momento.

—*Mañana das tu conferencia. Conociéndote, supongo que lo tendrás todo atado.*

—Sí, todo está cerrado en ese sentido.

—*Bien. Y en cuanto al ensayo de colaboración, ¿qué tal con la doctora Kendra?*

Kenneth esbozó una sonrisa antes de responder.

—Una profesional en todos los sentidos. Me ha gustado la colaboración con ella. En serio te lo digo.

—*Suena raro oírte decir algo así con el recelo que tenías en un primer momento.*

Kenneth escuchó la risa burlona de su colega de la asociación.

—Para eso están las personas y los hechos, ¿no? Para hacerme cambiar de opinión.

—*Hablé con Megan al respecto de su compañera y me aseguró que era una gran profesora e investigadora. Y ahora tú me lo confirmas.*

—Sí, ella es... —Kenneth se quedó callado de repente porque no sabía muy bien cómo definirla. Se le ocurrían tantos adjetivos para hacerlo—. La verdad es que no sé qué decir de ella porque tiene muchas cualidades que destacaría.

—*Me alegro de que al final tu experiencia en Escocia no esté siendo tan abominable como pensabas antes de ir.*

—Sí, yo también.

—Por cierto, aprovecho para decirte, aunque a lo mejor Megan ya te lo ha comentado, que la próxima reunión de la asociación será precisamente en Edimburgo. Queremos aprovechar el homenaje que se le hace a Shakespeare en la capital escocesa y cerrar con un broche estos homenajes.

—No lo sabía. La verdad es que he hablado con Megan más bien poco.

—Te lo comento por si te dice algo. Será en octubre, aunque todavía no tenemos fechas decididas. Ya te irás enterando cuando esté la cosa más avanzada. No te entretengo más, que supongo que tienes que cerrar asuntos sobre la conferencia o el ensayo. Ya hablamos. Ah, y dale recuerdos a Megan de mi parte cuando la veas.

—Lo haré. Descuida.

Permaneció con la mirada fija en la pantalla del móvil. Deslizó el pulgar por esta y localizó el programa de música. Quería distraerse hasta llegar al departamento de la facultad. No esperaba una noticia así: que el próximo congreso se celebrara allí en otoño. ¿Volvería a verla? Fue la primera idea que le vino a la mente. Bueno, eso no quería decir nada especial. Por otro lado, Kendra no era experta en Shakespeare, sino en Scott, luego era más que probable que no coincidieran. Sacudió la cabeza desechando esas ideas.

—Por favor, estoy haciendo cábalas sin sentido para un evento que se celebrará dentro de dos meses.

Trató de centrarse en lo más inminente. Su reunión con Kendra en su despacho para cerrar el ensayo.

Kendra había salido de casa como alma que se llevara el diablo. No quería llegar tarde y que, al hacerlo, él estuviera esperando. Podría hacerse una idea de la cara que pondría. Una sonrisa traviesa bailó en sus labios al pensar en esa situación. Pero que se le borró de un plumazo cuando al llegar a la entrada del departamento lo encontró allí parado. ¿Ya había llegado? «¡Pero si el hotel en el que se aloja está más lejos que mi propio apartamento!», se dijo mordiéndose el labio en sentido de culpa. Se dirigió hacia él, que en ese instante se volvía para enfrentarse a ella.

Kenneth no expresó ninguna de sus emociones. No estaba enojado con ella por que lo hubiera hecho esperar. Ni mucho menos. Y aunque así fuera, verla caminar hacia él con aquella expresión de disculpa en su rostro haría que se olvidara de inmediato. Esa mañana la encontraba especialmente atractiva. Tal vez fuera el hecho de que minutos antes había estado hablando con Roland y todo eso de regresar allí en otoño.

—Siento hacerte esperar, pero estuve hablando con Megan por el móvil y quieras que no me entretuve unos minutos.

—Vale.

—¿Solo vale? —le preguntó con la mirada entornada hacia él sin poder creer que no estuviera molesto por esperarla.

—¿Qué más quieres que te diga?

—Por lo poco que te conozco de estos días, temía que te pusieras en modo irónico y me

lanzaras alguna de tus puyas sobre la puntualidad inglesa. —Kendra puso los ojos en blanco e ironizó con ese asunto.

—A los hechos me remito —asintió él colocándose las gafas en su sitio ante la perspicaz mirada de ella.

—Sabía que me la tenías que soltar de una u otra manera. Vayamos a terminar el ensayo. El tiempo se acaba y... —Ella detuvo su explicación cuando se le vino a la mente que en un par de días él se marcharía. Se sentía rara cuando pensaba en ello porque si cuando lo conoció le pareció un tipo estirado y prepotente, en los sucesivos días su percepción había cambiado. La cantidad de horas que habían compartido le había mostrado a alguien muy diferente. Alguien a quien ella no había vacilado en besar en plena calle para acallar a su ex. Pero que al hacerlo no había medido las consecuencias.

Kenneth la siguió dándose cuenta de cómo ella se había callado en el momento exacto en el que iba a decir algo. Pero ¿qué?

—¿Has retocado mucho el texto?

—No.

—No me lo puedo creer viniendo de ti.

—Creo que tienes un concepto de mí algo distorsionado —le aseguró entrando en su despacho detrás de ella.

—Cierra la puerta, por favor. ¿En serio crees que tengo una opinión de ti... distorsionada?

—Sí. No sé a qué se debe. Si a mi carrera en la docencia y la investigación o al hecho de que soy inglés.

Kendra lo vio ajustarse las gafas, quitarse la chaqueta y colgarla del perchero que había a su lado. Luego se volvió hacia ella y dejó los folios sobre la mesa.

—Admite que tienes pinta de ser un tipo exigente. Pero eso no es nada que no hayamos hablado ya los días previos. Eres recto, serio, pulcro, algo estirado e inglés —le resumió ella sin poder contener la risa.

Permaneció de pie delante de la mesa, contemplándola reír y sonrojarse. La vio cubrirse la boca con su mano, como si pretendiera dejar de reír, algo que él nunca detendría. Estaba preciosa en ese instante.

Poco a poco, ella se fue tranquilizando al ver la mirada que él le estaba dedicando y que no parecía ser nada amistosa. Y ella lo comprendía porque sin duda que lo estaba vacilando, y después de haberlo besado y todo lo demás, no era una buena opción, la verdad.

—Disculpa. No era mi intención molestarte con mis comentarios. Ni mucho menos con mi risa de estúpida. Por suerte, pasado mañana te librarás de mí y regresarás a tu vida en Londres —le comentó bajando su tono hasta el susurro mientras hacía lo propio con su mirada hacia la mesa.

—No entiendo tu reacción.

—Ya, bueno... Créeme que lo siento.

—Yo no. —La contempló cambiar la expresión de su rostro. Del sentimiento de culpa pasó a la

sorpresa—. Me refiero a que es posible que tengas razón cuando me describes de esa manera. Sí, soy recto, serio, frío en ocasiones, severo, ¿estirado? —Arqueó una ceja con suspicacia—. No me había dado cuenta de ello.

—Me refería a...

—Lo sé, lo sé. Puedo llegar a ser algo odioso en algunas situaciones.

—Tampoco...

—No pasa nada. No tienes que disculparte. Al contrario, me ha gustado tu manera de describirme.

Sus miradas se encontraron durante unos segundos sin que ninguno dijera una sola palabra. Ella porque no sabía qué decir para arreglar la situación y prefería estar callada a decir algo que complicara más las cosas. Y él porque prefería mirarla y memorizar su rostro y sus expresiones antes que decir algo.

—Deberíamos ponernos a retocar el ensayo según tus anotaciones —le dijo de manera atropellada, cogiendo los folios para echarles un vistazo por encima, consciente de que él no apartaba su atención de ella.

Kenneth no pretendía molestarla con su atención fija en ella, de manera que se sentó en la silla que había frente a la mesa. No se colocaría a su lado porque no creía que fuera una idea aconsejable después del beso del día anterior. Para desviar su atención de ese asunto, se centró en el ensayo.

—Como verás, no hay gran cosa que retocar. Faltaría añadir algo de bibliografía al final. Pero eso es algo que puedes hacer tú en cualquier momento, dado que el ensayo no va a publicarse hasta dentro de un tiempo. Ya sabes cómo funciona todo esto.

—Sí. Lo sé —admitió ella consciente de lo que él le estaba diciendo: que él no iba a estar para andar retocándolo—. No obstante, puedo enviarte una copia final por *email* para que... le echés... un vistazo. —Ella pareció dubitativa en ese momento en el que pensaba que él no iba a estar allí con ella.

—Claro. Si te quedas más tranquila dejando que vea la versión final, siempre y cuando vayas a modificar algo. Si piensas dejarlo como está ahora..., no te preocupes por enviarme una copia. Estoy seguro de que la propia editorial de la revista me la hará llegar en formato impreso.

—Por supuesto.

Kendra seguía pasando la mirada por los folios, leyendo las anotaciones que él había hecho. Era eso o quedarse con la vista en él. Y hacerlo podría revelarle lo que le parecía su marcha y su presencia allí.

—Si tienes alguna duda...

—No, ninguna. La verdad es que tanto tu explicación como tu letra se entienden a la perfección.

—Le comenté a Megan lo del tema de los celos y cómo podía establecerse una similitud con Otelo.

—¿Qué le pareció?

—Le gustó la idea. Y más cuando ella misma trabajó esa tragedia en el pasado congreso de la asociación. Por cierto, me han dicho que el próximo será en octubre... y que se celebrará aquí.

Kenneth midió sus palabras y su tono observando la reacción de ella. No se hizo esperar. Levantó la vista de los folios y la dejó suspendida en él.

—¿Lo dices en serio?

—Esa es la primera noticia que tengo. Me ha llamado Roland para saber cómo iban las cosas por aquí y me lo ha dicho.

—Eso significa que volverás... —Ella dejó el comentario en el aire a la espera de la aclaración por parte de él.

—Es posible. Como miembro de la asociación...

De repente, ella comenzó a reír.

—Creo que al final te va a acabar gustando venir a Escocia, ¿eh? —Le hizo un guiño de complicidad y volvió al ensayo.

—Olvidé por un momento tu sentido mordaz e irónico.

—Pronto te librarás de mí. No te preocupes.

—Entiendo que tengas ganas de que me marche.

Ella lo contempló con un brillo especial en su mirada. Tuvo la impresión de que su corazón se había parado de golpe y que no era capaz de seguir latiendo. Inspiró hondo y esbozó una sonrisa más por compromiso que porque en realidad lo deseara.

Kenneth no fue ajeno a esa reacción de ella. ¿Qué le sucedía? ¿Por qué no le había seguido el juego? La rivalidad entre ambos países. ¿Por qué no le había hecho un comentario mordaz de los suyos? La contempló seguir revisando en silencio el ensayo hasta que pareció darlo por concluido, justo cuando un golpe en la puerta les avisaba de la llegada de Megan. Kendra se relajó de inmediato porque sin duda que la aparición de su amiga había sido providencial.

—Apuesto a que será Megan —sugirió Kendra abriendo los ojos como platos y apretando los labios al mismo tiempo. «Salvada por la campana», se dijo levantándose de la silla para abrir.

—No sabía si estabas —dijo esta poniendo un pie en el interior del despacho—. Hola, Kenneth.

—Tienes llave igual que yo. ¿Qué más te daba que estuviera? Podrías haber entrado como cualquier otro día.

Megan se limitó a encogerse de hombros. No le dio demasiada importancia al comentario, ya que no iba a confesarle que no era plan abrir la puerta sabiendo que ellos dos estaban allí dentro. No después de que ella le confesara que había besado a Kenneth.

—¿Habéis concluido el ensayo?

—Estaba haciendo las últimas correcciones —dijo Kenneth haciendo un gesto con el mentón hacia Kendra.

—El texto está prácticamente cerrado, salvo por alguna nota de bibliografía.

—La verdad es que me pareció bastante buena la exposición de los celos y su comparativa con

Otelo. Es algo en lo que no había caído hasta que Kenneth me lo comentó.

—Le he dicho que, si se le ocurre algo más una vez que yo esté de regreso en Londres, que haga los cambios que necesite. Bastará con que me envíe una copia por *email*. Hay tiempo de sobra para entregar la versión final, y yo no estaré aquí pasado mañana. Luego... —Kenneth expuso la situación con total naturalidad, entrelazando los dedos de sus manos y apoyando estas sobre la mesa mientras miraba a las dos mujeres.

Megan asintió.

—Me parece bien siempre y cuando ella esté de acuerdo —señaló a Kendra, quien parecía ausente en ese momento.

Kendra se había convertido en el centro de atención de las miradas de sus dos colegas y tenía la impresión de no saber qué decir. Boqueó como un pez y tuvo la sensación de que las palabras no acudían a su boca. La mirada de él la tenía intimidada en cierto modo. Algo en su interior parecía no terminar de creerse que él se marcharía dentro de dos días. Pero así era la realidad.

—Por mí no hay inconveniente. El texto va a quedar cerrado hoy mismo, y no creo que haya mucho más que añadir, la verdad —aseguró Kendra centrando su atención en Megan. Se le hacía algo complicado mirar a Kenneth.

—En ese caso... El asunto del ensayo queda en tus manos para los últimos retoques. Y en cuanto a las ponencias de mañana, ¿todo ok?

Kenneth asintió e hizo un gesto con su mano hacia Kendra para que fuera ella la primera que hablara.

—Eh... Sí. Todo está perfecto. Me centraré en la recepción de la obra de Shakespeare por parte de Scott y en cómo este la aplicó a la suya propia. Todo está bajo control. No tienes de qué preocuparte.

—¿Kenneth?

A Megan le pareció que él estaba en otra parte porque tenía un toque de despiste en su rostro. Pero con él nunca se sabía porque era la imagen que transmitía en todo momento y luego... te sorprendía.

—Todo está perfecto.

—Me alegra saberlo. ¿Hay algo más sobre lo que queréis que hablemos? ¿Algo que haya surgido en el último momento? —Megan paseó la mirada por los dos, pero ninguno de ellos dijo una palabra más.

—Creo que todo está más que claro —aseguró Kenneth—. He acordado que sea Kendra la que ultime los detalles del artículo en caso de que fuera necesario. Y las conferencias están listas.

—En ese caso, os dejo que sigáis con el ensayo por si os surgiera algo. Os veo más tarde.

—Vale —asintió Kendra sin saber qué más decir. Solo quería que ella se marchara porque su presencia la estaba poniendo nerviosa, y todo porque seguro que se pensaba que entre Kenneth y ella había pasado algo.

—Hasta luego. —Kenneth movió su mano hacia ella y, cuando la puerta se cerró, volvió la

atención a Kendra—. Si tenemos todo hecho, ¿qué hacemos aquí?

Ella se vio sorprendida por aquel comentario de él. Permanecía sentado mirándola con expectación por lo que pudiera proponer para hacer en esas horas.

—Bueno...

—Bastaría con añadir algo más de bibliografía que busqué anoche y que te puedo pasar ahora o cuando llegue a mi despacho en Londres.

—Sí... Bueno... Creo que sería mejor que lo dejáramos hecho hoy mismo, no vaya a ser que cuando llegues te líes con la preparación del nuevo curso y se te pase.

—No te lo discuto, aunque me parece poco probable que suceda. No obstante, nos ponemos a ello y miramos si hay algo en estos manuales y artículos que pueda servir.

—Bien. Dame los títulos para que los busque en la base de datos de la biblioteca de la universidad. Tal vez tengamos suerte y alguno esté.

Kenneth le pasó su móvil dejando que sus dedos se acariciaran de manera causal mientras las miradas de los dos permanecían suspendidas de forma fija sin saber qué diablos sucedía. O sí, pero no querían admitirlo. Estaban dando vueltas y más vueltas en torno a la cuestión académica porque en el fondo ninguno quería dejar al otro. O bien porque era la excusa idónea para no tocar temas más personales que implicaban a los dos.

Él se reclinó sobre el respaldo de la silla y se quedó observándola con detenimiento. «¿Por qué lo estoy haciendo?», se preguntó intentando encontrar una razón de peso a todo aquello. Había deseado besarla desde el primer momento que la vio. Algo inconcebible por parte de él. Inesperado. Y al final había sido ella la que lo había besado. Aunque se tratase de una manera poco convencional y todo eso. Una excusa. Peor, lo había hecho sin ser consciente de lo que iba a provocar en el interior de él. En dos días, el regresaría a Londres con una sensación muy diferente a la que pensaba llevarse.

—Creo que ya está. He encontrado algunos de esos títulos en las bibliotecas de la facultad.

—Bien, podemos aprovechar el resto del día en echarles un vistazo y ver si podemos extraer algún dato fehaciente para el ensayo. ¿Te parece bien? —Kenneth entornó la mirada hacia ella, levantándose de la silla.

Por un segundo, Kendra permaneció inmóvil. ¿Por qué había cometido semejante gilipollez de besarlo? No al hecho de hacerlo y que él correspondiera a su beso de la manera en la que lo hizo, sino porque desde aquella noche ella se sentía otra. Y el culpable era él. Porque nunca podría haber imaginado lo que un beso podría llegar a significar.

—Sí, claro. Vayamos y veamos qué podemos sacar en claro de los títulos que me has pasado — le aseguró devolviéndole el móvil con cierta cautela porque no quería volver a sentir sus dedos.

—¿Te parece buena idea? Tal vez tienes otros planes y...

—No tengo nada que hacer. Y conviene que dejemos cerrado del todo esto antes de que te marches.

Kenneth percibió cierto malestar o enfado en el tono de su voz. O tal vez era cosa de él. Pero

había algo en ella que le llamaba la atención. ¿Se sentía igual de confusa que él por lo sucedido?

Capítulo 6

Habían pasado juntos gran parte del día, y a esas horas de la noche a los dos se le hacía raro tener que separarse. Y más cuando a cada minuto las miradas y los gestos estaban cargados de complicidad.

Kendra había llevado a Kenneth hasta Calton Hill, la colina desde la cual se podían contemplar las mejores vistas de la ciudad. No quería que Megan volviera a recordárselo. Pero no solo estas eran las únicas que merecían la pena, sino también los monumentos que allí podían verse.

—Esta colina recibe el apodo de la Atenas del norte por sus monumentos —comenzó explicándole ella mientras parecía perdida en el paisaje lejano que se divisaba: los tejados de pizarra de los edificios y casas, así como la cúpula de Saint Giles y el monumento a Scott.

Kenneth giró en redondo para tener una visión amplia del lugar antes de centrarse en el primer monumento.

—Me recuerda al Partenón de Atenas —le indicó con la mano.

—Sin duda —asintió ella mirando la construcción de doce columnas a modo de inspiración del monumento ateniense—. Se levantó para conmemorar a los caídos en las guerras napoleónicas. Pero nunca se terminó por falta de fondos.

—¿Y esa torre tan alta?

—El monumento al almirante Nelson por su victoria en Trafalgar. Hace años se instaló una bola del tiempo en su parte superior.

—¿Cuál era su finalidad?

—Indicar a los marineros la una del medio día. Al igual que el cañón que da la una en punto desde el castillo. Y ese último monumento que ves ahí es una especie de pequeño templo griego, a imagen del que se erigió a Lisícrate. Como puedes ver por las columnas, fue construido en homenaje a Dugald Stuart.

—Y tú vas a decirme quién era, ¿no? —Entornó su mirada por curiosidad. Percibió su estado de diversión ante aquella sugerencia de él. Su sonrisa, su mirada, sus gestos... Todo en ella comenzaba a atraparle de una manera que le preocupaba. Sí. Porque una cosa era desear besarla y otra muy diferente fijarse en aquellos gestos y pensar que le gustaban.

—Era un filósofo y profesor de esta universidad.

—Interesante.

—No te quejarás de la cantidad de Historia de Escocia que estás aprendiendo. —Se acercó hasta él empujada por la urgente necesidad de sentirlo cerca de una manera que ni ella misma lograba comprender. No quería hacerse preguntas al respecto porque no creía que pudiera responderlas. Había surgido y punto. Llegó sin avisar, sin preguntarle si estaba de acuerdo. Si le parecía bien. Y lo acogió sin más. Había pensado que el beso que le dio estaba predestinado a dárselo sin que ella lo imaginara.

—No. No de la profesora que tengo. —Se ajustó las gafas sin saber qué más decir.

—No quiero ser repetitiva, pero ¿tienes algún problema con las gafas o son solo los nervios?

Él se quedó clavado en el sitio observándola con detenimiento. El ligero viento que hacía allí arriba agitaba su pelo y ocultaba su rostro por momentos, además de levantarle el vestido y dejarle ver algo más de las piernas de ella. La escuchó reír e incluso dejar escapar algún chillido mientras trataba por todos los medios de evitar que se le elevara más de lo permitido.

—Deberíamos irnos o tendrás un serio problema. —Caminó hacia ella y, de manera inconsciente, le colocó la mano en la espalda.

Kendra contuvo la respiración un segundo cuando la palma de él se posó en ella. El vestido dejaba bastante piel al descubierto debido al calor que hacía. Estaban en agosto y las temperaturas estaban siendo más altas de lo habitual. De agradables habían pasado a ser algo sofocantes. Y ella no estaba acostumbrada. Y la caída de la tarde no significaba que la temperatura descendiera. Se volvió hacia él cuando bajaban la colina sin ser consciente de lo cerca que estaban.

Kenneth se detuvo en seco cuando la vio volverse. La mirada brillante, los labios entreabiertos y el pelo moviéndose sobre su rostro. En un arranque de valentía, se lo apartó con los dedos para situarlo detrás de sus orejas, y dejó que los pulgares quedaran sobre sus mejillas. No los movió ni un milímetro por el rostro de ella, pese a que era lo que deseaba. Hacerlo habría supuesto en preludeo de un nuevo beso que deseaba darle, pero que no era lo más apropiado.

Ella deslizó la presión en su garganta, se humedeció los labios, consciente de que él se debatía entre si debía besarla o no. No hizo nada por incitarlo a que se adueñara de ellos primero, y su boca después, porque estaría perdida. Derrotada y sin capacidad de reacción. Por ese motivo, se limitó a sonreír cubriendo las manos de él con las propias.

Kenneth asintió de manera leve y apretó los labios convirtiéndolos en una fina línea de preocupación. Apartó sus manos del rostro de ella y esbozó una sonrisa de derrota. Le habría gustado besarla. Perderse en el sabor de su boca. Y olvidarse de todo menos de lo que le gustaría hacerle. Devolverle el guante que ella le había arrojado la otra tarde cuando lo besó.

—¿Has quedado con Megan?

—No.

—¿Tienes algo que hacer? No querría entretenerme ni que dejaras de hacer tus cosas por estar acompañándome. Puedo quedarme solo y recorrer la ciudad.

—No, a las dos sugerencias.

Había decidido cerrar su mente a cualquier pensamiento que le dijera que aquello no era lo

correcto. Que no estaba bien porque pasar más tiempo con él, siendo consciente de la atracción existente, no la conduciría a nada bueno. Aun así, decidió que disfrutaría al máximo de lo que tuviera que ser. Aprovecharía el tiempo. Lo exprimiría hasta el último segundo de aquella locura.

—En ese caso... ¿dime qué quieres hacer o dónde quieres ir?

La noche dio paso a la madrugada sin que ninguno de los dos se preguntara cómo. Estaban tan atrapados en la presencia del otro que no se dieron cuenta de nada, excepto de que no tenían prisa en despedirse. Recorrieron el centro histórico una vez más; caminaron por Victoria Street, la calle de dos niveles, en dirección a Grassmarket. Se perdieron en los paseos de los jardines al son de la melodía que marcaban las gaitas que se escuchaban sonar desde el castillo. En más de una ocasión, se contemplaron de manera fija, como si buscaran alguna respuesta a lo que sucedía. Habían congeniado de una manera inexplicable.

—Creo que deberíamos separarnos aquí y ahora antes de que... —Kenneth se detuvo de manera repentina cuando el dedo de ella se posó sobre sus labios y al momento sacudió la cabeza instándolo a no seguir hablando.

La contempló intrigado por lo que tuviera que decirle, pero más todavía por el gesto que había hecho. ¿Por qué no quería que siguiera hablando?

—No quiero saber nada de despedidas esta noche. Ni que me digas que te irás y que no volverás. El día ha sido perfecto como para estropearlo con un hasta mañana.

Kenneth tragó primero y luego se mordió el labio, preso de los nervios del momento. La situación, el destino o ella lo iban a poner al borde del abismo de un momento a otro y no estaba seguro de si quería asomarse a este.

—Pero... entonces, ¿qué pretendes que hagamos? ¿Qué no descansemos y lleguemos a la conferencia tal cual estamos? Es toda una tentación...

La sintió tan cerca de él que tuvo que callarse una vez más para centrarse en ella. En su brillante mirada, en sus labios tentándolo, en su gemido ahogado cuando él le acarició la mejilla con el pulgar de una manera lenta y sugerente. Se inclinó sobre su rostro para rozar sus labios. No pudo detenerse. ¿Cómo iba a hacerlo si era lo que más anhelaba? Los brazos de Kendra lo rodearon por el cuello instándolo a que siguiera besándola mientras la estrechaba contra su pecho.

No pensaron en nada más que en dar y recibir placer. En quitarse la ropa nada más entrar en casa de ella. Kenneth cerró la puerta con un toque del pie, sin poder soltarla. Ella lo llevó hasta la habitación entre gemidos, suspiros y palabras ahogadas en besos. Se dejaron caer sobre la cama mientras sus manos se movían con celeridad por la piel de cada uno.

Kenneth la besó con hambre, recorriendo sus labios y su cuello mientras descendía por aquel cuerpo tan sensual. Quería perderse en cada una de sus curvas y no encontrar el camino de regreso. Olvidarse de todo excepto de ella. La escuchó gemir, suspirar al mismo tiempo que él regresaba a sus labios para apoderarse de ellos una vez más.

—Hay preservativos en la mesilla —le susurró para que él no perdiera tiempo y entrara en ella.

Cerró los ojos e intentó controlar su agitada respiración, que se acentuó cuando lo sintió deslizarse entre sus muslos. Poco a poco, el movimiento comenzó a alterar sus pulsaciones.

Ahogó sus gemidos en la boca de él cuando lo atrajo hacia ella para que la besara. Sujetó su rostro entre las manos para contemplarlo, sin que él detuviera sus movimientos dentro de ella buscando llegar al final. Entrelazaron las manos y aceleraron el ritmo porque el momento del orgasmo se acercaba. Sintieron que ambos acompañaban aquella danza frenética y sensual hasta estallar en una cascada de jadeos que se confundían.

Kenneth le apartó el pelo del rostro. Trazó su contorno con el dedo. No había pensado que podría encontrarse en aquella situación con Kendra; pero ahí estaba. Desnudo a su lado mientras ella le devolvía una mirada llena de interrogantes.

—¿Qué hacemos aquí? —le preguntó en un momento, su voz sonó ronca porque sentía la sequedad en la garganta.

Ella se limitó a sonreír sin saber qué demonios decirle. ¿Cómo explicar lo sucedido? Tal vez fuera mejor no buscarle sentido.

—¿Por qué quieres saberlo? Es mejor no hacerse preguntas que puedan dar lugar a respuestas que no queremos saber.

Él apretó los labios y asintió.

—Solo quiero que me abracés.

Ella se metió bajo las sábanas y le dio la espalda, ajena a lo que él hacía. Kenneth la complació, se pegó a Kendra y pasó un brazo por debajo del de ella. Le rozó el pecho y escuchó un suspiro. Ella le atrapó la mano de una manera bastante emocional. «¿Qué está sucediendo?», se preguntó él. ¿Por qué había permitido que sucediera? ¿Por qué? Porque ella era una tentación difícil de evitar. Porque la había deseado desde que la conoció. De modo que no tenía sentido alguno arrepentirse de lo que acababa de hacer.

Kendra cerró los ojos. No se había planteado nada con Kenneth, pero todo se había desbordado de una manera impredecible. Y en ese instante... No era una buena idea pensar en nada. Era el momento de dormir y dejarlo estar todo hasta la mañana siguiente.

Kenneth salió de la cama en mitad de la noche. Era mejor largarse cuanto antes. No quería despertar a su lado porque sabía que no tenía sentido. No cuando él se marcharía al día siguiente de regreso a Londres y ella se quedaría allí en Edimburgo. Por eso mismo decidió que lo mejor era comenzar a distanciarse. Todo lo vivido con ella había sido genial, maravilloso porque lo había sorprendido y cautivado sin que él hiciera nada por evitarlo. Pero era el momento de regresar a la realidad.

Comprobó que ella dormía de manera relajada, profunda, mientras él recogía su ropa y se vestía. Le dolía marcharse como un vulgar ladrón. Pero era lo mejor. Cada uno seguiría con su vida lejos del otro. En países y ciudades diferentes. Y tal vez ni siquiera volvieran a verse. La contempló una última vez antes de dejar la habitación y dirigirse a la puerta de la casa. La abrió

con mucho cuidado para no hacer ruido y la cerró a su espalda sin mirar hacia atrás. Permaneció pegado a esta durante unos segundos. Bajó los párpados e inspiró hondo antes de descender las escaleras y marcharse.

Kendra no se movió bajo las sábanas durante el momento en el que él recogió su ropa y se vistió. Ni si quiera se incorporó en la cama cuando lo escuchó salir de la habitación. Tenía que ser así. Ella lo aceptaba porque el destino de ambos era seguir cada uno por un camino. Se habían encontrado durante esos días, pero al final volvía a separarse. Y ella no iba a pedirle nada a cambio de aquel tiempo compartido que había sido toda una sorpresa, un descubrimiento.

Por ese motivo, lo dejó irse sin decirle nada. Lo vería más tarde en la conferencia y sería duro hacerlo sabiendo que horas más tarde él ya no estaría. No volvió a quedarse dormida, sino que se levantó y deambuló por la casa como un espíritu buscando la calma. Una que ya no tendría.

Kenneth llegó al desayuno en el hotel. Ni siquiera pasó por la habitación, sino que decidió hacerlo después de haberse tomado un par de tazas de café que lo despejaron. No había pegado ojo, apenas. Tener el cuerpo desnudo de Kendra pegado al suyo, escuchando su respiración pausada, lo había obligado a hacerse mil y una preguntas. Situaciones rocambolescas. A cuál más inverosímil.

Se quedó con la taza de café suspendida en el aire camino de sus labios mientras la mirada permanecía perdida en el vacío. ¿Qué habría pensado Kendra al ver que él no estaba? Ella sabía que no habría ninguna relación ni nada que se le pareciese porque él se marcharía al día siguiente. Entendía que ella lo sabía cuando lo invitó a su casa y a su cama. Sacudió la cabeza y apuró el café antes de echar un vistazo a la hora en el reloj colgado de la pared del comedor. Tenía tiempo para asearse un poco y cambiarse de ropa antes de ir a la facultad para las conferencias.

Kendra terminó de arreglarse justo cuando el nombre de Megan parpadeaba en su móvil. Sin duda que la llamaba para recordarle la hora a la que tenía que estar para dar su conferencia.

—Dime, estoy saliendo de casa —mintió para que Megan se quedara más tranquila con respecto al tiempo que tardaría en llegar a la facultad.

—*Genial. Oye, procura estar con tiempo. ¿Sabes algo de Kenneth?*

—No —soltó Kendra de manera rápida y algo brusca—. *¿Por qué?*

—*Lo he llamado y no me ha respondido.*

—Mujer, no lo habrá escuchado. O lo tiene guardado en algún sitio y no se ha dado cuenta. O tal vez se esté duchando.

—*Sí, es posible. Te veo dentro de un rato. No tardes.*

—No. Tranquila. Ya voy.

Cortó la comunicación con Megan y terminó de arreglarse con total naturalidad. No tenía ninguna prisa en hacerlo. Primero, porque le sobraba tiempo y, segundo, porque se estaba poniendo más nerviosa con solo pensar en volver a encontrarse con Kenneth. Algo para lo que parecía que no estaba preparada.

Kenneth salió del hotel cambiado de ropa y con otro talante. Dejó las preocupaciones y los pensamientos en torno a Kendra y se centró en lo que realmente importaba ese día: la conferencia que iba a dar con motivo de la relación de William Shakespeare con Escocia. De su influencia en la obra de Scott se ocuparía Kendra. Sonrió de manera tímida pensando en ella, pero la borró al instante. No podía dejarse llevar por sus emociones esa mañana. Tenía que dar su disertación, responder a las cuestiones que se le plantearan, charlar con los asistentes, estudiosos del poeta y dramaturgo inglés, y nada más. Por supuesto que se acercaría a Kendra para saludarla, para charlar sobre los aspectos de la conferencia y demás. Trataría de evitar hablar de ellos. Salvo que ella sacara el tema.

La expectación que había levantado el evento literario era notable, como pudo ver Kenneth cuando llegó a las inmediaciones de la facultad. Encontró a Megan charlando con varias personas, que le hizo un gesto en cuanto lo vio para que se acercara hasta ella.

—¿Dónde demonios tienes el móvil? Te he llamado en varias ocasiones y te he dejado unos cuántos wasaps —le dijo apretando los dientes en sentido de malhumor.

Kenneth no pareció hacerle ningún caso, puesto que se limitó a contemplarla sin decir nada al respecto. Se encogió de hombros y finalmente habló para hacer referencia al evento en sí mismo.

—Parece que hay bastante público —comentó paseando su mirada por la gente allí reunida, como si buscara a Kendra. Pero no había llegado. «¡Qué raro que lo haga antes que yo!» se dijo apretando los labios para disimular su sonrisa.

—Lo normal en estos casos —acotó Megan restando importancia al hecho—. Antes de que se me olvide, aunque te enterarás tarde o temprano, la próxima reunión de la asociación de Shakespeare está programada para este otoño, aquí, en Edimburgo. Te lo comento para que hagas un hueco en tu agenda y estés por aquí.

—Sí. Roland me llamó para saber qué tal iba la cosa y de paso me lo comentó. Aunque dijo que no era seguro del todo, pero que las conversaciones para celebrarlo aquí estaban bastante avanzadas.

—En ese caso, no tengo más que decirte, salvo que asistas para ofrecer alguna ponencia.

Kenneth frunció el ceño y se colocó las gafas en su sitio con gesto pensativo. ¿Estaba dispuesto a regresar en unos meses? ¿Supondría volver a ver a Kendra? Inspiró hondo antes de responder, pero la llegada de la mujer que lo tenía obnubilado lo dejó sin palabras. Se olvidó por completo de lo que iba a decirle a Megan cuando vio aparecer a Kendra. No apartó su atención de su rostro risueño, su sonrisa cautivadora y su presencia inolvidable. ¿Quién podría asegurarle que era la misma mujer que él conocía?

—Vaya, aquí llega Kendra.

Kendra no quiso mirar a Kenneth en un primer momento y por ese mismo motivo se centró en su amiga. Pero no pudo abstraerse de su presencia ni de su atención.

—Buenos días.

—Será raro el día que seas puntual. Espero que tengas todo dispuesto para darnos tu charla

sobre Shakespeare y Scott. —Había un toque irónico en su voz.

—¿Por quién me tomas? Soy una experta en el bardo escocés. —Kendra movió sus cejas y esbozó una sonrisa sarcástica.

Kenneth la contemplaba sin decir nada. No era el momento para hacerlo. Prefería observarla y memorizar cada uno de sus gestos. Una sensación amarga lo invadió de repente, que se acrecentó cuando ella volvió su atención hacia él para saludarlo esa mañana.

Kendra se fijó en Kenneth y en sus rasgos. Notaba cierta preocupación, pero desconocía el motivo. Verlo tan de cerca le trajo recuerdos de horas antes, cuando él la había besado y acariciado por todo el cuerpo, cuando consiguió hacerla estremecer. Ella sacudió la cabeza y alejó todas esas imágenes. No era el momento ni el lugar para hacerlo. «Tendré otros muchos a lo largo de los próximos días», se dijo con cierto toque de tristeza.

—¿Entramos? Es hora —sugirió Megan consciente de que acababa de romper una especie de hechizo entre ellos dos. ¿Había ocurrido algo?

—Sí, es mejor —apuntó Kenneth cuando una parte de él deseó alejarse de Kendra cuanto antes. Seguir a su lado ya era bastante duro como para prolongarlo.

Kendra se giró y caminó a su lado porque de repente Megan había poco menos que desaparecido. La vieron charlando de manera animada con otro de los asistentes.

Se aclaró la voz y levantó la mirada hacia Kenneth. Necesitaba saber cuanto antes el motivo de por qué él se había ido de su casa sin decirle nada.

—¿Por qué no te has quedado esta mañana?

Él se vio sorprendido por tan repentina pregunta. No esperaba que ella quisiera tocar el tema de ellos dos, pero...

—No lo consideré acertado.

La vio fruncir los labios en una mueca de cierto disgusto.

—Vaya.

Entonces fue la decepción la que impregnó sus palabras y que Kenneth acusó.

—Siento si...

—No, no. Está bien así. En parte era lo esperado, ¿no? Mañana te marchas de regreso a Londres.

—¿Pretendías que me quedara toda la noche?

Kenneth se detuvo delante de ella, cortándole el paso, sin importarle que la gente se quedara mirándolos. Kendra se mordisqueó el labio y sofocó la risa que le causó aquel comentario.

—Sí, quería que hubieras despertado a mi lado. Que me hubieras acariciado y besado de la misma manera que en la noche. Que hubiéramos hecho el amor una vez más; tomado el desayuno... ¿Qué había de malo en darnos ese capricho antes de decirnos adiós y no volvernos a ver?

Lo dejó con la palabra en la boca porque ella no lo esperó, sino que entró en la facultad y se dirigió con paso firme y presuroso hacia el salón donde tendrían lugar las conferencias. Apretó los dientes en un claro gesto de enfado consigo misma por haber dado pie a aquella situación la

noche pasada. Solo quería disfrutar. Degustar por unos momentos un pedacito de lo que era sentirse deseada.

Kenneth se quitó las gafas con una mano y se pasó la otra por el rostro. Resopló y caminó hacia el salón de las conferencias sin pensar en nada más que no fuera dar su charla. Procuraría pasar inadvertido el mayor tiempo posible. No quería forzar la situación con Kendra más de lo que ya estaba.

Había cierta expectación por escuchar las conferencias que tenían como tema la relación entre Shakespeare y Escocia; y más en concreto las novelas de Scott. Kenneth se mantuvo en un segundo plano durante estas hasta que le llegó el turno de exponer su tema. A su lado permanecía sentada Kendra tras haber hablado a la audiencia de la influencia del bardo inglés en Escocia. Trataba de no quedarse con la mirada fija en ella, pero le resultaba bastante complicado tratándose de la persona que lo traía de cabeza. Quiso abstraerse en el tema de su conferencia, pero lo único en lo que pensaba cuando la miraba era en la noche pasada y lo que había sucedido en casa de ella. En sus jadeos cuando él la tocaba; los suspiros que escapaban por sus labios con cada una de sus caricias. Su cuerpo estremeciéndose.

Nunca debió cruzar aquella línea. O más bien no debió dejarse convencer para hacerlo. Pero lo había deseado desde que la conoció, y con esa emoción no se podía hacer nada.

Ella sabía que Kenneth le lanzaba miradas de vez en cuando. Estaban sentados en la misma mesa y, a pesar de que ella trataba de mantener la calma mientras exponía su tema, los nervios se le habían metido en el estómago. Solo pensaba en terminar su exposición y sentarse entre el público para evitar a Kenneth. Una parte de ella así lo deseaba, pese a que la otra ansiaba buscar su contacto. El beso con el que había buscado librarse de su ex había complicado su vida un poco más.

La gente se reunió en pequeños corrillos cuando el evento se dio por finalizado. Muchos fueron los que buscaron a Kenneth para saludarlo e intercambiar alguna que otra opinión respecto de su exposición. Entre ellos, Megan, quien se le acercó con una amplia sonrisa.

—Debería felicitarte por tu exposición, pero como supongo que ya estás acostumbrado a ello, prefiero charlar de otro asunto.

—Tú dirás.

—Veo que ha habido una buena sintonía con Kendra pese a todo.

Kenneth frunció el ceño.

—No sé a qué te refieres con ese «pese a todo» —le aseguró él con una sonrisa irónica—. Hemos tenido nuestras pequeñas diferencias en cuanto a algunos temas, pero nada que no se haya solucionado, como tú has podido comprobar.

—En serio me alegra saber que habéis congeniado para llevar a cabo este proyecto.

—Kendra es una gran profesional. Pero eso ya lo sabes. Y en cuanto a lo que me dijiste acerca de animarla a publicar más artículos, creo que con este que hemos llevado en conjunto saldrá reforzada. Como has podido ver y escuchar, le he dejado casi todo el peso a ella.

—Sí, me di cuenta de ello ayer cuando quedasteis en que fuera ella la que cerrara el trabajo y que si había problemas te los remitiera a tu correo electrónico.

—Era lo que me pediste, ¿no?

—¿Vendrás en otoño al congreso de la asociación?

Había un toque no solo de interés en la pregunta y el gesto de ella, sino también cierto deseo por que le dijera que sí.

Se limitó a resoplar y a ajustarse las gafas.

—No puedo prometerte nada en este momento. Tengo que ver cuál será mi horario para este año y qué otros eventos tengo.

—Estaría bien contar contigo.

—Ya. —Él chasqueó la lengua y levantó la mirada hacia Kendra, quien se veía rodeada por varios colegas interesados en su exposición.

Megan se giró para ver hacia dónde estaba mirando él y sonrió cuando descubrió el objetivo de su interés. ¿Por qué la miraba de manera fija? ¿Qué había sucedido entre ellos? Lo del beso de Kendra para quitarse de encima a su ex pasaba, estaba mal, y ella se lo hacía dicho. Pero ¿había sucedido algo más? Tendría una charla seria con su amiga cuando Kenneth se hubiera marchado.

Por un momento, él pareció algo perdido y no prestó atención a lo que Megan decía. Y entonces se dio cuenta de que ella había notado a quién estaba mirando. Sonrió en un intento por disimular porque acababa de pillarlo *in fraganti*.

—Si me disculpas, voy a saludar a Ian.

—¿Ha venido?

—Sí. Tiene interés en Shakespeare. Aunque va más por el lado de las comedias. —Megan arqueó las cejas y sonrió con una mezcla de ironía y decepción.

—Me enteré de que le dirigiste su investigación sobre *El sueño de una noche de verano*.

—Sí. Fue algo... curioso y gratificante. —El rostro de su amiga se iluminó con una sonrisa de felicidad—. ¿Cuándo vas a buscarte una compañera?

Kenneth resopló pasando el brazo por encima del hombro de Megan y acompañándola a ver a Ian.

—¿De dónde coño sacaría tiempo para estar con ella?

—Sigues dolido por la separación de Clarissa. —Megan entornó la mirada hacia su colega haciendo mención a un tema doloroso para él.

—No, ya no me afecta. No funcionó y ya está. Estoy metido de lleno en otros temas.

—Pero tal vez deberías pisar el freno. —El gesto del rostro de él pareció indicarle lo contrario—. Kenneth, ¿qué más necesitas en tu posición?

Él cogió aire, abrió los ojos y la soltó para mirarla de manera fija.

—¿Qué mujer en su sano juicio podría soportarme a estas alturas?

Megan abrió la boca para decirle algo, pero fue más concluyente su mirada. Kenneth la siguió hasta focalizarla en Kendra, y él ahogó su sonrisa al descubrir lo que su colega y amiga estaba

insinuando.

El tema quedó en punto muerto con la llegada de Ian, algo que Kenneth no desaprovechó para cambiar de tema y dejar a Kendra fuera de todo.

—Celebro verte, Ian. —Le estrechó la mano.

—Buena exposición la tuya.

—Gracias. Megan me comentaba tu interés por las comedias de Shakespeare, algo que a ella, puedo asegurarte, no le atrae lo más mínimo, como supongo que sabrás.

—Sí. Pero creo que poco a poco va aceptándolas.

—Lo que hace el amor —ironizó él mirando a ambos y recibiendo un manotazo de Megan como respuesta.

—Serás...

—Voy a hablar con un viejo amigo. Luego seguimos.

—Tenemos una conversación pendiente antes de que vuelvas a Londres —le recordó Megan esgrimiendo un dedo ante él a modo de advertencia.

—Tomo nota.

Lo contempló marcharse y sacudió la cabeza.

—¿A qué viene ese gesto? —quiso saber Ian mirándola con curiosidad.

—A que es un completo idiota. A eso.

Kenneth se inventó la excusa de tener que saludar a un conocido con el fin de que Megan dejara el tema de Kendra. ¿Qué sabía o intuía? Había sido un poco ingenuo al quedarse mirando a su compañera por encima de su hombro. No estaba seguro de lo que ella podía haber entendido o creer intuir, pero a él le parecía que Megan había sido muy explícita.

Deambuló por las inmediaciones del salón donde se había celebrado el evento. Trataría de distraerse. Saludó a varios profesores e investigadores que conocía por pertenecer a la asociación de Shakespeare. Hablar de los trabajos de este le valió para no pensar en Kendra, aunque estaba cerca de él. Tanto que en un momento dado se quedaron frente a frente contemplándose como dos perfectos desconocidos.

Kenneth cogió aire y se acercó a ella. No había ninguna necesidad de dejarla sola. O de que él se quedara mirándola como un completo idiota. Además, quería felicitarla por su impecable exposición. No quería pensar en que a partir del día siguiente no volverían a verse.

—Enhorabuena.

Ella esbozó una tímida sonrisa ante ese comentario. Se le hacía extraño tenerlo cerca y no poder tocarlo, cogerle la mano, mirarlo a los ojos y contemplar su reflejo... ¡Por San Andrés! Era una romántica después de todo. ¿Qué narices esperaba que sucediera entre ellos? No había sido consciente de sus actos desde el primer momento. Siempre tan impulsiva que no se paraba a pensar en las consecuencias.

—Lo mismo te digo. Supongo que Megan te ha contado lo del evento que celebrará la Asociación de Estudios Británicos sobre Shakespeare el próximo otoño aquí.

—Sí. Tenía cierta información al respecto que me facilitó Roland. Y Megan me lo ha casi confirmado cuando he llegado.

—¿Vas a asistir? —No entendía a qué venía hacerle aquella pregunta, pero la había hecho y ya no podía echarse atrás. Ni pudo disimular el toque de esperanza por que él dijera que sí.

—Te digo lo mismo que le he dicho a Megan cuando me lo ha propuesto: veré las fechas que son y si tengo libre para venir.

No quería prometerle nada que luego no pudiera cumplir. Claro que le gustaría volver y verla y... ¿Y qué pretendía? ¿Qué lo invitara a su cama una segunda vez? ¿Qué lo estuviera esperando? Eso solo pasaba en la ficción literaria y en el cine. No a personas de carne y hueso.

—Claro. Entiendo —asintió con un deje de decepción en su tono de voz.

—Es lo único que puedo decirte por ahora. ¿De qué valdría comentarte que estoy dispuesto a venir y luego no poder hacerlo?

—Tienes razón. Es una gilipollez.

—¿Y tú?

—¿Yo? —Ella lo miró sorprendida por esa pregunta. Elevó las cejas y entreabrió los labios.

—Sé que Shakespeare no es lo tuyo, pero... a lo mejor después de la colaboración que hemos tenido... No sé. Es una suposición mía.

—No lo sé, ya que no es mi campo de investigación ni de enseñanza. Por cierto, en unos días te enviaré una copia por *email* del artículo. Me gustaría que le echaras un vistazo y que...

—Lo sé. Si hay algo raro, te lo diré. Pero insisto en que tal y como está no necesita más retoques.

Los dos se quedaron en silencio durante unos segundos, como si no supieran qué más decirse.

—¿A qué hora sale tu vuelo?

Kenneth no quería pensar en su viaje todavía. Pero a ella eso no parecía importarle. Incluso creyó que ella lo estaba echando de allí. Tal vez, después de todo, deseara que se marchara lo más pronto posible.

—Por la mañana. Temprano. A las ocho.

—Veo que tienes prisa por largarte de Escocia. —Le dedicó una sonrisa cínica, retomando el asunto de las diferencias entre ambas naciones a lo largo de los siglos.

—No se trata de eso, sino de ponerme al día con lo que me espera en Londres —la corrigió él molesto porque en el fondo siguiera pensado así de él—. Después de todo, sigues viéndome como la reina Carolina, que consideraba a Escocia como su coto privado de caza.

Ella sonrió.

—¿Has leído *El corazón de Mid-Lothian*? Es en esta novela donde Scott hace referencia a ello. No estoy segura de que la reina dijera algo así, aunque después de los disturbios que acaecieron en la ciudad por el motín Jock Porteous, no me extrañaría ni lo más mínimo.

—Sí. Lo leí hace mucho.

—Luego no eres ajeno a la obra de Scott.

—No, por supuesto. Pero no soy un estudioso de esta como tú.

Ella permaneció en silencio durante unos segundos sintiendo el calor en su cuerpo a raíz del comentario de él.

Megan los contemplaba desde cierta distancia. No perdía detalle de sus miradas, sus gestos y su cercanía.

—¿Por qué te quedas mirándolos de manera fija? —le preguntó Ian a su lado—. ¿Tanta curiosidad tienes en ellos?

—Es porque... Bueno, es que Kendra me tiene descolocada.

—¿Por su trabajo?

—No. Me refiero a que... desde que besó a Kenneth no parece la misma. E intuyo que ha sucedido algo más.

—¿A qué te refieres con ese «algo mas»? ¿A que puedan sentirse atraídos? —Ian arqueó sus cejas en un claro gesto de incredulidad.

—A eso mismo. A que al beso le haya seguido una locura.

—¿Y qué inconveniente ves?

—Que Kenneth se marcha de regreso a Londres mañana.

Ian asintió cuando comprendió lo que pretendía explicarle Megan.

—¿Me estás diciendo que su marcha puede afectar a Kendra? —Ian no pudo ocultar la sorpresa por esa conclusión de Megan.

—La conozco mejor que tú.

—De eso no me cabe duda, pero no creo que porque se hayan besado y se atraigan e incluso se hayan acostado, supuestamente..., vaya a quedarse tocada.

—Tendré que hablar con ella para saberlo, ya que Kenneth es muy suyo. Muy cerrado para esos temas.

—Supongo que no le gusta airear su vida íntima.

—Eso es. Será mejor que vaya a decirles que tenemos que ir a comer todos los del evento —aseguró mientras Ian sacudía la cabeza sin dar crédito al interés de su chica. De acuerdo que Kendra y ella eran amigas desde hacía mucho tiempo y que se contaban todo, pero en ese caso él tenía sus dudas. No estaba seguro de que Megan lograra su objetivo.

Kenneth trató de repartir el tiempo entre todos los asistentes. No pretendía dedicarle mucho tiempo a Kendra pese a que una parte de él deseara lo contrario. Pero ¿qué iba a hacer? ¿Prolongar lo inevitable? Entre ellos no podía existir ningún tipo de relación fuera de lo académico. Cada uno trabajaba y vivía en una capital diferente. En eso se resumía todo. Por otro lado, ninguno de los dos había hecho mención alguna a tener una relación a distancia. Y eso era porque a ninguno le valía esa idea.

Kendra consiguió abstraerse de todo lo relacionado con Kenneth. Se veía rodeada por los asistentes a las conferencias y por las conversaciones en torno a su ponencia. Todo ello le sirvió

para relajarse y llegar a la tarde sin haber cruzado una palabra más con él. Pero sabía que llegaría el momento de decirse adiós y no sabía si estaría a la altura. En algún momento, había pensado en desaparecer sin que nadie se diera cuenta de ello y de ese modo evitarlo. Pero por otro lado era consciente de que ese gesto sería mal visto por él, por Megan que estaría allí a despedirse, y por ella misma. Se estaría arrepintiendo durante mucho tiempo.

—Me gustaría tenerte en la plantilla de la facultad —le confesó Megan mirándolo como si en verdad le estuviera haciendo una oferta para quedarse.

Kenneth apretó los labios y entornó la mirada hacia su colega.

—Te agradezco el comentario. Pero sabes que mi lugar está en Londres.

—Bah, eso es una gilipollez, Kenneth. Tú y yo lo sabemos. De manera que no vengas tocando las narices o harás que saque mi vena escocesa, ¿quieres?

—No, no. Conozco a la otra mujer que habita en tu interior. Guárdala para una mejor ocasión.

—Con tu carrera, puedes enseñar e investigar donde quieras. ¿O vas a decirme ahora que no es verdad? —Megan se cruzó de brazos y arqueó una ceja en una pose claramente desafiante que hizo que él riera.

—Vale, eso no te lo discuto. Pero tengo un buen trabajo en Londres.

—¿Estás seguro? —Megan entornó su mirada hacia él con exacerbada curiosidad.

Kenneth resopló pasando su mano por el pelo.

—¿A qué viene esa mirada y ese tono?

—Es un comentario. Nada más. Solo te expreso mi punto de vista respecto de tu presencia aquí. Y digo que mi departamento ganaría enteros con alguien como tú. Prestigio podríamos decir. Tú eres un tío que conoce la vida, obra y milagros del bardo de Strafford Avon como si fuera la tuya.

—No te lo discuto. Me he entregado en cuerpo y alma a la docencia y a la investigación de la obra de Shakespeare. —Contempló el gesto de ella diciéndole: «¿Lo ves?».

—Espero que vuelvas a Edimburgo en otoño.

—Lo estudiaré. Y tú profundiza en las comedias de Shakespeare. Hay demasiadas tragedias en el mundo como para que pases tu tiempo leyendo más. Deberías pedirle consejo a Ian.

—Lo tendré en cuenta. No te quiero entretener porque supongo que tendrás cosas que hacer.

Kenneth captó la indirecta, pero no le siguió el juego.

—Estaremos en contacto.

Él se despidió de los estudiosos que habían acudido al evento. Profesores, investigadores e incluso alumnos. Algunos de estos debían regresar a sus respectivas localidades, ya que no eran de Edimburgo. En pocos minutos, Kenneth se dio cuenta que de la única persona que le faltaba por despedirse era de la que lo contemplaba a escasa distancia. No pudo evitar dibujar una sonrisa tímida cuando la vio acercarse a él.

La tarde había caído hacía algunas horas dando paso a la noche. La temperatura era más que agradable para quedarse un rato más en la calle. El castillo parecía iluminado en lo alto de su

promontorio. Las melodías de las gaitas se dejaban escuchar gracias al viento que transportaba las notas hasta ellos. Los jardines de Princess Street estaban bastante animados con el tema del festival. La gente parecía no tener prisa por marcharse a sus casas.

Kendra se detuvo ante él, conteniendo el aire, hasta que hubo de soltarlo para hablar.

—Nos hemos quedados solos.

—El destino o las hadas de la reina Titania que habitan en esta ciudad...

Ella sonrió divertida.

—*El sueño de una noche de verano*. ¿Y tú quién serías? ¿Oberón? —le preguntó con los ojos entrecerrados sin apartar la mirada de él. Su sonrisa la deshizo por dentro. Quería ser fuerte en ese momento. Ser una mujer fría y distante que se despide de un amigo. De uno muy bueno. Pero no le salía—. No, no, ya sé. Eres Puck.

Kenneth elevó sus cejas sorprendido por ese calificativo.

—¿Tengo aspecto de duende?

—No sé cómo es Puck en verdad. Pero su papel en la obra es determinante.

Él hizo una mueca de diversión.

—El causante de que Titania se enamore de un actor con cabeza de asno. Fíjate qué papelón...

Los ojos de ella le parecieron más brillantes y su forma de mirarlo parecía estarle diciendo algo, pero él no lograba entenderla. O tal vez no quería hacerlo.

—¿Escuchas? —le preguntó ella haciendo referencia a la melodía que sonaba en el ambiente, fuera de los muros del castillo—. Qué irónico es el destino.

—¿Por qué dices eso? ¿Qué le pasa a la melodía?

—Se titula *No regresarás*.

Él se quedó callado, contemplándola. ¿De qué demonios le hablaba?

—Olvidas el congreso de otoño.

Kendra sacudió la cabeza y sonrió. Sí, era posible que regresara, pero de la manera que ella esperaba y quería.

—Sí. Qué cabeza la mía. Es cierto, el congreso de Shakespeare.

Sin darse cuenta, habían comenzado a caminar uno al lado del otro, dejando que sus brazos se encontraran de vez en cuando.

—No quiero entretenerte. Mañana te marchas y...

—No lo haces —la interrumpió él de repente—. No pasa nada porque estemos dando una vuelta. No hay mucho que preparar para mañana. Pero si quieres marcharte a casa o a cualquier otra parte, por mí puedes hacerlo. Me iré al hotel y me quedaré tranquilo en el bar. Aunque si no te importa, me gustaría aprovechar mi última noche aquí, contigo.

Kendra cogió aire. Abrió los ojos como platos y suspiró.

—Vaya. No esperaba que me lo pidieras después de lo que te dije esta mañana.

—Tal vez me equivoqué al marcharme sin despedirme.

—No importa. No, tienes razón. No tenía sentido hacerlo. Ni prolongar lo inevitable.

Se miraron en silencio durante un instante sin que ninguno dijera nada. Ambos parecían tener claro que no iban a acabar enredados bajo las sábanas, pero pasar juntos algo más de tiempo no iba a hacerles mal. Se despidieron como si fueran a verse al día siguiente; como si volvieran a quedar en el despacho de ella para seguir analizando la obra de Scott y Shakespeare en su conjunto; como si todavía restaran días para que él se marchara; o que no lo fuera a hacer después de todo. Sin embargo, los dos eran conscientes de la situación que se venía en adelante.

—Solo quería decirte que ha sido un placer conocerte, más allá de nuestras pequeñas diferencias iniciales —le dijo ella contemplándolo echa un manajo de nervios. Aquello no era lo suyo. Nunca se había despedido de alguien que le atrajera como Kenneth.

—Creo que el placer ha sido mutuo. Y te pido disculpas si en alguna ocasión me he comportado como un estúpido.

—Para estupidez la mía, que te besé a la puerta de la taberna delante de todo el mundo —le recordó entre risas.

—Hay que cometerlas para darnos cuenta de lo que realmente sentimos, Kendra. —Se acercó a ella y la atrajo para besarla una última vez antes de que el hechizo se rompiera y cada uno volviera a su realidad.

Kendra se vio sorprendida por el ímpetu y aceptó el beso a sabiendas que no tendría más como aquel. Podría haber otros muchos, pero ese sería único e inolvidable.

Capítulo 7

Kenneth caminaba por la terminal de salidas del aeropuerto. Su gesto era taciturno a esas horas de la mañana. En su momento, había reservado un vuelo a primera hora para no tener que pasar en Edimburgo más tiempo del necesario. Pero no lo hizo pensando en la situación que se había dado esos días, sino porque admitía no ser un simpatizante de lo escocés. Esa reticencia suya se debía a la imagen que algunos ingleses le habían ofrecido. Pero esa percepción había cambiado durante los días que había pasado en Edimburgo. Incluso Kendra, que en un primer momento le pareció algo rebelde, irascible, e insoportable, acabó conquistándolo con su personalidad... y su beso, añadió con una sonrisa burlona recordando el momento en el que se produjo. Quería marcharse porque no podía seguir al lado de ella sintiéndose tan extraño. Y al mismo tiempo sentía cierta añoranza. No quería decir que la echaría de menos en el sentido exacto de la palabra porque podía plantearle dudas, pero sí era cierto que se había quedado vacío cuando la noche pasada se despidieron.

Kendra permanecía de pie junto a la ventana, observando a la gente caminar. Llevaba despierta algunas horas y, aunque había intentado volverse a la cama finalmente, no le había quedado otra opción que permanecer levantada. No podía sacarse de la cabeza la despedida con Kenneth. Había sentido deseos de besarlo una última vez e incluso haberlo invitado a subir a su casa la pasada noche. Pero al final le habían faltado fuerzas para hacerlo. Tal vez llevada porque tampoco había percibido en él las ganas de hacerlo. Había sido muy respetuoso y diplomático, aludiendo a que tenía prisa porque el vuelo salía a las ocho de la mañana y no quería retrasarse. Uno nunca sabía lo que podía encontrarse en el aeropuerto.

Sonrió al recordar su expresión de disculpa mientras se lo decía. Mejor despedirse de ese modo a tener que hacerlo esa mañana. ¿Con qué cara lo habría mirado? ¿O lo habría obligado a marcharse a hurtadillas como la noche que pasó con ella? Se quedó pensativa mientras se mordía el pulgar e inspiraba hondo. Ya no había opción de saberlo, puesto que a esas horas él ya estaría volando de regreso a Londres y ella volvía a sentir la sensación de hambre en su estómago. Claro que no entendía cómo era posible porque acababa de tomarse un café. Lo cual indicaba que su sensación de vacío tenía más que ver con la marcha de Kenneth que con que tuviera que tomarse algo. ¿Era posible sentir algo así por él pese al poco tiempo que habían pasado juntos? «¡Pero si solo hace unos pocos días!», se dijo sin terminar de creer que algo así le sucediera a ella. Más le

valía centrarse en el trabajo porque estaba convencida de que él no regresaría. «Ni si quiera en otoño con el congreso de Shakespeare», se dijo con un resoplido.

Días después

Kenneth regresó a su rutina en su despacho en el departamento de Literatura de la facultad. Por delante tenía unas semanas para prepararse para el comienzo del nuevo curso. Echó un vistazo a la bandeja de entrada de su correo buscando un mensaje especial. Uno que procediera de ella. Pero no había ni rastro, lo que le hizo sentirse algo decepcionado. Tal vez en días sucesivos le llegaran noticias sobre la publicación del ensayo. No esperaba que ella lo escribiera o llamara a nivel personal por lo que sucedió entre ellos, porque no tenía sentido. Pero sí esperaba sus noticias respecto de su colaboración académica.

El sonido de varios golpes en la puerta de su despacho lo obligaron a dejar a un lado el asunto de los correos electrónicos y atender a la visita.

—Adelante.

La puerta se abrió y dio paso a Claire, compañera de departamento, quien entró con una radiante sonrisa.

—Me dijeron que ya habías regresado de Edimburgo, pero no esperaba verte por aquí tan pronto.

—Así es. Sí, bueno, ya sabes que soy muy previsor con respecto al nuevo curso.

—¿Qué tal te fue todo? ¿Tan mal como pensabas en un principio? —Claire arqueó una ceja con suspicacia, contemplando a su colega, y se sentó en la silla que había delante de la mesa sin que él la invitara a hacerlo.

—Me fue bastante bien. Debo decir que mejor de lo que yo esperaba, la verdad.

—¿Te has entendido bien con ellos? Te lo pregunto porque ya sabes que el acento es más fuerte que el nuestro.

—Enseguida me he hecho a este. No obstante, la doctora Kendra tuvo cuidado de que no se le notara demasiado. Y Megan no lo tiene tan marcado.

—Entonces bien, ¿no?

—Sí, ya te he dicho que se cuidó mucho de que la entendiera. Una mujer atenta en todo momento.

—Me alegro. ¿Y el ensayo? ¿Congeniasteis para hacerlo? ¿No te impusiste a ella? Porque te conozco y sé como te pones cuando hay una publicación por medio —ironizó Claire poniendo los ojos como platos.

Kenneth se recostó contra el respaldo de su silla y miró a su compañera con cierta diversión.

—¿Por qué habría de hacer algo así? ¿De qué manera me pongo cuando hay una publicación? ¿Puedes explicarte? —le preguntó entre risas porque era poco menos que lo que Kendra le diría si estuviera allí delante de él.

—Insoportable. De acuerdo que eres exigente con tus alumnos, pero lo eres con todo el mundo. Por eso te lo preguntaba. Aunque si era una mujer como debe ser, apuesto a que te pondría las pilas.

Kenneth dibujó una sonrisa en su rostro al pensar en esa posibilidad.

—Ya lo creo.

—¿Cuándo saldrá la publicación?

—Todavía no hay nada concreto. El ensayo de colaboración entre ambas instituciones está hecho. Pueden faltar algunos detalles, flecos sin importancia que puede cerrar ella sin problemas.

—¿Y las conferencias?

—Como de costumbre. Expuse mi teoría y razonamiento ante los oyentes y ya está. No tiene más misterio y tú lo sabes.

—Luego tu experiencia en Escocia ha sido buena.

—Eh... Sí, lo ha sido.

—¿Cómo para repetir?

Kenneth frunció el ceño ante esa cuestión.

—Es posible —asintió observando el gesto de incredulidad y sorpresa de su compañera—. Al parecer, el congreso anual de la asociación va a celebrarse en Edimburgo. Me lo comunicó Roland primero; y Megan después. Ella quiere que esté presente.

—Entonces, ahí tienes la excusa para volver.

—Tendré que ver cómo está mi agenda para ese fin de semana. Y en qué puedo trabajar. No voy a repetir la ponencia de esta ocasión acerca de Shakespeare y Walter Scott —le aclaró abriendo los ojos al máximo y formando un arco con sus cejas.

—Es lógico.

—¿Y tú? ¿Qué haces por el departamento tan pronto? Dices de mí, pero tú...

Claire no pudo evitar reírse ante esa apreciación.

—Sí, tengo que ir preparando algunas cosas para los exámenes de septiembre. Están al caer. Supongo que tú ya los dejaste cerrados antes de acabar el curso.

—Supones bien. No creo que tenga que retocar nada al respecto.

—En fin, me marcho. Solo pasaba a saludarte y a ver qué tal te había ido tu experiencia en Escocia.

—Pues te repito que ha sido una experiencia de lo más interesante.

—Nos vemos, Kenneth.

—Hasta cuando quieras, Claire.

De nuevo a solas, Kenneth dejó su mirada fija en la puerta e intentó centrarse en algo que no fuera Kendra. El congreso de otoño sobre Shakespeare podría ser una nueva oportunidad para verla. Claro que tampoco tenía mucho sentido pensar en ellos y en tener algo si la única forma era que él permaneciera a su lado. Volver a incidir sobre ese asunto le recordó la conversación con Megan cuando ambos se despidieron. Su interés por contar con él en el departamento de la

facultad. Por el momento, no le parecía viable, pero quién podría saber lo que sucedería en un futuro.

Dos semanas después de la marcha de Kenneth, Kendra parecía centrada en la preparación del nuevo curso; pero nada más lejos de la realidad. A cada minuto que pasaba revisando el ensayo sobre Shakespeare, los recuerdos de aquellos días volvían a su cabeza sin darle ninguna tregua. No creía que pudiera afectarle tanto el haber compartido juntos tanto tiempo. Ni mucho menos haberse acostado. Ninguno de sus anteriores ligues o amigos con derecho a cama le habían afectado como Kenneth, recordó. ¿Qué había encontrado en él para que esto le sucediera?

Permanecía sentada en el sofá en su casa cuando el timbre de la puerta sonó. Debía de ser Megan que le había comentado que se pasaría a verla. A Kendra le resultaba raro que a esas alturas ella no le hubiera preguntado por su experiencia con Kenneth, pero en plan amigas y como compañeras de despacho en el departamento de la facultad.

—¿Cómo estamos? —preguntó Megan pasando al interior y siguiendo a Kendra—. ¿Estabas con la publicación del festival? —le preguntó echando un vistazo a los folios que había sobre la mesita baja.

Megan hizo un gesto de afirmación con el mentón hacia estos.

—El último. No creo que haga falta añadir o quitar nada más.

—Pues envíale una copia a Kenneth y díselo a ver qué opina. ¿Lo has hecho ya?

—¿Lo qué? —preguntó algo distraída.

—Enviarle la copia a Kenneth para que le eche un último vistazo a ver qué le parece, y después enviarlos al departamento de publicaciones. ¿Dónde estabas? Escuchándome desde luego que no.

—Pensando en ello precisamente.

—¿Por qué te miro y tengo la sensación de que me estás ocultando algo? —Megan entrecerró sus ojos y asintió de manera lenta.

—¿Qué te voy a estar ocultando? —Kendra adoptó un tono a la defensiva ante la insistencia de su amiga.

—Por ejemplo, lo que sucedió en realidad entre vosotros después de que lo besaras.

Kendra se mordió el labio en un claro gesto dubitativo. Frunció el ceño mientras Megan no apartaba la mirada de ella, como si esperara que de un momento a otro se decidiera a hablar.

—¿Por qué debería haber sucedido algo según tú?

—Te conozco, y estás a la que saltas desde que él se marchó.

—No es cierto. Yo no estoy a la que salta como tú dices —protestó Kendra removiéndose en el sofá para cambiar de postura. Abrió los ojos como platos y contempló a su amiga como si la estuviera poco menos que insultando.

—De acuerdo. No he dicho nada. —Megan alzó los brazos mostrando las palmas de sus manos y sacudiendo la cabeza—. Olvídalo. Dime, ¿estás centrada en el comienzo del curso?

Kendra permaneció recostada en el sofá con la mirada fija en un punto del espacio. Perdida en sus cavilaciones sobre lo que Megan intuía que podría haber sucedido con Kenneth. Tal vez si le contaba lo ocurrido y cómo se sentía desde que él se había vuelto a Londres, ella podría estar algo más centrada en el nuevo curso. Se limitó a asentir de manera casi imperceptible mientras su amiga seguía observándola con curiosidad.

—Nos acostamos —dijo de buenas a primeras, cogiendo aire porque sin duda que lo necesitaba tras soltar aquella noticia. Se mordisqueó la uña del pulgar mirando a Megan, a la espera de su veredicto.

—Intuía que algo así había sucedido.

—¿Qué pasa que lo llevo escrito en la frente o qué? —ironizó ella en un primer momento hasta que de repente cambió el rictus pensando que tal vez había sido él quien se lo había contado. Al fin y al cabo, Kenneth y Megan eran colegas en la asociación de Shakespeare y se llevaban bien —. ¿No te lo habrá contado él?!

Megan se echó a reír al ver la expresión en la cara de Kendra.

—¿Tú te has visto la cara que has puesto? Mujer, ni que fuera un secreto de Estado. No, Kenneth no me ha dicho nada. Es demasiado *inglés* para contar algo así.

—¿Por qué lo dices?

—Porque tú misma lo has comprobado estos días que ha estado aquí y me lo has dicho. Kenneth es demasiado estricto, serio, formal, profesional, puntual, toca pelotas en algún que otro sentido... ¿Sigo?

—No, no hace falta. Todos esos calificativos los he vivido en mis carnes.

—Es capaz de irse a la tumba sin contarle a nadie que se ha acostado contigo. Te lo aseguro. Pero ¿por qué no me lo has dicho antes? No creo que pase nada. Somos amigas a parte de colegas de trabajo.

—Sí, ya lo sé. Pero es que...

—¿Qué pasa? ¿Qué te da corte asumir que te gusta Kenneth y que por tanto te lo has tirado? — Megan miró a su amiga con cara de sorpresa, sin poder creer lo que veía en Kendra.

—No. Es que...

Las dudas que presentaba Kendra dieron que pensar a Megan. Entrecerró los ojos calibrando poco menos lo que le sucedía. Y creía no andar mal encaminada en su teoría.

—¿No te gustará de verdad? Y no me estoy refiriendo al hecho de haberte ido a la cama con él. No sé si me entiendes...

—¿Claro que no! No me vengas con chorradas de ese tipo.

—Bien, entonces ¿qué te pasa con él?

—No es nada, es que... me sorprendió su cambio de actitud hacia mí después de que lo besara en plena calle.

—¿A qué te refieres?

—Joder, a que no se comportó de ninguna de las maneras en las que lo acabas de calificar, sino

todo lo contrario. Se mostró atento, divertido en ocasiones, cordial... No sé. Percibí un cambio en él.

—Bueno... —Megan se quedó pensativa. Recordó las palabras de Ian al respecto de la influencia que Kendra podría tener en Kenneth—. Supongo que...

«Tendría algo que ver con lo que habían hablado acerca de animar a Kendra a investigar más. Que él hubiera adoptado una postura más cercana a ella. ¿Tanto cómo para acostarse?».

—Da igual. Tampoco voy a comerme la cabeza pensando en todo esto. Él está en Londres y yo aquí. No hay que darle más vueltas.

—¿Y cuando venga a la reunión anual de la asociación? ¿Piensas quedar con él? Te lo pregunto para que esté preparada.

Kendra gruñó.

—No es seguro que venga. Ni lo es que yo quiera verlo.

—Vale. Me ha quedado claro. ¿Sabes que le dije que me gustaría contar con él en el departamento?

—¿Quién, tú? ¿A Kenneth? —Kendra se quedó con la boca abierta.

—Sí.

—Pero ¿por qué lo hiciste? ¿Necesita el departamento alguien como él? ¿Un experto en Shakespeare?

—Por el momento, no. Del teatro se encarga Stuart. Solo se trató de un comentario sin más. Es un gran investigador y mejor docente. Créeme.

—No lo pongo en duda. Solo tuve que ver su expediente académico. —Kendra puso los ojos como platos y elevó sus cejas en señal de admiración.

—Pues eso.

—¿Y qué te dijo?

—Que por el momento su vida estaba en Londres. —Megan se arrepintió de sacar el tema en el preciso instante en el que observó el gesto de desilusión en el semblante de su amiga. Una tímida sonrisa irónica.

—Es normal. Por otra parte, no tiene ningún sentido tu oferta, ya que no hay ninguna vacante en el departamento según cuentas.

—No por el momento. Pero ¿quién sabe en un futuro no muy lejano? Es más, podría sugerirlo al decano de la facultad. Ver qué probabilidades hay de que Kenneth pudiera venir.

—¿Por qué tanto empeño por tu parte? Acabas de asegurarme que él no tiene pensado cambiar de ciudad.

—Ya, eso me dijo. De todas maneras, soñar no cuesta. No quería que te sintieras mal con respecto a mis preguntas acerca de él. Pero estos dos últimos días se os veía un pelín... —Kendra entornó la mirada hacia su amiga con cierta suspicacia por lo que esta tuviera que decir—. Compenetrados. No sé, percibí algo diferente a los primeros días. Y, además, tú no te habías vuelto a quejar de su comportamiento. Luego...

—¿Qué insinúas?

—Nada. No insinúo nada. Mis sospechas se han confirmado con tu afirmación.

Megan se mordió la lengua antes de preguntarle por lo que iba a pasar entre ellos. Aunque todo parecía bastante claro. Nada de nada. Kenneth seguiría con su vida en Londres y Kendra allí, en Edimburgo. Podrían volverse a ver en el congreso de Shakespeare; pero nada más.

—Pues ahora que lo sabes, no hay más que decir. —Kendra sintió un ligero ahogo en la garganta cuando se refirió a ese hecho.

—Entiendo que no os habéis planteado nada.

—¿Por qué habríamos de hacerlo? ¿Por haber pasado estos días colaborando para el festival? ¿Por habernos acostado? Es ridículo pensar algo así, la verdad —protestó Kendra gesticulando con sus manos en el aire sin querer dar crédito a esos comentarios de su amiga.

El tono de Kendra le sonó a Megan a una mezcla de ironía y decepción. Pero prefirió guardarse sus comentarios para ella misma. No pretendía ahondar más en la herida. Pero todo le indicaba que su amiga se había quedado algo «tocada».

—No lo sé, mujer. Tal vez...

—Tal vez debí haber sido menos impulsiva aquella tarde. Eso es lo que debí hacer. ¿Cómo se me pudo ocurrir besarlo para quitarme de en medio a mi ex? Pero qué cabeza tengo...

Megan esbozó una sonrisa tímida.

—No te esperabas nada de lo que te ha sucedido.

Kendra abrió la boca para contrarrestar el comentario de Megan, pero o bien no le salieron las palabras o no se le ocurrió nada. Se limitó a sacudir la cabeza negando aquella afirmación.

—No.

—No te culpes por lo que hiciste. Míralo por el lado bueno. —Megan le guiñó un ojo en complicidad—. Te tiraste a un tío que está de muy buen ver pese a su carácter maniático.

Kendra fue presa de una risita mientras Megan asentía convencida de ello.

—Eres única.

—Es la verdad. Si crees que no hay futuro en lo vuestro, debes verlo por ese otro lado.

Kendra apretó los labios. En parte era cierto lo que Megan le refería, pero algo en su interior no parecía estar del todo de acuerdo. No, cuando sentía una sensación de constante vacío. Como si le faltara algo o alguien. Se había acostumbrado a tenerlo a su lado durante todo el día hasta el punto de cogerle aprecio, cariño... tanto que se había acostado con él. Y, en ese momento, no había nada que lograra mitigar su ausencia.

—Por cierto, ¿has pensado hacerte socia de la asociación de Shakespeare? Te lo pregunto porque después de haber estado durante días con este arriba y abajo para el artículo...

Kendra asintió agradecida porque Megan cambiara el tema de la conversación. No quería que Kenneth estuviera presente en todo momento entre ellas. De manera que cogió aire y se dispuso a charlar sobre el tema en cuestión.

Kenneth terminó de dar la última clase de la mañana. Se despidió de sus alumnos y abandonó el aula camino de su despacho. El pitido de su móvil captó su atención cuando seguía dándole vueltas en la cabeza a lo discutido con algunos alumnos acerca del teatro isabelino. Se detuvo en mitad del pasillo, ajeno a que la gente iba y venía pasando a su lado. No le importaron ciertos empujones; ni si quiera prestó atención a las disculpas que le lanzaban. Su interés era en exclusividad para el correo de Kendra que acababa de recibir. Algo en su interior pareció removerse y los recuerdos de ella volvieron a su mente.

Su vuelta a la monotonía de las clases y demás temas relacionados con la universidad lo habían mantenido algo más apartado de Kendra. Y eso había sido de agradecer, ya que desde que había vuelto de Edimburgo, le había costado ser el que era. Y creía que se debía a *ella*. Y allí estaba enviándole un correo en relación con el ensayo en el que los dos habían estado trabajando. Kenneth apretó los labios y leyó el mensaje, ella hacía referencia a este y le pedía que le echara un último vistazo antes de enviarlo al departamento de publicaciones de la universidad. No quería que después alguien pudiera encontrar un fallo.

En la parte final del mensaje, le preguntaba cómo se encontraba y qué tal marchaban las clases por Londres. Luego le contaba cómo había iniciado ella el curso y todo eso. Añadió también una cuestión que él había dejado aparcada: la reunión de la asociación de Shakespeare en Edimburgo. Faltaban un par de semanas para cerrar la inscripción y él todavía no había decidido nada. Roland le había enviado toda la documentación relativa al evento y a la que él no había prestado atención. Pero creía que había llegado el momento de hacerlo en serio.

Levantó la mirada de su móvil y la fijó en la gente que caminaba por el pasillo. Se fijó en los rostros como si pretendiera encontrar el de ella entre ellos. Apretó los labios y devolvió el móvil a su bolsillo para seguir camino de su despacho.

—Kenneth, ¿qué tal estás?

—Trevor.

—¿Qué tal te marcharon las cosas por Edimburgo?

—Bien. Mira, estaba revisando el correo de la doctora con la que colaboré y en el que me envía la copia final del ensayo en el que estuvimos trabajando.

—Todo un privilegio que te llamaran para trabajar en algo así y participar en el festival dando una conferencia.

—Sí, bueno. Es algo que debo agradecer a Roland y a Megan. Fueron ellos los que me lo sugirieron.

—Espero que te trataran bien por aquellas tierras del norte de la isla.

Kenneth no supo cómo interpretar aquel comentario. Si de una manera jocosa e irónica o tal vez como algo sin importancia.

—Me trataron muy bien. Ya lo he dicho a todos los que me han preguntado por ello. No sé qué clase de trato esperan recibir algunos, pero yo no tengo queja alguna.

—¿Piensas ir al congreso de Shakespeare?

—Eso mismo estaba pensando. Tengo que mirar cómo me viene. Si me disculpas, tengo algo de prisa.

Dejó a su colega con la palabra en la boca y prosiguió su camino hacia el despacho. Se tomaría su tiempo para leer toda la información relacionada con la reunión anual de la asociación de Shakespeare. No le llevaría mucho tiempo preparar algo. Pero antes revisaría el ensayo en el que Kendra y él habían trabajado. Luego, le escribiría para darle su opinión.

Ella caminaba hacia el aula para impartir una clase cuando se encontró con Stuart que iba en la misma dirección.

—Enhorabuena otra vez por la conferencia que diste en el pasado festival de las artes.

—No hace falta. Una conferencia como otra cualquiera —le aseguró restando importancia a ese hecho.

—Buen tipo el tal Kenneth.

Kendra abrió la boca para comentar algo, pero lo único que salió por esta fue un leve suspiro que la delató.

—Sí, sí —se apresuró a rectificar—. Sin duda que ha sido un acierto por parte de Megan el hecho de que colaborásemos con la Asociación Británica de Shakespeare y que además fuera Kenneth el encargado de hacerlo.

—Entiendo. ¿Sabes si vendrá dentro de quince días?

—Ah... Pues, no... No tengo ni idea. Tal vez deberías preguntárselo a Megan.

—Sí, pero cómo tú estuviste colaborando codo con codo con él, pensé que tal vez te comentó algo al respecto.

Kendra frunció los labios y sacudió la cabeza.

—Me dijo que no sabía. Debería mirar su agenda para esos días. Es lo único que puedo decirte. Si tienes interés en saberlo..., pregúntale a Megan. Estoy segura de que lo sabrá.

«A mí no me ha dicho nada de si vendrá o no y faltan dos semanas».

—Eso haré. No obstante, si él te comenta algo, me vendría bien saberlo.

—Sí, claro, descuida.

—Te lo digo porque entiendo que estaréis en contacto por lo del ensayo.

—Sí. Si me comenta algo, te lo digo. Te dejo o no llegaré a mi clase.

Se despidió de él resoplando porque había pasado un momento de cierto apuro. ¿Por qué se lo preguntaba a ella en cuestión? Megan era la persona más indicada para saberlo ya que ella era su amiga y colega en la asociación de estudios sobre Shakespeare. Entró en el aula donde la esperaban sus alumnos y decidió concentrarse en la novela previa a Scott y su influencia en este.

—Buenos días. A ver, hoy vamos a hacer referencia a María Edgeworth y a su amistad con Scott. Y cómo ella influyó en el escritor. También haremos alguna referencia a Jane Austen.

Kendra siguió exponiendo lo que ese día trataría en la clase de novela y aparcó el asunto de

Kenneth para después de la clase.

Kenneth permanecía absorto en la lectura del ensayo que Kendra le había remitido. No parecía que ella hubiera realizado ningún cambio sustancial en el texto. De lo contrario, se lo habría indicado. Todo estaba de la misma manera en la que el texto había quedado cuando él regresó. Se detuvo con especial atención en la parte en la que hacía referencia a los celos y sintió una punzada de estos al pensar en ella y en que podría conocer a alguien. Esa idea le hizo fruncir el ceño y no prestar atención a la lectura del ensayo. Pero ¿por qué debería afectarle que ella conociera a alguien y siguiera con su vida? ¿Acaso él pensaba presentarse ante ella y decirle que la echaba de menos? ¿Que había momentos en los que deseaba tenerla a su lado, aunque solo fuera para contemplarse en su mirada? Resopló antes de proseguir con la lectura. Le escribiría y le diría que por su parte estaba perfecto. Que podía enviarlo al departamento de publicaciones cuando quisiera.

Una vez redactado el cuerpo del correo añadió unas pocas líneas más a título personal, preguntándole qué tal le marchaban las cosas. Por último, le anunció que acudiría a la reunión anual de la Asociación de Estudios sobre Shakespeare. Tras pensarlo un buen rato, decidió escribir un «espero verte por allí» que sonaba más cordial y general que un «me gustaría verte». Lo consideraba algo más personal e incluso íntimo. Y no tenía ni idea de cómo se encontraba ella o si le apetecería verse después del tiempo transcurrido.

Revisó con meticulosidad el mensaje antes de darlo por bueno y enviarlo. Luego se dispuso a leer la documentación que Roland le había enviado y vería si podía encontrar algún tema interesante para dar una breve charla. Completó el formulario y se lo envió para que lo tuviera en cuenta. Para no pensar en Kendra más de lo permitido, se puso a revisar sus ensayos sobre Shakespeare a ver qué podía preparar.

Megan recibió la noticia de que Kenneth asistiría al congreso anual de la asociación. Sonrió satisfecha de que así fuera. Contar con él en cualquier evento académico que tuviera que ver con la obra de Shakespeare era una gran noticia. Se decía entre los participantes al congreso que Kenneth era el estudioso que más sabía de la vida y obra del bardo de Stratford Avon. Y los que lo decían no les faltaba razón alguna para afirmarlo. Megan pensó en Kendra. Esperaría a ver si ella le comentaba algo. A lo mejor él le había escrito para informarle de que estaría de regreso en Edimburgo durante unos días. Pero ese era un tema que le competía única y exclusivamente a ella.

El móvil de Kenneth comenzó a vibrar antes de escuchar la melodía. Lo había dejado sobre la mesa de su despacho mientras él revisaba los libros que tenía en la estantería.

—Dime, Roland. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Acabo de ver tu inscripción para la reunión anual de la asociación. Deja que te diga que me alegra saber que estarás presente.

—Sí, la verdad es que no tengo ningún compromiso para ese fin de semana. Y me vendrá bien ver a colegas con los que solo hablo vía correo electrónico.

—Sí. Es sin duda una buena opción. He leído que piensas dar una ponencia sobre Mucho ruido y pocas nueces. ¿Es eso cierto? Te lo pregunto porque creo que es la primera vez que alguien va a referirse a esta obra. Y celebro tu elección.

—Cierto que es la primera vez que alguien la escoge para exponerla en la asociación. Te agradezco tus palabras.

—Queda anotada entonces. Sobre qué hablarás. ¿Has elegido el tema o todavía le estás dando vueltas? Tengo todo el programa de conferencias confirmado a excepción de ti.

—Mi exposición irá encaminada hacia el sentido del honor en la obra. Haré referencia al destino de la protagonista, Hero. A los malentendidos y trampas que le tienden. Bueno, es algo aproximado. Me has pillado revisando bibliografía para redactarlo.

—En ese caso, te dejo. No quiero molestarte. Tomo nota de tu asistencia y de tu ponencia. Será un placer verte. ¿Te fueron bien las cosas por Escocia? He leído el ensayo en el que trabajaste con la doctora Kendra McDonnald. Megan me remitió una copia digital para que le echara un vistazo.

—Ah. No sabía que ya estuviera.

—Si no lo tienes en tu bandeja de entrada, dímelo y te remitiré el correo de ella.

—Descuida. Te avisaré si no lo tengo.

—Ahora sí. Te dejo que sigas buscando información para la ponencia de la asociación. Estamos en contacto.

—Sí. Ya hablamos antes de ir al congreso.

Kenneth dejó el móvil sobre la mesa y se acercó a su ordenador para comprobar su bandeja de entrada y ver si Megan le había remitido una copia de la versión digital del artículo. Pero lo que se encontró fue el correo de Kendra. Ella era la que le hacía llegar dicha copia. Le explicaba que ya estaba digitalizado y que solo restaba sacar la versión impresa. También se hizo eco del anterior correo que él le había enviado y en el que le aseguraba que estaría en Edimburgo en otoño para el congreso de la asociación de Shakespeare. Decía que esperaba poder verlo durante ese fin de semana y ponerse al día.

Se reclinó contra el respaldo de su sillón y se quedó contemplando la pantalla desde cierta distancia. Mientras, sus dedos tamborileaban sobre la mesa como si se estuvieran pensando teclear un nuevo correo a Kendra. Al menos para darle las gracias por acordarse de él para enviarle la copia digital de la revista. Se tomó unos segundos en los que repitió en su mente el texto que redactaría y que no llevara segundas intenciones a pesar de que él quería verla. Necesitaba hacerlo para comprobar si aquello que sentía desde que regresó a casa era real o se lo estaba inventando. Quería ver si el vacío que experimentaba tenía que ver con ella o era cosa de

su imaginación.

Megan llegó a su despacho, en el que Kendra estaba ya. La encontró sentada tras su mesa, tecleando.

—¿No tienes clase? —preguntó la primera dejando su bolso sobre la silla para quitarse la chaqueta y colgarla del perchero.

—No. Tengo libre.

—Hora de despacho.

—Sí. Aunque dudo que alguien venga. ¿Y tú?

—Yo tampoco. Por esta mañana he terminado.

—¿En qué estás metida? Te noto teclear como si estuvieras poseída.

—Trabajo en un ensayo —le dijo de pasada, sin darle demasiada importancia.

—Vaya —exclamó Megan sonriendo con cierta ironía al escucharla hacer referencia a eso.

—¿Por qué pones esa cara de sorpresa y ese tono de humor sarcástico?

—Porque hacía tiempo que no te veía hacerlo. Ya te he avisado de que si no te pones las pilas con la bibliografía... —dejó la frase en suspenso para que su amiga la completara, aunque sabía que no lo necesitaba.

—Por eso mismo.

—Te felicito que te hayas puesto a ello. Hablando de otro asunto, ¿sabes que Kenneth vendrá al congreso de otoño sobre Shakespeare?

—Sí.

—¿Lo sabías? —Megan pareció algo extrañada porque ella no se lo hubiera contado.

—Me enteré por el correo que me envió como respuesta al mío, en el que le adjuntaba la copia final del ensayo. Y le decía que por ahora la copia en papel tardaría un poco.

—Vaya. Desconocía que lo supieras.

—Imaginé que él también te lo diría. Por ese motivo, no te lo he comentado. Tú eres compañera suya en la asociación de Shakespeare.

Megan permaneció pensativa mientras desviaba la atención de Kendra y volvía a su mesa.

—¿Piensas acudir? Te lo pregunto para que rellenes tu formulario de inscripción. No vaya a ser que luego quieras ir y no tengas plaza.

—La verdad... Yo no tengo mucha idea de Shakespeare.

—Eso es una disculpa bastante mala. O poco creíble. Es preferible que digas que no te apetece ir por no ver a Kenneth. Pero desde ya te digo que estoy segura de que él quiere verte y, si no vas, me preguntará por ti.

—¿Cómo estás tan segura? Y no es una disculpa barata.

—Oh, venga ya. ¿Qué profesora de Literatura inglesa conoces que no haya estudiado las comedias y las tragedias de Shakespeare? O su poesía. Venga, di. Hicimos juntas la carrera y las

dos estudiamos lo mismo. Así que no me salgas ahora con esas de que no controlas a Shakespeare —le rebatió cabreada por la excusa tan pobre que le había dado.

—Vale, tienes razón. No se trata de mis conocimientos del teatro isabelino ni de la obra de...

—¿Lo ves? Me estás dando la razón. Además, ¿por qué no quieres ver a Kenneth?

La mirada fija e inquisidora de Megan afectó a Kendra hasta el punto de que ni siquiera se atrevió a parpadear.

—No es que no quiera verlo, es que...—Kendra dudó unos segundos—. Temo quedarme jodida cuando vuelva a irse. Ya sé que es un completa gilipollez, pero...

—¿Lo echas de menos y pretendes no verlo?

—De ese modo no me afectará tanto.

Megan resopló sin saber qué decir ante esa confesión. Sin lugar a dudas que Kendra la había dejado sin palabras. Por ese motivo, ella prefirió dejarlo estar y centrarse en rellenar su solicitud y preparar su ponencia.

Kendra la contempló centrarse en su trabajo sin decir nada más.

—¿Piensas dar alguna charla?

—Sí. Estaba considerando hacer algo, pero no lo tengo muy claro por ahora. Si no veo nada factible, lo dejaré para otro año. El pasado ya di la charla sobre la cuestión de la raza de Otelo, el moro de Venecia. No creo que Roland me presione para intervenir. Tú ya sé que no porque no perteneces a la asociación —le aclaró sonriendo de forma irónica—. Aunque nunca es tarde para hacerlo.

—Tengo bastante jaleo con pertenecer al club de Sir Walter Scott, aquí en Edimburgo. Necesito tiempo para mí.

—Entiendo. —Megan no le dijo nada más respecto del congreso. Prefirió dejarlo estar para que fuera ella la que tomara la decisión más acertada para ella. La que mejor le viniera—. Oye, si decides no ir avísame. Y dime qué quieres que le diga a Kenneth cuando me pregunte por ti. Porque te repito que él lo hará. E incluso querrá verte para ver cómo estás.

Kendra permaneció con la boca abierta como si fuera a replicarle, pero prefirió no hacerlo y meditar mejor la respuesta. Lo cierto era que Megan tenía razón: si no acudía al congreso, Kenneth preguntaría por ella. Y a lo mejor querría verla aunque fuera una vez terminado el evento. ¿En verdad no tenías ganas de saludarlo? ¿Qué podría suceder por verlo? ¿A qué le tenía miedo?

Capítulo 8

La inesperada noticia de que Megan iría a Londres a visitarlo lo dejó perplejo. Pero contento al mismo tiempo por saber de su vieja y querida amiga.

—¿Cómo te ha dado por venir a verme? —le preguntó nada más que ella estuvo frente a él en la terminal de llegadas.

—No tenía nada que hacer en Edimburgo y decidí coger un vuelo y venir. Tampoco es para tanto. Es una hora y poco de trayecto —le aclaró sorprendida por la reacción de él.

—Sí, bueno. En eso tienes razón. ¿No tenías clase hoy viernes?

—No. Por ese motivo también me animé. De este modo, nos ponemos al día sobre el trabajo, las relaciones sociales y la reunión de la asociación la semana próxima.

Kenneth echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos como si diera a entender que la había olvidado.

—Cierto. Queda una semana y no tengo nada hecho. Ni siquiera el vuelo.

—Y yo voy y me lo creo —ironizó Megan—. Me apostaría mi cátedra a que lo tienes hecho desde que supiste por Roland o por mí dónde se celebraría y cuándo. De manera que no me vengas con gilipollices. Te conozco.

—¿En serio? —La contempló con una ceja arqueada con suspicacia.

—Sigues igual de meticuloso, puntual, caballero, educado, exigente...

—Como sigas enumerando mis cualidades, no vamos a hablar de otros temas. ¿Cuándo vuelves a Edimburgo?

—El domingo por la tarde.

—Bien. ¿Hotel?

—Sí. En Oxford Street.

—Vaya. Apuestas fuerte.

—Qué menos para venir a Londres, ¿no?

Salieron de la terminal y Kenneth la llevó hasta su coche.

—¿De qué irá tu ponencia? He visto en el programa que Roland ha subido a la web de la asociación que vas a centrarte en *Mucho ruido y pocas nueces*. ¿Por qué no una tragedia?

—Esas quedan para ti —le aseguró sin apartar la mirada de la carretera—. Te dejo en el hotel y luego quedamos para comer.

—Sí, tengo ganas de que me hables de tu ponencia, entre otras cosas.

Megan no iba a dejar escapar la oportunidad de indagar, lo que él le permitiera, en sus emociones con respecto a Kendra. Trataría de saber si él también la echaba de menos. Y qué era lo que pensaba hacer el fin de semana próximo durante la reunión de la asociación.

¡Se había marchado a Londres el fin de semana! Kendra no daba crédito a aquella noticia que acababa de recibir en su móvil. Había enviado un wasap a Megan para ver qué iba a hacer el sábado, y esta le respondía que estaba en Londres. ¿Cuándo pensaba decírselo? ¿O ni siquiera se le había pasado por la cabeza hacerlo?

Fuera cual fuese su intención, ya daba exactamente igual. Acababa de enterarse y punto. «¡Ten amigas para eso! ¡Para que no te cuenten que se marchan de la ciudad el fin de semana!», pensó bastante cabreada porque no se lo hubiera dicho. Bueno, pues ya se buscaría ella un plan para el fin de semana. Llamaría a alguna amiga o incluso puede que se quedara en casa viendo la televisión.

«¿Y a qué coño ha ido a Londres?», se preguntó en un momento dado mirando la pantalla del teléfono y mordisqueándose el labio.

Megan y Kenneth comían en un restaurante cerca de Trafalgar Square. Él no había hecho referencia todavía a Kendra. Esperaba que fuera Megan la que le comentara algo de ella, aunque solo fuera para hacer alguna mención en torno al ensayo en el que los dos habían colaborado. Pero tampoco ella parecía por la labor, y era algo que le chocaba dado su carácter.

—Oye, ¿qué tema vas a analizar en la comedia de Shakespeare? No me has comentado nada al respecto. Y te repito que sé que se trata de esta por la web —le recordó elevando sus cejas en señal de sorpresa.

—Bueno, lo cierto es que no tenía en mente esa comedia.

Megan se quedó con la copa de vino en alto, a medio camino de sus labios y una mirada incomprensible.

—Entonces...

—Lo cierto es que todo esto del congreso me ha pillado muy de sopetón.

—Pero si te hablé de ello cuando estuviste en Edimburgo por el festival el pasado agosto. Y estamos a primeros de octubre. ¿Por qué dices eso? Supongo que Roland también te lo comunicaría. —Megan entornó la mirada llena de curiosidad. ¿Qué le había sucedido entonces para que tuviera esas dudas? Por lo general, él era muy previsor en todo.

—Sí, sí, eso que me dices es cierto. Pero no tenía muy claro si asistiría este año y, por lo tanto, lo he ido aparcando hasta que he tenido que tomar una decisión.

—¿No estabas dispuesto a ir?

—No lo tenía claro. Eso es todo.

Megan frunció sus labios en una mueca bastante sugerente de lo que pensaba que lo había hecho dudar. Dejó la copa con parsimonia sobre la mesa y entrelazó sus manos con los codos sobre la mesa. Miró de manera fija y determinante a su amigo y colega y se dispuso a dejar claras algunas cosas.

—¿Es por Kendra?

Él le sostuvo la mirada el tiempo suficiente para tomar consciencia de la pregunta. Inspiró hondo y apretó sus labios, asintiendo.

—Me preguntaba cuánto tiempo tardarías en hablarme de ella.

—Y yo me preguntaba cuándo ibas a preguntarme por ella. Estamos en empate. ¿Es por Kendra por lo que has dudado si acudir o no al congreso?

—La verdad es que he tenido mis dudas al respecto. No voy a negarlas.

—¿Por qué? ¿Qué pasó entre vosotros? —le preguntó fingiendo no saberlo. Quería la versión de Kenneth, si él estaba dispuesto a dársela.

—Eso quisiera saber yo, Megan. ¿Qué diablos sucedió para que no consiga sacármela de la cabeza?

—Congeniasteis. Solo eso.

—Eso y algo más. Me besó, aunque supongo que ya lo sabrás a estas alturas.

—Te pilló desprevenido. Kendra me lo contó.

—Pero no me aparté, sino que en todo momento correspondí su beso sin importarme lo que estaba haciendo.

—Tal vez porque en el fondo deseabas hacerlo.

Kenneth dibujó una media sonrisa en su rostro.

—No te lo niego. Cuando la conocí, me impactó su atractivo. Fue lo primero que percibí.

—Sí. Te entiendo. Kendra es muy... Vamos a dejarlo como está, ya que tienes muchas cualidades para definirla.

—Es por eso por lo que no me aparté de ella. Ni quise rechazar su invitación para ir a su casa.

—Kenneth bajó la mirada durante unos segundos hacia su plato, esperando la crítica de su amiga. Se ajustó las gafas y volvió a centrarse en ella.

—¿Y ahora? ¿Qué vas a hacer cuando la veas el próximo fin de semana? —La pregunta era necesaria a esas alturas, y verlo echarse hacia atrás en la silla, quitarse las gafas y resoplar le daba una idea aproximada a Megan de lo que le sucedía—. No te veo huyendo ni tampoco negándole la palabra. Pero sí, charlando y quedando con ella.

—Ahí radica el problema. Si la veo, querré estar a su lado. No apartarme de ella en ningún momento. Pero tendré que hacerlo para regresar a casa. ¿Crees que compensa? ¿Cómo está ella?

—Igual de jodida que tú.

La sinceridad de Megan y su expresión le provocaron una sonrisa cínica y cariñosa a la vez.

—¿No me digas?

—Se está planteando asistir al congreso de la asociación, aunque no lo tiene muy claro.

—¿No sabía que le interesara la obra de Shakespeare?

—Yo diría que su interés está más bien en ti. —Megan le guiñó un ojo en complicidad.

—Ya, pero... No creo que podamos pasar otra vez por lo mismo. Volver a sentir y separarnos después.

—¿Por qué no lo habéis intentado si quiera?

—¿Cómo? Estando separados durante toda la semana y viéndonos solo dos días. No es un trato justo si lo piensas. Kendra se merece más. El todo.

—Para eso uno de los dos tendría que mudarse de ciudad. Te dije que me gustaría tenerte en la plantilla del departamento. Alguien que sabe de Shakespeare tanto como tú debería estar en mi equipo.

—Vuelvo a agradecerte tus palabras como ya hice en su momento cuando me lo comentaste por primera vez. Pero por ahora, no es viable.

—Tal vez podrías ver si hay alguna plaza convocada en las universidades cercanas. Te hablo de Stirling o incluso de Glasgow.

—¿Te has propuesto unirnos o qué?

—«Con ligeras alas de amor franquéé estos muros, pues no hay cerca de piedra capaz de atajar el amor; y lo que el amor puede hacer, aquello el amor se atreve a intentar».

—*Romeo y Julieta*. Si no recuerdo mal, es el acto II, escena II. Pero ¿qué pretendes recitándome a Romeo?

—Él acaba de decírtelo. Por cierto, sabes que Stuart se encargará de supervisar la representación de esta obra el año próximo durante le festival. Ya hay contactos para esta nueva versión, siempre ajustado al texto original.

—Es la primera noticia que tengo.

—Tal vez deberías leer la obra. Creo que ambos os echáis de menos.

—No sé lo que piensa ella.

—Te lo estoy diciendo.

—¿Qué tal con Ian? —Kenneth cambió el tema de la conversación, ya que no pretendía ser el foco de atención durante toda la comida. Contempló la sonrisa de Megan como haciéndole ver que había descubierto su jugada.

El lunes, Kendra se encontró con Megan y no pudo evitar ser irónica cuando esta le preguntó qué tal le había ido el fin de semana.

—Oh, no tan movidito como el que habrás tenido tú en Londres. —La páfida sonrisa de ella fue el complemento perfecto para que Megan se percatara de su estado de ánimo.

—¿Qué te pasa? Me da la impresión de que te ha molestado que me marchara.

—Bueno, a lo mejor me habría apetecido ir —le sugirió gesticulando con sus brazos en alto y mirando a Megan como si los ojos fuera a salirse de las órbitas.

—No lo sabía. ¿Habrías venido a ver a Kenneth? —Megan disparó sin pensarlo dos veces al punto donde sabía que le dolería a Kendra.

Esta se quedó paralizada cuando escuchó el nombre de él. Reaccionó a cámara lenta, mirando a su compañera con el ceño fruncido.

—¿Has ido a verlo?

—Es una de las cosas que he hecho. También estuve con Roland en la sede de la asociación.

—Ah.

—Vendrá a la reunión anual que se celebra el próximo fin de semana. Pero eso ya lo sabías. — Megan la contemplaba mientras Kendra parecía estar liada con algunos documentos que tenía sobre la mesa.

—Sí.

Su escueta respuesta y que no levantara la mirada para fijarla en ella le daban que pensar.

—Daré una ponencia sobre *Mucho ruido y pocas nueces*. Supongo que conoces la obra.

—Eh... Sí, claro.

—¿Vas a asistir?

Kendra resopló, dejó lo que estaba haciendo y fijó su atención en Megan. Durante un breve espacio de tiempo, las dos se contemplaron sin decir una sola palabra.

—Sí.

—Sí que te ha afectado que me marchara a Londres sin decirte nada.

—Las amigas se cuentan las cosas. Y más si son largarse un fin de semana a Londres.

—Lo tendré en cuenta la próxima vez. Pero si no te dije nada fue porque consideré que no te apetecería estar con él. —Megan se mordisqueó el labio con toda intención, adoptando una expresión de ingenuidad—. De haberlo sabido...

—Ya está. Déjalo. Tienes razón. Seguramente no habría aceptado. Tengo que irme. En quince minutos tengo que dar una clase.

—Está bien. Ya hablamos luego sobre el fin de semana venidero, el congreso y... Kenneth. Por cierto, que sepas que me dio recuerdos para ti. Y que tiene intención de verte.

Aquellas palabras detuvieron a Kendra justo cuando iba a abrir la puerta del despacho para irse. Cerró los ojos un segundo e inspiró hondo mientras su mano seguía aferrada al pomo. Abrió sin decir nada más y se marchó ante la atenta mirada de Megan y su irónica sonrisa.

Kendra caminaba con paso rápido por el campus hacia la facultad, como si la estuviera persiguiendo alguien, o, más bien, porque no quería seguir escuchando a Megan haciendo referencia a Kenneth y a que iba a estar el fin de semana, ni mucho menos quería saber que le había dado recuerdos para ella. Tenía que prepararse para verlo después del tiempo transcurrido. Y lo peor era que no sabía si quería hacerlo a pesar de haber confirmado su asistencia al evento relacionado con Shakespeare. Pero lo había hecho. Había rellenado el formulario y lo había enviado. Su plaza estaba aceptada, aunque ella siempre podría echarse atrás y no aparecer. Pero no estaba segura de si él se volvería a Londres sin haberla visto. ¿La llamaría para quedar o se

presentaría en su casa si ella no respondía? ¿Por qué se había vuelto tan paranoica por que él regresara a Edimburgo para ese fin de semana? Si a lo mejor ni si quiera coincidían porque, si él iba a dar una conferencia y charlaba con unos y con otros...

Sacudió la cabeza, dejando el tema para otro momento, y llegó a aula para impartir la clase que le correspondía. Kenneth tenía prohibida la entrada en el aula.

La semana pasaba algo rápida para gusto de Kenneth. Sin apenas darse cuenta, estaba haciendo los preparativos para viajar de nuevo. Había estado muy liado con la redacción de su exposición sobre la comedia de Shakespeare, aparte de pasar gran parte del tiempo en la facultad. Había estado charlando con Roland sobre los últimos detalles de ese fin de semana; con Megan, para confirmar que iría (no entendía por qué se repetía), pero no sabía nada de Kendra. Había pensado en llamarla para ver qué tal se encontraba, si la vería durante esos dos días y podían quedar, pero al final había desistido.

Megan le había recordado lo de buscarse una plaza de profesor en otra universidad si en verdad Kendra representaba algo para él. Algo más que un beso y un revolcón. En momentos como ese, pensaba que no había nada entre ellos, que solo se había tratado de una aventura de dos días. Nada más. Pero, luego, pensaba que tal vez... ¿Cómo iba a plantearse algo con Kendra cuando ni si quiera sabía cuál era la opinión de ella misma? Era de locos. A lo mejor, los próximos días llegaba a alguna conclusión: si la veía.

—Vamos juntos en el mismo vuelo —le aseguró Roland cuando vio a Kenneth en la terminal del aeropuerto.

—Podrías habérmelo dicho.

—Da igual. Pensaba que irías en otro; más tarde. Por cierto, ¿también has quedado con Megan para que te recoja?

—No, no he quedado en nada con ella.

—No importa, supongo que tendrá sitio en el coche para llevarte. ¿Lo tienes todo preparado?

Kenneth miró a su colega y asintió con una sonrisa enigmática.

«Todo lo que puedo controlar. No así los imprevistos como Kendra».

—¡Bah, qué pregunta la mía! Si desde que te conozco sé que eres la perfección en persona. Todo controlado al milímetro...

—No creas. Hay veces en las que no soy tan meticuloso. Situaciones que no puedo controlar. No dependen de mí. Como salir a tiempo. —Hizo un gesto hacia la cola de pasajeros que aguardaba el turno para embarcar.

«Ni cómo reaccionaré cuando la vea. O cuál será la reacción de ella».

—He leído tu exposición para el evento y me parece extraordinaria. Lo que te he dicho. Meticulosidad y precisión en cada detalle. Investigas hasta llegar a un punto en el que no puedes

avanzar más. Como si se tratara de un callejón sin salida.

—De eso se trata, ¿no crees?

—Leí tu ensayo en colaboración con la doctora McDonnald —le comentó captando la atención de Kenneth.

—¿Qué te ha parecido?

—Espléndido. ¿Esa profesora es experta únicamente en la novela inglesa?

—Creo que sí. Pero no le pregunté qué campos de esta abarcaba. Supongo que la novela gótica y su evolución hasta convertirse en histórica de la mano de Scott. E imagino que también controlará su influencia en la época victoriana.

La cola avanzaba y la gente iniciaba su camino hacia las puertas abiertas del embarque.

—Espero poder hacer alguna que otra colaboración más —le aseguró Roland entregando su tarjeta de embarque a la azafata—. Y poder seguir contando con tu colaboración.

—Descuida.

—Creo que no nos sentamos juntos —supuso Roland echando un vistazo al billete de Kenneth.

—No.

—Aprovecharé el vuelo para ultimar algunos detalles.

—Yo haré lo mismo. He de repasar mi charla.

—Siempre tan meticuloso —sonrió Roland buscando su asiento—. Nos vemos luego.

—Por supuesto.

Kenneth se sentó en su asiento después de saludar a sus dos compañeros de viaje. Pretendía centrarse en su intervención en la asociación durante el vuelo, pese a que no era muy largo. Trataría de no pensar en lo que sucedería cuando viera a Megan en la terminal. ¿La acompañaría Kendra? Aquella pregunta se le planteó de repente. No había quedado con su amiga para que lo acercara al hotel, sino que pretendía llegar al centro en autobús o bien en tranvía. Pero después de encontrarse con Roland y asegurarle que Megan lo esperaba, él tendría que hacer lo mismo y marcharse con ellos.

La hora de vuelo se le pasó tan rápida que, cuando sintió que el avión descendía, pensó que se debía a algún banco de nubes o a alguna turbulencia, y no a que en breve fuera a tomar tierra. Por lo general, él era un hombre tranquilo, pero a medida que el avión se deslizaba por la pista de aterrizaje del aeropuerto de Edimburgo, comenzó a sentir un estado de nervios inédito. Apretó los labios en un gesto serio y dejó su mirada suspendida en la bandeja del asiento delante de él. No podía ser que pensar en verla lo pusiera de esa manera. ¡No era un chiquillo, por favor! De manera que más le valía dejar de comportarse como tal. Cuando el avión se detuvo por completo y la gente comenzó a levantarse de sus asientos, él permaneció todavía sentado en el suyo con gesto pensativo. Y solo cuando Roland llamó su atención él reaccionó.

—¿Piensas quedarte en el avión?

—Oh, no. Estaba esperando a que la cola de gente avanzara hacia la salida. No me gusta quedarme esperando de pie en mitad del pasillo. Prefiero dejar que el avión se vacíe antes de

salir.

—Hombre, si no tienes prisa por llegar a tu destino o bien no tienes que hacer un trasbordo...

—En ese caso, pagaría un billete para ser el primero en subir y en bajar. —Kenneth sonrió ante esa apreciación.

Caminó hacia la puerta de la salida e inclinó su cabeza como despedida cuando pasó por delante de las azafatas.

—Megan nos espera en la terminal. Te lo digo porque me ha enviado un mensaje para decírmelo.

Kenneth no dijo nada. Se limitó a mirar a su colega, asentir y seguir su camino hacia la salida.

—¿Por qué ha elegido la asociación Edimburgo para la reunión?

—Queríamos aprovechar la colaboración que hemos tenido con su universidad y en la que tú has sido pieza clave.

—¿Te refieres a lo del festival y la celebración de Shakespeare?

—Eso mismo. Es una forma de ponerle el broche al año. El próximo será en Londres después de estos dos años en Escocia. Así no tendrás que viajar más. Por ahí —le indicó haciendo una señal hacia la salida.

Kenneth inspiró y se preparó para lo que estuviera por llegar.

Megan lanzó una última mirada al monitor del vestíbulo en el que ya se anunciaba que el vuelo procedente de Londres había aterrizado. Los pasajeros debían estar desembarcando en ese momento, así que sería cuestión de minutos que Roland y Kenneth aparecieran. Toda una coincidencia que ella desconocía, y menos Kendra, que tecleaba en su móvil.

La puerta se abrió y dejó paso a los pasajeros del vuelo, pero entre estos no estaban sus amigos. Megan miró a Kendra para ver qué reacción le producía ver a Kenneth salir por allí.

—¿Qué pasa? ¿Por qué te quedas mirándome? —le preguntó ella encogiéndose de hombros.

Megan sacudió la cabeza y centró su atención en Roland que avanzaba abriéndose paso entre la gente. Kendra sonrió al ver al hombre dirigirse a su amiga, pero la expresión le cambió cuando reconoció a quien venía detrás de él. Tuvo la impresión de que el corazón se le detenía o que la sangre dejaba de circular por su cuerpo. Se quedó helada, como si acabaran de abrir la puerta y el frío entrara a buscarla. Por un segundo o dos, o tal vez tres, su mirada se cruzó con la de Kenneth.

Él no esperaba encontrarse a Kendra allí, la verdad. Lo había considerado como una remota posibilidad creada por su subconsciente. Por sus propias ganas de que así sucediera, porque no tenía ni idea de si estaría. Pero allí estaba frente a él, contemplándolo como si acabara de ver un fantasma poco menos. Apretó los labios y asintió cuando ella lo vio. Luego le regaló una sonrisa que pareció causar algún efecto en ella, ya que cambió el semblante.

—Mira quién venía en el avión. Y yo sin saberlo hasta que lo vi en la puerta de embarque en el aeropuerto —le aclaró Roland sujetando a Kenneth por el brazo.

—¿No me digas que volabais en el mismo avión y no lo sabíais? —preguntó adoptando un toque de sorpresa porque ella tampoco estaba enterada.

—Eso mismo. Kenneth no me dijo nada de cuándo pensaba volar.

—Hasta que lo viste en la puerta de embarque.

—Eso es.

—Qué casualidad, ¿no?

—Espero que no sea un trastorno para ti —le dijo mirando a Megan y luego a Kendra.

—Ah, no, no. Por cierto, esta es Kendra McDonald. Kenneth la conoce porque colaboró con ella en el ensayo que te pasé.

—Mucho gusto, doctora McDonald.

—Encantada. Pero con Kendra a secas, vale.

Megan la miró de reojo, también a Kenneth, mientras Roland la saludaba. Ya no hacía falta darle explicaciones a su amiga y compañera de que *ella* no había tenido nada que ver con la inesperada llegada de Kenneth. No fuera a pensar que no le había dicho nada a posta para que se lo encontrara de sopetón. Además, Kendra sabía que Kenneth estaría presente en el congreso.

—Bueno, si os viene bien, puedo llevaros al hotel que la asociación ha elegido.

—Sí, claro. De ese modo, podemos dejar la maleta y asearnos un poco. Luego podemos charlar sobre lo que será el evento del congreso —asintió Roland.

Kenneth no dijo nada al respecto porque aquella situación no entraba en sus planes. No esperaba coincidir con Roland en el vuelo ni mucho menos con Megan y Kendra en la terminal del aeropuerto. Pero a esas alturas ya no podía hacer nada.

—No sabía que llegabas en este vuelo —le dijo Kendra cuando comenzaron a caminar hacia la salida. Megan y Roland ya se dirigían hacia esta. ¿Lo había hecho a posta ella? ¿Dejarla atrás para que se quedara con Kenneth?

—Lo decidí en último momento. Y ya has escuchado a Roland —le refirió encogiéndose de hombros—. Nos encontramos en la terminal y él me comentó que Megan vendría a recogerlo. No sabía que estarías tú.

—La verdad es que no tenía pensado venir, pero ella insistió en que lo hiciera. Así conocería a Roland.

Salieron a la calle donde la temperatura era algo más baja.

—Vaya cambio de cuando estuve aquí en agosto —comentó Kenneth.

—Sí, lo cierto es que el otoño parece tener prisa por llegar.

—Recibí tu *email* con el ensayo terminado. Quedó mucho mejor con tus últimas anotaciones. Bueno, ya tienes una nueva publicación para tu bibliografía.

—No soy una obsesa, pese a que Megan me lo esté recordando cada cierto tiempo.

—¿Que no publicas ningún ensayo? —Él entornó su mirada hacia ella. No le confesaría que ya lo sabía por Megan.

—Sí, a eso me refiero.

Llegaron al coche y, cuando quisieron reaccionar, Roland ya se estaba acomodando junto al conductor.

—Espero que no os importe que vaya al lado de Megan. De ese modo, podemos irnos poniendo al día —comentó mirando a Kenneth y a Kendra—. Es más, vosotros ya os conocéis. Y podréis hablar de vuestras cosas.

Los dos se miraron y asintieron. No iban a decir nada al respecto. Ambos fueron ajenos a la mirada de Megan, y a su sonrisa. Se acomodaron en la parte trasera después de que hubieran guardado el equipaje en el maletero. Kenneth intentó no quedarse mirando a Kendra ni tocarla, pero sentarse a su lado en la parte trasera del coche era toda una tentación. Y el roce entre ellos no tardó en llegar cuando ambos se abrocharon el cinturón. Sus respectivas manos se rozaron de manera casual, pero provocando que ambos se quedaran mirándose por un segundo mientras Megan los observaba por el espejo retrovisor y sonreía con picardía.

Kendra sintió un aumento del calor que achacó al espacio del coche y a que no se había quitado la chaqueta al subir. Se colocó el pelo detrás de la oreja al tiempo que su mejilla se encendía. Era consciente de que él la contemplaba, y no sabía decir si eso le molestaba o le agradaba.

Kenneth intentaba por todos los medios centrarse en el tráfico que veía a través de la ventanilla. Pero a pesar de que parecía centrado en el exterior del coche, en su mente solo había cabida para ella. La mujer que se sentaba a su lado. Ni quiera prestaba atención a la conversación que mantenían Megan y Roland; le sonaba lejana.

—¿Sobre qué vas a hablar mañana en la reunión? —le preguntó Kendra, que no pretendía estar en silencio todo el trayecto hasta el hotel, aunque ella ya sabía el tema de su ponencia porque Megan no había perdido el tiempo en decírselo cuando ella regresó de Londres después de verlo el fin de semana.

Él pareció reaccionar cuando escuchó su voz. Volvió su rostro hacia ella y la cercanía le provocó la misma sensación que experimentó la primera vez que la vio: quería besarla allí mismo y en ese momento sin importarles el resto del mundo.

—Sobre *Mucho ruido y pocas nueces*. ¿La conoces? ¿La has leído?

—Sí. Creo que es una de las lecturas más amenas de Shakespeare, claro que hablo desde mi punto de vista —le aclaró de inmediato no fuera a pensar que la obra era algo banal.

—Te entiendo.

El coche giró a la izquierda para meterse en la calle en la que estaba el hotel. Kenneth la reconoció al momento. Era el mismo alojamiento en el que había estado él el pasado agosto.

Megan aparcó frente a la entrada y luego se bajó para entregarles el equipaje a cada uno. Kendra se apeó del coche porque no era de buen recibo quedarse en el interior mientras el resto estaba en la calle y se registraba.

Cuando todo estuvo en orden, Roland y Megan acordaron reunirse para seguir charlando.

—¿Qué opinas? ¿Te apuntas? —le preguntó esta a Kendra—. Prometemos no hablar de Shakespeare en todo momento.

—No se preocupe, doctora McDonald. No la aburriremos. Sé que es usted especialista en Walter Scott. Hablaremos de todo un poco —sonrió Roland mirando a los tres.

Ella no supo qué fue lo que la empujó a aceptar aquella invitación, pero antes de poner una excusa, había dicho que sí. Luego miró a Kenneth por el rabillo del ojo. Quería comprobar su expresión.

Él la contemplaba de manera directa, esperando a que se decidiera a ir con ellos, ya que sin duda era lo que más deseaba. Y cuando la escuchó decir que iría, él experimentó una especie de alivio. No le habría gustado que no se apuntara a aquella improvisada reunión.

—En ese caso, podemos quedar en la taberna que hay en High Street. Tú la conoces bien —le refirió Megan a Kenneth con toda naturalidad.

Él apretó los labios para evitar que se le escapara una sonrisa más que irónica al recordar el lugar. Miró de pasada a Kendra para ver su gesto, que era lo que él presumía. Había experimentado una ola de calor que se acentuaba en sus mejillas. ¿Cómo iba a olvidarse de la taberna en cuya puerta ella lo había besado?

—No hay problema. Sé dónde está.

—Si os parece bien, en cosa de una hora u hora y media. Tengo que llevar el coche a casa y luego volver al centro.

—Por mí perfecto —asintió Roland mirando a los demás en busca de su aprobación.

—Entonces quedamos en vernos.

—Allí estaremos —asintió Kenneth viéndolas marcharse hacia la puerta. Esperó a ver si Kendra se volvía hacia él una última vez. Pero no pudo saberlo, pues la voz de Roland lo reclamaba.

—La doctora McDonnald parece algo tímida.

—Bueno, ella es así. Algo callada —le dijo Kenneth sin querer ahondar mucho más en la personalidad de ella. Él la conocía muy bien, o creía hacerlo, y la había visto en otras situaciones; y la verdad era que ella era otra mujer. Muy distinta. «¿A cuál de las dos tendré el placer de ver durante este fin de semana?», se preguntó al subir a la habitación. Quedó con Roland en verse en el bar del hotel cuando se hubieran instalado y aseado.

Kendra miraba a Megan mientras esta conducía y mantenía su atención en la carretera.

—¿De verdad no sabías que Kenneth llegaba en el mismo vuelo que Roland?

Había un toque que insinuaba cierta incredulidad.

—Si te estás preguntando si te he arrastrado a recibir a mi amigo y director de la Asociación de Estudios Británicos sobre Shakespeare para que te encontraras cara a cara con Kenneth, ya puedes irte olvidando porque no es así. Además, ¿para qué iba a hacerlo si mañana os vais a ver?

Kendra permaneció en silencio meditando aquellas palabras. Era cierto lo que Megan decía. Si iban a verse el fin de semana, ¿qué sentido tenía que ella lo viera ese día? Esa tarde.

—¿Qué pasa? ¿Te sientes mal por verlo?

—¿Mal? —repitió Kendra frunciendo el ceño sin entender qué quería decir Megan con esa pregunta.

—Me refiero a incómoda.

—No... Solo que...

Megan sonrió con ironía al verla dudar.

—No hace falta que te expliques. Oye, ¿te dejo en casa o vienes conmigo a encerrar el coche en el garaje? Así podemos ir juntas a la taberna.

—¿E Ian?

—Lo llamaré a ver qué tiene pensando hacer.

—Vale. Iré contigo.

—Deberías plantearte la cuestión de Kenneth.

—¿Cómo? ¿Qué pretendes que haga? Oye, no te imagines cosas —le advirtió Kendra esgrimando un dedo ante ella.

—No me imagino nada porque no tengo que hacerlo. A ver, te tiras a Kenneth cuando estuvo en agosto. Y desde ese día te noto como ausente, despistada, pasando de salir por ahí los fines de semana. Y no has mostrado ningún interés en ningún ligue durante este tiempo. Y eso es porque en el fondo estás pillada por Kenneth, quieras reconocerlo o no.

—Joder, vaya control que me tienes —dijo Kendra en modo sarcástico.

—No hace falta fijarse mucho para ver tu comportamiento estos dos últimos meses, la verdad.

Megan pulsó el mando a distancia del garaje y aguardó en silencio a que la puerta se abriera. Condujo hacia el interior y aparcó en su plaza. Apagó el motor y lanzó una mirada a su amiga.

—Si de verdad él te importa, buscad la manera de veros, de intentarlo. Le dije lo mismo a él cuando pasé a verlo en Londres.

—¿Qué narices le dijiste? —Kendra abrió los ojos como platos mirando a Megan como si acabara de delatarla.

—Que si tanto le importas, tal vez debería venirse a Escocia contigo. Eso le dije.

—¿Por qué?

—Porque está igual de jodido que tú. Por eso mismo. Y ahora baja del coche que hemos quedado y tenemos un paseíto.

Kendra permaneció sentada en el sitio del copiloto durante unos segundos más. La confesión de Megan acababa de dejarla sin palabras y sin capacidad de reacción. ¿Por qué lo había hecho? ¿Qué derecho tenía?

—No tenías que decirle nada.

—¿Por qué? Si está igual de jodido que tú.

—Porque la situación entre nosotros no ha de forzarse.

—Genial. Entonces sigue pensando que no sientes nada por él. Que no quieres intentarlo. Sigue comportándote como hice yo con Ian. ¿Recuerdas? Me negaba una y otra vez que no me convenía y todo ese rollo. Pero en el fondo sabía que no era cierto.

—Pero Ian estaba aquí contigo.

—Y Kenneth puede lograr una plaza en cualquier momento con su experiencia docente e

investigadora.

Megan caminó hacia la salida, dejando a Kendra atrás, que permanecía dubitativa tras las palabras de su amiga. «¿Le ha dicho que se traslade a una universidad de aquí?», se preguntó sin terminar de creerlo. Pero ¿en serio él estaba tan fastidiado como ella? No estaba nada segura de si sería una buena idea verlo esa noche. No después de saber eso de él. ¿Y qué iba a decirle si por casualidad la conversación se dirigía hacia ellos dos? Kendra resopló. Solo de pensarlo le entraban escalofríos y el pulso se le aceleraba.

Capítulo 9

Cuando Kenneth puso un pie en la taberna, los recuerdos de aquella tarde de agosto lo asaltaron sin remisión. La imagen de Kendra besándolo era algo complicado de olvidar. La tenía grabada en la mente y no quería desprenderse de ese recuerdo. Y más cuando la vio volver el rostro hacia ellos al entrar, sentada en una de las mesas junto a Ian, Megan, y Stuart. Le sostuvo la mirada durante un breve momento antes de apartarla para fijar su atención en Roland.

—Nos están esperando.

—Vayamos pues.

Kendra volvió la vista hacia Ian en el momento en que Kenneth y Roland llegaron a la mesa.

—Hay sillas para todos —anunció Megan señalando las dos que quedaban libres.

Hubo un momento de vacilación por parte de Kenneth, ya que una de las sillas quedaba al lado justo de Kendra. Pero las dudas se disiparon de inmediato cuando Roland se la cedió a él.

—Imagino que preferirás sentarte junto a la doctora McDonald y comentar ciertos aspectos del ensayo que habéis publicado. Y, quién sabe, tal vez podáis poner nuevos proyectos de investigación en marcha. —Roland sonrió formando un arco con sus cejas.

Megan miró a su compañera y esbozó una sonrisa a caballo entre la ironía y la diversión. El destino parecía empeñado en emparejarlos. Más le valía a ambos ponerse las pilas porque todo parecía estarse conjugando para ellos dos solos.

—Oh, bueno, la profesora no es muy dada a analizar Shakespeare. Ella es más de Scott y la novela histórica —le recordó Kenneth tomando asiento.

—Pero siempre podéis encontrar un punto en común entre ambos escritores, como habéis hecho con *Kenilworth* y *Otelo, el moro de Venecia* —insistió Roland asintiendo y mirando a los dos—. Yo no lo descartaría por muy descabellado que pudiera parecer.

Kendra contemplaba a Roland con cara de incredulidad por lo que estaba diciendo. No, no habría más ensayos de colaboración con Kenneth. Y no lo haría porque no estaba dispuesta a liar más la situación.

—Tal vez todo sea ponerse a buscar más influencias del bardo inglés en la obra de Scott —sugirió Kenneth fijando su atención en Kendra de una manera que a ella le produjo un ligero sobresalto.

—¿Lo dices en serio? —entornó la mirada hacia él con un toque de temor a que dijera que sí.

—¿Estarías dispuesta a probar?

Kendra entreabrió sus labios para decir algo, pero la cercanía de él parecía estarle afectando de más. Sacudió la cabeza.

—Es algo descabellado.

—¿Vas a dar alguna charla sobre Shakespeare mañana? —La pregunta de Ian a Kenneth dejó la cuestión con Kendra en suspenso.

—Daré una pequeña ponencia sobre *Mucho ruido y pocas nueces*.

—Una comedia muy poco analizada —apuntó Stuart—. Lo cierto es que la gente se decanta más por las tragedias.

—Tienen más fuerza a la hora de representarlas —apuntó Megan—. Por ejemplo, el año próximo, durante el festival, el departamento está interesado en traer la representación de *Romeo y Julieta*.

—Y me toca a mí supervisarla —apuntó Stuart alzando la mano.

—Vamos, no hace falta que te pongas así. Como un sufridor. Es una oportunidad muy buena para ti. Adoras esa obra. No olvides que fue tu tesis.

—No. La verdad es que es una obra con mucho que analizar. Pero eso será el próximo año. Y creo recordar que todavía no hay nada fijo —le advirtió Stuart abriendo los ojos como platos.

—Estuviste en el grupo de teatro de la facultad. Y una de tus representaciones fue esa obra —le recordó Megan—. Representaste el papel de Romeo. Y Amy era Julieta.

—Vaya. Eso sí que es interesante —señaló Roland—. Un profesor que enseña teatro y que, además, toma parte representando papeles.

—Sí, bueno. Siempre me gustó hacer mis pinitos sobre las tablas.

—¿Eso quiere decir que lo has dejado? —preguntó Ian interviniendo en la conversación.

—Sí. Sigo echando una mano siempre que puedo.

—¿Qué fue de Amy? ¿Has vuelto a verla?

El recuerdo de ella golpeó a Stuart haciéndolo vacilar. Se limitó a sacudir la cabeza y apretar los labios.

—No. Estuvimos en contacto un tiempo, pero luego ella se centró en su actual profesión.

Kendra conocía lo ocurrido entre ellos y no iba a ahondar en aquella historia de amor que, al igual que la de Romeo y Julieta, no tuvo un final feliz. Durante un momento, el silencio se sentó a la mesa como uno más de ellos.

Kenneth había percibido cierta desazón por parte de Stuart cuando Megan le preguntó por la tal Amy. No hacía falta ser muy listo para saber que entre ellos dos hubo algún tipo de problema.

La conversación derivó hacia otros temas cargados de anécdotas, así como de lo que se esperaba de la reunión de la asociación durante el fin de semana. Kenneth se mantuvo bastante activo, participando, en un intento claro de no quedarse mirando a Kendra de una manera descarada. Y a ella pareció sucederle algo parecido, puesto que en más de una ocasión se centró en Ian o Stuart para dejar a un lado a Kenneth.

De esa manera, se pasó la tarde hasta llegar el momento de despedirse después de haber estado juntos unas cuantas horas charlando sobre infinidad de temas. Kendra pensaba que no tendría problemas para despedirse, puesto que Roland y Kenneth se marcharían juntos de vuelta al hotel. Ambos se hospedaban en el mismo lugar, de manera que esa noche no sucedería nada. No hablarían más hasta que pudieran volver a verse al día siguiente. Eso le daría a ella una tregua para afrontar los días sucesivos.

Kenneth se marchó con Roland, como era de esperar, y mantuvieron la charla animada hasta que se despidieron para ir cada uno a su respectiva habitación. A él le hubiera gustado tener un momento a solas con Kendra, pero dadas las circunstancias, tendría que esperar al día siguiente. Verla hacía que se planteara la opción que Megan le había sugerido cuando fue a verlo a Londres. Pero para dar ese paso debería estar seguro de lo que Kendra quería. Y para eso tendrían que sentarse a hablar. Algo que no sabía si ella aceptaría o bien si el devenir de los acontecimientos se lo permitiría, como había sucedido esa noche.

—¿Cómo estás? —Megan miró a Kendra intentando saber qué era lo que pasaba por su cabeza después de haber visto a Kenneth y haber compartido algunas horas con él.

—Bien —respondió observando la mirada entornada de su amiga—. De verdad. Si te estás preguntando cómo me he sentido al ver a Kenneth, pues... —Ella se encogió de hombros y apretó los labios.

—Vale, solo quería estar segura de que...

—¿De qué? ¿Qué no me afectaría volver a verlo? Pues deja que te diga que sí me ha afectado un poco. Reconozco que me ha gustado. Eso es todo.

—Pensé que a lo mejor te quedarías con él más tiempo para poneros al día. No sé...

—No. No era el momento. Además, estaba Roland, que ha venido con él y con quien parece que tiene mucho de lo que hablar. Tal vez mañana encontremos un momento.

Tanto Megan como Ian percibieron cierta falta de interés en el tono empleado por Kendra. Les daba la sensación de que todo estaba perdido. De que no habría una solución.

—¿Qué sientes en verdad por él? ¿Se trata de algo lo suficientemente fuerte y real como para planteártelo seriamente? ¡Y no me vengas con chorradas de las tuyas a estas alturas! Te lo advierto. —Megan se puso seria esgrimiendo un dedo ante ella—. Recuerda lo que le sucedió a Stuart con Amy. Creo que ambos lo dejaron estar sin decirse a la cara lo que en verdad sentían. Y ella se acabó marchando. Y ya has visto lo que le cuesta a él hablar de aquellos días.

—No lo sé. Me ha gustado volver a verlo, pero por otro lado me digo que no es posible. Que no puede ser porque estamos en ciudades distintas y queremos cosas diferentes, y...

—¿Qué es lo que quieres tú? —preguntó Ian interviniendo en la conversación por primera vez.

—No quiero estar cogiendo un vuelo cada fin de semana o que él haga lo mismo.

—Es lógico. Esa relación no se sostendría por mucho tiempo —apuntó Megan.

—¿Habéis hablado de encontrar una manera de poder estar juntos más tiempo?

—Pues claro que no. ¿Cuándo? Él acaba de llegar y... no había vuelto a verlo desde que se marchó de aquí cuando estuvo en agosto. No creo que...

—Recuerda la cita de *Romeo y Julieta* —le comentó Ian—. «Con ligeras alas de amor franquéé estos muros, pues no hay cerca de piedra capaz de atajar el amor; y lo que el amor puede hacer, aquello el amor se atreve a intentar».

—¿Desde cuándo eres tan aficionado a Shakespeare y a memorizar citas románticas? —Megan se volvió hacia Ian con cara de incredulidad por escucharlo recitar.

—Tal vez se deba a cierta profesora que me inculcó esa afición. —Ian se inclinó sobre ella para rozar sus labios sin que lo esperara, pero agradecida. Luego se volvió hacia Kendra—. Debes intentarlo. Hablar con él y hallar la manera de que lo vuestro...

—¿Lo nuestro? —lo interrumpió ella con cara de extrañeza—. Solo nos hemos acostado una vez. ¿Y ya llamas a eso «lo nuestro»? Creo que lees demasiado a Shakespeare.

—Está bien. Lo que haya entre vosotros.

—No le hagas caso, Ian —intervino Megan—. Desde que Kenneth regresó a Londres, ella no ha sido la misma en ningún momento. Te has dedicado a vagar como un espíritu errante por los pasillos de la facultad. Y apenas sales por ahí a divertirte, a socializar. Y es porque en el fondo lo echabas de menos. Pues bien, aquí está de nuevo. Tienes un fin de semana para pedirle que se quede contigo; que se mude a otra universidad de Escocia o bien marcharte tú. Pero haz algo o acabarás hundida y sola.

—¿Te has despachado a gusto, eh? —ironizó la propia Kendra con una sonrisa sarcástica.

—Sí. Aunque ya sabes que es la verdad y que ya te lo he repetido en alguna ocasión. —Megan se serenó un momento para posar las manos sobre los hombros de ella y mirarla de manera fija y con cariño—. Encuentra una manera de retener ese tren, Kendra. No lo pierdas cuando tú misma sabes lo bien que puede hacerte subirte a él.

Kendra resopló. Era consciente de que Megan tenía razón. Había echado de menos a Kenneth durante el tiempo que no estaba allí. Cierto que pasaron juntos pocos días, pero fueron suficientes para que algo o todo en ella cambiara.

—No logro entenderlo.

—¿Qué?

—Que haya hecho lo que hice cuando Kenneth no es ni por asomo el tipo de hombre en el que me fijaría.

—Pues para no serlo deja que te diga que lo dejaste muy claro. Primero, lo besaste en medio de la calle delante de tu ex. Y después lo metiste contigo en la cama. —Megan frunció los labios en un mohín irónico ante la mirada de sorpresa de Ian.

—Eso no se hace con la clase de persona que no te atrae —le dijo él.

—Lo sé, lo sé. Ya me basto yo misma para flagelarme.

—En serio. Piérdete con él mañana después del congreso. Recorre las calles y callejones de

Old Town, o los jardines de Princess Street como una pareja más. Deja que lo que sientes por él salga a la luz.

—Vaya par de románticos que tengo por amigos —dijo poniendo sus ojos en blanco con una mueca de fastidio.

Los dos la contemplaron en silencio con un gesto que venía a decirle: «¿Cuál es el problema de serlo?».

Poco después, Kendra permanecía sentada sobre el saliente de la ventana del salón de su casa, contemplando la oscuridad que envolvía la ciudad. Pensó en Kenneth y en hablar con él al día siguiente para ver qué opinión le merecía su situación. Claro que a lo mejor se daba de bruces porque él no pretendía tener nada con ella. Pero algo en su interior le decía que no era cierto. Algo en su mirada de esa noche le había dicho que la añoraba.

Kenneth llegó en compañía de Roland. Saludó de manera efusiva a tantos colegas como veía. Pero su mirada siempre iba más allá. Por encima de las cabezas de todos. Hacia la puerta de entrada, porque no quería perderse el momento en el que Kendra apareciera.

Ella llegó junto a Megan e Ian. Recogieron sus acreditaciones en la puerta, de la mano de una amable azafata, y luego se adentraron en el salón de actos donde se celebrarían las ponencias. Kendra estaba nerviosa porque sabía que se encontraría con Kenneth de un momento a otro. Pero no creía estar preparada; los nervios la tenían en su poder.

—Disculpadme un momento. Voy al baño.

Megan e Ian no dijeron nada y solo se limitaron a mirarse entre ellos.

—¿Has visto a Kenneth? —preguntó Ian porque pensaba que Kendra hacía una pequeña huída por si acaso.

—No. Pero, vamos, no creo que a Kendra se le ocurra esconderse de él o escapar. No tendría ningún sentido. La verdad.

—Ya... claro.

Kendra entró en el aseo y se quedó con las manos apoyadas sobre la repisa de granito contemplando su imagen en el espejo. Resopló y sacudió la cabeza sin terminar de creerse que le estuviera sucediendo algo así a ella: ¿por qué coño se ponía nerviosa con solo imaginarse en el mismo salón que Kenneth? ¿A qué narices venía todo aquel numerito cuando ella misma fue la que lo inició todo? Primero, un beso en toda regla cuando él salía de Deacon's Tavern, que él correspondió sacudiendo todo su interior sin comprensión. Y, al día siguiente, llevandoselo a su cama para culminar lo iniciado con un beso. Lo había echado de menos desde el mismo día en el que él se marchó. Y cuando él estaba de vuelta con motivo del congreso, ella era un manojo de nervios sin sentido.

Abrió el grifo del agua fría y se refrescó. Se cuadró mirándose al espejo por segunda vez y sonrió con picardía.

—Vamos, ningún tío me ha afectado tanto como él. Pero si además es un tipo estirado. Serio,

exigente, insoportable y metódico en cuanto al trabajo. Y también es... —Se mordió el labio cuando los recuerdos de momentos compartidos con él la asaltaron sin tregua para recordarle que él también era algo más que todos esos calificativos negativos—. Es... atractivo, simpático y adorable cuando se lo propone. Parece entenderme cuando me mira y me sonrío. ¡Bah, nada de romanticismo! Eso queda para Romeo y Julieta. No para mí.

Inspiró y salió del aseo justo cuando alguien lo hacía a la vez que ella, pero del de los hombres.

—Oh, disculpa... Yo...

—No es nada. Iba...

Se quedaron callados al instante, en mismo momento en el que sus miradas se encontraron y se reconocieron. Kendra deslizó la opresión que atenazaba su garganta y que le impedía decir una palabra más. Permaneció con los labios entreabiertos a la espera de que fuera él quien hablara. Se le vinieron a la mente los apelativos que había empleado para calificarlo. ¡Solo los últimos, claro!

—Kendra...

La manera en la que susurró su nombre le erizó la piel.

—Disculpa, iba con prisa y...

—No. He sido yo quien ha aparecido en tu camino. ¿Estás bien?

Ella no supo que le afectó más, si la manera en la que él la miraba o su pregunta.

—Sí, claro. No me has hecho nada.

—¿Vas hacia el salón de conferencias?

—Sí. Megan e Ian se estarán preguntando qué demonios estoy haciendo.

—En ese caso... —Se apartó un poco para dejarla pasar y poder recrearse en la visión de ella. Vestida de manera informal, casual, con unos vaqueros y unas deportivas. Camiseta de manga larga y una chaqueta. Desde que se fijó en ella, se había estado preguntando qué tenía para que él se hubiera entregado de aquella manera. No era el prototipo de mujer con el que él había estado saliendo. No tenía nada que ver con sus anteriores relaciones. Luego... ¿por qué ella? ¿Por qué sintió el deseo de besarla al poco tiempo de conocerla?

—He visto el programa.

—Espero que te quedes a escuchar mi exposición —le dijo con una sonrisa de esas a las que Kendra pensó que se había acostumbrado.

—No pienso marcharme. Imagina el discurso que me tocaría aguantar por parte de Megan —ironizó elevando sus cejas y resoplando—. No quiero ni imaginarlo, créeme.

—Está bien. Quédate, aunque solo sea por evitar la charla de Megan.

El tono de su voz le provocó un leve escalofrío que ella no esperaba. Lo había dicho como si para él fuera importante que estuviera. Había percibido el anhelo en su mirada y el deseo en su voz. Y de repente ella se sintió mal porque le gustaría decirle que se quedaría *por él*, pero no le había salido como ella quería.

Llegaron juntos al salón donde Megan e Ian parecían estar esperándola. La cara de perplejidad

que puso su amiga al verlos juntos hizo que Kenneth se preguntara qué estaba pasando. Las miradas entre ellas dos parecían bastante significativas. «¿Qué me estoy perdiendo?», se preguntó él tratando por todos los medios de centrarse en el evento por el que estaba allí.

—Tengo interés por escuchar tu charla sobre *Mucho ruido y pocas nueces*. ¿Para cuándo una tragedia?

Kenneth apretó los labios y se colocó las gafas en su característico gesto.

—Tal vez la próxima ocasión. Me apetecía analizar una obra que no se ha tocado en los congresos que se han realizado. Como si no existiera.

—Está bien. ¿Cómo marchan las cosas por Londres? —Megan lanzó una mirada a Kendra por el rabillo de sus ojos para ver su reacción.

Kenneth inspiró de manera profunda y asintió.

—Como siempre. Dando clases, preparando esta charla, algún que otro proyecto de investigación en mente... Lo normal para alguien como yo —concluyó encogiéndose de hombros sin darle mayor importancia. ¿Qué esperaba que dijera?

—Creo que deberíamos entrar —comentó Ian señalando a la persona que estaba anunciando que iban a cerrar el salón para dar comienzo a las conferencias.

—Sí, vayamos —aseguró Kenneth acompañando con su mano a Kendra, pero sin llegar a rozarla si quiera.

Ella contuvo la respiración pensando que sentiría la palma de él sobre ella. Pero ese momento no se produjo pese a que el solo hecho de intentar hacerlo disparó las alarmas en su interior. Debería controlarse porque estaba segura de que a lo largo de la jornada se producirían diversas situaciones en las que ambos se verían envueltos.

Kendra permaneció sentada a su lado, atenta a las charlas sobre las diversas obras de Shakespeare. Aquello le recordó a sus años de estudiante, cuando acudía a seminarios y congresos para profundizar en el estudio de la novela inglesa. Solo que en aquellos días no estaba sentada al lado de un hombre que había conseguido poner su mundo del revés en una semana. De vez en cuando se permitía la licencia de lanzarle una mirada con alguna excusa. O bien lo controlaba por el rabillo del ojo. Permanecía serio, concentrado en lo que el ponente decía, tomaba algunas notas, se ajustaba las gafas, como era de esperar, resoplaba o hacía los más extraños gestos. Pero solo en una ocasión volvió el rostro hacia ella para ver qué hacía. Justo cuando ella hizo lo mismo y sus respectivas miradas se encontraban como lo hacían dos desconocidos después de mucho tiempo sin verse. Ella solo podía sonreír y bajar la vista hacia el programa del congreso mientras en su interior se producía una lucha sin cuartel entre la razón y el corazón. «¿Me permitiré el atrevimiento de pasar la noche con él, con un solo gesto de él que se lo sugiera?», se preguntó en un momento dado.

Kendra se había relajado durante la comida. A eso había contribuido que Kenneth había sido acaparado por una colega y no lo había dejado hasta volver al salón de actos. En cierto modo, se

lo había agradecido porque durante unas horas se había apartado de él. Le había servido para charlar con Megan e Ian y observarlo desde la distancia. Recordó el momento en que ella la había pillado *in fraganti* mirándolo y cómo su reacción había sido la menos indicada al sentir arder todo su rostro. No había podido poner ninguna disculpa porque no la tenía. Y porque era cierto que Kenneth le atraía. Por eso no negó que le gustaba contemplarlo, como en ese momento en el que iniciaba su charla sobre *Mucho ruido y pocas nueces*.

Kenneth asintió y colocó sus folios en el orden que precisaba. No miró a nadie en particular en un primer momento, sino que dejó que su mirada barriera el auditorio hasta focalizarla en *ella*. Estaba hundida en la butaca, mordiéndose las uñas, con la vista fija en él antes de darse cuenta de que la estaba mirando solo a ella mientras hablaba. No necesitaba observar sus apuntes porque se los sabía de memoria. No así los gestos de ella. Su cara de sorpresa, de incredulidad, el brillo de su mirada, su encendido, el sentir ser observada y moverse en el sitio.

—Mi exposición tiene que ver con el sentido del honor en *Mucho ruido y pocas nueces*. A modo de introducción, diré que, según la primera versión impresa de la obra, anterior a 1600, nos indica que fuera probable que la obra se pusiera en escena en otoño o invierno de 1598-1599. Las primeras representaciones fueron dos y se realizaron en la corte durante el invierno de 1612-13. El motivo fueron los festejos que precedieron el enlace de la princesa Elizabeth con Frederick V, Elector del Palatinado. La obra fue publicada en un formato pequeño por Andrew Wise y William Aspley. Esta fue la primera edición previa al *First Folio* en 1623.

La audiencia permanecía expectante a las explicaciones de Kenneth, incluida Kendra, que había logrado dominar su estado de agitación provocado por cada una de las miradas que él le lanzaba. ¿Buscaba ponerla nerviosa o qué? Había tenido que cambiar de postura en varias ocasiones, disimular que tomaba alguna nota o bien fingir que leía el programa del congreso. Todo con tal de no sentir la mirada fija de él en ella.

—La relevancia que tiene el honor queda patente en la escena cumbre de la obra: la abortada ceremonia nupcial en la que Claudio rechaza a Hero, acusándola de infidelidad públicamente delante de su padre. En la época de Shakespeare, el honor de una mujer se basaba en su virginidad y en su casto comportamiento. Perder el honor mediante relaciones sexuales antes del matrimonio significaba perder su condición social o una situación desastrosa de la que no se recuperaría jamás. Además, esta pérdida de honor manchaba a su propia familia. Recordemos que esta supuesta infidelidad ha sido un plan urdido por don Juan, el hermano bastardo de don Pedro, con el fin de vengar su afrenta y por Borachio.

Kendra se había releído la obra para no perder detalle de lo que Kenneth expusiera. No era plan de acudir al congreso, escuchar su conferencia y encima no saber de qué iba a hablar. No la dejaría en muy buen sitio a sus ojos. Al final, se acabaría aficionando al escritor inglés por su culpa y la de Megan. Siguió escuchando la exposición de él sin esperar lo que iba a decir a continuación.

—Este sentido de la venganza, al igual que sucede en otra de las obras del genial escritor,

Otelo, el moro de Venecia, traspasó las fronteras para acabar influyendo en genial escritor escocés Sir Walter Scott en su obra *Kenilworth*. De este tema sabe mucho la doctora Kendra McDonald porque lo ha estudiado a conciencia, que nos acompaña hoy en el salón y con quien he tenido el enorme placer de colaborar en un ensayo sobre este tema —dijo contemplándola como si no hubiera nadie más en la sala.

Kendra sintió el calor encender su rostro, el interior de su pecho hincharse de orgullo y, al mismo tiempo, sentirse algo cortada cuando se convirtió en el centro de las miradas de todos los presentes.

—Por este detalle merece que lo invites a cenar, por lo menos —le susurró Megan guiñándole un ojo en complicidad con su amiga.

Kendra no escuchó nada más de la ponencia de Kenneth porque aquella mención la había dejado bastante tocada, aunque no hundida. En su mente, daba vueltas y vueltas a lo que podía suceder esa noche. No estaba segura de cuándo se marcharía de regreso a Londres porque no había hablado de ello con Megan ni tampoco con él. Pero apostaba a que sería al día siguiente y que, conociéndolo, lo haría en el primer vuelo de la mañana.

Permaneció con la mirada fija en un punto mientras Kenneth seguía con su exposición.

—Una vez que todo se ha aclarado, Hero recupera su honor al renacer o resucitar de esta muerte fingida. Su falso fallecimiento es más bien una mascarada dirigida a provocar el remordimiento en Claudio más que a restituir el honor en Hero y su familia. Y se puede debido a que todo ha sido fruto de un engaño. Es propio de sus comedias sembrar el caos y la confusión en el lector/espectador para posteriormente desembocar en la recuperación o restauración del orden. Es decir, aquí se rompe el mandato natural establecido por medio de un engaño, para después, llegado el final, redimir ese orden primitivo y sin tener que recurrir a un final trágico como en *Otelo*.

Kenneth se quitó las gafas, cuadró sus folios y asintió mirando a Roland para indicarle que daba por terminada su exposición.

—Bien, agradecemos al profesor Kenneth que haya dado esta breve pero interesante y productiva charla sobre la obra de Shakespeare. Si alguien tiene alguna pregunta o quiere hacer algún comentario, es el momento.

Kendra permaneció callada, a la expectativa de lo que pudieran preguntarle.

—¿No tienes ninguna cuestión para él? —Megan se inclinó sobre ella para volverle a susurrar como la vez anterior—. Bueno, no me refiero a preguntas personales, claro está. Esas son las que tienen que hacerle en privado, sino en relación con la exposición. —Se quedó contemplándola con las cejas elevadas con expectación.

Kendra sacudió la cabeza.

—No. No soy una experta en Shakespeare como lo sois todos los que estáis aquí.

—¿Y eso que tiene que ver? Ian no es ni mucho menos un experto y está aquí y le está haciendo una pregunta.

Así era. Kendra se asomó por delante de Megan para comprobar que Ian acababa de formularle una duda a Kenneth, y este se la estaba aclarando.

—Da igual. No voy a preguntarle nada. De manera que déjalo estar, ¿vale?

—De acuerdo.

Megan se recostó sobre el respaldo de la butaca que ocupaba y siguió prestando atención a las conversaciones que Kenneth mantenía con aquellos asistentes interesados en su exposición y en la obra de Shakespeare en cuestión, aunque cada cierto tiempo controlaba a Kendra por el rabillo de su ojo.

Kendra se había quedado hundida en su asiento. Tenía el ceño fruncido y se mordisqueaba el labio inferior. Su apariencia era de concentración en las palabras de Kenneth, pero su mente estaba dándole vueltas a muchas otras cosas.

Una vez terminado el congreso y casi la tarde, todos se quedaron hablando en corrillos. Kendra permanecía junto a Ian en ese momento, ya que Megan departía con algunos conocidos.

—Dime, ¿cómo se te ocurrió liarte la manta a la cabeza y ser su pareja? —le preguntó haciendo un gesto con el mentón hacia su amiga y colega de profesión.

Ian sonrió de manera cínica.

—Es una buena pregunta para la que todavía no tengo una respuesta.

—Pues ya va siendo hora, ¿no crees? —Kendra adoptó el modo irónico elevando una ceja con suspicacia.

—No tengo prisa por saberlo, de verdad. Surgió. Me dejé llevar por lo que sentía en ese instante y, aunque admito que no fue nada sencillo en un principio..., debo decir que ese momento no lo cambiaría por otro. ¿Y tú? ¿Qué piensas hacer con Kenneth?

Ella resopló cansada, tal vez, de escuchar una y otra vez la misma pregunta.

—Me gustaría ser como tú en ese momento del que hablas. Liarme la manta a la cabeza y no pensar en nada más.

—¿Qué cree él de todo esto?

Kendra se encogió de hombros.

—Vete a saber.

—No lo tenéis nada claro.

—Ni siquiera lo tenemos —asintió viendo acercarse a Kenneth hacia ellos dos. Sonrió al llegar a su altura y la contempló de manera fija y llena de curiosidad.

—¿Qué te ha parecido todo?

—Para no ser una estudiosa de Shakespeare, reconozco que me he sentido a gusto.

—Es un comienzo.

—¿No pretenderás que me apunte a vuestra asociación? —El tono de alerta en su voz arrancó las carcajadas en Kenneth.

—¿Por qué no? ¿Qué problemas hay? Ian ya lo ha hecho.

Este asintió aguantando la risa que le producía ver a Kendra en aquella situación.

—Pero Ian centró su tesis en *El sueño de una noche de verano*. Luego digo yo que le gusta Shakespeare y el teatro isabelino. Pero te recuerdo que yo escogí la narrativa, la novela histórica inglesa y profundicé en la obra de Scott, por si a estas alturas no te has enterado —le recordó sin abandonar su modo irónico.

—Pero eso no quita que pueda interesarte el teatro inglés.

—Disculpadme, pero Megan me está haciendo señales para que vaya con ella, luego os veo.

Durante un minuto o dos tal vez, ambos se quedaron en silencio. Hasta que Kenneth lo rompió.

—En fin, ¿qué tienes pensado hacer esta noche?

La pregunta la cogió desprevenida y sin capacidad de reacción.

—Yo... supongo que irme a casa en breve. El congreso ha terminado y no creo que tenga mucho más por hacer.

—En ese caso, si no tienes planes, tal vez podríamos ir a cenar a algún lugar que conozcas. Yo invito —le dejó claro desde el primer momento.

Ella parpadeó en repetidas ocasiones sin terminar de creer lo que le estaba proponiendo. Si aceptaba, corría el riesgo de terminar la noche como en el pasado agosto. Y aunque no le importaría lo más mínimo, sí era cierto que una parte de ella parecía ser algo más reticente.

—No es una cuestión de pagar.

—Pero quiero hacerlo.

—Ya. Bien, pues no tengo ningún plan. —Sonrió como una quinceañera, como si se enfrentara a su primer amor. ¡Por San Andrés, que debía parecer patética!

—En ese caso, podemos marcharnos cuando quieras.

Aquella repentina insistencia por parte de él la golpeó de nuevo. Sacudió la cabeza contrariada por ello.

—¿No te despides de la gente? ¿De Megan?

Lo que ella no esperaba era que él sacudiera la cabeza en repetidas ocasiones.

—Ya lo haré mañana. Ahora quiero distraerme y relajarme en tu compañía.

Ella experimentó una repentina sequedad en su boca que le impidió decir cualquiera cosa. Lo que fuera.

—Vale.

—Entonces, ¿qué esperamos? —Se apartó para dejarla pasar a ella primero y seguirla.

Salieron de la facultad cuando la tarde ya había caído sobre la ciudad y un ligero viento se había levantado. Kendra se abrochó la chaqueta y se echó por encima un pañuelo de tartán.

—¿Tienes frío?

—Reconozco que ahí dentro se estaba de vicio. La temperatura era perfecta, y salir a la calle...

—Te entiendo. Se nota la diferencia. Está bien, tú decides dónde quieres llevarme.

Ella se detuvo para contemplarlo con los brazos extendidos, como si esperara que fuera hacia él y lo abrazara. «La situación va camino de complicarse... y mucho», se dijo mordisqueándose el

labio inferior en un gesto pensativo, como si en verdad se estuviera preguntado dónde podrían ir. Pero la realidad era que se debatía entre acudir hasta él y besarlo. Llevaba con ganas de hacerlo desde que lo vio la tarde anterior. Y ese deseo no solo no había desaparecido, sino que parecía irse acrecentando.

—De acuerdo. Podemos ir hasta Grassmarket.

—Entonces vayamos.

Ella sacudió la cabeza, incrédula ante lo que estaba viendo. ¿Dónde había quedado el recto profesor que ella conoció la primera vez? ¿Dónde, el tipo que parecía mirarla con un aire de superioridad? ¿Su prepotencia inglesa con respecto a lo escocés? ¿Y su firme convicción de que todo lo que había experimentado el pasado agosto en su compañía se acabaría marchando de su vida?

Capítulo 10

Kendra quería llevarlo a un lugar tranquilo e informal a la vez. No quería un sitio de renombre en pleno centro de la ciudad. No. Prefería algo más íntimo y recogido. Por ese motivo, había elegido La Maison Blue al final de Victoria Street.

Kenneth confiaba en el buen gusto de ella y desde luego que aquel pequeño pero acogedor local había sido una gran elección por su parte. Las vistas daban a una amplia plaza por la que la gente paseaba, entraba o salía de las diversas tabernas. Para no quedarse mirándola a ella de una manera que podría parecer algo descarada, Kenneth se centró en hacerlo con el local. El suelo era de madera que crujía a cada paso que daban para llegar a la mesa. Una de las sillas era más bien una especie de butaca de color azul pastel mientras la otra era de madera. Una pequeña vela y un ramillete de flores decoraban las mesa, cuadrada, de medidas justas para dos comensales. El sitio era no solo acogedor, sino también algo romántico. La tenue luz de las lámparas le daba un toque privado y tranquilo.

—Ahora entiendo el nombre del restaurante. La casa azul, claro. Si uno echa un vistazo a la decoración y al color empleado...

—He querido venir hasta aquí porque es un lugar tranquilo, reservado y donde podemos estar a gusto. ¿He acertado? —Ella elevó una ceja a la espera de su respuesta.

—Me gusta. Sí. El sitio merece la pena. La verdad, no soy de comer en sitios muy finos y elegantes. Prefiero lugares informales como este. Deberías haber visto en qué sitio comí una vez en el barrio Latino de París. Solo sé que tenía hambre y que fue el primero que vi. —Kenneth abrió los ojos como platos y resopló intentando hacerle ver a ella cómo era el lugar.

—Por la expresión que has puesto, no debía ser muy elegante.

—No. Decididamente... No. No se me ocurriría llevar a una cita allí —le aseguró pensando en el tugurio en el que había entrado a comerse un *kebab*. Pero se le hacía tarde y el hambre le apretaba el estómago.

Cogió la copa de vino y bebió.

Kendra sonrió y bajó la vista hacia la mesa cuando lo escuchó hacer referencia a una cita.

—Supongo que la impresionarías.

—Pero para mal. No volvería a quedar conmigo.

El camarero llegó con sus platos y, tras dejarlos en la mesa, se alejó. Durante unos segundos,

ambos se quedaron con la vista en el de cada uno y, a continuación, en el del otro.

—Eso tiene muy buena pinta —dijo Kenneth señalando el de Kendra.

—Sí. Este sitio tiene fama por su cocina francesa, pero también por la tradicional escocesa. De ese modo puedes elegir entre las dos opciones.

—Gracias. Pero ya te he dicho que estoy acostumbrado a cualquier sitio.

Ambos bajaron la mirada hacia sus respectivas cenas hasta que ella no quiso perder más tiempo. Esa noche quería saber a qué atenerse en el futuro.

—¿Cuándo te marchas?

—Mañana. —No la miró siquiera para responder, sino que se limitó a cortar un pedazo de carne y llevárselo a la boca. Se sintió mal por no hacerlo, pero era consciente de que, si la miraba a los ojos, le dolería más decírselo.

—Supongo que no tienes pensando volver. Ya has estado en dos ocasiones en Escocia en un corto período de tiempo. —Ella quería mostrarse casual e irónica para que aquella conversación no le afectara de una manera personal que le hiciera daño.

Él esbozó una media sonrisa algo tímida, algo melancólica.

—¿Debería hacerlo?

—No lo sé. Dímelo tú.

—Kendra...

—Kenneth...

—Reconozco que me gustaría pasar más tiempo contigo.

—Pero no puedes hacerlo. Vivimos en dos capitales distintas y con dos puestos de trabajo diferentes y similares al mismo tiempo. Ambos nos dedicamos a la enseñanza, pero tú tienes más experiencia y más currículo.

—Tendría que esperar a terminar el curso y ver si...

—No hace falta que me des una explicación que ya conozco. Y te entiendo porque a mí me sucede lo mismo. Fue un error besarte aquella tarde para alejar a mi ex —dijo con una mezcla de decepción y rabia por haberse dejado llevar de aquella manera sin medir las consecuencias.

—¿No fue ningún error! —protestó él de manera enérgica—. De manera que no te echas la culpa por ello. Yo tampoco lo detuve. Ni me aparté. Luego también yo tengo mi parte de culpa, ¿no?

—No me culpo, solo me digo a mí misma que fue una estúpida por dejarme llevar. Al hilo de lo que dices, debiste apartarme de un empujón.

—¿Por qué? No pude.

—Supongo que esta noche será la última que nos veremos porque no va a ver más congresos a los que vengas; ni tampoco lo harás porque sí.

—Podríamos intentarlo.

—¿Viajando cada fin de semana? ¿Estás loco? Aunque la distancia no sea más que una hora más o menos en avión. ¿Cómo paliar la ausencia del otro durante la semana? Dos días son insuficientes

para mí, Kenneth.

—Lo comprendo.

—Con el paso del tiempo será más doloroso. Nos acabaríamos por terminar de separar, de dejarnos de ver...

—Eso significa que esta es la última cena que compartimos. Como los condenados a muerte, o los gladiadores la noche antes de salir a la arena del Coliseo. ¿Qué nos queda entonces?

—Exprimir juntos el tiempo que resta hasta que amanezca.

—En ese caso... —Le cogió la mano y se la llevó a los labios para besarla—. Acepto el guante. —Sonrió con ternura y la contempló con deseo, ese mismo que despertó cuando la conoció.

Kendra cerró los ojos y se abandonó a la sensación que aquella caricia le transmitía. Él le acariciaba la espalda con determinación y lentitud, haciendo que toda la piel se le erizara al más leve contacto de las yemas de sus dedos. Sintió como uno se deslizaba desde su nuca hasta el final de su espalda con tal precisión y provocación que ella no vaciló a la hora de dejar escapar un gemido por entre sus labios.

Kenneth aplicó sus labios sobre ella, dejando un reguero de besos húmedos en cada centímetro de su piel. Le acarició las nalgas, los muslos, para descender luego hacia las pantorrillas y llevarla a un estado de excitación nunca antes conocido por ella. Él se incorporó para retirar el pelo y descubrir esa parte de su cuello libre para sus besos. Ella ronroneó complacida, deseando que la noche no terminara. Las manos de Kenneth se posaron en su cintura y sus dedos se movieron ágiles y rápidos hasta atrapar sus pechos y jugar con sus pezones, ya erectos. Emitió un gruñido de complacencia cuando ella se le ofreció y él solo tuvo que deslizarse dentro con suavidad, pese a lo excitado que estaba. No podía aguantar ni un minuto más para estar en su interior.

Kendra se movió de manera lenta y sensual, provocando en él una sensación de bienestar y placer extremo. Notó como las manos de él la tomaban por la cintura para hundirse en ella hasta el fondo, con ternura, con delicadeza, disfrutando de cada instante que estaban compartiendo. Ella arqueó la espalda mientras él apoyaba las manos sobre la cama y movía las caderas aumentando el ritmo. Se inclinó y la besó en la espalda, dejó que sus dedos la recorrieran mientras Kendra se apretaba más contra él, sintiendo los primeros espasmos del orgasmo. Él se detuvo unos segundos. No quería terminar tan pronto. Quería disfrutarla, saborearla, impregnarse de su presencia. Salió de ella y la atrajo hacia él mientras se dejaba caer en la cama. Ella comprendió lo que quería. Se sentó sobre él y comenzó una danza lenta pero tan sensual y provocativa que él pensó que en ese momento no tendría escapatoria. Cubrió sus pechos de caricias, de besos, de pellizcos sensuales y dulces. Se aferró a sus caderas mientras era ella quien lo besaba de manera apasionada, frenética, atrapando su rostro entre las manos. Exprimiendo cada movimiento, cada gemido, cada mirada y

cada caricia. Y entonces estallaron en una explosión de sensaciones varias. Se dejaron arrastrar juntos por el deseo y la frenética pasión del acto.

Kendra se inclinó sobre él una vez más y lo besó con una ternura exquisita. Con un sentimiento que pocas veces había mostrado a un hombre. De repente, se vio envuelta en su abrazo y sintió las manos de él por su espalda.

Kenneth se embriagó del aroma de sus cabellos, de su perfume, de su piel femenina. Depositó un beso en su hombro mientras su dedo recorría el tatuaje de un pequeño cardo. La flor de Escocia. Recordó su cara cuando la vio por primera vez, pero no hizo ninguna referencia. Entendía que para ella era un orgullo de nación. De un pasado tan tormentoso como glorioso. No le sorprendió lo más mínimo. Pero, en cambio, en la intimidad, no era sino una mujer apasionada, tierna y dulce que se ocultaba bajo esa fachada de mujer dura e independiente que desde un principio le planteó batalla con su ideal de nacionalismo escocés. Le pasó la mano por el pelo mientras ella sonreía de forma tímida y se relajaba sobre su cuerpo. Kenneth salió de ella y abandonó la cama. La dejó tumbada de espaldas, y ella lo miró caminar hacia el aseo. Cerró los ojos por uno breve espacio de tiempo en el que pensó que el día siguiente sería igual de maravilloso en su compañía. Que seguirían recorriendo las calles de la ciudad y los alrededores con sus paisajes idílicos. E incluso lo llevaría a conocer las Tierras Altas llenas de tanta historia. Con ese pensamiento se quedó dormida mientras él permanecía despierto contemplándola. Memorizando sus gestos para cuando no estuviera a su lado. Solo esperaba que no fuera por mucho tiempo.

Kenneth no estaba contento. Nada. Haber tenido que dejar a Kendra de nuevo no le había resultado nada sencillo. Sentado tras la mesa de su despacho con la mirada fija en un punto en el vacío, pensaba en aquella situación. Pero largarse así sin más a mitad del curso no creía que fuera lo más acertado. Y, por otra parte, no estaba seguro de si aquello funcionaría. Una cosa era verse como en las dos ocasiones anteriores, pasar juntos el día, cenar, acostarse y después no decirse nada. Recordó como se había marchado de casa de ella de madrugada para regresar al hotel y preparar todo para volver a Londres. La había contemplado una última vez sin estar seguro de si ella estaría dormida o despierta. Pero no le apetecía averiguarlo en aquel instante. Su forma de despedirse no era la más acertada, pero al menos sería menos dolorosa. Ninguno de los dos quería separarse, pero por el momento debería ser así. Sin embargo, él no parecía muy dispuesto a dejarlo estar. No cuando la echaba de menos hasta el punto de haber días en los que se preguntaba si en verdad quería seguir con su vida como hasta entonces.

Estaba tan perdido en sus pensamientos sobre ella que no se percató de que alguien tocaba en la puerta. Y solo cuando se abrió y vio a un joven estudiante pasar al interior, pareció reaccionar.

—Adelante. Pasa y siéntate.

—Disculpe, profesor. He entrado porque vi la luz encendida y, aunque he llamado en repetidas

ocasiones, no he recibido permiso. De manera que he optado por abrir.

El muchacho parecía algo cohibido por haberlo hecho, pero Kenneth despejó sus temores.

—No pasa nada. Estaba dándole vueltas a una cosa. Dime, ¿qué puedo hacer por ti?

—Quería consultarle algo sobre el trabajo para su asignatura del teatro isabelino.

Kenneth sacudió su mente, alejando a Kendra, para centrarse en su trabajo y en lo que aquel estudiante necesitara.

—Claro. Te escucho...

Adoptó su mejor sonrisa y frunció el ceño con interés. Se dijo que Shakespeare le serviría para despejarse de sus emociones.

Kendra parecía más entregada que nunca a su trabajo. No solo impartía las clases, sino que parecía haberle cogido gusto a la investigación. Y eso, a Megan, le parecía genial porque el hecho de que hubiera colaborado con Kenneth parecía haberle picado el gusanillo. Por supuesto que ella no le diría lo contrario, no fuera a ser que se arrepintiera. Lo de Kenneth parecía sino olvidado, camino de ello. No había vuelto a contarle nada al respecto. Ni ella había insistido. Prefería dejarla estar.

Pero, por otro lado, sabía que lo estaba pasando mal pese a que todos los días apareciera con su mejor sonrisa. El móvil de Megan sonó sobre la mesa de su despacho. Kendra se había marchado a dar unas clases y ella se había quedado a solas para repasar algunos ensayos de sus alumnos.

Su sorpresa fue mayúscula cuando leyó el nombre de Kenneth en la pantalla. Eso sí que era una casualidad del destino. Que estuviera pensando en Kendra y en él y que de repente recibiera esa llamada.

—Buenos días, Kenneth.

—*Hola, Megan, buenos días. ¿Te pilla en mal momento?*

—No, no. Estoy a solas en mi despacho —le dejó claro por si quería preguntarle por Kendra o hablar sobre ella—. ¿Qué tal marchan las cosas por Londres?

—*Imagino que de la misma manera que te marchan a ti por ahí. Clases, corrección de trabajos, charlas, reuniones...*

Megan percibió un ligero tono de cansancio en la voz de él. ¿Decepcionado con algo?

—Sí. En este preciso instante, iba a leer alguno de los ensayos que me han ido dejando algunos de mis alumnos de este primer cuatrimestre. Por cierto, casi no te despediste de mí cuando estuviste aquí para el congreso. Te marchaste muy rápido.

Hubo un silencio algo incómodo en la línea y los dos lo notaron. Megan intuía que esa despedida tan repentina tenía que ver con Kendra. Escuchó a Kenneth suspirar antes de continuar hablando.

—*Sí, tienes razón. Me marché casi a la carrera. Lo lamento. Prometo compensarte de alguna*

manera la próxima vez que nos veamos.

—¿Y cuándo será? ¿Tienes pensando volver a Edimburgo por algún motivo? —Megan se mordió el labio y entrecerró los ojos mirando la puerta y esperando que Kendra no entrara de un momento a otro. Le había dicho que tenía un par de clases, de manera que, a menos que tuviera que regresar al despacho a buscar algo, no la vería en un par de horas.

—De eso quería hablarte.

—Te escucho.

—Me hablaste de que querías contar conmigo para tu departamento.

Megan se mordió los carrillos para sofocar la risa que esa noticia le provocó.

—Sí, fue un comentario que te hice cuando estuviste aquí. Y no esperaba que al final fuera a ser una posibilidad real.

—¿Por qué lo dices?

—Porque la profesora Murdoch, que actualmente se encarga de la asignatura del teatro isabelino y la obra de Shakespeare junto a Stuart, a quien ya conoces, ha solicitado la baja por maternidad. Eso supone que a partir de enero su plaza quedará vacante. Me lo comentaron el otro día como directora del departamento para ir preparando la sustitución. Pensé en ti y en llamarte por si estabas interesado en presentarte para cubrirla. Pero dado que me has llamado y has sacado el tema, ya no necesito hacerlo.

—Eso sí que es una casualidad.

—Si estás interesado, te puedo enviar las condiciones necesarias para ocupar la plaza. Dada tu trayectoria, no creo que te suponga ningún problema.

—Agradezco tus palabras.

—No, no hace falta. Es la verdad. Estoy segura de que puedes conseguir el puesto sin problemas. De manera que voy a enviarte la documentación para que le echés un vistazo.

—De acuerdo.

—Y de paso te enviaré el temario de la asignatura que imparte para que tengas idea de lo que pide. Aunque supongo que más o menos será lo que enseñas tú. Pero ¿qué vas a hacer si ocupas la plaza aquí? Tendrás que dejar la tuya en Londres.

—Si no estuviera decidido a ello, no te habría llamado para preguntarte.

—Eso sí que es arriesgarse...

—Lo sé. Pero... ¿qué quieres que te diga?

—Por ejemplo, podrías decirme qué tal estás. Y no me refiero al trabajo, ya me entiendes. — Megan se recostó contra el respaldo de su silla y aguardó pacientemente la respuesta de Kenneth. Intuía que lo había puesto entre la espada y la pared con esa cuestión, pero quería saberlo. Lo escuchó resoplar al otro lado de la línea y sonrió.

—Lo que quieres saber es si echo de menos a Kendra. Si pienso en ella. ¿Me equivoco?

—Por ejemplo.

—No creo que haga falta que te responda si te llamo con intención de irme a Edimburgo.

—¿Eso es un sí? Prometo no decírselo a ella.

—*No me importa si lo haces, puesto que, si presento mi candidatura a esa plaza, es por ella.*

—Qué directo. Pensaba que me darías largas...

—*No, no puedo hacerlo. Estoy cansado de echarla en falta.*

—¿Y por qué narices no has venido a verla?

—*Porque eso haría más difícil tenerme que volver. No quiero tener que regresar. En eso estamos de acuerdo ambos. Una relación a distancia no serviría de mucho, Megan.*

—Vaya, todo o nada. ¿Es eso lo que me estás diciendo?

—*Eso mismo. Pero no solo lo quiero yo; ella también. Fue algo que acordamos el último día que estuve ahí.*

—En ese caso... La plaza, en principio, es para una sustitución.

—*No me importa. Siempre puedo encontrar algo, ¿no? Aseguras que con mi expediente y mi experiencia no me resultará complicado.*

—Y lo mantengo. En ese caso, te envío todo lo referente a la plaza para que lo rellenes y lo presentes cuanto antes.

—*Te lo agradezco. ¿Cómo está ella?*

Megan esbozó una sonrisa que, si él pudiera verla, sacaría sus propias conclusiones, que no eran muy diferentes a las de ella.

—Si te soy sincera, está igual de jodida que tú. Con decirte que se ha metido de lleno a investigar para publicar artículos. Al final, el comentarte que la animaras, aprovechando que colaborabais en el ensayo que se ha publicado, le ha venido bien.

—*Déjala. Es buena es lo suyo.*

—El problema es que necesita un empujón. Tal vez si estás tú por aquí, su bibliografía se vea incrementada con creces.

—*Ya lo veremos. Por el momento, envíame la documentación, la rellenaré y la presentaré online.*

—En cuanto dejemos de hablar. Espero verte pronto.

—*Sí, yo también.*

Megan apagó el teléfono y al momento buscó la información relacionada con la plaza de la profesora Murdoch. Confiaba en Kenneth para lograrla durante al menos el segundo semestre. Después ya vería qué sucedería.

Kenneth recibió el correo de Megan en el que incluía los archivos relacionados con la plaza. Lo abrió y leyó detenidamente antes de cumplimentar el formulario y enviarlo a la dirección requerida. Una vez hecho eso revisó el temario de la asignatura que tendría que impartir en el caso de que fuera él el seleccionado. Pensó en Kendra. En cuánto la echaba de menos y en si debería decírselo. La verdad era que no quería hacerse ilusiones, ni mucho menos a ella. Hasta que no

fuera una decisión en firme, no se lo diría. Tal vez le sentara mal, pero era mejor que creyera que él podía quedarse a su lado por una temporada. O quién sabía... a lo mejor, para siempre.

—¿Sabes que Alana va a cogerse una baja por maternidad? —la pregunta de Kendra hizo que Megan levantara la mirada de su plato y asintiera.

Habían quedado para comer porque sus horas de clases coincidían esa tarde.

—Sí, ya lo presentía.

—¿Y?

—Y, ¿qué?

—Me refiero a qué va a pasar con sus clases. Tú eres la directora del departamento en el que ella trabaja.

—Lo sé. Y ya está todo arreglado. —Megan no pudo evitar pensar en la conversación que había mantenido hacía días con Kenneth.

—¿A quién le vas a cargar el muerto? ¿A Stuart? Él es quien más sabe de teatro isabelino y de Shakespeare. Será un palizón de clases para él, ¿no crees? —Kendra movió sus cejas con rapidez y sonrió burlona—. Por suerte, yo no soy experta en teatro y menos en Shakespeare.

—El departamento a través de la facultad va a contratar a un profesor para que imparta esas clases durante la baja de Alana. De ese modo, no cargaremos el horario de Stuart.

—¿Un nuevo profesor? —Kendra contempló a su amiga con los ojos entrecerrados y sacudió la cabeza sin entenderla—. ¿Para el segundo semestre?

Megan asintió mientras degustaba un bocado de su comida. Se limpió las comisuras de los labios y bebió un sorbo de agua debatiéndose entre si debería contarle a ella la verdad de la situación. Que Kenneth había mostrado interés en esa plaza y que tenía muchas posibilidades de lograrla.

—En principio, cubrirá la baja de maternidad de Alana.

—Esto es un año entero —asintió Kendra.

—Como poco. Piensa que tal vez ella lo deje para cuidar a su hijo. En ese caso, su sustituto o sustituta pasaría a ser un profesor de plantilla.

—¿Y ya se ha abierto el plazo de solicitudes? —Kendra hizo la pregunta de pasada, mirando a Megan de reojo, como si no le diera importancia. Por un segundo, en su mente apareció el nombre de Kenneth. Pero tuvo que desecharlo de inmediato porque él tenía una plaza en Londres. Y no creía que fuera a presentarse. Además, él estaba fijo y lo otro era una vacante que al final podía mandarlo a la calle.

—Sí, el plazo se ha cerrado y pronto tendremos que elegir al sustituto de Alana.

Kendra permaneció en silencio y pensativa. Megan se fijó en su rostro y no supo por qué se le ocurrió, pero tal vez ella estuviera pensando en Kenneth.

—¿Y se han presentado muchos candidatos?

—No lo sé. No he hablado con Roy. Es quien se encarga de recibir las solicitudes telemáticas. Cuando estén todas, habrá que comprobar que cumplen los requisitos, y luego ver cuál es el más apropiado para cubrir el puesto. Necesitamos tenerlo hecho para que el nuevo profesor comience después de las vacaciones de Navidad. Eso sí es lo único seguro.

—Ya, entiendo.

—Oye, ¿por casualidad se lo has comentado a Kenneth? Él es un experto en esa época.

—¿Kenneth? —Kendra entrecerró sus ojos y sacudió la cabeza sin terminar de comprender a qué venía la pregunta de Megan—. No. Hace mucho que no sé de él. Y, además, él tiene una plaza fija en Londres. No creo que se arriesgue a venir a cubrir una excedencia sabiendo que al cabo de un año se marchará.

—Bueno, eso no es fijo. Ya te lo he dicho. O incluso el nuevo profesor puede encontrar otro puesto diferente. Me refiero a que si es especialista en otra época o género... ¿Quién sabe? Se puede necesitar a alguien más.

—Pero él no lo haría.

—Estás muy segura.

—A ver, ya te lo he dicho. Con una plaza fija como la suya... ¿por qué habría de presentarse para venir aquí? —Kendra abrió sus ojos al máximo y se quedó con la mirada fija en Megan, quien se mordió la lengua para no dar más información de la permitida, pero con ganas se quedaba de responderle en su propia cara que estaba dispuesto a venir por ella. Solo por ella, sin importarle dejar atrás un buen puesto.

—Tal vez. En fin, tenemos que volver a la facultad. Yo tengo clase a primera hora. ¿Y tú?

—Oh, solo un par de horas —le dijo de pasada mientras seguía pensando en Kenneth y en la plaza. No. Él no se presentaría para ocuparla. No iba a dejar lo que tenía en Londres por una quimera en Edimburgo. «Aunque estaría bien que lo hiciera», se dijo dejando que sus labios se curvaran con melancolía. Un gesto que Megan no pasó por alto.

Faltaban un par de semanas para dar por terminadas las clases e iniciar las vacaciones de Navidad, y Kenneth había recibido un correo de la universidad de Edimburgo para que se presentara antes de que terminara el año. Le comunicaban que había sido seleccionado para ocupar la vacante que Alana Murdoch dejaría a principios de año. Sonrió al releer por tercera vez el contenido del correo. Cogió aire y asintió convencido de que presentarse había sido una buena idea. Quedaba hablar con su director de departamento para plantearle la resolución definitiva que en su día ya había planteado. A Thomas no le hizo mucha gracia, pero las cosas eran así y Kenneth lo tenía muy claro. De manera que hablaría con él de inmediato, antes de que pasara más tiempo.

Pero lo primero era atender a Megan al móvil, que era quien lo llamaba en ese instante. Sonrió al ver el nombre de ella en la pantalla; sin duda, llamaba para darle la noticia o para felicitarlo, no lo tenía claro.

—Megan.

—¿Cómo estás?

—Bien. Aquí, en mi despacho, revisando el correo. ¿Qué querías?

—*Ser la primera en felicitarte porque imagino que a estas horas ya serás consciente de que tienes un nuevo puesto de trabajo, ¿no? Y si por casualidad no has leído el correo del departamento, entonces como directora te lo comunico de manera oficial: tienes que presentarte en unos días para formalizar todo el papeleo.*

Kenneth dejó escapar una risita mientras se quitaba las gafas y las dejaba sobre la mesa.

—Acabo de leerlo. Gracias por tu felicitación.

—*Bien. Te dije que no tendrías demasiados problemas para lograrlo dado tu expediente.*

—Lo recuerdo, pero tampoco quería hacerme muchas ilusiones al respecto. Uno nunca debe fiarse.

—¿Cuándo piensas estar aquí?

—En cuanto resuelva todos los asuntos que tengo pendientes. Intentaré que sea lo más pronto posible. Y sí, te digo que unos días antes de comenzar las clases.

—*Te hemos buscado un alojamiento provisional. Después tú decides si te lo quedas o prefieres ser tú quien lo busque.*

—Lo tendré en cuenta. ¿Sabe algo de esto Kendra?

—*No. En un principio, estuvo preguntando, pero ha perdido todo el interés. No voy a decirle que serás tú el encargado de dar la asignatura relacionada con el teatro isabelino y Shakespeare.*

—Me parece bien. Deja que se entere por mí, ¿querrás?

—*Lo prefiero. Yo creo que no se espera que seas tú. Que no dejarías tu plaza en Londres para venir a Escocia. Ya sabes cómo es en ese aspecto de la rivalidad entre ambas naciones.*

—Me hago cargo de ello. No te preocupes, ya se enterará.

—*Nos basta con que estés unos días antes de que comiencen las clases del segundo semestre.*

—Sin problemas.

—*En ese caso, nos vemos y bienvenido al Departamento de Estudios en Lenguas y Literatura.*

—Gracias.

Kenneth pulsó el botón de fin de llamada y dejó el móvil sobre la mesa mientras en su mente revoloteaba el nombre de Kendra y el hecho de que no supiera que él volvía a Edimburgo.

Más tarde ese día, él encontró a Thomas cuando ambos terminaban sus respectivas clases. Le hizo una señal para que lo esperara.

—Quería comentarte algo antes de que te marches.

—Tú dirás.

—Me han informado desde la universidad de Edimburgo que he sido seleccionado para impartir la clase de teatro isabelino.

—Ah... ¿Es el tema que me comentaste hace unas semanas? —preguntó recordando aquella

conversación y observando a Kenneth asentir—. Entonces eso significa que te marchas de Londres.

—Sí. Por eso quería que lo supieras cuanto antes. Eres el director del departamento y tendrás que comunicarlo a Recursos Humanos de la universidad.

—Sí, sí. Vale... Lo tendré en cuenta. ¿Cuándo dejarías tu plaza aquí?

—En cuanto lleguen las vacaciones de Navidad. Tengo que empezar allí a principios de enero. Necesitaré marcharme unos días antes.

—¿Lo has pensado bien, Kenneth?

—Sí. No tengo más que pensar.

—Pero... te marchas por una sustitución. ¿Y si después de la maternidad la profesora se incorpora?

—Sabré salir adelante. No te preocupes.

—Pero... Aquí tienes todo lo que necesitas para seguir avanzando en tu carrera docente e investigadora. Tienes un buen sueldo y un prestigio en la facultad.

—Cierto. Pero no lo tengo todo.

Thomas lo contempló extrañado por ese comentario.

—¿Qué te falta?

Kenneth sonrió mientras la imagen de Kendra echándole en cara su origen y la rivalidad entre ambas naciones a lo largo de los siglos captó toda su atención. Posó su mano en el hombro de su colega y sonrió.

—Demostrarle a esa gente de Edimburgo que Shakespeare es mejor que Scott. Avísame cuando tengas listo el papeleo para firmarte la baja —le recordó, señalándolo, mientras se alejaba de él.

Thomas se quedó con la boca abierta sin comprender nada de lo que decía. Desde que había regresado de su conferencia el pasado agosto, Kenneth no era el mismo. No sabía qué era lo que le había sucedido durante la semana que estuvo allí. Pero sin duda que debió ser algo que lo había impactado. Tanto que estaba dispuesto a romper con todo para irse a la aventura.

Kenneth llegó a Edimburgo recién comenzado el año para hacerse cargo de su nueva vida en la capital escocesa. Había estado en contacto con Megan para resolver ciertos asuntos relacionados con el alta de su nuevo puesto y del tema del alquiler.

—¿Cuándo piensas decirle que estás aquí? —le preguntó Megan con cierta desesperación porque no entendía nada de lo que estaba sucediendo.

—Todo a su tiempo. Primero, he de instalarme y tomar posesión de mi nuevo puesto. Lo de Kendra puede esperar.

—Tal vez deberías habérselo dicho antes de que lo sepa por otros —le dijo Ian, que ayudaba a colocar las cajas en el interior de la casa en la que viviría Kenneth desde ese día.

—Prefiero que sea toda una sorpresa.

—¿Cómo piensas que se lo tomará? —insistió Ian.

Kenneth frunció los labios y sacudió la cabeza mirando a Megan.

—Siendo como es, pueden suceder dos cosas: que me lo eche en cara con su característico genio escocés. O que le parezca indiferente. No estoy seguro. Dependerá de cómo la pille.

—Siempre tan metódico —comentó Megan sin poder creer que no tuviera ganas de verla—. ¿Quién diría que estás enamorado de ella viéndote tan tranquilo?

Él la miró de manera fija.

—Créeme si te digo que me estoy conteniendo para no presentarme en su casa, Megan. ¿Y de dónde coño te has sacado que yo esté enamorado de ella?

Megan resopló y prefirió seguir echando una mano a colocar todo lo de la mudanza antes que seguir hablando con Kenneth de Kendra y de su tranquilidad a la hora de verla. No entendía a aquel hombre. De verdad que no.

—Tal vez ella no lo sepa todavía, o no quiera ni pensarlo, pero a mí no me engañas. Es la primera vez que te veo tan pillado por una mujer desde hace tiempo. —Megan apretó los labios, arqueó las cejas y se limitó a asentir esperando que él lo negara de manera categórica. Pero no solo no lo hizo, sino que se limitó a sonreír mientras la apuntaba con un dedo.

Tanto Megan como Ian se miraron y fue este quien fue tajante.

—Temo que Puck haya vertido el elixir del amor en ti.

Sonrieron ante aquel comentario respecto de la comedia de Shakespeare, *El sueño de una noche de verano*.

Kenneth se presentó a sus nuevos alumnos explicando las razones que lo habían llevado desde Londres hasta allí. Luego procedió a dar la clase de ese día con la misma tranquilidad y aplomo de cualquier otro. No le afectaba lo más mínimo el cambio de ciudad, de cultura, de horarios... Nada. Para él todo eso eran factores externos que rodeaban su principal objetivo: enseñar el teatro isabelino y la obra de Shakespeare.

Megan y Kendra caminaban por el pasillo de la facultad. Faltaba poco para el cambio de clase.

—Oye, ¿qué tal es el sustituto de Alana? —preguntó Kendra en un momento mirando a Megan con el ceño fruncido—. No me has dicho nada de este o esta. Porque no tengo ni idea de si es un hombre o una mujer.

—Tampoco me lo has preguntado. De haberlo hecho, te lo habría dicho.

Kendra se detuvo y parpadeó en repetidas ocasiones con gesto de asombro. Megan tenía razón.

—Sí. Reconozco que tampoco es que me haya preocupado mucho por saberlo.

—Puedes pasar a saludarlo cuando acabe la clase —le sugirió señalando las puertas del aula tras las que se encontraba Kenneth terminando su primera clase.

Kendra se mordió el labio en actitud pensativa.

—No sé...

—Venga, mujer, si están al terminar. Solo serán cinco minutos.

El timbre de fin de la clase sonó en ese momento y a los pocos segundos las puertas de las aulas comenzaron a abrirse vomitando a sus inquilinos.

Una riada de estudiantes comenzó a invadir el pasillo y tanto Megan como Kendra tuvieron que apartarse para que no las arrollaran.

—¿A qué esperas? —la instó Megan haciendo un gesto con su mano para que entrara en el aula.

—Está bien. Entraré a saludarlo para que me dejes tranquila —resopló Kendra caminando hacia el interior del aula.

Megan sonrió satisfecha por haber conseguido que ella accediera finalmente a entrar a saludar a Kenneth, aunque Kendra no lo sabía todavía. No podía ni imaginar la cara que pondría cuando lo viera.

La mesa tras la que estaba él estaba rodeada por estudiantes que en esos momentos le hacían infinidad de preguntas. Kendra sonrió porque sin duda que el pobre iba a pasar unos días de agobio al ser el nuevo. Pero seguro que conocía esa sensación.

Poco a poco, los estudiantes se fueron apartando de su campo de visión, pero ella no logró tener una visual nítida de él. Y cuando comenzó a verlo, él estaba de espaldas, borrando lo que había anotado en la pizarra durante la clase. De manera extraña, ella comenzó a ralentizar su paso hacia él, como si algo en su interior la pusiera en alerta. De repente, sintió que el pulso comenzaba a ganar velocidad cuando se fijó en él. Una estúpida idea cruzó su mente, pero la descartó de inmediato porque era eso, estúpida. Pero cuando él se volvió hacia la mesa, ella no pudo evitar sentir un sudor frío en un primer momento y después una ola de calor. Permaneció allí, de pie, con los ojos como platos y la boca abierta. No, no podía ser cierto. No podía ser él. No estaba contemplando a Kenneth recoger sus apuntes. Ni se estaba colocando las gafas. Pero entonces él levantó la mirada para encontrarla a ella.

Kenneth esbozó una tímida sonrisa cuando se fijó en Kendra, y todo lo que pensó decirle se borró de su mente como si acabara de pulsar la tecla de suprimir de su ordenador. Allí estaba, con el gesto de incredulidad por verlo. Pero también atisbó a ver cierta decepción.

Ella sacudía la cabeza sin terminar de creérselo. ¿Qué hacía él allí? ¿Y por qué no se lo había dicho? O Megan. ¿Por qué lo habían mantenido en secreto? Sintió el deseo de dar media vuelta y largarse de allí. Pero el querer saber la razón de su presencia allí pudo más.

—Vaya, ¡qué sorpresa! —Optó por la ironía para dirigirse a él.

—Hola, Kendra.

—De manera que tú eres el sustituto de Alana.

—Sí te refieres a la profesora Murdoch..., así es. ¿Qué tal?

—Pues hazte una idea. Acabo de enterarme de que mis amigas me ocultan información. Por no mencionarte a ti.

—Ya. Estás dolida porque no lo sabías. —Kenneth recogió sus apuntes y, con ellos bajo el brazo, hizo una señal a Kendra para que se dirigieran a la salida del aula.

Ella lo siguió porque no le quedaba otra, pero con gusto lo dejaría plantado donde estaba. Una vez fuera del aula, Kenneth se volvió hacia ella, apartándose del paso de los estudiantes.

—Verás...

—No hace falta que me des ninguna explicación. Estás en tu derecho de no hacerlo, ni de decirme nada respecto de que vendrías a enseñar a la facultad.

El mal humor era palpable en ella. Extendió su brazo con la mano abierta hacia él.

—Si no lo hice, fue porque no estaba seguro de que al final yo fuera el elegido para obtener la sustitución.

—Pero al menos podías haberme comentado que ibas a presentarte.

Kenneth apretó los labios y asintió.

—Es cierto. No te comenté nada hasta no estar seguro. Y para cuando lo decidí, me centré en...

—Déjalo —lo cortó ella tratando de mirarlo con frialdad. Pero tenerlo allí, tan cerca de ella y no querer dar su brazo a torcer, a rozarlo o a regalarle una sonrisa, era algo duro de soportar.

—Si me decidí fue por ti.

Ella entrecerró los ojos y contempló a Kenneth sin entender a qué venían aquellas palabras.

—Mira, tengo que dar una clase. Ya nos veremos por la facultad o el departamento.

No le dio tiempo a reaccionar, puesto que pasó de largo al lado de él para dejarlo con la palabra en la boca. Estaba furiosa en su interior porque lo que había hecho él era algo inconcebible. ¿Por qué no la llamó para decírselo? ¿Tenía que esperar a enterarse cuando él ya estuviera dando clases? Por no pensar en su amiga, si podía llamarla así. Caminó hacia el aula y cerró la puerta dispuesta a dar su clase. Pero aunque en su interior sintiera la rabia por ser la última en enterarse, también era cierto que le había gustado verlo. Tendría que enfrentarse a sus sentimientos hacia Kenneth porque estaba claro que estos no iban a esfumarse de buenas a primeras.

Kenneth se quedó parado en el sitio contemplando como ella se alejaba por el pasillo. Era consciente de que había cometido un error al no contarle nada. Pero si no lo había hecho se había debido a su miedo a no lograr su fin. Decirle que iba a presentarse a la plaza para sustituir a la profesora Murdoch, y crearse unas expectativas que luego tal vez no su cumplieran, habría sido peor que lo sucedido hacía cinco minutos. Ella era única e increíble, y él no iba a renunciar a ella así como así. Le diría la verdad de por qué había obrado de esa manera.

Capítulo 11

Habían pasado algunos días desde que Kendra se enteró de la presencia de Kenneth. Lo cierto era que desde aquel día apenas si habían coincidido para intercambiar algún «hola» y «adiós» por los pasillos de la facultad o del departamento.

Ella no tenía le mente puesta en ese momento en él, sino en su trabajo. Pretendía volcarse en este y olvidarse de Kenneth, o al menos arrojarlo fuera de sus pensamientos. No verlo le ayudaba un poco, aunque a fin de cuentas siempre acababa pensando en él.

Resoplaba sentada en el sofá de su casa, con un pie apoyado en el asiento y el brazo sobre la rodilla. Tenía la mirada perdida en el vacío y no parecía prestar atención a las palabras de Megan.

—No entiendo por qué demonios estás así conmigo. Si no te lo dije fue porque él me lo pidió. Aunque no lo hubiera hecho, no te lo diría.

Megan sintió la mirada fulminante de su amiga cuando pronunció esas últimas palabras.

—Muy bien por tu parte. Lo estás arreglando —le dijo en modo irónico.

—Es la verdad.

—Ten amigas para esto. Para que te oculten información relevante para tu propia vida.

—No lo haría para que no pensaras que él regresaría. ¿De qué coño sirve que te diga que se presenta a una plaza en la facultad si luego no la saca?

—Ja, ja, ja, y yo voy y me lo creo. Lo de que no van a elegirlo a él. ¿Con el expediente que tiene Kenneth? Lo único que he pensado es que él no iba a dejar Londres y su puesto en la universidad de allí para venirse a Escocia a una sustitución. Eso sí se me ha pasado por la cabeza porque a un tío como él no le compensaría, la verdad —sonrió Kendra poniendo los ojos como platos.

—En eso puedo coincidir contigo.

—Ya es algo.

—Pero como has visto, ambas estábamos equivocadas al respecto. Ha venido por un tiempo limitado y con unas condiciones algo inferiores a las que él tenía en Londres. Si yo fuera tú, me lo haría mirar.

Kendra frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—¿Qué coño tengo que mirarme?

—Pregúntate por qué ha venido en realidad. ¿Querrás? —Megan arqueó sus cejas de manera

muy explícita cuando se lo expuso a su amiga.

Kendra le devolvió la mirada con el ceño fruncido mientras se mordisqueaba el labio en un gesto dubitativo.

—Le gustará Edimburgo —le respondió, encogiéndose de hombros, sin darle importancia—. ¿Qué tratas de decirme?

—Tal vez deberías pensarlo con detenimiento.

Kendra no quería hacerse esa pregunta. O mejor dicho no quería saber la respuesta. Y todo porque temía que no le acabara por gustar. Se mordisqueó el labio y sacudió la cabeza sin poder creer que él se hubiera mudado a Escocia... por ella.

—Es completamente ridículo lo que me estás planteando. Desde ya te lo digo.

—¿Por qué? Pienso que Kenneth ha aceptado la plaza para sustituir a Alana porque en realidad quería verte, estar a tu lado...—Megan cogió aire antes de proseguir y confesarle algo que Kendra desconocía—. Está enamorado de ti.

Kendra volvió la cabeza de manera lenta hacia su amiga y colega, sin terminar de creerle.

—¿De dónde te has sacado eso? ¿Te lo ha dicho él?

Kendra entornó su mirada con suspicacia hacia su amiga. Y Megan se limitó a esbozar una sonrisa irónica y ganadora.

—Sabes que soy muy observadora.

—Entonces él no te lo ha dicho como tal.

—No. Tampoco lo negó cuando yo se lo dije. Solo sonrió y siguió colocando los libros en la estantería del salón.

Kendra sintió una sacudida en todo su cuerpo producida por los nervios. Que Megan le confesara que Kenneth no hubiera negado la afirmación era un detalle a tener en cuenta. De repente, se quedó sin capacidad de reacción y sin palabras porque aquello sí que no se lo esperaba.

—Deberías aclarar la situación con él. No seas tan cabezota y dejes pasar el año sin decirle que tú también.

—¿Yo también? ¿Qué? —Kendra se activó como un resorte en ese instante.

—Estás enamorada de él.

—Ah... Yo... —Kendra ahogó el resto de las palabras en un suspiro tan evidente que no hizo falta que dijera nada más. Y Megan se limitó a fruncir sus labios y asentir, lo que hizo que el rostro de su amiga se encendiera hasta cotas insospechadas.

Kenneth repasaba algunas notas sobre la mesa del salón. Preparaba un nuevo ensayo, ya que disponía de bastante tiempo libre. No conocía a nadie en aquella ciudad a excepción de algunos de sus nuevos compañeros de trabajo, Megan e Ian... Y, por supuesto, a Kendra. Eso implicaba que no tenía con quién salir por ahí. Luego se quedaba en casa preparando más trabajo.

La tarde estaba gris, fría y amenazaba con echarse a llover de un momento a otro. Esto lo desanimó a dejar la casa. El sonido del timbre de la puerta lo sobresaltó, ya que no esperaba a nadie a esas horas. Megan no le había dicho que se pasaría a verlo. Dejó lo que estaba haciendo y caminó hacia la puerta. Lanzó una mirada por la mirilla y lo que vio lo dejó helado. Incapaz de moverse, la verdad. Pero debía hacerlo si no quería que ella se marchara.

Se ajustó las gafas y abrió para quedar frente a la única persona que no esperaba que se presentara en su pequeña y modesta casa.

Kendra había rezado para que él hubiera salido. Sí, porque de ese modo se sentiría mejor solo por el hecho de haber ido a verlo. Pero no pudo ser. Sus oraciones no surtieron el efecto deseado y en ese instante se encontraba ante Kenneth y su mirada cargada de perplejidad.

—Kendra...

Le gustó el tono de incredulidad que le puso a su nombre. Permaneció unos segundos frente a ella sin variar su postura.

—¿Puedo pasar?

La contempló arquear las cejas, abrir los ojos más de lo normal y poner cara de incertidumbre. Se apartó a un lado para que ella entrara e intentó que sus cuerpos no se rozaran, pero dado el poco espacio que había, resultó imposible.

Kenneth cerró la puerta tras él y se quedó observándola durante unos segundos, como si todavía no acabara de creerse que ella estuviera allí. Sí, porque tenía la impresión de que podría tratarse de una imaginación suya; «algo similar a lo que sucedía en *El sueño de una noche de verano*», recordó con una sonrisa.

Kendra se detuvo de repente al ver el portátil abierto, los libros, folios y demás material dispuesto sobre la mesa.

—¿Estabas trabajando?

—Ah, no... Bueno, estoy recopilando información para una publicación.

—En ese caso, te dejo y hablamos otro día. —Kendra hizo ademán de volverse hacia la puerta para irse, pero él se movió rápido y se situó delante de ella.

—No me molestas. Ya había terminado por hoy. Iba a servirte una taza de té.

Ella lo contempló con el recelo que sus palabras y su comportamiento le habían provocado.

—¿Estás seguro?

—Completamente —le dejó claro moviendo sus manos delante de ella, dando por zanjado el tema.

Ella se sintió algo más cómoda cuando él le aseguró que así era.

—Está bien. Me quedo a tomar una taza de té.

«Y a tratar de que me aclares qué haces aquí en verdad. Porque no me trago lo que dice Megan».

—Recojo todo esto y...

—¿En qué andas metido?

—Preparo algo sobre Macbeth.

—¿Sobre el rey escocés? ¿No le habrás cogido el gusto a todo lo que tenga que ver con esta tierra?

La ironía de ella le produjo una sonrisa y un cosquilleo en el estómago.

—Todo es posible. ¿Quién lo sabe? —Se quedó contemplándola sin saber qué hacer. Le gustaría recorrer la distancia que los separaba para rodearla con sus brazos y mirarla de manera fija a los ojos. A continuación, la besaría y le dejaría claro quién tenía la culpa de que él estuviera de regreso a Edimburgo—. Voy a preparar el té.

Kendra sonrió tímidamente cuando lo vio alejarse. Por un momento, se le pasó por la cabeza que él la terminaría por besar. Sin embargo, no había sucedido y Kenneth se había alejado de ella. Decidió echar un vistazo a la casa en la que la universidad lo había alojado. Se acercó hasta el mueble del salón y pasó un dedo por los libros que él tenía ordenados alfabéticamente.

—Sigue siendo un tipo ordenado y metódico —se dijo esbozando una sonrisa de cariño y sin saber que él la había escuchado.

—Lo soy. Aunque también comienzo a ser algo caótico.

Kendra dio un ligero sobresalto al escuchar su voz. Se volvió de inmediato para enfrentarse a su presencia tan cerca de ella que apenas si había espacio entre ellos.

—Bueno, me refería a que tienes todos los libros colocados por orden alfabético con relación a su autor.

—De ese modo lo encuentro antes. El té está sobre la mesa.

Kendra se sentía abrumada por todo lo que estaba sucediendo. Si cuando llegó ante la puerta de la casa de él rezó para que este no estuviera, después de llevar un rato en casa de él, parecía irse sintiendo más y más cómoda.

En ningún momento dejó de observarla. Sus gestos, sus miradas e incluso alguna que otra sonrisa.

—¿Qué haces un sábado por la tarde aquí?

La pregunta la sorprendió. Ella se quedó con la tetera en alto temiendo que se le cayera. Pero se rehizo y vertió té en su taza ante la atenta mirada de él.

—Te debía una visita.

—Oh... vaya. Es muy amable por tu parte.

—Lo que siento es no haberte traído nada. Pensarás que soy una maleducada. Pero no sabía qué traerte.

—No hace falta que te disculpes. No te lo tendré en cuenta. —Él sonrió ajustando sus gafas y bebiendo un poco de té. Luego se acomodó en el sillón y la miró detenidamente—. Siento no haberte dicho nada de que había obtenido la plaza para sustituir a la profesora Murdoch, pero entiendo que no lo tenía seguro. Por eso no lo hice.

—Ya no importa. La verdad es que en cuando te vi en la clase la otra mañana... —Kendra hizo una pausa para coger aire. No sabía cómo explicar la mezcla de emociones que había sentido en

ese momento.

—Te sentiste decepcionada. Lo entiendo. Pero créeme que no pretendía hacerte sentir así.

—Pero ¿cómo decidiste algo así? Es una plaza temporal. ¿Qué vas a hacer después, cuando Alana se incorpore? ¿Volverás a Londres? ¿Has pedido una excedencia o algo así?

Kenneth fue testigo del temor que representaban aquellas preguntas para ella. Pero también lo percibió en su mirada.

—Renuncié a mi plaza.

—¿Cómo que renunciaste? ¿Me estás diciendo que no tienes nada más aparte de las clases aquí? —Lo contempló con los ojos abiertos como platos, sin poder creer que él lo estuviera diciendo en serio. Pero ella sabía que él no tenía por costumbre bromear; y menos con el trabajo. Se quedó sin aire al pensarlo.

—No tengo nada más.

—¿Por qué has hecho algo así?

Kendra sacudió la cabeza sin terminar de creerlo. No podía estar asegurándole eso.

—Quería estar cerca de ti.

—¿Quéee...?

—Sé que te parecerá una locura lo que he hecho, pero... era lo mejor que podía hacer. Soy un inconsciente por no haber contado contigo primero, porque tal vez después de todo me lo tenga merecido y me quede sin nada por actuar de esta manera. Kendra, he venido porque te echaba de menos. Porque ninguno de los dos queríamos una relación a distancia. Y cuando Megan me ofreció presentarme a la plaza...

Ella estaba inmóvil en el sofá sin poder pronunciar una sola palabra respecto de todo lo que estaba escuchando. Le parecía mentira, después de todo. Pero la sinceridad con la que él la miraba hizo que ella se derrumbara en su interior. ¿Cómo se le había ocurrido algo así?

—No esperaba que lo hicieras, la verdad... —Estaba tan abrumada por la realidad de la situación que a duras penas podía hablar.

—Ni yo tampoco, porque soy alguien muy metódico, con una vida muy ordenada, o al menos hasta que te conocí, y desde entonces...

—No era mi intención poner tu vida patas arriba.

—Pues es lo mejor que has hecho. Un poco de caos no me ha venido nada mal. Te he dicho el verdadero motivo de por qué he vuelto y tú no me has comentado qué te parece.

Kendra entendía que él quisiera saber a qué se enfrentaba. ¿Lo retomarían dónde lo habían dejado o no quedaba nada de aquello? Cerró los ojos por un momento e inspiró antes de acercarse más a él, coger el rostro entre sus manos y besarlo con una mezcla de ternura y pasión que los sorprendió a ambos. Pero más a él, que de repente se vio recostado contra el sofá debido al ímpetu que ella estaba poniendo. La rodeó por la cintura y la dejó profundizar el beso. De repente, se apartó de él para quitarle las gafas y dejarlas en la mesa baja junto al juego de té.

—Me molestan cuando te beso, de manera que, si no te importa...

Él sonrió divertido ante su gesto de picardía.

—¿Por dónde íbamos?

—Creo que me estabas respondiendo a mi pregunta de qué te parecía que estuviera en Edimburgo por ti.

—Me parece una locura por tu parte, la verdad.

—El amor lo es Kendra. Y citando a Shakespeare, te diré que si no recuerdas la más ligera locura en que el amor te hizo caer, no has amado.

Ella no pudo evitar reírse ante aquel arranque de romanticismo por parte de él.

—No te hacía como un hombre que le dice cosas así a una mujer.

—Pues entonces ya sabes alguna faceta más de mí. Yo no te hacía capaz de conseguir que me enamorara de ti, y, sin embargo, así ha sido. ¿Una descendiente de los McDonnald? ¿Clan leal al joven pretendiente? —Él arqueó la ceja con suspicacia al hacer referencia a su apellido.

La sonrisa bailó en los labios de ella, que se inclinó sobre él para dejarle claro lo que todo aquello le parecía. Kendra sintió las manos de él recorriendo su espalda, su aliento en su cuello, y por un momento su mirada de deseo fija en la suya.

Kendra se despertó la primera. Tal vez se debía al hecho de haber pasado la noche en una cama que no era la suya. O a que estaba acostumbrada a dormir más bien poco. Se quedó con la vista fija en el techo mientras inspiraba hondo. No quería moverse demasiado porque no pretendía despertarlo. Escuchaba en todo momento su respiración lenta, relajada, de una persona que duerme de manera profunda. Volvió su rostro hacia él para contemplarlo. Sintió una oleada de ternura y de cariño hacia él, y que no supo de dónde procedía. Nunca pudo imaginar que él estuviera dispuesto a hacer lo que había hecho. Ni en sus más remotos deseos. Arriesgar todo lo que tenía en Londres porque la echaba de menos, sin preguntarle a ella qué le parecía. O sin saber si ella estaba con alguien. ¿En qué cabeza humana cabía tal desfachatez? Sonrió una última vez antes de salir de la cama. Necesitaba un café con urgencia. Esperaba que a él no le importara que ella husmeara en su cocina en su busca.

Kenneth se movió bajo las sábanas y alargó el brazo para tocar a Kendra, pero se dio cuenta de que ella no estaba. Palpó un par de veces aquí y allá, y nada. Abrió los ojos para encontrar su parte de la cama vacía. Agudizó el oído y escuchó ruidos fuera de la habitación, y, más en concreto, procedentes de la cocina. Sonrió al darse cuenta de que por un segundo él había temido que ella hubiera sido un sueño al comprobar que no estaba en la cama.

Se levantó y caminó hacia el lugar del que procedían los ruidos. Sus temores a que ella se hubiera ido se disiparon en cuanto la vio trajinando aquí y allá en la cocina. No le dijo que estaba allí, sino que se quedó apoyado contra el marco de la puerta, con los brazos cruzados y una sonrisa de felicidad.

Kendra se movía como pez en el agua una vez que había encontrado el paquete de café. No había tarea difícil porque Kenneth lo tenía todo colocado de manera impecable, al igual que la

librería del salón. De manera que esperaba a que el café se terminara de hacer. De momento, su aroma impregnaba la cocina y ella no pudo evitar preguntarse si no llegaría hasta la habitación. Se volvió extrañada por ese hecho y entonces el corazón le dio un vuelco al verlo allí frente a ella, saludándola.

—Buenos días.

Kendra se quedó parada con la mano en el pecho y buscando el aire que él le había quitado.

—No esperaba que estuvieras ahí. Te dejé durmiendo en la cama hace cinco minutos.

—Sí. Veo que has encontrado todo lo necesario para hacer café.

—Contigo es algo sencillo. Tienes todo colocado en su sitio. No hay nada que salga del orden establecido que tienes en la casa.

—De ese modo, encuentro todo más rápido.

—¿Quieres un café?

—Después.

Ella se quedó parada en el sitio, con el ceño fruncido, sin entender a qué se refería él. Abrió la boca para decir algo, pero al verlo acercarse hasta ella, solo pudo limitarse a gemir.

Él se situó delante de ella y le apartó un mechón de pelo que le caía sobre el rostro. Su dedo trazó el perfil hasta llegar al mentón. La contempló contener la respiración hasta que se inclinó sobre sus labios.

—Después de darte los buenos días —le susurró antes de apoderarse de su labio inferior entre los suyos, verla cerrar los ojos y expresar su situación con un gemido de aceptación.

Ella le rodeó el cuello con los brazos y se elevó un poco sobre los dedos de sus pies para poder besarlo.

Cuando él se apartó, ella todavía seguía en el sitio sin moverse y sin ser capaz de decir nada.

—Creo que ahora sí tomaré le café que me has ofrecido antes —le aseguró yendo hasta la cafetera para cogerla y verter en una taza una generosa cantidad—. ¿Por qué te has levantado tan temprano? Hoy es sábado. No hay clases. Salvo que tú tengas algo pendiente de hacer.

Kendra cogió aire y sacudió la cabeza, mirándolo.

—En ese caso...

—Me desperté y vi que tú dormías. No quería empezar a moverme y que al final tú te despertaras por mi culpa.

—No importa. Estoy acostumbrado a madrugar. Esa camiseta te sienta bien.

Kendra bajó la mirada y vio como le llegaba hasta la mitad de sus muslos.

—Fue la primera que he visto en la habitación.

—Lo dicho, me gusta cómo te queda. —Se volvió para preparar el resto del desayuno—. Supongo que, como buena escocesa, desayunarás de manera contundente.

—No creas. Y deja de vacilarme ya con mi nacionalidad —le dijo metiéndose con él—. Desde el primer momento que me viste lo has estado haciendo.

—No.

—¿Vas a negarlo? Pero si desde el primer día te has estado metiendo conmigo por la rivalidad que siempre ha existido entre ambas naciones.

—No es cierto —reiteró él sujetándola por los brazos para sorpresa de ella. Lo contempló con una ceja arqueada en clara señal de que no le creía—. Bueno, en parte. Pero no fue lo primero que pensé cuando te vi.

—¿Ah, no?

—Lo primero que quise hacer fue besarte, porque debía reconocer que me pareciste muy atractiva y sensual.

—Pero... —Ella se quedó con la boca abierta.

—Eso es lo primero que pensé al verte. Que quería besarte.

—Serás... Pero... no puedes estar hablando en serio...

—Tan en serio como que vine a Edimburgo porque me había enamorado de ti y no soportaba no estar a su lado, Kendra. Recuerda a Shakespeare y su locura, y al amor que te cité anoche.

—Te has arriesgado demasiado al hacer todo esto sin consultarme. Hemos estado alejados durante mucho tiempo sin apenas hablar salvo por el *email*.

—Lo sé. Y lamento no haber venido antes a verte.

—Podría haber estado viendo a alguien.

—No lo creía.

—Pretencioso inglés.

—Escocesa rebelde.

—O podría haberte olvidado, o dicho que no, o...

—No. Imposible.

—Estás muy seguro de ello.

—Lo estoy. Siempre lo he estado.

Kendra entrecerró los ojos y elevó el mentón contemplando el rostro de él. Luego cayó en la cuenta de por qué lo decía, pero se lo guardó para ella. Ya ajustaría cuentas con su amiga, aunque tal vez debería felicitarla por haber sido parte activa de todo aquello. Sin duda que Megan lo había puesto al corriente de su vida. Y ese había sido el empujón definitivo que él había necesitado.

—Lo estarás cuando te confiese algo. —Ella se aferró a la camiseta de él y tiró obligándolo a inclinarse sobre ella.

—¿A qué te refieres?

—A que te he echado de menos desde el mismo día que te marchaste, o tal vez antes incluso. A que me enamoré de ti de la manera más absurda que alguien puede pensar. Te besé por despecho para apartar de mi vida a mi ex de una vez por todas, sin darme cuenta de que en realidad yo también deseaba besarte.

Se fundió en sus labios, cerró los ojos y abrió el corazón para que aquel inglés metódico se instalara de una vez por todas en este.

Epílogo

Kenneth llamó a la puerta del despacho de Megan en el departamento aquella mañana. El curso estaba cerca de terminar y su colega le había pedido que pasara a verla. Él pensó que se trataría de algo relacionado con la nueva edición del festival. Quedaban todavía algunos meses, pero los preparativos comenzaban con bastante antelación.

Cuando entró, vio a Megan sentada a su mesa.

—Pasa, Kenneth.

—¿Qué querías?

—No sé si ya me has escuchado en alguna ocasión hablar de que este próximo verano la universidad colaborará con el festival y que para ello se va a representar *Romeo y Julieta*.

—Creo que haberte escuchado comentar algo así en alguna ocasión. Y es más, si no estoy equivocado del todo, hiciste referencia a Stuart.

—Eso es. Siempre atento a todo. Bien, querría que tú, como experto en Shakespeare, te reunieras con él para ver qué se puede hacer. La obra se va a representar durante unos días, aquí, con motivo del festival. La universidad colaborará en la medida de las posibilidades. Nos han pedido que alguno de nuestros profesores expertos en la obra eche una mano.

—Entiendo. Mientras no tenga que actuar. —Kenneth levantó las manos en alto a modo de advertencia.

—No, tranquilo. Solo resolver las posibles dudas que surjan en la adaptación del texto. Se va a hacer solo con motivo del festival.

—¿Y cuándo llegan los actores? ¿O son de aquí?

—Los que llegan de fuera estarán en unos días. Los ensayos comenzarán en algunas semanas.

—Entiendo que van a estar un tiempo.

—Sí. Y ya que Stuart es nuestro profesor de teatro, he pensado en él para que colabore de manera estrecha en la representación. Y, de paso, tú puedes echarle una mano.

—No hay problema. ¿Algo más?

—¿Qué tal marchan las clases? Como directora de departamento, tengo que preguntártelo, aunque soy consciente de que no habrá ningún problema.

—Estoy contento con la manera en la que van. No tengo nada que objetar.

—Me alegro. Y con Kendra...

Kenneth sonrió de manera irónica.

—¿No me habrás mandado llamar para saber cómo marchan las cosas con ella? Me refiero a que las anteriores cuestiones sobre el festival, Romeo y Julieta y las clases han sido el preámbulo para llegar al tema en cuestión —le resumió él con la mirada entornada hacia su amiga.

—No. Pero ya que estás aquí y Kendra no suelta palabra...

—Eso es porque sabe que fuiste tú la que me animó a venir y la que me pasó información sobre ella.

—¿Me guarda rencor por no decirle que ibas a venir? ¿Por contarte que ella estaba como un zombie por los pasillos y que se debía a que tú estabas en Londres? —Megan se mostró algo escandalizada ante esas cuestiones. Abrió los ojos como platos, fijando su atención en Kenneth, quien se limitaba a ajustarse las gafas.

—Si has terminado, tengo una clase en media hora y querría tomarme un café con ella.

Megan sonrió.

—Anda, vete. Me alegro que estés aquí. Me alegro por ti y por ella.

—Veremos hasta cuándo.

—Creo que te quedarás fijo por lo que voy hablando con Alana —le anunció elevando las cejas sobre su frente.

Kenneth no dijo nada más. Asintió y se despidió con un gesto de su mano. Por lo pronto, iría a buscar a Kendra. No, él no le comentaría nada de ese último punto de la reunión con Megan. Luego buscaría a Stuart.

La encontró en la cafetería leyendo un libro. Llevaba el pelo recogido en alto y se mordisqueaba la uña del pulgar.

—¿Puedo sentarme?

Ella levantó la mirada de la lectura y sonrió al verlo. Un ligero cosquilleo le recorrió el cuerpo.

—¿Qué tal con Megan?

—Quería comentarme lo del festival del próximo verano. Y que quiere que eche una mano a Stuart en lo que necesite. Al parecer, la compañía ha pedido la colaboración de algún profesor de la universidad.

—Megan teme que Stuart se eche atrás en el último momento.

—¿Por qué habría de hacerlo?

—Porque la actriz que hará de Julieta es su ex.

—¿No lo sabe?

—Creo que por ahora no.

—Megan teme que, una vez que él lo sepa, podría renunciar. Por eso cuenta contigo.

Kenneth resopló.

—Vaya situación para él.

—Amy era profesora de teatro y estaba metida en el grupo de la facultad. La vieron actuar y le

ofrecieron hacer algunas representaciones por el país y tal vez por el continente.

—¿Estaban juntos?

—Sí. Cuando ella aceptó, Stuart se quedó de piedra.

—Entiendo que no se han visto desde entonces.

—No. Mantuvieron el contacto y eso, pero Amy hace más de un año que se marchó. Imagina qué cara pondrá Stuart cuando la vea.

—Puedo hacerme una idea. Y ella, no la olvides.

—Esperemos que la sangre no llegue al río. —Kendra arqueó sus cejas y abrió los ojos al máximo—. ¿De qué más habéis hablado Megan y tú?

Kenneth pareció hacerse el desentendido porque tardó en responder.

—Quería saber qué tal me marchan las cosas. Cómo me encuentro.

Kendra entrecerró la mirada.

—¿A nivel académico? Porque conociendo a Megan, no me trago que te haya preguntado solo por las clases. Y perdona que te lo diga, pero no soy creída ni nada por el estilo. Pero la conozco a ella.

—Bueno, tal vez se haya interesado por saber qué tal me va contigo.

—¿Lo ves?

—Le he dicho que bien. Nada más. Pero ¿por qué no quedas con ella? Responde a sus preguntas y quedará satisfecha.

—Ya. Tal vez lo haga esta tarde.

—No te preocupes, que no le he contado nada de lo nuestro.

—Lo sé. Eres demasiado callado. Serio. Recto. Metódico.

—Me gustan las cosas bien hechas.

—Pues espero que yo lo esté haciendo bien, aunque no me considero una cosa.

Se acercó más a ella sin importarle que hubiera gente, alumnos en ese caso.

—Sin duda. No tengo quejas. Sigo pensando en besarte a cada minuto que te tengo cerca.

—Pues te aconsejo que aquí te cortes un poco porque nos están mirando —le advirtió ella comenzando a notar calor.

—Descuida, que no lo haré. Me basta con que lo sepas. Nada más.

Ella se humedeció los labios y sonrió con picardía. Sin duda que aquel hombre era todo menos aburrido, que era la impresión que ella había tenido al verlo.

Agradecimientos

Dar las gracias al Grupo Editorial Penguin Random House por dar cabida a la nueva historia de Laimie Scott dentro del sello Selecta.

Por supuesto, a Lola Gude, por su trabajo a favor de la novela romántica y en esta colección en particular. Por su labor incansable al estar pendiente de todo. ¡Gracias, Lola!

A la correctora, indispensable para la corrección de los errores que cometo. Porque siempre tiene una sugerencia que se ajusta a la historia, una corrección impecable para que la trama gane enteros y sea más atractiva al lector/a. ¡Gracias!

A mi lectora cero particular, que se conoce todas mis historias y siempre está ahí para sugerirme situaciones que favorecen a la trama. Gracias, Maribel.

Y como es habitual, agradecerte a ti, lector/a, por estar ahí detrás, participando de las aventuras y desventuras de mis personajes. Y sí, te digo que sigas confiando en Laimie y en sus historias siempre desde la legalidad, por favor.

Laimie Scott

Si te ha gustado
Solo pienso en besarte
te recomendamos comenzar a leer
Un amor a la medida
de *Vanessa Lorrenz*



Capítulo 1

¿Les ha pasado alguna vez que todo a su alrededor es perfecto, no hay ningún problema que los atormente, tienen un trabajo donde ganan una fortuna, un novio guapo a morir que las ama con locura, un estilista personal, los diseñadores se mueren por que utilicen sus vestidos en las fiestas...? ¡Vale! ¿Que su vida es digna de pasarla por los programas donde exhiben la de las famosas? ¿Les ha pasado? ¿No? Bueno, pues a mi amiga Holly tampoco. No es que se queje de su vida, tampoco podríamos considerarla un completo desastre... Bueno, eso tal vez sí, para qué lo vamos a negar. No tiene un novio guapo, no tiene dinero, trabaja en un canal de televisión como presentadora de un programa matutino que cada vez más a pique. Vaya, que no es una vida por la que se pelearían muchos.

«¡Ey, Mandy! Primero aclárame eso de que mi vida es patética y un desastre, porque es una completa mentira. Mi vida es perfecta. De hecho, tengo mejor vida que cualquier chica de Manhattan, algunas incluso me envidian.»

¿Es en serio, Holly? Sí, como lo piensan, esa vocecita que está entre comillas es nuestra protagonista, que es un poco metiche, ¿verdad, Holly? Retomando lo que nos interesa: hace unos días llorabas como una Magdalena porque no encontrabas un hombre como el de tus novelas románticas, esas que lees por internet.

«No lloraba por eso, es solo..., eso fue... ¡Ay, no me acuerdo por qué lloraba! Pero estoy segura que no fue así. ¡Estás mintiendo!»

Bueno, ¿me vas a dejar que comience a contar la historia o me vas a estar interrumpiendo a cada palabra que diga? ¡Estoy hasta el copete de las protagonistas metomentodo, parlanchinas; parece que fueran mi suegra!

«Vale, te dejo contar la historia, solo cuéntala como es, nada de estar imaginando cosas que nos son.»

¡Oh!... como la vez que terminaste en la cama con cinco hombres. ¡Ey, guapa, cómo lo hacías en esos tiempos! Los traías muertos, pillina.

«¡Y dale! En la vida he estado con cinco hombres en una cama. Deja de ver telenovelas o páginas candentes por internet.»

Es cierto, ¡oh, querida, qué pena! No recordaba que tu vida fuera tan patética. No, jamás serías tú la que tuviera esos hombres a tus pies; no sé, se me viene a la mente que tal vez fuera esa Keira del canal TV central, esa que sale en un programa televisivo impresionante; dicen que se pelean por ella. Sí, seguro que fue ella.

«¡Ay, por Dios! ¿Por qué me tuvo que tocar esta amiga a mí, no será posible que me la cambien? ¿Sabes qué? Si tanto te impresiona esa vieja, pues ve a narrarle a ella y déjame a mí en paz.»

Tranquila, tranquila, cariño, era una simple bromita; a ver, ¿quién la quiere? ¿Quién la quiere? ¡Eso es! A ver una sonrisita, ¡eso! ¡Muy bien! Así me gusta. Esa es mi chica, la que no se enoja con su narradora, que además es su mejor amiga, la más humilde, la más guapa y divertida del mundo.

«Eso lo dirás tú, si preguntamos seguro que no todos opinan lo mismo. Tienes tu autoestima muy alta. Pero no estamos aquí para discutir eso, sino para que cuentes lo fantástica y divertida que es mi vida.»

¡Ja! Querida, permíteme que me ría, tu vida para nada es fantástica y mucho menos divertida.

«¿La contarás o debo comenzar a buscar un narrador? Tú decides, ya muchos quisieran tu trabajo.»

Ya, pesada, ahora comienzo. Es que tú tienes la culpa al decir chistes sobre tu fantástica vida. Pero bueno, ¿dónde nos quedamos? Déjenme recordar... ¡Oh, sí, lo tengo! Como les decía, la vida de Holly no es precisamente la de una diva televisiva. Con su metro sesenta de estatura, su cabello rubio rizado a la altura de media espalda, tiene un cuerpo promedio y está muy conforme de sí misma. Es delgada, pero con las suficientes curvas para atraer a los hombres. El gran problema radica en que no encuentra al hombre correcto. Para colmo de males, tiene una hermana metiche a decir basta y una madre que solo la visita cuando se acuerda de que tiene una hija. Vive en un edificio de ocho departamentos, donde prácticamente se escuchan todos los sonidos del vecino de al lado y del de arriba, por lo hablar de que se escucha también al vecino de abajo. Para resumir: se escucha lo de todos los departamentos. Y cuando eso pasa, lo único en lo que Holly puede pensar es en cómo demonios tienen una vida sexual tan activa y ella no.

Una mañana llegó temprano a la televisora para preparar todo. Siempre le gustaba ser la primera en llegar, ya que la persona encargada del maquillaje era responsable de embellecer a todos los que salían al aire, y si se apuraba seguro pasaría primero. Llegó al pequeño camerino donde se encontraba su vestuario y, para su sorpresa, escuchó que la chica que las maquillaba y la de vestuario ya estaban ahí.

—Hola, chicas, hoy llegaron temprano —dijo saludándolas mientras bebía de su café favorito.

—Hola, Holly —dijeron las dos sonrientes; pero al observarlas bien vio que tenían la mirada preocupa.

—¿Qué sucede, chicas? ¿Por qué esas caras? —Ambas se comenzaron a empujar, alzando sus perfiladas cejas, una a la otra como si no se decidieran a hablar—. Vamos, chicas, saben que soy una tumba. ¿Qué sucede?

—Hemos oído ciertos rumores —dijo Karina, la maquillista, una chica de veinticinco años, con el cabello negro como la noche y unos preciosos ojos color miel—: según cuentan en los pasillos, se hará un recorte de personal; parece ser que van a despedir al productor y su lugar lo viene a ocupar el sobrino del dueño del canal.

Eso era algo que Holly no se esperaba...

«¡Claro que me lo esperaba! Solo que nunca pensé que el día de hacer recortes de personal fuera tan pronto. Tampoco creí que fueran a despedir a Richard.»

Bueno, deja de interrumpir, pesada, nunca acabaré si estás metiendo las narices.

«¡Ahsss, eres insufrible!»

Como decía: eso era algo que Holly se esperaba, pero lo que nunca se imaginó fue que

despidieran a su jefe. Estaba convencida de que el programa *Primera hora en Manhattan* tenía el *rating* bajo porque sus transmisiones eran demasiado aburridas, solo se dedicaban a dar las noticias que transcurrían por la tarde noche, y, muy de vez en cuando, cubrían alguna noticia local transmitiendo en tiempo real. La competencia estaba muy fuerte y eran los grandes canales los que tenían la exclusiva de los eventos.

Los demás integrantes del programa comenzaron a llegar. En cuanto vio a Richard apretó los dientes de disgusto. Era un hombre que rondaba los cincuenta años, estaba un poco pasado de peso, tenía el cabello castaño oscuro y unos ojos chispeantes. Cuando lo conoció le pareció la persona más amable del mundo, era dinámico, tenía buenas propuestas para el programa, aunque claro, los directivos jamás le dieron carta blanca con sus iniciativas. Pero como ahora venía el sobrino del jefe seguramente cambiarían muchas cosas. Aún su llegada no era oficial ya sentía que lo odiaba.

Se prepararon en tiempo récord para salir al aire a las seis en punto. Ella, en compañía de Edward Garrinson, era la encargada de la retransmisión en directo junto con el presentador de los deportes y el presentador del informe vial, que transmitía desde un helicóptero. Al principio, cuando llegó al canal, estaba enamorada secretamente de Edward. Era un ejemplar masculino digno de ver: cabello rubio, unos ojos impresionantemente azules, una sonrisa de comercial de pasta dental y un cuerpo musculoso debajo de su ajustado traje formal que utilizaba para salir en el programa. Pero con el paso de los días comprobó que ese hombre se tiraba todo lo que se movía y llevara faldas. Claro que eso no impidió que Holly llegara a tener una pequeña aventurilla con él, pero siempre con suma precaución. Lo que menos quería era arriesgar su trabajo por culpa de un hombre que no sabía cómo mantener los pantalones en su sitio.

Y era así como comenzaba el día a día de Holly trabajando lo más profesional posible o, por lo menos, intentándolo.

Una escocesa y un inglés que tendrán que ponerse de acuerdo pese a sus diferencias.



Dos personalidades distintas condenadas a entenderse sin saber que sus destinos ya estaban unidos.

Kendra participará en el congreso sobre Shakespeare y su relación con Escocia. Durante esos días conocerá a Kenneth, un inglés especialista en este autor y colega de Megan, y con el que tendrá que realizar un trabajo de investigación conjunto sobre la influencia de Shakespeare en la obra *Kenilworth*, de Walter Scott.

Pero dicha relación que Megan espera que sea amistosa y de colaboración estrecha, no parece que vaya a ser tal cuando Kendra considere a Kenneth como un tipo estirado, repelente, con dotes de superioridad y sabihondo, que en todo momento parece estar más dispuesto a sacarla de sus casillas que a colaborar con ella. Kenneth por su parte no puede dejar de llevarle la contraria, porque a cada momento que lo hace, ella le parece más impulsiva, rebelde, avasalladora como buena escocesa y, sobre todo, porque solo piensa en hacerla callar con un beso.

Laimie Scott cursó estudios de Filología Inglesa en la Universidad de Salamanca para posteriormente doctorarse en el campo de la novela histórica y la obra del escritor escocés Sir Walter Scott. Comenzó su carrera literaria publicando diversos relatos en revistas y blogs hasta que se lanzó a escribir novela romántica, género en el que lleva ya unos años publicando. En el campo de la investigación literaria colabora con varias revistas y participa en diversos eventos académicos relacionados con su especialidad.

Edición en formato digital: febrero de 2020

© 2020, Laimie Scott

© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17616-87-8

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Sólo pienso en besarte

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Epílogo

Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Laimie Scott

Créditos